

SECRETO DE LAS GOLONDRINAS

A N Ò N I M O



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

1. Montreal, 2016
2. Nueva York, 2014
3. Praga, 2016
4. Mladá Boleslav, Chescoslovaquia, 1968
5. Praga, 2016
6. Praga, 1970
7. Praga, 2016
8. Praga, 1970
9. Praga, 2016
10. Estrasburgo, 1971
11. Praga, 2016
12. París, 1971
13. Praga, 2016
14. Estrasburgo, 1972
15. Estrasburgo, 2016
16. Montreal, 1975
17. Estrasburgo, 2016
18. Nueva York, 1976
19. Estrasburgo, 2016
20. Praga, 2016
21. Nueva York, 1977
22. Praga, 2016
23. Horky Nad Jizerou, Checoslovaquia, 1978
24. Miami, 2016

25. Nueva York, 1984
26. Miami, 2016
27. Montreal, 2016
28. Horky Nad Jizerou, 1986
29. Montreal, 2016
30. Montreal, 2016
31. Moscú, 1987
32. Montreal, 2016
33. Mladá Boleslav, 1990
34. Montreal, 2016
35. Londres, 1992
36. Montreal, 2016
37. Nueva York, 1994
38. Nueva York, 2016
39. Nueva York, 2016
40. Sochi, Rusia, 2014
41. Nueva York, 2016
42. Novyy Rim, Rusia, 2016
43. Miami, 2018

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Su misión: seducir a un hombre rico y con poder.

Programa Golondrina: táctica de la Guerra Fría usada para engañar a hombres poderosos y así conseguir información e influencias en beneficio del gobierno ruso.

Octubre de 2016. En Estados Unidos las elecciones están a la vuelta de la esquina. La periodista Grace Elliot acaba de destapar una exclusiva que cree que la llevará a la cúspide de su carrera: una estrella del porno quiere hablar sobre su aventura con el que puede llegar a ser el futuro presidente de Estados Unidos. Pero el presidente es intocable. Igual que su exmujer, Elena.

En Praga, Grace descubrirá una historia explosiva que podría decidir las elecciones americanas y hacer estallar una nueva Guerra Fría. Siempre y cuando, siga viva para contarlo.

EL SECRETO DE LAS GOLONDRINAS

Anónimo

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



Una forma muy conocida de espionaje sexual o *sexpionaje* son las operaciones con cebo, pensadas para comprometer sexualmente a un rival con el fin de sonsacarle información. En esos casos, el seductor recibe el nombre de «cuervo» y la seductora el de «golondrina».

WIKIPEDIA

1

Montreal, 2016

Grace Elliott estaba sentada en un sofá púrpura manchado en el hotel más barato del centro de Montreal. La suite júnior no se había actualizado desde los ochenta, cuando las fotografías descoloridas de surfistas se consideraban arte. Había agujeros en la pared y en la moqueta, pegotes de moho en el techo y franjas de rosa neón en el espejo brumoso. La novena planta era de fumadores y la habitación 927 conservaba el aliento a tabaco y a cerveza, y el olor corporal y a fracaso de toda una generación.

Aun así, a Grace le pareció hermoso. Tomó nota mental de todos los detalles para poder recordar una y otra vez esa tarde que sin duda relanzaría su carrera.

Tenía encendida la grabadora digital y abierta una aplicación del móvil por si acaso. Los dispositivos capturaban la voz ronca de una mujer alta, sentada en una esquina de la cama, cuyo nombre artístico era Violet Rain. Para obtener la entrevista le habían prometido, entre otras cosas, que le conseguirían puritos Davidoff, chicles Juicy Fruit y una botella de rioja de cuarenta y ocho dólares. Ahora, Violet fumaba, mascaba y bebía al mismo tiempo. Pese a lo poco que parecía cuidarse, tenía los dientes blanquísimos. Sus chanclas de color amarillo claro estaban algo descoloridas, pero tenía el pelo y las uñas tan impecables como los dientes. A Grace los pechos artificiales de aquella mujer le parecían de un volumen milagroso pero doloroso de llevar.

—Entonces ¿él nunca le dio dinero?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Por qué iba a darme nada? —Violet miró alrededor como si hubiese allí otras personas que se hubieran ofendido igual que ella—. No soy una puta. Soy actriz. ¿O acaso es puta Julia Roberts por cepillarse al vejestorio ese en *Pretty Woman*? No. Sólo hacía de puta en la película.

Eso contradecía completamente la información de que disponía Grace.

—Perdone.

—Da igual. No es usted la única. Mis padres y el meapilas de mi hermano, que dejó de hablarme cuando yo tenía diecinueve años, tampoco han sabido entenderlo. «Ha habido sexo de verdad», me dicen. «¿Esos gemidos y esos gritos?» Todo ficticio. Soy una actriz como cualquier otra. En cambio, en mi día a día, cuando estoy con un hombre, con un caballero amigo, soy yo misma y él también.

—¿Siempre quiso ser actriz, Violet?

—Hice teatro en el instituto. ¡Interpreté a Julieta una vez! «La despedida es tan dulce pena que diré buenas noches hasta que amanezca.» Yo no elegí vivir en esta asquerosa capital franchute del porno. Ocurrió sin más. Pero, gracias a usted, por fin voy a dar el salto a la televisión.

Como era estadounidense, a Grace le costaba creer que Montreal fuese la capital de nada, y menos aún de la pornografía. No había reparado en esas ideas preconcebidas hasta que había tenido que mudarse a Canadá. En su país les enseñaban que todo lo moderno, formidable, genial y revolucionario se había originado en Estados Unidos. Era un elemento clave de su educación emocional.

Se inclinó y apoyó los codos en las rodillas, tanto que el humo del purito de Violet Rain se le enroscó en el pelo. Luego tendría que darse una ducha, pero allí no.

—Si no le dio dinero, ¿qué le dio? A ver, casi le dobla la edad. Además, usted es una mujer despampanante y él... es él.

—La edad da igual. En el fondo, casi todos los hombres son asquerosos — dijo, y, suspirando, apagó el purito y se encendió otro—. Voy a confesarle una cosa: cuando me dijo usted que quería verme, al principio la evité porque no quiero ser una soplona. No se me da bien meter en líos a nadie. Él no había hecho nada ilegal, ni siquiera raro, salvo que ponerle los cuernos a tu mujer se considere raro. ¿Sabe por qué contesté a su mensaje? Porque ese tío es un mentiroso. Me dijo, se lo juro, que me llevaría a Nueva York y a Los Ángeles y me presentaría a unos productores. Me iba a meter en la tele.

—¿Y lo hizo?

—Me tomó el pelo. Nos vimos cinco veces y no paraba de decirme que estaba al caer, que me metería en un *reality* o en un culebrón..., y luego nada. Eso no se me hace a mí.

Media hora antes, Violet le había comentado lo estrictos que eran sus padres. A los diecisiete años había dejado los estudios y se había mudado a Montreal desde el norte de Ontario. Su plan era empezar como modelo, dar el salto a Nueva York, Londres o París, ganar algo de dinero, hacer buenos contactos y meterse en el mundo del cine. Ahora, ya en el ocaso de su trayectoria como actriz porno, tenía treinta y seis años y había estado saliendo con un actuario casado, pero la relación se había roto recientemente por una disputa económica.

Oyendo hablar a Violet, se le ocurrió a Grace que una estrella del porno y una reportera de periodicucho de supermercado podían tener mucho en común. Las dos esperaban que aquellos noventa minutos en el hotel Clementine las catapultaran de nuevo hacia sus sueños, que aquella historia lo cambiase todo.

Cuando estaba en séptimo, Grace había ganado un concurso literario en Bloomington, Minnesota, su ciudad natal. Parte del premio consistía en una comida en Minneapolis con un periodista municipal del *Star Tribune*. Aún recordaba cada instante. Poder pedir cualquier cosa de la carta, y un entrante además de un plato principal, le pareció magia. Se le había abierto un mundo nuevo.

Pero 1998, el año en que se licenció en Periodismo, fue de vacas flacas para la prensa. Al menos para Grace Elliott. Mandó el currículum a todos los grandes diarios del país, incluido el *Star Tribune*; después, como no le contestaba nadie, a diarios y revistas de tirada media. Se desilusionó un poco, luego mucho. No había hecho ni un solo contacto en la facultad y el reportero con el que había comido en Minneapolis había muerto. La única respuesta que recibió a sus solicitudes de empleo fue para unas prácticas sin remunerar en *Esquire*. Su situación económica no le permitía aceptar una beca no remunerada en una de las ciudades más caras del mundo, así que un triste fin de semana contestó a un misterioso anuncio del tablón de la facultad donde ni se mencionaba al *National Flash* ni se hablaba de su ubicación. La matriz del tabloide se había trasladado de Nueva York a Canadá porque el presidente había conseguido el alquiler por

treinta años de un almacén de piedra en el centro histórico de Montreal a un dólar al año. El espacio estaba libre como consecuencia del desarrollo económico, tras un intento de separación de Quebec, pero Grace nunca entendió qué ganaban los vecinos con aquella transacción. En el *Flash* trabajaban sólo tres canadienses.

—¿Cuándo hacemos la sesión de fotos? —preguntó Violet en cuanto acabaron—. Si no conoce a nadie, yo sé de un tío. Solía hacer las de los anuncios de vaqueros Guess.

—Tuve unos. —Grace estaba a punto de marearse. Violet había entrado en detalles crudos y humillantes sobre su lío con el hombre que algunos esperaban y otros temían que se convirtiese en el próximo presidente de Estados Unidos. Pronto estarían las dos en Nueva York, haciendo entrevistas en la CNN. Cuando Grace había apagado las grabadoras, su entrevistada había vaciado la botella de rioja en los dos vasos de plástico y ahora celebraban lo que vendría después—. Le mandaré un mensaje con las fechas enseguida. Pero nos aseguraremos de que las fotos son sexis y potentes.

—¡Por el poder de la mujer! —brindó Violet levantando el vaso de vino.

—¡Por el poder de la mujer!

Grace chocó el borde de su vaso de plástico con el de ella y bebieron. Violet, que medía más de metro ochenta, era unos centímetros más alta que Grace y mucho más voluptuosa. El último hombre con el que había salido Grace la había llamado «fibrosa en el buen sentido», algo que la hacía sentir tan seductora como un corredor de maratones. En el silencio que se hizo mientras bebían, oyeron a una pareja haciéndolo en la habitación contigua.

—Está claro que ella finge —susurró Violet—. Bueno, ¿y ahora qué?

—Yo vuelvo al despacho y me pongo a preparar su contrato. No puede hablarle a nadie de esto, al menos hasta que el asunto se haga público.

—¿Cuándo me pagarán?

—En cuanto lo apruebe el departamento jurídico. Me aseguraré de que se den prisa. Cuando mi jefe oiga su historia...

—¿Cree que me pagaría doscientos mil en vez de ciento cincuenta? Necesito un coche nuevo.

—Yo insistiría en doscientos cincuenta. Él querrá negociar y quizá consigamos doscientos.

No le importaba abogar por Violet. El dueño del *National Flash* financiaba la mayoría de las cosas más horribles que ocurrían en Estados Unidos. Sus profesores de Austin se horrorizarían si supieran que Grace pagaba a las fuentes por conseguir noticias. Pero el periodismo no era en absoluto como lo había imaginado en los noventa.

Fuera hacía una tarde fresca pero soleada. Las últimas hojas de octubre se desprendían en un remolino de los árboles del cementerio y aterrizaban en su pelo. Mientras caminaba hacia el este y hacia el sur desde el casco antiguo de Montreal, algo achispada por el vino, Grace disfrutó de todo lo que normalmente detestaba: las casas de empeño y las cadenas de comida rápida; las colillas en las alcantarillas; las pintadas; los macarras con múltiples *piercings* vestidos de cuero negro que se sentaban en cartones con perros sucios y mendigaban... Le pareció todo tan humano. Nada podía estropear esa sensación porque estaba a punto de conseguir el mayor notición de su carrera, bueno, el primero, en realidad. Tenía cuarenta y tres años y estaba divorciada y sin hijos por decisión propia; era dueña de un piso de una habitación y de una gata, y llevaba en el bolso tres recetas de antidepresivos sin fecha. Pasaba una media de cinco noches a la semana sola, viendo comedias románticas en Netflix y bebiendo un vino que en nada se parecía al rioja que había comprado para Violet. ¡Violet Rain! La había perseguido durante dos meses. Hasta sus apreciados profesores de Periodismo de la Universidad de Texas en Austin coincidirían en que no es fácil ponerse en contacto con una actriz porno, ganarse su confianza y convencerla, después de quedar varias veces con ella para tomar café, de que haga pública su historia.

El *National Flash* siempre les parecería una broma a sus compañeros de clase que habían terminado en publicaciones de prestigio antes de cumplir los treinta, pero todos estarían de acuerdo en que lo que Grace había logrado ahí era un periodismo de investigación ético, paciente y tenaz. Cuando aquella historia saliese a la luz, si encontraba un redactor jefe con un poco de imaginación y ganas de arriesgarse, también ella «daría el salto». Haría lo que había querido hacer desde los doce años: ser periodista de verdad.

Grace sonrió a desconocidos. Se paró a acariciar a un golden retriever. En una boutique que olía a vainilla, a una manzana de su oficina, se probó una bufanda de cachemir de trescientos dólares de la que llevaba meses enamorada. Hasta entonces le había dado demasiado miedo tocarla. Cuando escribes pies de foto de celebridades con sobrepeso en playas del Mediterráneo, no mereces tocar cachemir. Se plantó delante del espejo sacando pecho, se alborotó un poco el pelo castaño para que cayese adecuadamente sobre la bufanda y la chaqueta, se quitó las gafas, se las puso otra vez, se las volvió a quitar.

—Muy sofisticada —dijo la dependienta.

Compró la bufanda porque la antigua Grace, la Grace preViolet, no se la habría comprado. Ése era el punto de inflexión, el instante de su reinención.

Al llegar al almacén, saludó al conserje de la planta baja y subió por la escalera en lugar de coger el ascensor. Su jefe, redactor jefe y editor del *National Flash*, Steadman Coe, estaba al teléfono en su despacho acristalado, recostado en su sillón, con los pies encima de la mesa, y su potente voz y sus estrepitosas carcajadas de cortesía se filtraban por los ventanales. Pese al frío que hacía, Coe llevaba los mocasines sin calcetines. Vestía un traje azul celeste y una corbata negra. Se afeitaba la cabeza por las mañanas y a esa hora del día ya tenía una medialuna de pelo incipiente por encima de las orejas. El cierre había sido el día anterior, con lo que, salvo por los diseñadores de videojuegos que tenían subarrendado el rincón noroeste, la oficina estaba vacía. De espaldas a Coe, ensayó lo que iba a decirle. Se vio reflejada en el ventanal, pronunciando las palabras con su bufanda nueva. Iba encogida. ¿Por qué siempre iba encogida? Se puso derecha y sacó pecho de nuevo. «Éste va a ser el notición de mi carrera, y de la tuya.»

En esa época del año, anochecía temprano. Las nubes que había sobre el río San Lorenzo eran de color rosa y púrpura. Grace no paraba de tocarse la bufanda nueva, que aún conservaba el olor a vainilla de la boutique. Las tres últimas veces que había ido al médico con los temores habituales de una mujer de mediana edad (algo raro en el pecho izquierdo, un bultito detrás de la rodilla derecha, dolores de cabeza no debidos al vino...) no había salido nada de nada en las pruebas, pero el interrogatorio posterior sobre su salud mental no había ido

muy bien. Aunque ella no se consideraba deprimida, el médico había decidido que sí. Hasta que llegó a la tercera planta del almacén casi desierto donde Steadman Coe bramaba y aullaba tras los cristales de su despacho, no se hizo un diagnóstico: se sentía insatisfecha, sólo eso. No había explotado su potencial. Se había compadecido de sí misma, como si el periodismo, su exmarido y el orden económico mundial hubieran elegido aquella vida por ella. ¿Cómo había pasado por alto esa gran verdad? Lo había elegido ella.

—Lo he elegido yo.

—Estás hablando sola, Gracie —le dijo Coe, plantado en su despacho con la puerta abierta y un puro sin encender en la boca.

«Ponte derecha, los hombros hacia atrás.»

Coe volvió a sentarse, puso de nuevo los pies en la mesa y, antes de que ella tuviera ocasión de contarle lo suyo, empezó a relatarle la insignificante victoria publicitaria de la llamada que acababa de hacer. Otros periódicos estaban perdiendo ingresos de publicidad y los suyos no hacían más que aumentar, gracias a la inminente campaña presidencial.

—Bueno, eso se acabará pronto.

—Si gana, no —replicó Coe—. Esas empresas de sondeos minusvaloran y malinterpretan a nuestra gente, a tu gente, Gracie...

Empezó a encogerse poco a poco.

—Steadman...

—Son casi las seis. ¿Qué haces aún aquí?

—Llevo dos meses trabajando en...

—Tienes que salir más, tomarte unas vacaciones. Haz yoga o alguna chorrada de ésas, métete en alguna organización...

—Ya hago yoga. Escúchame.

—Te estoy escuchando.

—Acabo de hacer una entrevista larga a una actriz porno que se llama Violet Rain.

—Muy bien. ¿Me has conseguido un autógrafo?

—Que tuvo un lío hace cuatro años con Anthony Craig.

Coe bajó los pies de la mesa y tiró el puro a una taza de café vacía. Se esfumó

de su rostro la sonrisa, igual que lo que quedaba de su bronceado.

Grace le contó la historia, hasta la copa celebratoria de rioja en el hotel Clementine. Sí, doscientos cincuenta mil dólares era mucho dinero, pero faltaba menos de un mes para las elecciones. Aquélla sería, por unos días maravillosos, la mayor noticia del mundo entero.

Coe le habló inusualmente bajo.

—Todo el mundo sabe que tiene líos. Sus divorcios...

—¿Con estrellas del porno? ¿Tú quieres un presidente que tenga líos con actrices porno?

Coe se encogió de hombros. La miró con una cara que no se parecía en absoluto a lo que ella esperaba. Tenía botellas de Veuve Clicquot en la neverita que zumbaba en un rincón de su despacho. Grace esperaba que, a esas alturas, hubiera abierto una ya. Aquello sería el notición del año. Podría tener difusión en internet. Violet Rain tenía fotos en el móvil: ¡pruebas terribles!

—¿Me das un minuto? Voy a llamar a Jack —dijo, y se levantó despacio.

—Steadman, sé que es nuestro hombre. El de «nuestra gente». Pero esto...

—Dame un minuto, ¿vale? Cierra la puerta.

Grace salió del despacho, volvió a su sitio y observó el rostro de su jefe desde el otro lado del cristal. Jack Dodson era el dueño, con raíces cristianas evangélicas, del *National Flash*, y de casinos, hoteles y una cadena de hamburgueserías cada vez más populares. Era uno de los principales contribuyentes del partido y de la campaña presidencial de Anthony Craig. Pero Dodson también había sido periodista. Lo entendería.

Coe tardó menos de un minuto, luego le hizo una seña para que entrase de nuevo en su despacho.

—Siéntate —le ordenó cuando abrió la puerta.

—Me quedo de pie. Dime.

—¿Cómo te has enterado?

Grace no estaba obligada a contárselo. Un redactor jefe de verdad de un periódico de verdad ni se lo preguntaría. Suspiró.

—¿Por qué?

—Podría comprometer tu relación con Elena.

Grace lo había pensado muchas veces, sobre todo porque ella era su fuente. Se le había escapado después de unas copas de champán, pero a una periodista de verdad no le quitan el sueño esas cosas.

—Puede, pero...

—Le compramos la entrevista.

—¿En serio? —Dio palmas—. Me temía lo peor, Steadman, lo confieso.

—Le pagaremos doscientos mil.

—Se va a poner muy contenta. Tendré escrito el artículo a última hora de hoy. Hay que hacerle unas fotos y el departamento de grafismo tendrá que...

—Le compramos la historia, Gracie, pero no la vamos a publicar. Dame sus datos. El abogado de Jack se encargará de todo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Falta muy poco para las elecciones. No será creíble.

—Nuestra portada del viernes es Roseanne Barr en biquini.

Coe se encogió de hombros.

—No depende de mí.

—No puedes hacer eso, Steadman. Metemos mucho la pata, pero esto sería un gran error. Hay que publicarlo. La gente tiene que saber lo de Violet, lo de ese tío...

—Lo siento, Gracie.

Aquél era el momento de dimitir. ¡Tenía que serlo! No le quedaba elección. Pero la factura mensual de la residencia de su madre en Florida se llevaba un tercio de su sueldo. Luego estaba la hipoteca. No tenía dinero ahorrado. Empezaron a escocerle los ojos, pero no, no, no iba a llorar delante de Steadman Coe. Así que alargó la mano, sacó de la taza de café el puro mojado por un extremo, asqueroso, lo partió por la mitad y lo tiró contra la pared.

—Pero tengo algo que te consolará. —En lugar de mirarle la frente acartonada por el bótox un segundo más, Grace salió del despacho de Coe—. No has estado en Europa, ¿verdad?

La siguió por el suelo de tarima, haciendo resonar en él sus mocasines de piel. Por lo demás, había un silencio absoluto en la oficina. Hasta los diseñadores de videojuegos se habían ido a casa ya.

Grace tiró la bufanda nueva a la papelería vacía que tenía junto a la mesa. Estaba manchada de fracaso, como la paradójica fotografía de Barry Manilow que tenía en un lateral de su cubículo y la gerbera solitaria en una copa de champán que se había regalado a sí misma... ¡Que se había regalado a sí misma!

¿En qué estaba pensando? Pues claro que no iba a salir bien. Nada le salía bien a Grace Elliott, ni a ningún Elliott. Estaba maldita, como su madre ciega o su padre sordo, o como lo habían estado antes que ellos sus abuelos y tatarabuelos pobres y olvidados. Pararía en la farmacia camino de casa y usaría una de las recetas. Con eso y una botella de vino australiano barato lo arreglaría todo.

Coe se inclinó y le dejó un papel grueso en la mesa con un logo que le era familiar: LA CURE CRAIG. En la parte inferior, la firma florida de Elena acompañaba una nota personal: «Cambio de planes. Reúnete conmigo, *duše moje*».

—Vas a volar a un sitio mucho más exótico que Nueva York para tu próxima sesión con ella. No se presenta a la presidencia, pero puede que tenga algo que decir sobre su exmarido. Piénsalo, Gracie. Si gana, si lo ayudamos a ganar siendo discretos y decorosos, podrías tener acceso exclusivo a una de sus confidentes más queridas. Elena Craig se dirige a ti con un apelativo cariñoso. Hasta podrías escribir un libro. —Hizo una pausa y señaló el papel—. No te tomaste vacaciones en verano porque decías que no te lo podías permitir. Bueno, pues ahí las tienes, con todos los gastos pagados. Gracie, ve a Praga.

Nueva York, 2014

En su primera noche en Nueva York desde el fin de semana de su vigésimo primer cumpleaños, Grace Elliott se alojó en un hotel pequeño de una esquina bulliciosa cercana a Times Square. No fueron las sirenas y los alaridos nocturnos los que le robaron el sueño. Para eso tenía tapones. Grace no durmió porque a las nueve de la mañana del día siguiente había quedado con Elena Craig.

Cuando Elena se divorció de su célebre marido a principios de los noventa, fue un escándalo en Manhattan y noticia en el mundo entero. Salió en todos los telediarios y en todos los periódicos del planeta. Ella, en lugar de desperdiciar la oportunidad, lanzó su propio negocio: La Cure Craig.

Grace llevaba dieciséis años escribiendo sobre famosos para el *National Flash*, pero nunca había pasado la mañana con uno. Se había puesto el vestido negro de topos rojos sin mangas de Gap, lo mejor de su guardarropa. En el desayuno, mientras repasaba la lista de preguntas por última vez, le había caído un poco de café en el vestido y uno de los topos rojos se había vuelto marrón.

Su cita con Elena Craig era en la tienda insignia de La Cure Craig, a escasa distancia de Central Park West. Grace había decidido caminar, para serenarse y ver un poco la ciudad, pero era un día de marzo inusualmente ventoso. Las ráfagas de viento le azotaban el pelo en todas direcciones. Cuando llegó a su destino, el corte de pelo a lo Taylor Swift se había convertido en un despeinado desenfadado de día de playa. La recepcionista, que podría haber sido modelo de prendas vikingas, llevaba demasiada sombra de ojos negra. A Grace le parecía excesiva, pero sabía que la impresión era equivocada. Las que habían nacido en el Medio Oeste sabían desde niñas que en Nueva York las únicas que no iban a la moda eran ellas.

El edificio de La Cure Craig era de vidrio. Las lámparas de araña eran de vidrio, la escalera de caracol era de vidrio, los muebles eran de vidrio, y los cojines de piel, de un blanco immaculado. El piano mecánico de cola del vestíbulo era de vidrio y, en la primera visita de Grace al balneario, el segundo día de la primavera de 2014, tocó él solo una sonata de Chopin. En La Cure Craig, si algo no era de vidrio, era blanco.

¿Por qué vidrio? Grace había sabido, por el episodio dedicado a Elena Craig de una serie documental de Netflix sobre ricos, que los fabricantes de vidrio checos eran los más exquisitos. La cerveza y el vidrio eran elementos esenciales de su cultura, como el sushi y el sake en Japón o el sirope de arce y las disculpas innecesarias en Canadá. La entrada al balneario olía a hierbas calientes y dulces. Para calmarse mientras esperaba a Elena Craig, Grace se centró en Chopin. Sabía que esos pianos que tocaban solos tenían un nombre, pero no lo recordaba. Estaba tan cansada y nerviosa que le fallaba la memoria. Tenía pequeños espasmos en el párpado izquierdo.

A las nueve en punto, Elena Craig bajó la escalera de vidrio con un traje de chaqueta tan blanco que le servía de camuflaje. Grace se levantó para salir a su encuentro y se sintió pequeñísima. Aunque eran más o menos de la misma estatura, había algo gigantesco en Elena. Llenaba la estancia de sí misma, y eso no se apreciaba en televisión. Había dos tipos de reportajes sobre Elena Craig: aquellos en los que era la exmujer florero con acento raro que jamás había conseguido un puesto en la casta superior de la sociedad neoyorquina y aquellos otros en los que Elena era una mujer inteligente y formidable que había diseñado icónicos vehículos de lujo, había lanzado una de las cadenas de balnearios de mayor éxito en Estados Unidos y seguía siendo uno de los principales asesores de su exmarido. A Grace le dio la impresión de que era cierto lo segundo y que lo primero lo habían engendrado y alimentado hombres que se sentían intimidados por ella y detestaban esa sensación.

—¿Señorita Elliott?

—Puede llamarme Grace —dijo, y le tendió la mano.

Elena la aceptó y se la estrechó con fuerza. Sus ojos examinaron a su invitada y detectaron la mancha de café del vestido, sus zapatos baratos de centro

comercial, los restos de un grano que le había salido en la frente... Grace intentó taparse la mancha con la libreta, pero Elena la vio de todos modos. Unos instantes antes de hablar, estaba convencida de que ésta la iba a despachar. No era lo bastante elegante, ni iba lo bastante a la moda, no era lo bastante nada para estar en presencia de aquella mujer, y menos aún de escribir en su nombre.

—¿Cuándo has llegado, Grace?

—Ayer.

—Con lo que le he pagado, confío en que Steadman Coe te haya instalado en un hotel decente...

—Ah, sí. Estupendo.

—¿En serio?

—No, señorita Craig. Es un hotel espantoso.

—La próxima vez elegiremos algo mejor —dijo Elena, sonriendo muy levemente y envolviendo con sus manos las de Grace—. Estás nerviosa. ¿No conoces Nueva York? —añadió, y la condujo a un salón privado con vistas al parque—. Recuerdo la primera vez que vine a esta ciudad hace muchísimos años. No hay otra igual, ¿sí? Se siente una como un gusano, ¿sí?

—Sí.

Grace estuvo a punto de decir «Sí, gracias». Se preguntó cómo sabía Elena todo eso de ella, cómo lo sabía todo, salvo cuánto se había esforzado por parecer una mujer de mundo y segura de sí misma.

—¿Eres del Medio Oeste?

—Así es. ¿Cómo lo ha sabido?

En lugar de contestar, Elena la instó a que se sentara y le preguntó qué le apetecía beber o comer. ¿Quería que le enseñara La Cure Craig ya o mejor después? Cuando terminaran de hablar, ¿le apetecería un masaje, o una manicura, quizá?

Elena Craig era lo contrario de lo que Grace había imaginado: su poder residía en centrarse en otras personas, en conseguir que se sintieran importantes, interesantes y cómodas. Diez minutos más tarde, tras revelar detalles de su infancia en Minnesota, de contarle que la realidad de un sector implacable había frustrado sus ambiciones periodísticas y que no tenía la más mínima idea de

moda, Grace cayó en la cuenta de que Elena lo sabía todo de ella y ella, en cambio, comprendía cada vez menos a aquella mujer.

El trabajo consistía en una columna semanal de consejos en el *National Flash*, patrocinada por La Cure Craig y firmada por Elena. Hablaría de moda, de comida, de glamur, de maternidad, de segundas nupcias y de lo que Coe solía llamar «estupendez asequible».

Cada seis meses, Elena Craig y Grace Elliott se reunirían en persona y pensarían doce preguntas con sus respuestas. Se inventarían una mujer para cada pregunta y la ubicarían en algún lugar anodino. Elena pagaría el vuelo y el hotel y proporcionaría a Grace ciento veinte dólares diarios de los que Coe jamás sabría nada.

En su primer encuentro, Grace cayó en la cuenta de que no sabía ser el negro de nadie. Era algo muy distinto del periodismo. Las tres primeras preguntas que le hizo a Elena fueron demasiado generales, sobre su forma de pensar.

—Eso no le importa a nadie, ¿no? —dijo Elena—. ¿Buscan algo muy concreto? —Grace rio—. ¿Qué?, ¿me equivoco?

—No. Es curioso, pero tiene usted razón en todo.

—Eso sí que es curioso. Y algo triste también, la verdad. A ver, *duše moje*, antes de que empecemos de verdad, ¿te apetece un mimosa?

Grace nunca había probado ese cóctel.

—Vale. ¿Y qué me ha llamado?

—Es checo. Algo así como «mi alma». En *Pinocho*, que vi con mi hija, el alma del niño mentiroso es un grillo.

—Pepito Grillo.

—Eso eres tú. —Elena pidió dos mimosas—. Ahora imagina que eres una mujer corriente de cierta edad que vive en Nebraska. —A Grace le pareció que a Elena le encantaba decir «Nebraska»—. ¿Qué quieres saber de mí?

—Bueno, ha estado casada con Anthony Craig...

—Muchos años.

—Él es... famoso.

—Como poco.

—¿Por qué ha conservado su apellido? El divorcio es del dominio público.

Acabo de ver un documental sobre lo sucedido. Se portó fatal con usted.

Enseguida apareció un camarero con los dos mimosas y Elena le dedicó una mirada de complicidad al darle las gracias. Las copas llenas de zumo y champán quedaban preciosas sobre la mesa de vidrio.

—Te agradezco tu preocupación, *duše moje*, pero fue casi todo teatro, ¿sí? La vida es interpretación. Dime una cosa, ¿recordarías el nombre de Elena Klimentová?

—Puede.

—Lo dices por cortesía. Sé sincera. Lo olvidarías. Ya lo has olvidado, ¿sí? Soy una mujer de negocios. Mi nombre es mi marca.

Cinco minutos más tarde, Grace tenía lo siguiente:

Estimada Elena:

Sorprendí a mi marido engañándome con una de mis amigas, que tampoco es tan guapa. Le he pedido el divorcio, claro, pero ¿conservo su apellido?

DESOLADA EN HACKENSACK

Tras ese primer encuentro, siempre trabajaban a última hora de la tarde con una botella de champán, sin estropearla con zumo de naranja. Grace escuchaba a Elena, a Elena haciendo de Elena. Citaba frases clave para sonar auténtica. Con aquellas anotaciones llenaba una columna de veinticinco centímetros.

Para Coe era una maniobra egoísta: un proyecto publicitario lucrativo. Para Elena era un modo de seguir en el candelero, de mantenerse en contacto con un tipo de mujer que le interesaba de verdad: la que compraba periodicuchos en la caja del súper e imaginaba otro tipo de vida. Para Grace, aunque las columnas no llevaran su nombre, eran una forma de llegar a millones de lectores todas las semanas con algo de su propia cosecha. Salvo que hubiera un escándalo de los gordos, «Pregúntale a Elena» era la sección más leída del *National Flash*.

—El divorcio fue doloroso y humillante, pero Anthony y yo somos amigos, socios en la vida de nuestra hija, en nuestros intereses comerciales y en nuestras ambiciones. —Dio un trago largo—. Esto no lo puedes poner en tu columna,

pero hay otra razón: mi Tony se va a convertir en el hombre más poderoso del planeta.

—¿Cómo dice? —Grace dejó de escribir—. No sé a qué se refiere.

Elena Craig se inclinó sobre la mesa de vidrio. Debajo, burbujeaba y estallaba el champán de las copas. No sonreían su rostro ni sus ojos.

—Espera y verás, *duše moje* —dijo dándose un golpecito en la esfera del Cartier.

3

Praga, 2016

Grace Elliott se alegró de haber rescatado la bufanda nueva de cachemir de la papelería del almacén del centro de Montreal. Aun sin haber salido del aeropuerto, que recorría cargada con su bolsa de viaje, la hacía sentirse más europea. Era la primera vez que volaba fuera de Norteamérica. En el instituto habían hecho un viaje de fin de curso a Alemania, pero por entonces sus padres no podían permitirse los mil quinientos dólares que costaba. Fue una de las tres personas que se quedaron en casa, y todavía le daba vergüenza treinta años después.

Su mejor amiga, Manon, que tenía unos tíos en Francia, le había comentado que la mejor manera de combatir el desfase horario era no acostarse hasta que fuese de noche en el lugar de destino. El consejo no le hizo falta. Aunque era mediodía cuando llegó y nunca había sabido dormir en un avión, estaba tan emocionada de viajar a Europa que ni se imaginaba dando una cabezada.

El conductor de su Uber no hablaba inglés, pero eso no le impidió a Grace ir destacando todo lo europeo: los coches, los autobuses, las ambulancias; los árboles, las señales de tráfico, las vallas publicitarias, las rotondas...

—¿Eso es de la época comunista? —preguntó señalando un complejo de edificios de hormigón—. En Estados Unidos, para decir que un edificio es feo lo llamamos «comunista».

El conductor, que llevaba una gorra negra de los Yankees, se encogió de hombros y gruñó.

Cuando entraron en el casco antiguo de Praga, a Grace le costó una barbaridad no hacer fotos de mala calidad desde el asiento de atrás del vehículo

en marcha. ¿De qué otro modo podían manifestarse la felicidad y la admiración en 2016?

Elena le había pagado el vuelo y una habitación en el hotel Four Seasons, donde iba a lanzar su nueva línea de perfumes. La habitación no estaría lista hasta dentro de una hora, así que dio un paseo por el jardín que había detrás del edificio. El 25 de octubre soplaba un viento frío y las pocas hojas amarillas que aún aguantaban en las ramas de los álamos descendían en un remolino hasta el oscuro río Moldava.

Una bandada de pájaros sobrevolaba los tejados rojos de Malá Strana, «la pequeña orilla» del río. Los colores preferidos en el centro de Praga eran diversos tonos de sol. Los turistas, que no se dejaban desanimar por el viento, se apiñaban en el puente de Carlos, móvil en ristre. Había quedado para tomar una copa con Elena después de la rueda de prensa de las cuatro de la tarde. Tenía el abrigo en la maleta, que estaba en la consigna del hotel, de modo que, para comprender mejor el espíritu de Praga, en lugar de salir a explorar el casco antiguo se sentó en el elegante salón del hotel a leer un libro de un autor local: *El castillo*, de Kafka. Le costó concentrarse. En el vestíbulo, un inmenso mueble de madera con un espejo en el centro albergaba vinos y licores. Grace se miraba de reojo, con su bufanda azul y su suéter rojo.

Veinte minutos antes de la rueda de prensa, multitud de hombres y mujeres estilosamente desaliñados cruzaron el vestíbulo y bajaron la escalera en dirección a los salones del sótano: escritores, fotógrafos, equipos de rodaje en miniatura... Cuando la rueda de prensa estaba a punto de empezar, Grace cargó la copa a una habitación que todavía no había visto y bajó al sótano también.

En el salón de actos atestado de periodistas, un joven vestido con un traje de chaqueta cruzada hacía las presentaciones leyendo una chuleta. Grace se sentó en una de las últimas sillas, a tres filas del fondo. Aquel joven llamativo de refinado acento británico habló de renacimiento y reaparición y, cuando pronunció el nombre de Elena, ella salió de una puerta que tenía a su izquierda. Como los periodistas somos así, nadie aplaudió mucho, con lo que la dramática entrada quedó algo ridícula.

El rostro de Elena parecía más tirante, por la minicirugía que se había hecho a

principios del verano. Llevaba un vestido rojo con bordados asiáticos y el pelo de un rubio intenso. De lejos, la Elena de sesenta y seis años podía confundirse con la de los documentales de hacía tres decenios. Conservaba el aspecto atlético y contenido del entrenamiento gimnástico de su juventud.

—¡Madre mía! —exclamó uno de los periodistas, un hombre, detrás de Grace, cuando Elena hizo una pausa para contemplar al público.

Lo dijo con cierta impertinencia, y a Grace le dieron ganas de volverse a preguntar qué insinuaba, qué tenía que objetar. ¿Era demasiado guapa? ¿Demasiado glamurosa? ¿Demasiado fuerte?

—Cuando decidí relanzar mi línea de perfumes, sabía que no quería ponerle mi nombre a una fragancia que pudiese crear cualquiera. Lo que van a experimentar esta tarde procede de las frutas, las hierbas, las semillas y las flores de mis dos hogares: Bohemia y América. —Tomó aliento y volvió a establecer contacto visual con algunos de los periodistas antes de echar otro vistazo a sus apuntes—. Nos encontramos ante una nueva era que precisa una nueva línea de fragancias. Les presento a la nueva Elena.

Al fondo de la sala, un hombre de pelo blanco empezó a aplaudir, quizá con excesivo entusiasmo. Grace se volvió y su cara le sonó de algo. Al principio pensó que de la televisión, pero luego recordó: Montreal.

El maestro de ceremonias ocupó el lugar de Elena al micrófono.

—Habrán muestras para todos. —Luego lo repitió en checo—. ¿Alguna pregunta sobre las fragancias?

Doscientos brazos se levantaron a la vez.

—Lester Allan, de *The New York Times*. Siendo usted estadounidense nacida en otro país, señorita Craig, ¿qué le parecen las propuestas de su exmarido sobre inmigración?

—¿Fragancias? —dijo el joven maestro de ceremonias echando un vistazo a la concurrencia. Se levantaron unas cuantas manos—. Muy bien, usted.

—Anna Rocard, de la agencia France-Presse. Como feminista y mujer de negocios, ¿la ofenden los comentarios de monsieur Craig sobre las mujeres y las acusaciones de acoso que se han presentado recientemente contra él? Durante los trámites del divorcio, usted...

—¿Preguntas sobre las fragancias? —intervino el joven moderador dando golpecitos con el bolígrafo en el atril.

Al ver sonreír a Elena, Grace supo que le estaba costando muchísimo.

—No estaríamos aquí, ni nosotros ni ella, si no fuera por su condenado exmarido —espetó el tipo de detrás de Grace—. Son perfumes, por Dios.

Quedaron sólo unas manos levantadas.

—Garrick O’Byrne, de la BBC. ¿Ocupará un puesto en la Casa Blanca si gana su exmarido? Según él, es usted una de sus asesores de mayor confianza. ¿Sobre qué lo asesora exactamente?

—¡Sobre desodorantes! —gritó un hombre de las primeras filas.

Los periodistas rieron y aplaudieron.

En la universidad, e incluso cuando tenía veintimuchos o treinta y pocos años, la agencia France-Presse, la BBC, el *The New York Times* eran las empresas en las que Grace ansiaba trabajar, el destino final de todo periodista serio. Y, a pesar de la cantidad de cosas que había hecho desde su graduación, aún se veía así: camino de su objetivo.

El episodio de Montreal con Violet Rain la había lanzado de una patada a la brecha que había entre sus ambiciones, entre lo que todavía consideraba su yo más auténtico y genial y lo que hacía realmente para ganarse la vida. El *National Flash* iba a ser un puente hacia un futuro mejor, pero pronto haría veinte años que estaba allí. ¡Veinte años! Mucho tiempo para sentirse temporal, para sentirse avergonzada. Ahora, cada vez que iba a Estados Unidos y alguien le preguntaba a qué se dedicaba y dónde vivía, mentía.

Echó un vistazo a la sala. Unos cuantos periodistas seguían repitiendo «¡Desodorantes!» en tono burlón. No había ninguna mano alzada. Algunos de los reporteros se estaban levantando para marcharse. Debía de haber medio millón de dólares en dietas de viaje en aquella sala, echados a perder por un «sin comentarios».

—Grace Elliott, del *National Flash*.

Más risas. Le corrió el sudor por la espalda.

—¿Podría explicarnos mejor, señorita Craig, por qué cree que es el momento ideal para un resurgir de la industria del perfume?

—Gracias. Gracias, Grace. ¿A alguno de ustedes le da dolor de cabeza cuando entra en la sección de perfumería de Saks, en la Quinta Avenida? ¡A mí sí! Y les voy a decir...

Cuando terminó su perorata sobre hierbas orgánicas sólo quedaban en la sala unos cuantos periodistas. El moderador preguntó, en inglés y en checo, si había alguna otra pregunta sobre la nueva línea de fragancias, pero para entonces era obvio que la fiesta había terminado. Se llevó a Elena por la puerta lateral.

Grace sonrió a las cuatro últimas mujeres que quedaban en la sala mientras recogían sus grabadoras, sus libretas, sus móviles y sus bolsos. Ninguna de ellas le devolvió la sonrisa. En el pasillo habían instalado un puesto con café y galletas, pero cuando consiguió llegar a él ya no quedaba café, ni galletas, ni muestras de perfume.

En el baño de señoras, un montón de periodistas que hacían cola para entrar se burlaban de Elena: de su ropa, de su acento, de su pelo, de sus ojos y sus labios supermaquillados, de que hablara de sí misma en tercera persona... Pero, sobre todo, de su exmarido. Cuando ya no pudo aguantar más, Grace abandonó la cola y volvió al vestíbulo, donde el apuesto individuo de pelo blanco del fondo de la sala la estaba esperando.

—Señorita Elliott, permítame que la acompañe arriba.

Entonces recordó su nombre: Josef Straka. Había estado en la junta directiva con Steadman Coe y asistía a la fiesta de Navidad del *National Flash* todos los años. Ambos eran forasteros poderosos en la cultura quebequesa.

—Monsieur Straka, no sabía que fuese amigo de Elena.

Entraron en el ascensor. Straka vestía un traje azul marino y una camisa blanquísima almidonada con los dos primeros botones desabrochados y olía ligeramente a La Cure Craig. Le sostuvo la mirada a Grace más de lo que una persona normal lo habría hecho en un ascensor, aunque ella no habría sabido decir si de forma inquietante o paternal. Se preguntó si habría sido él quien, en 2014, había convencido a Steadman Coe para que pusiera en marcha la columna «Pregúntale a Elena».

Straka la miraba fijamente, nada más. Sí, era inquietante, decidió ella. Luego se llevó la mano a la chaqueta, sacó una tarjeta de visita y se la dio a Grace.

Mientras esperaba en el vestíbulo, ya saturada de Kafka, Grace había leído un folleto sobre el hotel. El Four Seasons era la combinación de cuatro épocas arquitectónicas que coincidían con las grandes épocas de la ciudad: la barroca, la renacentista, la neoclásica y la moderna. Camino de la suite presidencial, Grace trató de averiguar por qué época estaban pasando.

Elena se encontraba delante del ventanal que daba al río. Su postura era perfecta, como la de Josef Straka, y a Grace no le costó imaginar a esos dos aristócratas centroeuropeos juntos. Por la ventana, Grace vio el castillo, el puente de Carlos y el monte Petřín. Unos rayos de sol vespertinos se colaban entre las nubes e iluminaban los tejados rojos de Malá Strana. Por un elegante altavoz Bose situado en un rincón, sonaba suavemente música clásica de piano. En la mesa había una botella de vodka abierta a medio terminar, una lata de tónica y un limón cortado en cuartos. Elena sostenía un vaso, le dio un sorbo. No se volvió.

—*Duše moje...*

—Siento lo ocurrido abajo.

Grace hablaba con libertad, pero habría preferido estar a solas con Elena. No eran muy amigas, pero ella quería que lo fueran. Eso era lo bueno de que el reportaje de Violet Rain no hubiera prosperado: no había tenido que traicionar la confianza de Elena. En lugar de trajinar en la cocina de la suite o por lo menos tontear con el móvil, Straka se las quedó mirando.

—Gracias, querida. Sospechaba que sería terrible, y así ha sido. Tienen razón. Quiero las dos cosas: ser yo misma pero seguir siendo esa mujer. Ése es mi problema. —Straka dijo algo en checo—. No, Josef, lo digo en serio. La palabra correcta es «problema».

Elena se volvió a mirarlos. Grace esperaba lágrimas o al menos tristeza, decepción, pero sus ojos no parecían empañados, sino desafiantes.

Su último encuentro había sido en los Hamptons esa primavera. Se hablaba de Anthony Craig como probable candidato del Partido Republicano a la presidencia, y Elena se mantenía al margen «por la integridad de la campaña». Trabajaron en sus seis meses de «Pregúntale a Elena» sentadas en un balcón con vistas al mar y acompañadas por una botella de champán Gosset Grand Blanc de

Blancs. Hacía calor, pero estaba nublado y lloviznaba en la playa. La casa de tejas azules y seis dormitorios formaba parte de una urbanización que pertenecía a personas que hablaban lenguas eslavas, llevaban el mismo tipo de chándal, fumaban cigarrillos, conducían Range Rovers y Porsches, escuchaban tecno de finales de los noventa y bailaban hasta bien entrada la noche.

Grace jamás había visto a Elena sombría. Supuso que habría querido participar más activamente en la campaña presidencial, que se sentía cruelmente excluida por la maquinaria profesional, pero cuando acabaron la botella de Gosset, Elena le confesó que la habían invitado a la convención. La habían invitado a hablar, pero había rechazado la propuesta, algo que parecía impropio de ella. Los dueños de la urbanización la irritaban, pero cuando Grace le preguntó quiénes eran cambió de tema. Habló de la nueva esposa de Anthony Craig y de Violet Rain. Grace no acababa de entender si estaba celosa o era otra cosa.

Fue, con mucho, el día más raro que pasaron juntas.

Estimada Elena:

Su exmarido es el candidato elegido por el Partido Republicano y se presentará a las elecciones presidenciales en otoño. Podría convertirse, como ya predijo usted, en el hombre más poderoso del planeta. Sigue siendo socio suyo o una especie de amigo. ¿Por qué se comporta usted como si se le acabara de morir el perro?

INTRIGADA EN WESTHAMPTON BEACH

Ahora, en la suite presidencial del Four Seasons, Elena acercó a Grace a la ventana y juntas miraron por ella en silencio; la música de piano era una banda sonora perfecta para la escena melancólica que tenían delante: una Praga otoñal al atardecer. Le dieron ganas de preguntarle por la campaña presidencial, pero ya le habían preguntado bastantes personas ese día.

Al fondo, Straka se aclaró la garganta.

—La señorita Elliott me conoce.

—De Montreal —dijo Grace—. Es amigo de Steadman Coe.

Elena meneó la cabeza.

—Me preocupa que nuestro señor Coe se esté poniendo demasiado pesado con mi querido Tony. ¿Qué te parece a ti? ¿Es demasiado?

—Coe cree que tienen un público en común.

Elena le cogió la mano a Grace.

—Confiaba en que trabajáramos esta tarde y esta noche en «Pregúntale a Elena» con vodka y tónica y algo delicioso y poco dietético del servicio de habitaciones, pero no estoy de humor. Lo de hoy ha sido un error. —Suspiró—. Cuando gane, Tony les arrancará de la cara esas sonrisas de satisfacción.

Straka le rellenó el vaso de vodka a Elena. No se molestó en añadir tónica ni limón, ni en ofrecerle uno a Grace.

—Mañana, *duše moje*, me voy a mi ciudad natal.

—¿A Mladá Boleslav?

—Muy bien, te acuerdas. Vendrás conmigo. Trabajaremos en el coche, ¿sí?

—Me encantaría.

Straka le puso la mano izquierda en la espalda a Grace y con la derecha le señaló la puerta de la suite. A ésta no le parecía bien dejar a Elena sola con él, pero no sabía por qué.

—¿Se encuentra bien, señorita Craig?

—A las diez de la mañana, *duše moje*. Me habré recuperado.

No tenía elección. Dejó que aquel tipo la sacara de allí.

—Si necesita algo, estoy en mi habitación...

—Ya sabe dónde encontrarla, señorita Elliott —dijo él desde el umbral—.

Buenas noches.

Grace esperó y vio a Elena en la penumbra de la suite presidencial mientras Josef Straka cerraba la puerta.

Mladá Boleslav, Chescoslovaquia, 1968

En el mismo instante en que empezó a caer de la barra de equilibrio en los campeonatos nacionales, Elena Klimentová supo que su vida había cambiado. No terminaría entre las tres primeras. No terminaría entre las treinta primeras. Le había faltado seguridad en el salto de trampolín y no había bordado el ejercicio de barras asimétricas.

Había sido su sueño durante años: viajar por el mundo vestida con mallas de gimnasta. Ahora que una chica checa corriente, Věra Čáslavská, había ganado seis medallas en la capital de México, el sueño de Elena parecía posible. Subiría al podio en Francia, Estados Unidos, Corea, con ramos de flores amarillas. Levantaría un brazo, humildemente. *Kde domov můj?*, el himno de su país, sonaría por los inmensos altavoces negros. Alguien abriría una botella de champán, el público exclamaría admirado y ella llevaría la bandera checa sobre los hombros.

De vuelta a Mladá Boleslav en coche, en dirección norte, el viento soplaba con tanta violencia que Elena pensó que el pequeño Škoda azul saldría volando a la cuneta de la carretera helada. El granizo aporreaba el parabrisas. Su sueño y los cientos de horas, los miles de horas que había invertido en él eran una humillación.

La asqueaba.

«Adelante —se dijo—, sal volando a la cuneta.»

El entrenador Vacek hablaba sólo con su compañero, Josef, que había terminado entre los diez mejores en todas sus pruebas. Recostado en el asiento delantero, Josef relataba sus triunfos en la competición: un chico de Praga, uno

de sus rivales de siempre, se había caído de las barras asimétricas y había llorado.

—¡Ajá! —El entrenador Vacek dio un puñetazo al volante, rio al techo del Škoda, sacudió el puño.

Cuando llegaron a Mladá Boleslav, la ciudad estaba a oscuras. Diciembre era distinto ahora. Los nuevos soldados, que no hablaban checo, habían confiscado las luces de Navidad porque eran signos del imperialismo occidental, signos de resistencia y, por tanto, de traición. Sólo había dos puestos en el mercado que se montaba delante del antiguo ayuntamiento y una estatua sombría de Ded Moroz, el Señor del Invierno, con su vara rusa.

Josef vivía al norte de la ciudad, así que el entrenador Vacek paró primero en la casita de Elena en lo que su madre llamaba «el gueto de la estación», a orillas del turbio río Jizera. Esa noche, vista desde el prisma del fracaso, la casa pequeña, triste y gris parecía aún más pequeña, más triste y más gris. Elena abrió la puerta del coche antes de que se detuviera del todo.

—Deja que te ayude —dijo Josef.

—Puedo sola.

Elena cogió su bolsa del asiento de atrás.

El entrenador Vacek se encendió un cigarrillo.

—Voy contigo —le dijo.

—No —repuso ella.

—No te encontrabas bien. Has perdido el equilibrio.

Se encontraba perfectamente antes de la competición. Llevaba semanas entrenando, todo el verano y todo el otoño. No había excusas que no fueran mentira y, en el oscuro trayecto de tres horas a casa, se había prometido decir la verdad. Elena ya había cumplido los dieciocho. Había tenido su oportunidad y la había perdido. Tampoco era tan malo tener sueños corrientes. Trabajaría en la fábrica, como su madre y su abuela.

El entrenador Vacek la siguió hasta la puerta. También lo hizo Josef.

—Por favor —les dijo, volviéndose hacia ellos—, marchaos a casa.

Vacek y Josef entendían lo que aquello significaba para Elena y para sus padres. Una hija que proporcionaba gloria a Checoslovaquia y al Partido

Comunista también se la proporcionaba a sus padres: mejor comida, mejores empleos, mejores médicos.

Una vivienda mejor. Un lugar que su madre merecía.

Elena cerró los ojos un momento, suspiró y abrió la puerta. El entrenador y Josef la siguieron al interior. Estaba a punto de pedirles otra vez que volvieran al coche a hablar de sus extraordinarios éxitos cuando la temperatura de la casa, el olor y la electricidad la paralizaron.

—Cariño.

Su madre, Jana, llevaba un vestido rojo y se había pintado los labios. Era casi treinta centímetros más baja que Elena, se había ensanchado de cintura y su pelo, antes negro como las aceitunas, se había vuelto entrecano. En sus tiempos, le contaba a Elena, había sido la chica más popular y más hermosa de Mladá Boleslav. Era descendiente secreta de Carlos IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de Bohemia, y la bella Blanca Margarita de Valois, pero los comunistas no podían saberlo porque les daría envidia y les complicarían la vida aún más.

Jana agarró la bolsa de Elena y la dejó en la mesa de la cocina, algo que iba en contra de todas las normas de la casa. El equipo de gimnasia iba directamente al armario. Su madre ignoró al entrenador Vacek y a Josef, que esperaban un saludo, y le susurró a su hija al oído:

—Tenemos visita. Una visita maravillosa.

Había algo en el horno: carne y dumplings. Elena tenía hambre, pero ¿por qué había una cena especial un domingo a las ocho de la noche?

Se volvió hacia el entrenador Vacek y Josef, cuyos rostros revelaban el mismo desconcierto que sentía ella, y pasaron todos en silencio de la cocina al pequeño salón.

Sentado al lado de su padre, que parecía haber perdido la mitad de la sangre de su cuerpo, había un joven vestido con un traje muy formal. El joven se levantó y le tendió la mano. Era delgado y apuesto y desprendía la seguridad en sí mismo de un profesor universitario. Elena se sintió de inmediato infantil y ridícula con sus mallas azules descoloridas y la chaqueta del equipo.

—Elena... —dijo con acento ruso.

—Buenas noches —respondió ella, y le estrechó la mano de piel suave y tersa.

—Soy Sergei Sorokin. He venido desde Praga para conoceros a ti y a tus padres. —Avanzó un poco más y estrechó la mano del entrenador Vacek y de Josef. También sabía quiénes eran—. ¿Qué tal ha ido hoy?

Elena quería que todas aquellas personas salieran de su casa para poder hablar con sus padres y posiblemente llorar.

—Josef ha quedado el séptimo —indicó.

Sergei Sorokin aplaudió y la madre de Elena lo imitó. Hubo que presionar un poco a su padre para que se pusiera en pie y aplaudiese también.

—¿Y tú? —preguntó Sergei.

Elena tuvo la sensación de que ya sabía la respuesta.

—No he tenido un buen día.

—Está acatarrada —dijo Josef.

—Eso puede afectar al oído interno, al equilibrio —añadió el entrenador Vacek.

—Bobadas. Estaba estupendamente. Lo que pasa es que lo he hecho fatal. He quedado en el puesto treinta y nueve de la tabla final. Lo siento, mamá. Papá...

Se habían presentado doscientas cincuenta gimnastas femeninas a la competición. No era un resultado desastroso para una atleta mediocre, pero Elena no era una atleta mediocre. Hasta entonces, había impulsado su vida la creencia, la certeza, de que era excepcional, una de las mejores no sólo de Checoslovaquia sino del mundo. Pero había notado un cambio mientras subía corriendo las colinas de Mladá Boleslav a principios del otoño, preparándose para los campeonatos nacionales. Las chicas más jóvenes tenían más potencia en las piernas. Eran más fuertes y más elegantes.

La familia Kliment vivía en la planta baja de la casa. Otra familia, los Novaks, que tenían un niño de cinco años con muy mal genio, ocupaban la planta superior. Había un dormitorio para sus padres y un despacho o cuartito con el espacio justo para una cama y un escritorio, el dormitorio de Elena.

Suspiró. ¿Había acabado ya aquello, fuera lo que fuese? ¿Podía irse a su cuartito y que sus padres siguieran hablando de lo que tuvieran que hablar con el

joven ruso?

—Sabía que había venido al sitio correcto —dijo Sergei, y sonrió.

Los rusos no sonreían. Cientos de miles de ellos habían llegado al país hacía unos meses con tanques y armas para «normalizarlo». Mucha gente joven había muerto. Elena sabía que su padre estaba preocupado y que había querido huir a la frontera austríaca.

Ya era demasiado tarde. Había soldados armados en torres; habían levantado vallas electrificadas y patrullaban la frontera con camiones y pastores alemanes entrenados para destrozarte. Elena sabía que, si lograbas como fuera pasar la valla, entrabas en los campos de minas.

No se les permitía hablar de eso. De nada de eso. Ni en casa, donde alguien podía oírlo, ni en la escuela, ni en las montañas, ni en el pueblo. La policía tenía oídos en todas partes. Se enteraba de todo.

Aun así, Sergei sonrió.

—Hace falta mucho valor para reconocer la propia derrota. No buscas consuelo. Te enfrentas a la cruda realidad. —Elena contempló la alfombra fina y deshilachada—. He venido aquí para decirte, Elena Klimentová, que lo que ha ocurrido hoy no importa.

—¿Qué está pasando aquí? —intervino Josef, acercándose bruscamente a Sergei, que lo ignoró.

—¿Ves, cariño? —dijo su madre, envolviéndole las manos heladas con las suyas—. Es un nuevo comienzo para nosotros.

Sergei Sorokin le estrechó la mano al entrenador Vacek y le agradeció que hubiera cuidado tan bien de Elena. A Josef no le dio la mano.

—¿Quién es usted? —preguntó el entrenador Vacek, irguiéndose.

—Buenas noches —contestó Sergei, señalando la puerta.

El entrenador no se movió.

—Le he preguntado quién es.

Sergei se acercó a él y le habló en voz baja.

—Márchese. O lo obligaré a hacerlo.

—Petr, ¿qué es todo esto? —inquirió el entrenador, mirando a los padres de Elena.

—Vete —pidió su padre sin convicción.

Cuando se cerró la puerta de la calle y se quedaron solos, Elena inspiró entrecortadamente. Sabía que estaba a punto de ocurrir algo terrible. Ese hombre, Sergei Sorokin, se llevaría a su padre y lo encerraría en un campo de trabajo. De algún modo se había enterado de lo que había estado pensando desde que los rusos habían llegado a Praga. Aquel joven sabía que su padre había vitoreado a Věra Čáslavská en las Olimpiadas cuando había protestado por la ocupación soviética en la ceremonia de entrega de premios. Sergei Sorokin iba a sacar un arma del bolsillo interior de la chaqueta y le iba a pegar un tiro en la cabeza a su padre sin que desapareciera de su rostro esa sonrisa torcida.

Fuera, el Škoda se alejó ruidosamente de la casita.

Tardó un momento en darse cuenta de que Sergei Sorokin se dirigía a ella.

—Tengo entendido que tu abuela era la capataz de la fábrica Laurin & Klement.

—Sí, señor —susurró Elena.

—Sois realeza Škoda.

Elena vio sonreír a su madre. Jana siempre se quejaba de eso, de que el comunismo había erosionado las jerarquías buenas y naturales de Mladá Boleslav. Su sitio estaba en la cima de la montaña, en las habitaciones en las que la propia Jana se había criado. Había que tocar el piano por las tardes. Había que arreglarse para la cena, tener criada.

La realeza.

—Me gusta eso de Checoslovaquia, esas tendencias matriarcales. —Sergei volvió a sonreír, esa vez a Jana—. ¿Sí?

—Ah, sí —contestó Jana.

¿Su madre llevaba una flor en el pelo? Cayó en la cuenta de que era un trozo de tela viejo, una rosa artificial sujeta con un prendedor.

—Y tú, Elena Klimentová, eres tan asombrosamente bella. —Elena volvió a mirar la alfombra. ¿Era una amenaza?—. Te preguntarás qué hago aquí, Elena Klimentová. ¿Puedo llamarte Elena?

—Sí, señor.

¿Cuántos años tendría? No sería mucho mayor que ella, pero su forma de

hablar, su pose, el modo en que dominaba la estancia desprendían mucha más inteligencia y experiencia.

Había cuatro vasos en la mesa. Sergei alargó la mano, llenó el vaso vacío de Becherovka y se los ofreció.

Elena olisqueó el suyo. El olor amargo del licor de hierbas le recordó a las navidades y a la estatua del Señor del Invierno que había en la plaza del pueblo. Aquello era una pesadilla. Los rusos lo habían estropeado todo. Sin embargo, ese joven de sonrisa taimada no había sacado el arma para castigarlos... todavía.

—¡Por Elena!

Alzaron los vasos, brindaron por ella y bebieron.

—Pero si me he caído de la barra de equilibrio... Hoy ha sido un desastre.

—Dentro de tres semanas, Elena, te mudarás a Praga. Te han aceptado en un programa especial de la Universidad Carolina, una de las más antiguas y exquisitas del mundo.

—Un programa muy especial, cariño —dijo Jana.

—Pero yo no he solicitado plaza en ningún programa...

—Y tus padres se mudarán a una casa mucho más grande en la parte alta de la montaña. Allí tendrás una habitación preciosa, para cuando vayas de visita.

—¿Ves? —terció Jana.

El padre de Elena, Petr, miraba a la pared. Ya se había bebido el vaso de Becherovka.

—¿Qué clase de programa es ése, señor Sorokin?

—Sé que eres una alumna brillante, Elena. He hablado con tus profesores de aquí, de Mladá Boleslav. En Praga aprenderás idiomas y cultura. Te enseñarán economía y finanzas, filosofía y filosofía política, a la que a veces se llama diplomacia. Aprenderás cómo se vive en otros países. ¿Conoces la palabra francesa *étiquette*? Pues aprenderás etiqueta. A comportarte en cualquier lugar, delante de cualquiera. Moda, incluso. Y, si quieres, podrás seguir con la gimnasia. Con los mejores entrenadores de Checoslovaquia. ¿Qué te parece? —«¿Por qué yo?», se preguntó Elena. «¿Qué he hecho yo para merecerlo?»—. Sólo debes recordar una cosa, algo importante.

—Muy importante —dijo Jana—. Escucha con atención esta parte.

Sergei Sorokin se volvió hacia el padre de Elena y lo miró fijamente un momento antes de dirigirse a ella de nuevo.

—Es cuestión de vida o muerte, me temo. —Hizo una pausa, con su pálido semblante muy serio—. Jamás hablarás de esto con nadie.

—¿De la Universidad Carolina?

—Ah, sí, de eso sí hablarás. Estarás inscrita oficialmente en el departamento de educación física, dada tu aptitud para el deporte, ¿sí?

—Sí.

—De eso puedes hablar. Tus padres pueden presumir de ti, de su hija universitaria. Pero del programa especial, de las oportunidades especiales, de la vida especial que todo esto te proporcionará, de eso no podrás hablar nunca.

—Pero ¿por qué?

Por un instante, Sergei Sorokin la miró como había mirado al entrenador Vacek, y Elena se estremeció. Ese hombre era capaz de meterte la mano en la boca y arrancarte de cuajo la lengua.

—Lo entenderás más adelante.

—¿Tengo que aceptar, señor Sorokin? ¿Y si...?

Su padre habló por segunda vez. Todos se volvieron a mirarlo.

—Lo siento mucho, cariño —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Mi máxima prioridad es protegerte, pero debes entrar en ese programa. No puedes negarte.

Praga, 2016

A la mañana siguiente alguien llamó a la puerta de Grace. Un hombre de unos veinte años, vestido con un traje barato de poliéster, se presentó como Gabriel, el chófer. La condujo al vestíbulo y luego a la calle, donde los esperaba un sedán Craig alargado de color plata, estilo limusina. En cuanto estuvo instalada, el chófer fue en busca de Elena. Los asientos eran de piel negra con el borde de madera y había un ventilador diminuto entre la parte delantera y la trasera. Dentro tenían refrescos, agua y una botella de champán Perrier-Jouët.

Grace hablaba francés, pero no tan bien como Elena, que cuando subió al vehículo iba discutiendo al teléfono sobre un nuevo contrato de distribución de sus fragancias en las Galeries Lafayette de Francia. La mujer con la que hablaba quería esperar a que pasaran las elecciones, pero Elena no estaba de acuerdo y la acusaba discretamente de prácticas discriminatorias.

Hacía una mañana gris y amenazaba con llover. Grace observó por la ventanilla cómo el adoquinado del casco antiguo de Praga se convertía en aceras, los edificios de piedra tallada se transformaban en bloques de hormigón y las curvas, las florituras artísticas y la belleza se volvían simples rectángulos. Había pocos peatones en la calle y ningún ciclista.

Grace se inclinó hacia delante con su libreta.

—Gabriel, ¿tiene nombre el estilo arquitectónico de la época comunista?

—¿Se refiere a eso? —dijo él, señalando el típico conjunto feísimo de edificios de hormigón.

—Sí.

A su lado, Elena al parecer había logrado una victoria y elogiaba a madame por su inteligencia y su valentía.

—Se llaman *paneláky*. Era una forma muy rápida y eficaz de construir. Muchas familias vivían en pisos idénticos. En la República Checa somos campeones del mundo de hormigón.

A Grace le recordaban a los proyectos de vivienda pública de las afueras de Nueva York y de Minneapolis.

—Pues lo siento, pero son muy deprimentes.

Gabriel la miró por el retrovisor.

—¿Es usted una mujer feliz?

—Voy por Praga con una botella de champán en el asiento de atrás de un Craig. ¿Cómo no iba a serlo?

—Los checos no somos así. A lo mejor un día mis hijos o los hijos de mis hijos estarán siempre contentos como los americanos.

Elena terminó su llamada.

—*Très bien, ¿empezamos, duše moje?*

En el vuelo a Praga, a Grace se le habían ocurrido dieciocho preguntas de dieciocho posibles mujeres de los estados que habían ido sobrevolando, ninguna de ellas interesantísima.

—¿Cómo es que habla tantos idiomas? —le preguntó en cambio.

—No son tantos.

—En su época no debía de ser normal que una niña checa supiese idiomas...

Elena le cogió la libreta.

—Ésa no parece una pregunta propia de una mujer de Ephraim, Utah.

Estaban fuera de la ciudad, pero de vez en cuando aparecía una minimetrópolis desierta en un valle. Había versiones rurales de los proyectos urbanísticos de hormigón: un edificio con una fábrica al lado, ambos abandonados, unos columpios oxidados...

Steadman Coe había echado a perder el salto al periodismo de investigación que Grace había previsto, pero había acertado en una cosa: ahora tenía acceso exclusivo a Elena Craig. La noche anterior había pensado en ella, sola en la oscuridad de su suite presidencial. Elena era algo más que la dueña de una cadena de balnearios. Era una mujer complicada, capaz y fascinante a un paso de un poder inmenso. En su habitación de hotel pequeña pero perfecta, Grace había

barajado la posibilidad de escribir la historia de su vida. Repasó los apuntes de sus cinco encuentros, pero no había mucho allí aparte del material de «Pregúntale a Elena». Había investigado todo lo que había podido encontrar en internet sobre la infancia de Elena en Mladá Boleslav, sobre su matrimonio con Anthony Craig, sobre el divorcio. Casi todo provenía de revistas del corazón neoyorquinas de los noventa y no era especialmente interesante.

Sacó un libro del bolso, el que había comprado en el aeropuerto de Montreal: las memorias sobre el éxito empresarial de Anthony Craig publicadas en 1988: *Hazlo a lo grande o no lo hagas*. Volvía a ser un bestseller ahora que se presentaba a la presidencia. Esa mañana, delante de un cuenco de yogur con cereales granola, en el restaurante del Four Seasons, había subrayado los apartados dedicados a Elena. Ahora, en el asiento de atrás del Craig, localizó la página 79 y leyó en voz alta.

Elena Klimentová estuvo en el equipo olímpico de gimnasia deportiva de Checoslovaquia en 1972, fue supermodelo en Europa y Canadá, se licenció en la mejor universidad de Praga, procede de una familia de ingenieros de coches y es dura como una piedra. Y aquí la tengo, sin acompañante, en mi fiesta, el día más importante de mi vida hasta la fecha. ¡La mujer perfecta!

Elena le arrebató el libro para hojearlo ella misma. Tenía fotos en el centro.

—Anthony exageraba. Yo no era más que un reemplazo.

—¿A qué se refiere?

—Si otra gimnasta se ponía mala, yo la sustituía.

—¿No competía?

—No.

Fue uno de esos noes que no dejan lugar a más preguntas. Grace fingió indiferencia, pero estaba deseando abrir su libreta y empezar a escribir.

—¿Josef Straka era su novio?

Elena rio.

—Sí y no. En el fondo era como un hermano. Pero ya sabes lo que pasa cuando eres joven.

Grace pensó en el extraño trayecto en el ascensor cuando Straka la había llevado a la suite presidencial.

—Yo no tuve un novio-hermano.

Elena le pegó flojito con el libro en la cabeza.

—Tenemos que preparar nuestras preguntas para el *Flash*. Mi tiempo es oro.

Gabriel dijo algo en checo y Elena le dio instrucciones. El chófer salió de la autopista y enfilaron una carretera secundaria que se adentraba en un valle profundo cruzado por un pequeño río. Al final de un acceso largo salpicado de árboles frutales nudosos, retorcidos y desprovistos de hojas, había una casa grande de piedra.

El Craig se detuvo delante de la casa y Elena esperó a que Gabriel saliera a abrirle la puerta. Grace bajó por su cuenta y rodeó el vehículo hasta el lado de Elena. Sólo se oía el canto de algunos pájaros. Nadie en kilómetros a la redonda podía verlos ni saber qué hacían. Elena inspiró hondo y abrió los brazos.

—¿Hueles eso?

A Grace le olía a aire libre.

—Esto tendría que estar en todos mis frascos de perfume. Naturaleza, infancia, esperanza, familia, seguridad.

La enorme casa de piedra estaba cerrada a cal y canto y las persianas bajadas. Grace describió el lugar en su libreta e hizo unas fotos.

—¿Ésta es su casa, señorita Craig?

Elena no respondió enseguida. Se alejó del edificio en dirección a la orilla embarrada del río de aguas turbias.

—Cuando estaba en la universidad, venía aquí a ver a mis padres. Mi padre y yo dábamos unos paseos preciosos. Después de que Anthony y yo nos casáramos, mi hija y yo veníamos todos los veranos, luego yo volvía a Estados Unidos y ella se quedaba con su abuelo.

—¿Antes del fin del comunismo?

—Huy, sí.

—¿Y cómo era aquello? —Elena observó la libreta de Grace—. Me refiero a que a su hija debía de resultarle raro trasladarse del centro mundial del capitalismo a un país comunista.

—¿Por qué?

—Son muy distintos. Podría decirse que llevaba una doble vida.

—No, no era «una doble vida» en absoluto. Mi padre le enseñaba cosas. A

pescar, a cuidar el jardín, a vivir de la tierra al estilo clásico europeo. Aprendió a cuidar de sí misma, ya fuera multimillonaria como Anthony o... —Volvió a mirar el río—. Mi padre murió demasiado joven. Yo no estuve a su lado cuando me necesitaba.

—¿Su padre... creía en el comunismo?

—Mi padre creía en su familia. Creía en el orden y en la seguridad. A veces hacemos concesiones, sacrificios. ¡Todos nosotros! Independientemente de dónde vivamos. Protegemos a nuestros hijos.

—¿Y su madre? No habla mucho de ella.

—Ah, ella adora su vida en Nueva York y en Florida.

Elena rodeó con el brazo a Grace, la condujo hacia el coche y le quitó la libreta de la mano. La abrió y miró lo que Grace había estado garabateando. Gabriel se adelantó para abrirle la puerta.

—El comunismo no le fue tan mal a su familia. Este sitio está bastante bien.

—Tuvimos suerte. Pero te voy a enseñar otra cosa.

Después de quince minutos de silencio casi absoluto, llegaron a los alrededores llanos de una población levantada en lo alto de una montaña: Mladá Boleslav. Grace quiso anotar una descripción, pero Elena no le había devuelto la libreta. En checo, Elena indicó a Gabriel cómo llegar a un conjunto espantoso de casas de hormigón de dos plantas, estropeadas por el mal tiempo. Los árboles de la entrada estaban descuidados. En los rincones del jardín había plásticos polvorientos.

Se detuvieron delante de la casa de dos apartamentos, uno arriba y otro abajo.

—¿Esto te parece bien? —le preguntó Elena sin mirarla—. ¿Aún piensas que el comunismo no nos fue tan mal? Aquí era donde vivía de niña. Daba igual que mi abuela fuese la capataza de la fábrica de automóviles Laurin & Klement. Daba igual que mis padres tuvieran estudios, que mi madre fuese ingeniera y mi padre óptico. Vivíamos así, como los demás. Eso es el comunismo. ¿Que está bastante bien, dices?

Costaba imaginar a Elena en un edificio como aquél.

Grace hizo una foto a la casa y volvieron a subir al coche. Elena había dejado la libreta en el asiento, así que Grace la cogió y la abrió por una hoja en blanco.

Le preguntó cómo era la casita por dentro, cuál era su rutina diaria cuando era pequeña. Elena volvió a hablarle de su padre y pareció a punto de echarse a llorar.

Gabriel inició el ascenso a la cima de la montaña por una carretera accidentada en la que fueron dejando atrás escaparates de tiendas vacías y abandonadas. En las aceras, hombres y mujeres jóvenes bebían cerveza en lata y fumaban cigarrillos.

—¿Qué cambió? —Elena no contestó—. ¿Cómo fueron usted y su familia de esa casa a esa preciosa finca que me ha enseñado antes?

—Ya te lo he dicho: tuvimos suerte.

—Pero ¿eso qué significa? ¿Se rifaban las casas o algo así?

En lo alto de la montaña había una curva muy cerrada que desembocaba en una plaza, presidida por una estatua, y un espléndido ayuntamiento antiguo con campanario y cúpula en forma de cebolla. Había también unas obras de arte de aspecto industrial, unos tubos oscuros retorcidos.

Como Elena no le había contestado, Grace prosiguió:

—No sé mucho sobre la Checoslovaquia comunista. Cuando era...

Elena se volvió hacia ella con un destello de rabia en la mirada que nunca le había visto y le arrebató la libreta de las manos. La abrió y empezó a arrancar las páginas en las que Grace había escrito.

—Bájate —le susurró.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Esto no es para «Pregúntale a Elena» —dijo mientras seguía arrancando hojas y metiéndolas a presión en el compartimento lateral de la puerta—. No sé qué haces, ¿por qué anotas esas cosas? ¿Para qué?

—Iba a... iba a preguntarle si podía escribir un libro sobre usted. Lo siento, debería habérselo comentado antes. Es usted una mujer asombrosa e inspiradora, con lo que ha tenido que costarle pasar de esa casa del pie de la montaña a su vida actual, y creo que muchas mujeres...

—Bájate del coche —le dijo Elena más alto.

—Señorita Craig, por favor. Sólo es una idea. Obviamente, si no quiere que lo escriba, no lo escribiré.

—¿Un libro de secretos? ¿De revelaciones? Has abusado de mi confianza. ¡Gabriel!

Entonces pasó al checo, bramó unas órdenes. Una vez arrancadas todas las páginas en las que había algo escrito, le devolvió a Grace la libreta de malas maneras. Gabriel miró por el retrovisor, miró a Grace a los ojos. Antes de que él rodeara el coche, ella ya había abierto la puerta.

Grace balbució una disculpa y pidió una segunda oportunidad, pero Elena se negó a mirarla. Empezó a llover y no llevaba paraguas ni abrigo.

Sin mediar palabra, Gabriel apartó a Grace del vehículo, cerró la puerta, volvió a su asiento y subió. Un minuto después, el largo sedán Craig traqueteaba por el adoquinado, dejaba atrás el ayuntamiento y bajaba la montaña.

Al principio le pareció tan absurdo que a Grace le dieron ganas de reír. En todo el tiempo que habían pasado juntas jamás había visto a Elena reaccionar así a nada. Luego cayó en la cuenta de que «Pregúntale a Elena» se había terminado, o al menos su papel en la columna. La lluvia era fría y el viento desagradable. Había cinco o seis personas en la plaza estrecha, tapándose con bolsas o refugiándose en algún escaparate, fumando. Un perro negro grande vagaba entre las esculturas industriales, sin correa ni dueño siquiera. Estaba sola en una población sin turismo aparente a una hora de Praga.

Con el corazón alborotado, exploró los rostros de los lugareños en busca de la cara más amable y optó por una anciana robusta que se resguardaba bajo el toldo de una tienda de comida para mascotas con un cigarrillo entre los dedos y un gorro de lana azul en la cabeza.

—Hola. —La mujer no le devolvió la sonrisa, pero levantó el cigarrillo a modo de saludo—. Perdona, ¿habla inglés? —Por lo visto, no. Después de un instante, la mujer señaló con el cigarrillo un edificio al otro lado de la plaza—. ¿Allí? ¿En esa tienda? ¿Allí hay alguien que habla inglés?

—Inglés —dijo la mujer.

Grace corrió por el adoquinado gris de la plaza hacia una tienda de deportes que había enfrente de un restaurante. Fue un trayecto breve pero desalentador. Se imaginó llamando a Steadman Coe para contarle que su sección más popular estaba en peligro y que todo era culpa suya.

Mucho peor, iba a perder a alguien que había confiado en que llegara a ser su amiga. No tenía muchas, y en los minutos transcurridos desde que Elena se había puesto furiosa con ella en el asiento de atrás del Craig había empezado a ver su reacción excesiva pero posiblemente justificada. No podía ni imaginar lo que debía de haber sido divorciarse de Anthony Craig, verse arrastrada a su campaña electoral veinticuatro años después y que despreciasen sus propios esfuerzos como empresaria. Igual que los periodistas del salón de actos del sótano del Four Seasons, ella había estado intentando usar a Elena para entrar en la órbita de fama y poder de Anthony Craig. Con Violet Rain y ahora con la idea de un libro.

En el escaparate de la tienda de deportes, los maniquís llevaban ropa para el ocio de invierno: hockey y patinaje artístico, esquí alpino y nórdico, caminatas por la nieve... Grace entró y una mujer musculosa de su edad que vestía mallas negras y camiseta amarilla levantó la vista de un perchero de plumíferos. Llevaba un portafolios de pinza en una mano y un lápiz en la otra.

—*Dobry den.*

—Hola. Perdona —dijo Grace inspirando hondo para calmarse—, no hablo checo y estoy un poco perdida.

—Pues has venido al sitio perfecto —contestó sonriente la mujer. Hablaba inglés con acento americano—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito volver a Praga. ¿Hay algún autobús o un tren?

—Por supuesto. El tren pasa cada hora, creo, y va a la estación central de Praga. El expreso pasa con menos frecuencia, pero si dispones de tiempo también puedes cogerlo. La estación está a unos veinticinco minutos andando. ¿Problemas con el coche?

—Algo así.

La mujer tenía el pelo corto y era pecosa.

—Un momento... —Cruzó la tienda y se metió detrás de la caja, donde se agachó y reapareció con un bulto pequeño—. Sabía que éstos me vendrían bien algún día —dijo, y sacó un grueso poncho transparente con la leyenda PRAHA 2016 y una hoja de laurel de logo—. Praga fue candidata a albergar las Olimpiadas hace un tiempo. No quedó ni semifinalista, pero se hizo mucho material promocional.

—¿Cuánto cuesta?

—Ah, no puedo venderlo. Ni siquiera sé por qué lo guardo.

Grace se echó el poncho impermeable por la cabeza. Se le cayeron las gafas y la mujer las recogió. Ella le dio las gracias y se presentó.

—Yo soy Katka —le dijo la mujer.

—Tu inglés es increíble —comentó Grace—. ¿Has vivido en...?

—En Nueva York. Siete años, cuando tenía veintitantos. Mi padre entrenaba a una mujer que terminó allí y ella me contrató como asesora de marketing de su negocio. Es de aquí, de Mladá Boleslav. Seguro que has oído hablar de ella, o por lo menos de su exmarido. ¿Elena Craig?

6

Praga, 1970

Un hombre, no, dos susurraban a la puerta de Elena. La tenue luz del pasillo, trastocada por las sombras, se colaba por las grietas.

No pasaba nada. Era una bobada preocuparse. Pero los murmullos no desaparecieron cuando deseó que lo hicieran. Al contrario, la manija tembló levemente.

Su primer instinto: bajar de un salto de la cama y lanzarse a la ventana, romper el cristal, descolgarse por la fachada y correr. Pero ¿correr adónde? Seguramente no era nada, un par de profesores bromeando por ahí, la vida real mezclada con alguna ensoñación. Los días en la universidad se le hacían muy largos: clases de ocho de la mañana a cinco de la tarde, y luego el entrenamiento físico: correr y gimnasia, pero también cosas extrañas, como defensa personal con un profesor de China y tiro.

Hacía poco había aprendido a preparar un veneno con semillas de ricino.

«¡Rompe el cristal! ¡Venga!» Pero si se equivocaba y sólo se trataba de una broma sin importancia, sería una vergüenza para ella y para su madre. Su amigo Sergei Sorokin la mandaría a casa.

Los murmullos del pasillo cambiaron.

Un hombre contaba en ruso, de diez a cero. *Seeqym, shayst, pyaht...* Ya era demasiado tarde para ir a la ventana. Se tapó con las sábanas y llamó a su padre en silencio, a su *tatínek*, para que la salvara.

Se abrió la puerta de golpe y dos hombres irrumpieron en su cuarto. Elena gritó y uno de ellos le dio una bofetada, le puso un saco por encima de la cabeza y le ató las manos a la espalda. «Calla. Calla, zorra. Puta. Traidora.» Le gritaban a la cara, y el aliento les olía tanto a salchichas y a cerveza que atravesaba la

arpillera. Pidió ayuda a gritos y uno de ellos volvió a pegarle, esa vez tan fuerte que perdió el conocimiento un instante. Algo más que un instante.

Iba en un autobús o una furgoneta, dando botes por el adoquinado. Debajo del saco tenía la cara empapada de sangre de la nariz. Una mano, no, un pie le frotaba la espinilla izquierda. Entonces oyó la voz de su amiga, de su mejor amiga del programa.

—Elenka —le susurró—. Soy yo, Danika.

—¿Qué está pasando? —sollozó Elena—. Me sangra la nariz.

—Nos llevan a algún sitio. Sé valiente, Elenka. Yo estoy aquí contigo.

—¿Hemos hecho algo malo?

La furgoneta se detuvo bruscamente. Elena resbaló hacia delante y le pareció que se le iban a desencajar los brazos, que tenía atados a una barra a su espalda. Se abrió la puerta y el aire frío se le coló por debajo del camisón. Por un instante, mientras le entraba por debajo del saco que llevaba en la cabeza, sintió una especie de alivio. Las gruesas botas retumbaron en el suelo metálico del autobús, el camión, la furgoneta. Más palabras en ruso. Un hombre le puso las manos en el muslo desnudo y ella le gritó. Él la volvió de lado y le manoseó las ataduras de las muñecas.

De pronto, caminaba descalza por el hormigón frío y húmedo.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó con su ruso de primaria.

—Más te vale estarte calladita, zorra.

Elena supuso que estaban al otro lado del río, más allá del palacio, donde la ciudad se elevaba al oeste desde el valle. Los hombres que las habían llevado allí no eran profesores, ni mandos. Aquél olía a carne rancia. Entraron en un pasillo lleno de eco, otro.

Tintinearón unas llaves.

—¡Elena, no les digas nada!

Se oyó un ruido sordo, ¿un golpe?, y un hombre le ordenó a Danika que cerrara su sucia boca.

—Avisa a mis padres si me matan...

El hombre estampó a Elena de bruces contra la fría pared de hormigón. Volvió a dolerle la nariz. El tipo pegó su cuerpo al de ella y le respiró en el

cuello. Elena notó el grotesco abultamiento de su pene. Le espetó en el oído que, como volviera a decir una sola palabra, lo siguiente le iba a doler todavía más.

Luego le desató las manos, le quitó el saco de la cabeza y la metió de un empujón en un cuartito de hormigón con las paredes ennegrecidas por el moho y un sumidero en medio del suelo.

Estaba en prisión.

Era cierto lo que comentaban en la escuela, lo que aseguraba su padre. A veces, por decir o hacer algo equivocado, la gente desaparecía sin más.

Allí era adonde iban.

Pensó en Sergei Sorokin, que había sido amable con sus padres, agradecido, solícito. Eran dignos de elogio por haber criado a una hija con tanto talento, tan inteligente, tan guapa, tan alta, les había dicho. Una princesa eslava destinada a la grandeza.

Elena repasó todo lo que había hecho, lo que había dicho, lo que había leído, hasta lo que había pensado en los últimos dos meses de clase, pero no logró recordar nada ofensivo. ¿Qué tipo de escuela era aquélla? Ninguna de las otras chicas sabía para qué las entrenaban. «Para el liderazgo», era lo único que Sergei les había dicho. Sus profesores repetían lo mismo. Pero no debían hablarlo con nadie, ni siquiera entre ellas.

A lo mejor no le había caído bien a alguna de las mujeres del programa, pensó de repente. Había una o dos, hurañas y misteriosas, pero dudaba que ninguna de ellas la odiara lo suficiente como para ponerla en semejante situación con una mentira. De eso le había advertido su padre: «Sé siempre amable; cualquiera puede destruirte con una simple llamada telefónica».

Como iba en camión, no quería sentarse en el suelo frío y sucio, pero no le quedó otro remedio. «Dormid cuando podáis —les habían dicho—. Si vuestros enemigos os interrogan, se aprovecharán de vuestra fatiga.»

Pero ¿quiénes? ¿Quiénes eran los enemigos?

En cuanto se dejó caer al suelo, comenzaron a atronar los altavoces del techo con unos acordes de guitarra atonales y tan estridentes que tuvo que taparse los oídos.

Sus padres habían dicho algo, hecho algo, pensó Elena. Aunque por razones

distintas, en el fondo los dos querían que todo volviera a ser como antes de que llegaran los comunistas. Jana quería ser la reina de la ciudad, o por lo menos la jefa de la fábrica. Petr quería que lo dejaran en paz con su trabajo y sus noches y sus fines de semana en el campo. Había oídos por todas partes: en las tuberías, en la calle, en la fábrica, en las tiendas, al teléfono.

A su madre sobre todo le costaba callar, guardar un secreto. Se había alegrado tanto de que Elena fuera a la universidad, se había sentido tan orgullosa de mudarse al apartamento de lo alto de la montaña... Sólo había una regla y estaba convencida de que su madre la había incumplido.

O a lo mejor el propio Sergei y el programa entero iban en contra de las normas. Ninguna de sus amigas creía que el programa tuviese nada que ver con la universidad. Sus padres y ella habían pensado que era una cosa, pero luego era otra, y de pronto sus vidas habían terminado.

Pasaron horas. Una comida y después otra. Procuró dormir ignorando la guitarra, ignorando el rugido de su estómago, pero no lo consiguió.

Hizo pis en el sumidero, confiando en que no la estuviera mirando nadie por un agujerito de la pared. Las luces fluorescentes eran insoportablemente intensas y el ruido se convertía en un ser vivo, en una bestia interior. Dejó de pensar en que pudieran verla desnuda, se levantó el camisón, se tapó con él los ojos y los oídos y se obligó a pensar en cualquier cosa menos en comida.

Cuando empezaba a quedarse dormida, se abrió la puerta con un estruendo metálico.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Los dos hombres de antes la sacaron de allí al corredor, más caldeado.

—Cerde asquerosa —le dijo uno de ellos mientras le bajaba el camisón para taparle el cuerpo—, he visto tu mierda en el suelo.

La hizo pasar por una puerta a una estancia que estaba vacía salvo por unas cuantas sillas de madera y un póster de un esqueleto en la pared. Danika temblaba de pie en un rincón.

—¡Elena!

Los hombres la empujaron hacia Danika y las dos chicas se abrazaron con desesperación. Se susurraron. «¿Dónde estamos? ¿Qué hemos hecho para

merecer esto? ¿Vamos a morir?» En menos de diez segundos los hombres las separaron bruscamente.

—¡Tú eres más fuerte que ellos, Elena! —le gritó Danika.

En el cuarto hacía calor y estaba oscuro, iluminado por una sola bombilla. Oía a polvo y a gases de escape antiguos, como en un garaje, también a cigarrillos y a algo más, algo chamuscado..., ¿pelo? Había una palangana grande llena de agua. Elena quería un poco, pero sabía que no debía pedirla. En el rincón estaba sentado un hombre con barba, fumando, con un lado de la cara apenas iluminando por la bombilla anaranjada. Tenía consigo una serie de instrumentos, entre los que había una batería de coche, un cubo, cables y cuerdas y herramientas.

Los hombres la hicieron volverse y le advirtieron de que cooperara con un bofetón en el oído. Cruzaron con ella la estancia y la sentaron en una silla, y luego, «¡ay, no, por favor!», volvieron a ponerle el saco por la cabeza y la ataron a la silla, por las piernas y por los brazos.

—Y ahora estate calladita. Si te resistes, te dolerá más.

Elena sollozó y gimió.

—Quiero irme a casa.

—¡Calladita!

Oyó un zumbido, un murmullo eléctrico. Supo lo que venía a continuación. El hombre sentado a la luz anaranjada de la bombilla iba a hacerle daño. Detestaba la palabra: «tortura». Su padre no podía salvarla porque aquel hombre era de la policía. Era del gobierno.

¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? ¿Qué sabía?

Y entonces lo recordó. Recordó lo que sabía, lo que Sergei le había dicho que debía saber si aquello ocurría alguna vez.

Nada.

Oyó las suelas duras del hombre en el polvo. La puerta se cerró con un portazo. Lo tenía lo bastante cerca para oírlo respirar, oler su cigarrillo.

—¿Dónde estás, Elena? —Nada—. Formas parte de un programa especial, ¿verdad? —Nada—. A lo mejor te han dicho que es un programa del gobierno. De la policía secreta, quizá, o del servicio secreto de la antigua Checoslovaquia,

el StB, incluso del KGB. Mienten. Son traidores. Te han utilizado. ¿Por qué iban a invitarte, a una don nadie como tú, a un programa especial?

Se apartó de ella. Lo oyó darle una calada larga al cigarrillo, tirarlo al suelo duro y aplastar la colilla. Su voz se suavizó de pronto.

—Elena Klimentová, hija de Petr y Jana, a los que quieres. Los quieres, ¿sí?

—Sí.

—No es culpa tuya. Veo que eres inocente. Ese programa es ilegal. No lo sabías, ¿verdad? —Nada—. Aquí estás, bella Elena, en camisón, casi desnuda delante de mí. Podría hacerte cualquier cosa. Pero no quiero. No soy una mala persona. Sólo protejo los intereses de Checoslovaquia. ¿Lo entiendes? —Nada—. Basta con que me digas una cosa: el nombre del hombre que te reclutó.

Entonces sintió el calor, oyó el chisporroteo. El comandante le acercó la electricidad a la cara lo suficiente para que notase la vibración, para que le doliese como ninguna otra cosa.

—No —gimió—. Por favor, no.

—¿No, qué? —Le rasgó el camisón por delante y ella forcejeó porque no quería que viese su cuerpo desnudo—. Dime el nombre del hombre que te reclutó. —Entonces le acercó la vara chisporroteante a los pechos y le dio un solo golpe con ella. Todas las células de su cuerpo estallaron con la descarga y Elena gritó—. Dímelo y paro. Y te traeré un plato de pollo con queso frito y dumplings. Podrás llamar a tus padres. Uno de mis compañeros está con ellos ahora, para asegurarse de que colaboras. Todo puede volver a ser como era. No tienes que preocuparte por traicionar a tus amigos. Os tenemos a todos: a todas las chicas, a los falsos «profesores» y administradores. Os tenemos a todos. A todos menos a uno.

Volvió a acercarle la vara y Elena por fin recordó lo que había leído, lo que su instructor le había dicho. «Viaja. Abandona tu cuerpo y sal de ese cuarto de hormigón, recorre el hermoso río, las montañas, la nieve perfecta, en un día de primavera con tus abuelos en el que te quitas el abrigo y te lo atas a la cintura, y subes, subes, subes esquiando por encima de las nubes.»

—Es muy fácil, Elenka. Un nombrecito.

Pero ella estaba en lo alto de la montaña, mirando hacia abajo, donde nada ni

nadie podía alcanzarla.

Praga, 2016

Grace se abrió paso desde la atestada estación central hasta las puertas que la conducirían al casco antiguo de Praga. Había dejado de llover, pero la ciudad estaba empapada y hacía viento. Cruzó con la multitud un parquecito, recorrió una calle bulliciosa y entró en una galería de tiendas sin apenas atractivo. En el tren había vuelto a escribir de memoria todo lo que Elena le había arrancado de la libreta. Y había anotado lo que Katka le había contado de su padre, el entrenador de gimnasia, y de su relación con Elena, aunque nada de eso fuera fascinante. Cuanto más escribía, más inútil le parecía: no habría libro sin la colaboración de Elena. Pero al menos la ayudaba a evadirse del problema más acuciante: llamar a Steadman Coe.

En el barrio de cuento de hadas situado al este del Four Seasons había mujeres y hombres en quioscos blancos que vendían salchichas, ponche y, aunque faltaba más de un mes para diciembre, adornos de Navidad. Los turistas hacían fotos desde los coches de caballos en la plaza de la Ciudad Vieja. Una mujer que hablaba inglés y sostenía un palo rojo voceaba datos históricos a un inmenso grupo de turistas de diversa procedencia delante del reloj astronómico. A Grace la ciudad entera le olía a cerdo chamuscado y a alcohol, y le apetecía probarlo. Ya no tenía sentido fingir que no era más que una turista en busca de vivencias culturales. Se unió al grupo un momento, esquivando los paloselfis, y se enteró de la historia de aquel barrio en el siglo XIV, hasta que reconoció a los dos hombres del tren. Se habían sentado dos sitios por detrás de ella y, cuando volvía del baño, uno de ellos la había mirado. Llevaba una gruesa cazadora de motero y tenía unos ojos de un azul muy claro que habrían sido preciosos en una

mujer pero que desentonaban un poco con aquella nariz repleta de venitas y aquel escaso pelo rubio.

Hacía fresco y, aun llevando el poncho impermeable, Grace se había mojado en el trayecto de la tienda de deportes de Mladá Boleslav a la estación. Necesitaba un baño caliente y alejarse de esos tipos espeluznantes del tren, así que se sumó a la riada de turistas que iba de la plaza de la Ciudad Vieja al puente de Carlos, más allá de las tiendas de recuerdos, los restaurantes y las boutiques donde vendían cristal de Bohemia. Cada equis minutos se volvía con disimulo para ver si aquellos hombres la seguían.

El vestíbulo del Four Seasons estaba bien caldeado y perfumado. Una mujer tocaba al piano un tema de la banda sonora de *Amélie*. El conserje y la mujer que la había atendido en la cafetería de la planta baja le dieron la bienvenida. Cuando llegó a la puerta de su habitación en la segunda planta, la tarjeta no funcionaba. La probó una y otra vez, de todas las formas que pudo, y nada.

Bajó a recepción y la mujer que había allí le dijo que ya había dejado la habitación y que su equipaje la esperaba en la consigna. «¿No lo sabía la señora?»

—Tiene que haber un error —dijo Grace—. ¿Le importaría volver a mirarlo? He hecho la reserva para cinco días.

Dos minutos más tarde, un hombre menudo y delicado cuya plaquita de identificación rezaba DANIEL se situó detrás del ordenador y le susurró que madame Craig se había marchado prematuramente y que no sólo había cancelado su suite, sino también la de Grace.

—Pero yo tenía todas mis cosas ahí dentro...

—Lo lamento muchísimo. Madame Craig nos ha dicho que usted le había pedido que recogiera sus cosas. Tenemos su bolsa. ¿La... la entendió mal madame?

—Si quisiera pagar por mi cuenta y quedarme los días que tenía previstos, ¿cuánto me costaría?

El gerente Daniel consultó el ordenador y se dirigió a ella aún en susurros.

—Le conseguiré la mejor tarifa posible.

Por lo visto, la tarifa era tan buena que tuvo que anotarla en un bloc de notas

y deslizarla por el mostrador, como si decirla en voz alta fuese a causarle problemas. Cinco mil coronas checas la noche.

—¿Y eso cuánto es en euros?

Daniel recuperó el bloc, anotó algo y se lo pasó furtivamente por el mostrador: ciento ochenta euros.

Diez minutos más tarde, Grace arrastraba la maleta de ruedas por el adoquinado en dirección a un pequeño apartamento de Airbnb, situado encima de una tienda de especias, que costaba setenta y dos dólares canadienses la noche. Subió con la maleta por la escalera de piedra y saludó a una mujer que fumaba y leía una revista del corazón a la entrada. En la portada estaba Anthony Craig, junto con Brad Pitt y Angelina Jolie. La versión checa de su *Flash*.

No había bañera en el apartamento, que olía a paprika, así que se dio una ducha. Encima de la mesa diminuta de la cocina, la casera le había dejado siete folletos de cruceros por el río, restaurantes y museos. Hojeó el del museo del Comunismo, encendió el ordenador, se conectó a la wifi y pasó a un documento todo lo que tenía escrito en la libreta. Luego buscó información en internet sobre Katka Vacek, sobre su padre, sobre la gimnasia deportiva checa y sobre Elena Craig.

Sólo encontró un artículo de periódico, en checo, así que lo copió y lo pegó en el traductor de Google. Se había publicado en 2011. Aunque la traducción era deficiente, quedaba claro que el entrenador Vacek lamentaba que su talentosa discípula, Elena Klimentová, hubiera abandonado la gimnasia tan pronto..., en 1968.

«Supongo que al final le fue bien», decía el periodista citando al entrenador.

Si había dejado la gimnasia en 1968, ¿cómo podía haber sido suplente en el equipo olímpico checo de 1972? ¿Por qué, en su libro, Anthony Craig aseguraba que Elena había estado en el equipo? ¿Por qué mentía ella?

Le entró una llamada en el móvil: Steadman Coe. Seguramente Elena o su asistente lo habían llamado para quejarse, puede que incluso lo hubiese hecho su amigo Josef Straka. En lugar de contestar, terminó de vestirse y volvió a salir a la fría tarde con el folleto del museo del Comunismo en la mano. Se incorporó

de nuevo a la riada de turistas y, en el primer quiosco blanco, compró un ponche. Le sonó el teléfono otra vez, y otra.

Cuando llegaba al museo, ubicado en una bonita versión praguense de un centro comercial, rodeada de restaurantes y una tienda de gafas, recibió un mensaje de texto.

Llámame o estás despedida.

Había un mercadillo delante del museo. Compró otro ponche y se lo bebió tan rápido que se abrasó la garganta.

Se lo cogió a la primera.

—Gracie, ¿qué le has hecho a Elena?

—Steadman, ¿recuerdas cuando dijiste algo así como «Hasta podrías escribir un libro»?

—Dudo que yo haya dicho eso.

—Lo dijiste. Y yo también lo estaba pensando. —Empezó a lloviznar otra vez, así que se refugió en el vestíbulo del museo del Comunismo—. Sólo le he hecho unas cuantas preguntas inocentes sobre su infancia, sobre cómo había sido criarse bajo el comunismo, y se ha puesto como una fiera y me ha echado del coche. Me ha dejado tirada en medio de la nada.

—Dice que la estabas acosando...

—Steadman, se ha portado bien conmigo. Es la persona más fascinante que he conocido. Pero es una mentirosa. Y no sólo me ha mentado a mí.

—Me da igual que mienta, Gracie. Nos paga puntualmente. Tiene lectores fieles. Además, pensaba que erais amigas. Eso es lo que me ha dicho: que has traicionado su confianza.

—¿Amigas? ¿Eso te ha dicho? ¿Te ha hablado de amistad?

—Parecía dolida de verdad.

A Grace le dieron ganas de colgar y beberse otro ponche, o dos. Le habló a Coe de lo de las Olimpiadas, y él suspiró.

—En los setenta y los ochenta, nadie imaginaba que existiría internet cuando se hicieran mayores —dijo—. Yo solía decirle a la gente que era uno de los Lemon Pipers.

—¿Y eso qué es?

—Un grupo de rock. ¿*Green Tambourine*?

—No sé qué es eso.

—El caso es que, en las fiestas de 1979, la gente no llevaba enciclopedias digitalizadas en el bolsillo trasero de los pantalones. De todas formas, ¿qué insinúas?, ¿que vas a escribir un libro entero dedicado a contar que Elena Craig mintió cuando dijo que había estado en las Olimpiadas?

—No.

—Escucha, sin ánimo de ofenderte, ¿sabes lo que has estado haciendo los últimos veinte años, desde que eras una cría? Trabajar para mí. Trabajar para el *National Flash*. No eres periodista de investigación. Nunca serás Christiane Amanpour de la CNN. Ni siquiera sabes cómo ser Christiane Amanpour. Sabes revisar la documentación de un juzgado en busca de detalles embarazosos de un divorcio; sabes burlarte del actor Scott Baio para satisfacer a unos lectores con pocos estudios mejor que nadie del sector; pero, lo siento, retiro lo que dije: nunca escribirás un libro sobre nada, Gracie. Así que vuelve aquí echando leches. Necesito que arregles esto con Elena.

—Te oigo entrecortado —gritó ella—. Te pierdo.

—¡No me cuelgues! Lo lamentarás.

Grace colgó. Luego, en vez de estampar el iPhone contra la pared o chillar, se mordió tan fuerte el carrillo izquierdo que se hizo sangre.

El vestíbulo del museo del Comunismo era alargado y estrecho, un matrimonio de blanco y gris sin rincones redondeados, y la única persona que había allí aparte de ella era la mujer de recepción, que la miraba fijamente desde detrás de unas gafas cómicamente grandes.

—Perdone —dijo Grace—. ¿He gritado mucho?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Va a entrar?

Grace pagó y subió la escalera hasta la primera sala, en la que había carteles en las paredes con descripciones en checo y en inglés de lo que ella ya había visto en la Wikipedia cuando había hecho clic en «Checoslovaquia». Había fotos en blanco y negro de Stalin y su lameculos local, Klement Gottwald. Más

adelante vio vídeos de las oficinas de propaganda y censura, y leyó sobre las formas tan inteligentes en que el gobierno controlaba la verdad. Había un mercado negro, y otro mercado sólo para los oficiales del partido. El KGB era omnipresente, a través de sus subordinados checos del StB. Había un pequeño espacio amueblado y decorado como el dormitorio de un adolescente checo. Grace imaginó a Elena Klimentová en una cama individual. Tomó notas e hizo fotografías de los carteles más interesantes. Le resonaba en la cabeza la voz de Steadman Coe: «No eres periodista de investigación».

No, aquello no era periodismo de investigación.

Leyó que la época más difícil para escapar a Occidente desde Checoslovaquia había sido entre 1969 y 1979. ¿Cómo lo había conseguido Elena? Grace sabía que había estado casada un tiempo con un francés y que eso le había permitido acercarse a Montreal y finalmente a Nueva York. Sin embargo, en el museo del Comunismo todo parecía indicar que eso era imposible, salvo que hubiese desertado durante las Olimpiadas de Múnich. ¿Llegaban a ir los suplentes a las Olimpiadas? Pero ¿y si había dejado la gimnasia cuatro años antes?

¿Cómo conoce una chica checa pobre a un francés?

En la tienda de regalos del final de la exposición, le enseñó a la cajera algunas de las citas que había anotado sobre el StB y la posibilidad de desertión.

—¿Hay alguna biblioteca, un archivo o algo así donde pueda encontrar más información sobre esto?

La mujer llamó a su jefe, que hablaba mejor el inglés, y él le dio la tarjeta de un sitio llamado Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios.

—No está lejos, subiendo la montaña. Pero cierra dentro de poco.

De camino, Grace pasó por la estación central de ferrocarril. La idea de visitar el Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios la atraía más que la de coger un tren, pero, como aquel sitio cerraba en breve, se preguntó qué haría una periodista de investigación de verdad. Ya sabía que un billete para el expreso que iba a Mladá Boleslav costaba doscientas ochenta coronas checas, unos diez dólares.

Cuando llevaba ya diez minutos de camino a Mladá Boleslav, llamó a Manon. Manon era su vecina de al lado en la rue Saint-Christophe, y su compañera

habitual, también divorciada, de borracheras de vino.

—¿Ya te lo has montado con un europeo? —le preguntó Manon.

Grace rio. La alivió oír la voz de recién levantada de su amiga. Estaba deseando contarle lo que Elena Craig y Steadman Coe habían dicho y hecho, pero había algo más importante: el bienestar de su gata.

—Aún no, Manon. Sigo siendo prudentemente pesimista. ¿Cómo está *Zip*?

—He estado en tu piso hace una hora. Le he dado de comer y he limpiado su repugnante arenero. Es absurdo y degradante tener una gata, ¿sabes?

—Estoy algo deprimida. Las cosas no están yendo muy bien por aquí. ¿Me haces un favor?

—Lo que sea.

—¿Podrías pasar a mi piso y acercarle el teléfono? —le pidió Grace.

—¿A la gata? ¿En serio? —Manon suspiró. Luego Grace la oyó caminar por el suelo de madera, abrir y cerrar una puerta y después la otra—. Esto es de locos, ¿sabes?

—Lo sé.

Entonces, a pesar de sus protestas, Manon le hizo arrumacos a la gata y la acarició. Grace la oyó ronronear por el teléfono y le dijo que la quería y que la echaba de menos, que no le arañase los muebles, que pronto volvería a casa.

Manon era la única persona que sabía lo que su amiga hacía de verdad en Praga. Aunque Grace siempre se había tomado muy en serio las cláusulas de confidencialidad, no veía qué podía importarle a nadie que ella fuese el negro de Elena Craig en las columnas de consejos del *National Flash*.

—Le he preguntado a Elena si podía escribir un libro sobre ella.

—¿En serio? ¿Y...?

—Ha sido un desastre. Me ha echado a voces del coche. Pero ahora voy de camino a su ciudad natal para seguir una pista.

—¿Una pista? ¡Cuánto me alegra oírte decir eso! ¡Una pista!

—¿Sabes lo que me ha dicho Steadman?

—¿Qué?

—Después de que Elena se pusiera como una energúmena, me ha dicho que yo no soy periodista de investigación. Que no puedo escribir un libro.

—¡Que le den! —Oyó un golpe seco, como si Manon hubiera aporreado algo. A Grace le preocupó que *Zip* se asustase—. Voy a bajar ahora mismo al centro y le voy a dar una patada en el cuello.

—¡Huy, qué idea tan maravillosa! —dijo Grace.

Manon, que era archivera de la Bibliothèque et Archives Nationales du Québec, procuró levantarle la moral a su amiga. Entonces le entró otra llamada.

—Tengo que ir a trabajar, pero cuídate, ¿vale? *Zip* y yo te queremos de vuelta. Odio los areneros con todas mis fuerzas.

El vagón estaba sólo medio lleno. En cuanto terminó de hablar, Grace lo exploró en busca de los dos hombres que por lo visto la seguían. No los vio. Cuando el tren llegó a su destino, dobló la esquina en dirección a la casa de infancia de Elena. No había luz dentro, pese a que eran casi las cinco. Aprovechando que Elena ya no la vigilaba, hizo más fotos. Entró en el descuidado jardín y se asomó a la ventana. Había una cocina pequeña con vajilla y cacharros sucios apilados de cualquier modo. Allí era donde Elena había lavado los platos. Detrás, el suelo enmoquetado estaba sembrado de juguetes de plástico y de ropa.

Hacía más calor que por la mañana. Cruzó el puente blanco suspendido sobre el río Jizera y pasó por delante de múltiples edificios de Škoda: una oficina de ventas y algunas fábricas. El chirrido metálico de las fresadoras resonaba por todo el valle. Trató de imaginar a la abuela de Elena, capataza de aquello cuando aún era Laurin & Klement, recorriendo las instalaciones con aire regio.

Subió a la parte más alta de la ciudad por un tramo de escaleras de piedra negra que apestaban a pis. A la puerta de la barbería fumaban unos hombres vestidos de negro. Uno de ellos reproducía en el móvil un furioso tema de *death metal* eslavo y masculló algo que a Grace no le hizo falta que le tradujeran. Sus amigos rieron.

Justo cuando llegaba a la plaza de arriba se abrió un claro en el cielo, hacia el oeste, y los últimos rayos del sol vespertino brillaron en el campanario. Fue hermoso y majestuoso. Las clases habían terminado y los niños se perseguían entre gritos alrededor de aquellas piezas de arte industrial en forma de gusanos negros.

Había algunos clientes en la tienda de deportes: unos padres con un niño preadolescente que miraban esquís de fondo y un anciano que vestía camisa y corbata y un suéter encima. Se apoyaba en un bastón y examinaba ceñudo las tablas de *snowboard*. Katka estaba ayudando a la familia.

A los pocos minutos se fueron sin comprar nada y ella los acompañó a la puerta, hablándoles en un tono jovial y esperanzado. Cuando cerró, se volvió hacia Grace.

—No me lo digas: no has sabido llegar a la estación y has estado dando vueltas todo el día, confundida y hambrienta.

Grace rio.

—He ido a Praga y he vuelto.

—¿Y eso?

—No lo he mencionado antes porque aún no era seguro, pero estoy trabajando en un libro sobre Elena Craig.

—Ah... —dijo Katka extrañada.

—Me gustaría entrevistaros a tu padre y a ti, que me habléis de la ciudad, de cómo era bajo el comunismo, y de la juventud de Elena. —Katka no dijo ni que sí ni que no—. Lo cierto es que he estado con ella esta mañana —añadió—. Me ha dejado en la plaza. Teniendo en cuenta lo cerca que estaba, no entiendo cómo la señorita Craig no ha venido a verte. No sé, me ha dado la impresión de que erais íntimas.

Sin mediar palabra, Katka llevó a Grace hasta el anciano que miraba las tablas de *snowboard*.

—Éste es mi padre. Todos lo conocen como «entrenador Vacek».

Le dijo algo en checo y él se volvió y miró a Grace con los ojos entornados.

Percibió una tensión innegable en el tira y afloja entre Katka y su padre.

Katka se volvió hacia Grace y puso los ojos en blanco un instante.

—Quiere saber si alguien te ha seguido...

—No lo creo. —Pensó en los dos tipos del tren y de la plaza de la Ciudad Vieja—. No.

—¿Seguro?

—Bueno, no, seguro no. —Grace se acercó al escaparate y exploró la plaza

—. Pero ahora ya no veo a nadie.

El entrenador protestó.

Katka se dirigió a la puerta, la abrió y se asomó a la calle y a la plaza. Luego volvió a entrar y cerró con llave.

—Hace diez minutos que hemos cerrado. Si vamos a hablar, podemos hacerlo arriba, en el apartamento de mi padre.

—¿Por qué le preocupa que me hayan seguido? —quiso saber Grace.

—Se ha vuelto paranoico. Fue joven y fuerte durante el comunismo. Mi teoría es que lo anhela tanto como su juventud.

Katka tiró de su padre y empezó a subir la escalera iluminada por una sola bombilla incandescente. Grace los siguió, alerta por si el anciano se caía de espaldas.

—¿Cómo va la tienda?

—Mal. —Katka ayudó a su padre a llegar arriba—. Pero el edificio es de Elena y no nos cobra alquiler.

—¿Por qué?

Katka iba traduciéndole las preguntas a su padre mientras lo llevaba hasta una silla. El apartamento de techo bajo en lo más alto del edificio olía a los fantasmas de quinientos años de col hervida. Lo iluminaba la suave luz naranja de tres bombillas iguales, al contrario que la tienda, con sus potentes fluorescentes. Las paredes y las vigas eran de madera de palo de rosa. La decoración era robusta y útil, una pulcra colección de madera y tejidos artificiales. Alguien había hecho a ganchillo una inmensa colección de mantas de vivos colores, de esas que la madre de Grace solía llamar afganas, que estaban colgadas de los respaldos de las sillas y del sillón, y plegadas ordenadamente en una pila en un rincón. En las paredes había fotografías de gimnastas en salones gigantescos, al lado de potros, barras y trampolines.

—Mi padre piensa que lo hace por tenernos callados —dijo Katka—, pero, sinceramente, yo he trabajado para ella en Nueva York y no me imagino qué podríamos decir de ella ni a quién. ¿A alguien que escribiese un libro, quizá? Lo cierto es que en el tiempo que estuve con ella no vi nada lo bastante interesante para un libro. Trabaja mucho. Finge ser menos inteligente de lo que es, como

muchas mujeres. Yo creo que no nos cobra el alquiler porque para ella sería algo insignificante y porque mi padre y ella fueron amigos hace tiempo.

El entrenador le gritó a su hija. Tenía los ojos llorosos.

—¿Qué dice? —preguntó Grace.

—Hace cinco o seis años, Elena estuvo aquí. Mi padre y ella discutieron.

—¿Por qué?

Katka y su padre hablaron en checo un rato. A Grace la frustraba mucho no entenderlos. Mientras charlaban, Katka abrió una botella clara con hierbas en su interior, llenó tres vasos hasta arriba. Meneó la cabeza, rio y se dirigió a Grace.

—Mi padre nunca ha estado en Nueva York. No ve la tele. Cree que la pobre Elenka lo ha estado pasando mal todos estos años porque dejó la gimnasia y se fue de Mladá Boleslav. Lo cuenta como si se la hubieran llevado a la fuerza a un gulag.

Su padre había empezado a hablar otra vez.

—¿Quiénes? —quiso saber Grace.

—Dice que los rusos. Mi padre no es muy fan de los rusos. Me parece que esto le ha nublado la memoria. *Na zdraví*.

Grace olió la bebida: vodka. No había vuelto a probar el vodka desde una desafortunada noche de su primer año en el instituto Thomas Jefferson de Bloomington. Bebió un sorbito, luego otro. La infusión era de hinojo y estaba deliciosa.

El padre de Katka se bebió el suyo de un trago. Entonces dijo algo y su hija meneó de nuevo la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Grace—. ¿Qué dice?

—Que los rusos se llevaron a Elena a principios de 1969 —contestó Katka.

—¿Se la llevaron de aquí? —Grace intentó anotar todo en su libreta—. ¿Adónde se la llevaron?

Hablaron los dos un poco más, pero ella no lo tradujo enseguida.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Grace.

—Un disparate —respondió Katka.

—No importa. Me gustan los disparates. Cuéntamelo.

—Ven —dijo el entrenador en inglés antes de que su hija pudiera revelar el

supuesto disparate.

Se levantó y, apoyándose en los muebles, caminó hasta la ventana que daba a la plaza. Señaló un edificio a la derecha del ayuntamiento. Era de piedra tallada, tan hermoso que parecía sacado de una fotografía de París.

Katka tradujo.

—Dice que, cuando ella se fue, los Kliment se mudaron al ático del edificio más exquisito de Mladá Boleslav. Fue su recompensa.

—¿Recompensa por qué? —preguntó Grace—. ¿Por algo que la señorita Craig había hecho? —Katka se encogió de hombros y apuró el vaso de vodka—. Anthony Craig y la propia señorita Craig hablan de las Olimpiadas de 1972 —explicó Grace—. O compitió en los Juegos de Múnich o era suplente. Luego he encontrado un artículo en el que tu padre dice que Elena dejó la gimnasia en 1968.

—Ese artículo es la razón por la que ella ha dejado de hablarnos —señaló Katka.

—¿Estuvo o no en las Olimpiadas?

Katka negó con la cabeza.

—Elena no estuvo en Múnich en 1972, ni mucho menos.

Mientras volvía a su sitio, el entrenador no paraba de hablar. Grace reconoció la palabra «Elenka», pero nada más. Cuando terminó, Katka suspiró y dijo que su padre estaba cansado.

—Te llevo en coche a la estación, Grace.

Se irían en cuanto hubiese ido al baño, le dijo. Cuando Grace se quedó a solas con el entrenador, éste le tendió la mano. Ella fue a estrechársela y él tiro de Grace. Por un segundo le pareció que el anciano quería meterle mano, luego se dio cuenta de que lo que pretendía era decirle algo al oído. Tuvo que apoyarse con fuerza en el hombro huesudo del hombre para no caerse encima de él.

—Sergei. —Le apestaba el aliento a vodka—. Busca a Sergei Sorokin.

—¿Quién es éste? —preguntó ella, incorporándose, y se dispuso a anotar el nombre en la libreta.

El entrenador señaló la libreta y agitó el dedo como diciendo «no, no, no». Después se pasó el mismo dedo por el cuello de lado a lado.

Ya era de noche y Grace agradeció que Katka la acercara a la estación en su pequeño Renault Clio blanco, sobre todo cuando pasaron por delante de los macarras en chándal. Por el camino, le preguntó qué era eso tan disparatado que le había dicho su padre.

—Es un mito —contestó ella—. Por lo visto, el KGB y el StB reclutaron a chicas con talento y las enviaron a Occidente para... lo que fuera.

—¿Para qué? —insistió Grace—. ¿Para convertirlas en espías? ¿Tu padre cree que la señorita Craig era espía del KGB?

Katka rio.

—Yo sólo sé que en el tiempo que pasé en Nueva York no creo que conociese a una mujer más americana que Elena Craig.

Grace sabía a lo que se refería. A Elena le encantaba hablar de cómo había llegado a Estados Unidos sin nada y lo había conseguido todo. No había otro país del mundo donde fuese posible una cosa así. Era el tema de cada cinco o seis columnas de «Pregúntale a Elena». Era una patriota sentimental.

Katka aparcó a media manzana de la estación y miró alrededor. Un pequeño grupo de personas avanzaba por la acera tirando de sus pequeñas maletas de ruedas.

—Yo me lo tomo a broma, pero ten cuidado. Mi padre no está del todo senil. Lo pasó muy mal en aquella época.

Grace se vio tentada de preguntarle por Sergei Sorokin, pero sabía que si el entrenador hubiera querido que su hija oyera aquel nombre lo habría dicho mientras ella estaba presente.

—Voy a sincerarme contigo, Katka: la señorita Craig no me ha dejado en Mladá Boleslav esta mañana, me ha echado del coche.

—¿Por qué?

—Porque he empezado a hacerle preguntas.

Katka asintió con la cabeza y miró al frente.

—Por eso mismo me mandó de vuelta a mí. Yo la tenía por una madre, o al menos por una tía mandona. De hecho, pensé que me quedaría en Nueva York ya para siempre. Una noche nos estábamos bebiendo una botella de vino y le

pregunté por los viejos tiempos, por lo que había pasado entre mi padre y ella. Me respondió lo de siempre, lo que yo sabía que no era verdad. Pensé: «Qué más da, ¿no? La Guerra Fría ha terminado». Le dije que si me tomaba por imbécil y le exigí la verdad. Al día siguiente no sólo me había despedido, sino que iba en un avión de vuelta a Praga con un visado caducado.

—¿Y qué pasó cuando intentaste hablarlo con ella?

—Nada. Para Elena ya no existo.

8

Praga, 1970

Era viernes, casi de noche, y nevaba copiosamente sobre el adoquinado y los arbustos azotados por el viento de la plaza de los Soldados del Ejército Rojo.

Elena estaba delante de la ventana del gran salón de la Facultad de Artes de la Universidad Carolina, agotada de semanas de «exámenes» del programa especial: entrevistas en checo, inglés, francés, ruso; escenarios en el extranjero, y las simulaciones.

Estás en un cóctel en París. Estás en el asiento de atrás de un coche en Nueva York y han echado el seguro a las puertas. Un niño se interpone entre tú y la información que necesitas, tu escapatoria. Te retiene un hombre que te agarra por el cuello. Tienes que matar a alguien y que parezca una muerte natural. La CIA te ofrece dinero ahora y una identidad nueva, todo nuevo, dentro de diez años. ¿Qué haces?

Menos de la mitad de las chicas que habían empezado el programa con ella habían superado la primera prueba: el encierro en una celda, sola y en camisón; la privación de sueño; el alcohol y las drogas; la inmersión en agua atada a una silla... «Dinos su nombre —le gritaban—. Sólo su nombre y todo esto habrá terminado, cielo.»

O a lo mejor ellas habían superado la prueba y, por alguna razón, ella no. Fuera como fuese, Elena nunca había vuelto a verlas. Otras se marcharon en verano; desaparecieron sin más, y el resto, las que quedaban, sabían que no debían preguntar por ellas.

En la calle había universitarios de verdad, hombres y mujeres de su edad, checos corrientes de pueblos y ciudades como el suyo, que iban cogidos del brazo camino de sus pequeños apartamentos y de la estación. Serían

dependientes, profesores, azafatas... En el pasillo que había a su espalda, sus nuevos amigos celebraban el fin del trimestre con cerveza y salchichas malas. De no haber sido por ese programa, por su formación especial, no habría sabido lo malas que eran. Elena no soportaba las salchichas malas porque había probado salchichas buenas, buen vino, champán, trufas, caviar, hamburguesas americanas, *confit* de pato francés, osobuco a la milanesa... Sabía cómo comerlo, qué decir de ello, cómo sostener una copa, qué tenedor usar cada vez...

—Ven con nosotras.

Danika la devolvió al grupo: nueve hermosas jóvenes y sus «profesores», una colección de auténticos académicos y docentes, burócratas, soldados y policía secreta. La mitad eran rusos, enviados por el Kremlin y por el Centro, como llamaban al KGB; la otra mitad, checos y eslovacos. Todos tenían alojamientos estupendos y chóferes en Praga, acceso a comida de verdad y a pantalones vaqueros. Sus vidas eran inimaginables salvo para un selecto grupo de checoslovacos.

Y para sus familias.

Aquella era su recompensa y, entonces lo entendió, su forma definitiva de dominarla: Jana estaba en su apartamento; Petr, en su parcela.

Una nube de humo de tabaco se hallaba suspendida sobre el grupo, que estaba en un aula inmensa del nivel superior, de cuero antiguo y madera, una sala de libros y luces suaves. Escuchaban música «problemática» que no se le permitía escuchar a nadie más: Creedence Clearwater Revival, los Doors, algunas canciones nuevas rarísimas de los Beatles. Bailaban, fumaban, bebían, se besaban.

En todos los sentidos, eran distintos de los hombres y mujeres, de los chicos y chicas que Elena había visto por la ventana, en la nieve. Para los amigos y la familia de Praga y de su casa, dondequiera que estuviese, cada uno de los compañeros de Elena había inventado una historia alternativa, o varias, con la ayuda de sus profesores y mentores.

Paró la música y Sergei Sorokin, director del programa especial y amante de Elena, levantó las manos hasta que todos dejaron de hablar y de reír. El pelo castaño claro de Sergei la desconcertaba: llevaba la raya perfectamente hecha a

la izquierda y jamás se despeinaba, ni siquiera en la cama. Nunca había estado en su apartamento, pero a menudo imaginaba en él un armario con veinte trajes hechos a medida en Italia y Londres, trajes de todos los colores. Su padre sólo tenía un traje negro para las bodas, los funerales y el Día del Trabajo.

—Mis chicas preciosas e inteligentes —empezó, luego hizo una pausa.

¿Sabía todo el mundo ya lo suyo con Sergei? Seguramente carecía de importancia, al lado de lo demás que le estaba pasando. Todos los días, a todas horas, pensaba en escapar del programa especial y convertirse en una estudiante normal, honrada, como los de la plaza de los Soldados del Ejército Rojo. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Qué les ocurriría a sus padres? ¿Qué le pasaría a ella?

La noche anterior había salido a pasear sola. Había parado a tomarse un vaso de vino dulce, que su padre solía dejarle probar en las noches frías de diciembre. Nada más entrar en el programa, se había sentido como una aspirante a actriz que estuviera aprendiendo a interpretar para un público pequeño y peculiar. Ahora comprendía que iba a estar entre bambalinas, orquestando el espectáculo. Todo era una ilusión: las vidas de sus padres, sus vecinos de Mladá Boleslav; Checoslovaquia, la Unión Soviética, Estados Unidos y Occidente; el socialismo, el comunismo, el capitalismo, el fascismo...

Y había aprendido una palabra nueva: «nihilismo». La estaban vaciando poco a poco de todo lo que había conformado a Elena Klimentová. Le habían demostrado que era irrelevante.

Sin embargo, quería a sus padres con una intensidad que jamás podría expresar en palabras, pero no a los del apartamento estupendo, ese apartamento tan merecido en la parte alta de Mladá Boleslav con su parcela a orillas del Jizera, sino a los de aquella casa vieja del color de una carpa muerta.

Querría volver a tener doce años. No, nueve. Antes de que brotaran los sentimientos que ahora se apoderaban de ella.

—Mis chicas, nos dejáis a todos perplejos con vuestro talento y vuestra determinación. Pienso en hace dos años, más o menos, cuando os conocí. Hoy sois personas diferentes. Casi no os reconozco, y lo digo con la máxima admiración. Confiábamos en vosotras, pero no teníamos ni idea de lo fuertes, inteligentes e imaginativas que ibais a ser. —Sergei sonrió y echó un vistazo

alrededor durante otro instante de silencio—. Éstas serán nuestras últimas navidades juntos.

—¿Qué son las navidades? —preguntó uno de los profesores.

Y rieron. ¡Ella rio! ¡Qué disparate que hubieran eliminado aquella costumbre centroeuropea de la vida de Europa, qué absurdo, qué sublime! Podían conseguir que cualquiera creyera cualquier cosa. Elena pensó en las mujeres del programa que habían desaparecido.

«Están muertas. Sus padres están muertos. Sus hermanos están muertos.» Nadie lo sabía, así que a nadie le importaba.

—Me siento orgulloso de vosotras, de todas y cada una de vosotras —prosiguió Sergei—. Sé lo mucho que os habéis esforzado. Sé lo que habéis sacrificado para estar entre nosotros y que a veces os parte el corazón.

Miró a Elena, sólo lo justo.

—¿Sabéis cómo llaman a este programa, cómo os llaman a vosotras? No me gusta la palabra. No uso esa palabra. Ni siquiera me gusta decirla.

—Dila —lo instó Danika, la más fuerte de todas, la estrella del programa. Se iba a Nueva York en febrero.

—No podemos evitar añorar nuestro hogar en esta época del año. Quered y adorar a vuestras familias, abrazadlos con fuerza. Mantenedlos a salvo. —Sergei miró a la concurrencia. «Mantenedlos a salvo.» Con qué facilidad había insertado la amenaza definitiva en su arenga. Nadie se movió ni bromeó—. No temáis —añadió—. Vayan donde vayan, las golondrinas siempre vuelven.

Praga, 2016

Cada vez que recuperaba la cobertura del móvil en el tren que iba de Mladá Boleslav a Praga, Grace Elliott buscaba el nombre de Sergei Sorokin. Había un jugador de hockey y un informático, pero no salía nada más en las páginas web en inglés. Repasó las notas que había tomado y las fotografías del día. Pensando en su conversación con Katka y el entrenador, amplió y releyó uno de los carteles del museo del Comunismo.

La violencia, la intimidación, el chantaje y el terror psicológico eran formas de interrogatorio fundamentales de la policía secreta del comunismo, tomadas del NKVD, la policía secreta soviética. [...] Entre las formas de indagación del StB estaban la violencia física, las palizas brutales, los instrumentos de tortura eléctrica, los interrogatorios nocturnos, el aislamiento prolongado y la privación de sueño, agua y alimentos. La violencia física iba acompañada de terror psicológico, humillación, amenazas de arresto de familiares e incluso falsas ejecuciones.

Se mantenían registros de todas las operaciones del StB, un archivo tan enorme que, si esos expedientes no se hubieran quemado hacia el final del régimen comunista, podría llenarse con ellos varios campos de fútbol en pilas de muchos metros de altura.

Grace compartía el escepticismo de Katka sobre la paranoia de su padre y su empeño en que unos agentes rusos se habían llevado a Elena de su casa. Aun así, ella era periodista de investigación, o quería serlo, y sus posibilidades de realizar una investigación periodística no pintaban muy bien: «Si esos expedientes no se hubieran quemado hacia el final del régimen comunista...».

Volvía a caer aquella lluvia fría y Grace se había olvidado de coger el poncho impermeable que Katka le había regalado. El viento soplaba en ráfagas impredecibles, así que los pocos toldos que pudo encontrar no le sirvieron de mucho. En medio de la multitud que buscaba refugio apresuradamente por el adoquinado de la plaza de la Ciudad Vieja, un hombre con abrigo negro quiso quitarle el bolso de un tirón.

—¡Ladrón! —gritó ella, y el hombre salió corriendo sin conseguir su propósito.

En un soportal, una pareja británica que había acudido enseguida a ayudarla se aseguró de que estaba a salvo y le preguntó si podía describir al hombre. Era... ¿blanco, alto y de unos treinta años? La acompañaron a su apartamento de encima de la tienda de especias y, cuando llegaron, Grace empezó a recelar de sus motivos también.

«Jamie y Claire, de Leeds.» Jamie y Claire parecían los típicos nombres de dos agentes secretos que se hicieran pasar por turistas británicos. Mientras les daba las gracias, cubrió con una mano la parte superior del bolso, para proteger el móvil y la libreta. Tras una batalla de cortesías, consiguió que no la acompañasen arriba.

Cuando abrió la puerta del apartamento, lo encontró mucho más caldeado de lo que lo había dejado y con las luces encendidas. Estaba segura de haberlas apagado.

—¿Hola?

¿Habría entrado la casera por alguna razón? No había movimiento dentro, pero percibía una presencia. Cruzó la pequeña cocina y gritó al entrar en el dormitorio. Su maleta estaba encima de la cama; la ropa, tirada por ahí.

¡Y el vibrador encima de la almohada!

Volvió corriendo a la cocina, agarró un cuchillo de mondar y se agazapó junto al horno.

Le costó un poco volver a hablar.

—¿Hay alguien ahí?

Treinta segundos después, al no oír más que el martilleo de su propio corazón en las sienes, se levantó y volvió con sigilo al dormitorio. El ordenador seguía donde lo había dejado, en la mesilla, pero estaba abierto. Guardó rápidamente el vibrador en uno de los bolsillos interiores de la maleta e inspeccionó el resto del apartamento.

Al encender la luz del baño le dio una arcada. La tapa del váter estaba levantada y la taza llena de oloroso pis. Llamó a la casera, Marie, que vivía en el

apartamento de arriba. Cinco minutos después, Marie registraba el apartamento con Grace.

—¿Le han robado algo? —le preguntó.

—Creo que no.

Grace volvió a mirar el bolso para asegurarse. El único objeto de cierto valor era el MacBook, pero no se lo habían llevado. Si llamaba a la policía, ¿qué les iba a decir? «Han puesto la calefacción y han hecho pis.»

Marie gestionaba para su padre tres suites en el edificio. Ayudó a Grace a recoger sus cosas y la trasladó a un apartamento de dos dormitorios una planta más arriba.

—Cambiamos la cerradura del otro. Supongo que nos hará una mala crítica.

Cuando Marie se hubo marchado, Grace encendió el ordenador. Todo parecía en orden. Luego se preparó un baño y abrió una botella grande de cerveza negra que un inquilino anterior se había dejado en la nevera. Bloqueó el pomo de la puerta con una de las sillas de madera maciza, como en las películas, y llamó a su madre.

—¡Praga! ¿Qué haces en Praga?

Elsie Elliott vivía en una comunidad para jubilados en Florida. Las complicaciones de la diabetes la habían dejado casi ciega, así que los mensajes de texto no eran lo suyo.

—Es por trabajo, mamá.

El rato siguiente su madre estuvo diciéndole lo orgullosa que se sentía de tener una hija que hacía tantos viajes de negocios. A Grace cinco no le parecían tantos, pero ni su madre ni su padre habían hecho un solo viaje de negocios en su vida. Una de las vecinas de Elsie hacía un viaje a Europa todos los años, un crucero por Alemania y Budapest y quién sabe qué más, y les ponía los dientes largos a todos. «Pues para ella —decía Elsie—. ¿A quién le apetece subirse a un avión y pasar todos esos controles de seguridad sin saber si la persona que llevas al lado es del ISIS?»

Aunque no podía hablarle a su madre de su descubrimiento, se sintió mejor metida en la bañera con una cerveza negra y escuchando la voz de Elsie Elliott.

Después del baño, dando por sentado que un tipo había toqueteado su ropa, la

metió toda en la lavadora del apartamento. Luego escondió un cuchillo debajo de la almohada y dejó otros dos en la mesilla.

Grace Elliott había vivido cuarenta y tres años sin que nadie intentase robarle el bolso. Nunca la habían seguido. Jamás habían entrado en su casa. Sin embargo, en un solo día en Praga le había pasado todo eso.

Su vuelo de vuelta salía al cabo de unos días y no había publicado ni un solo selfi en Instagram. No había probado el *goulash*. No había paseado por el puente de Carlos. A lo mejor estaba fingiendo ser alguien que no era, sólo porque Steadman Coe la había humillado y desanimado. A lo mejor era así la crisis de la mediana edad: la angustia que sentía en el estómago, la confusión, la soledad. Pensó en su madre en la comunidad para jubilados de Pompano Beach, en *Zip* y en Manon y en su vida tranquila y feliz en Montreal. ¡Su madre la necesitaba! ¿Tan malo era escribir columnas de consejos bajo el nombre de una mujer rica? ¿Tan malo era escribir sobre amoríos de celebridades, condenas por conducir borracho y celulitis?

Si ser corriente significaba que nadie se iba a colar en su apartamento para dejarle un pis, igual prefería seguir siéndolo. En veinte años, si ahorraba lo suficiente, podría vender el piso de Montreal y comprarse algo pequeño en una ciudad cálida donde todo el mundo hablase inglés y hubiese un mercado decente. En ese futuro imaginado, *Zip* seguiría viva y Manon aún sería de algún modo su vecina. Saldría de vez en cuando con un tipo llamado Dave, Dave de Tucson, que contaría chistes malos. Y ella aprendería a interesarse por el deporte.

Luego pensó en Christiane Amanpour con su *hiyab*, informando desde Faisalabad. Pensó en Steadman Coe diciéndole lo que no sería jamás.

Que le dieran a Steadman Coe. Que les dieran a él y a los tipos que intentaban asustarla. Se iban a enterar todos.

Estrasburgo, 1971

Sergei Sorokin fumaba sentado a la mesa del comedor del pequeño apartamento de Elena y cantaba el estribillo de *Douce France* una y otra vez. El aroma a lilas de Estrasburgo se colaba en su modesto alojamiento de la rue des Veaux, situado encima de una lavandería, y competía con el humo de los cigarrillos de Sergei, que tenía una pierna cruzada sobre la otra. Los calcetines no eran lo bastante altos y un destello de sol le calentaba los tobillos desnudos. En la mesa había una botella de gewürztraminer y un cuenco de pacanas saladas.

«*Cher pays de mon enfance-uh.*»

Elena le había pedido que dejase de cantarlo, que dejase de provocarla, pero por lo visto no había conseguido más que animarlo. A él le parecía una debilidad y una tontería lo que ella sentía por aquel país. Todo lo que a Elena le encantaba de los franceses, sus rituales y sus canciones, su comercio diario, sus mercados de verduras y de flores, sus bonitos edificios, Sergei lo detestaba.

Sólo iban a pasar unas noches juntos y ella no quería perder el tiempo deshaciendo la maleta, pero él había insistido. Aunque no tenía más que veintiséis años, Sergei fingía comprender el corazón de las mujeres occidentales. Ningún francés creería la historia de Elena si su dormitorio no tenía el aspecto que debía tener. Debía haber un sitio para los perfumes, para las joyas, para los ositos de peluche, para sus sombreros y vestidos favoritos, para fotografías de sus queridos padres y de la ciudad que había dejado atrás.

Sergei le había explicado que el capitalismo tenía su filosofía y su estética. Todo aquello debía parecerle natural a cualquier caballero que la visitara.

En las boutiques del centro habían gastado casi ocho mil francos en pulseras y collares, en un reloj chapado en oro, en vestidos y minifaldas, en pantalones de

vestir y blusas ajustadas de colores puros y alegres, conjuntos de poliéster que eran inimaginables en las calles de Praga. A Elena le daba vértigo pensar que todo aquel exceso estuviese permitido. Pensaba en su madre, con sus dos vestidos y sus tres suéteres, seis posibles combinaciones. Cualquier otra cosa de valor era una herencia de otra época, y recordaba a su madre escondiendo esas cosas. Ahora no escondía nada. Ahora, gracias al programa, Jana Klimentová se paseaba por la ciudad como una alcaldesa precomunista. Elena había advertido a sus padres sobre su apartamento burgués en la plaza mayor de Mladá Boleslav, sobre sus ropas, su nueva comida, y sobre las nuevas normas que conllevaban.

Ya no tenían que preocuparse por los vecinos. Su nuevo apartamento estaba pinchado. La policía secreta los veía y los oía en todo momento. Cuando los visitaban, lo hacían en plena noche; no llamaban a la puerta, entraban con sus propias llaves.

Como todas sus compañeras de clase, Elena debía empezar a trabajar en Kara Modeling, una agencia internacional con oficinas en Nueva York, Londres, Montreal, París, Milán y Berlín Occidental. En Francia, la agencia tenía oficinas también en Lyon, Marsella y, por el Consejo de Europa, en Estrasburgo. Elena trabajaría como modelo por toda Europa Occidental.

Su cita con la directora de la agencia era a la mañana siguiente, en una oficina de la Grand'Rue. Aunque lo habían arreglado, ella estaba nerviosa. ¿Y si no le parecía lo bastante guapa, lo bastante serena? La inquietaba que Sergei la dejase sola, que terminaran las clases y empezara aquella vida nueva, lo que llegara después.

Había en Estrasburgo un club de hombres, todos titulados del Instituto de Estudios Políticos de París, todos hijos de familias pudientes, todos metidos en negocios y en política, que se hacían llamar «Les Albertins», por Albert Schweitzer, el célebre estrasburgués. Cada seis meses, los Albertins autorizaban la participación de mujeres en un acto benéfico destinado a recaudar fondos para el reloj astronómico de la espléndida catedral vieja. Sergei lo había dispuesto todo para que una de sus «posesiones», un miembro del club, la acompañara a la cena dentro de dos semanas.

Cuando Sergei disponía de material comprometedor, *kompromat*, sobre algún

hombre de otro país, ese hombre se convertía en una «posesión». Su posesión en Estrasburgo era un hombre gay llamado Chastain. Esa noche Chastain se reuniría con ellos para cenar en la Maison des Tanneurs. Había tantos turistas en los canales de la Grande Île que nadie repararía en un hombre y una mujer que hablasen francés con acento eslavo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Elena? —le preguntó Sergei.

Ella suspiró. ¡Lo habían repasado tantas veces! ¿No podían tener una conversación íntima mientras bebían vino como cualquier pareja de amantes franceses? Había comprado un saquito de lavanda seca. Se lo acercó a la nariz, cerró los ojos y lo olió.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —repitió él con una brusquedad que la hizo temblar.

—Me fui cuando se fueron todos, cuando era evidente que la Primavera de Praga había llegado a su fin.

—Suenan ensayados. Detalles.

—Una noche de agosto, cuando empezaron los rumores...

—¿Qué rumores?

—... de que los rusos iban a enviar tropas y tanques para ponernos a raya, decidí marcharme.

—¿Cómo lo hiciste?

—Cogí el tren a Linz, vestida como si fuese de vacaciones a Salzkammergut. De ahí fui a Salzburgo, Innsbruck, Basel, y llegué aquí, donde vivían mis amigos.

—¿Y ahora qué haces?

—Trabajo de modelo. Ya lo había hecho en Praga. También podría dar clases de gimnasia. Competí en mi país.

—¿Por qué te marchaste de Checoslovaquia?

—Libertad y oportunidades. Busco aventuras, ver mundo. Pero no me interesa demasiado la política, si te refieres a eso.

—Perfecto. —Sergei miró el reloj—. Siéntate conmigo.

Elena se sentó en una silla de escay frente de él y Sergei le sirvió una copa de aquel vino aromático de color ambarino. Deseó que la viera como lo que era:

su esposa, no su querida. Era angustioso estar en la misma habitación que él, saber que se iría enseguida, que podía pasar por alto la realidad a la vez terrible y maravillosa de lo que compartían. Sabía que estaba lleno de amor por ella, pero que lo contenía y lo tergiversaba y se volvía cruel.

—Sergei, cuando esto termine...

—Esto nunca termina.

—Tiene que terminar.

—Tienes que entender, Elena, que ésta es nuestra lucha, tuya y mía, la lucha de las personas excepcionales. Nos veremos de vez en cuando, te lo prometo.

—De vez en cuando. Cuando consiga escapar de... —Le costaba decirlo.

—De tu marido.

Ella se irguió, hizo un esfuerzo.

—Mi marido.

Desde enero de 1969, había aprendido inglés y francés, etiqueta y música, moda, cine, a andar y a comer y, algo que la había sorprendido: a hacer el amor. Había aprendido vigilancia y contravigilancia, defensa personal y los fundamentos de la química culinaria y la fotografía clandestina. El engaño era un músculo que había que ejercitar constantemente. ¿Cómo funcionaban las reuniones de trabajo secretas? ¿Cuál era la mejor forma de pasarse material en una calle concurrida? Su primer objetivo era casarse bien, algo que sólo podía proporcionar alegría a una chica del gueto de la estación ferroviaria de Mladá Boleslav.

Elena, ¡qué afortunada!

Su blanco no eran los hombres educados, los de discreta seguridad en sí mismos, los buenos maridos. Las golondrinas iban a por los hombres más orgullosos, más ambiciosos, más agresivos del mundo occidental; hombres en alza, hombres que triunfarían en la vida, en los negocios, en la política.

—Ninguna de mis otras chicas ha reaccionado así —dijo Sergei—. Siempre se han mostrado entusiasmadas con sus aventuras.

Elena suspiró.

—Pero ninguna de las otras estaba enamorada de ti.

11

Praga, 2016

Grace despertó de un mal sueño y recordó el olor a orina. Los pensamientos de mujer invencible con los que se había dormido se dieron de bruces con un dolor de cabeza provocado por el ponche, el vodka y la cerveza negra. Eran casi las once de la mañana. Tumbada en la cama, frágil, trataba de echar a suertes mentalmente si iba a ser periodista de investigación o turista.

Sería muy fácil comprar un billete para un crucero por el Moldava, comer carne curada con patatas en un pub auténtico y pasar una hora en el museo de Franz Kafka en lugar de sentirse como uno de sus personajes: vulnerable y vigilada. Si alguien estaba dispuesto a robarle el bolso y entrar en su apartamento, quizá también pudieran hacerle daño.

Como no había encontrado nada de Sergei Sorokin en internet y Elena Craig se negaba a hablar con ella, no le quedaba más que un camino: buscar cualquier documentación sobre ella que el servicio secreto checo no hubiese quemado. Si no encontraba nada, haría el crucero por el río y comería cerdo y dumplings como todos los turistas sin sentir el más mínimo desprecio por sí misma.

Cuando salía del apartamento, envolvió un cuchillo de mondar en un trozo de papel de cocina y se lo guardó en el bolso.

Un nubarrón había descendido sobre Praga, tanto que rozaba lo alto de la torre del reloj astronómico de la plaza de la Ciudad Vieja. Sentada en un rincón de un restaurante oscuro para poder ver a todo el mundo, tomó un desayuno contundente que fue más bien un almuerzo. Después caminó bajo la llovizna con el poncho impermeable encima de un suéter, volviéndose cada pocos minutos a mirar a su espalda.

Al pasar por la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, tuvo la certeza de que la

seguía un hombre con traje azul marino y gabardina beige. Luego una mujer joven con gafas grandes de pasta que hablaba por el móvil y llevaba una bolsa de lona de la Universidad Carolina la observaba desde el Starbucks. Una pareja que iba paseando del brazo con sendos cafés giró a la derecha por un callejón detrás de ella y después se marchó. Cuando pasó por la estación, una policía uniformada habló por un pequeño receptor negro que llevaba en el hombro.

Si aquello era una paranoia injustificada, no tenía ni idea de cómo abordarla. La imagen perenne de su consolador encima de la almohada le desmontaba el remedio habitual, el de burlarse cruelmente de sí misma. Imaginó lo que debía de haber sido para Elena criarse en una época en que los vecinos se delataban unos a otros por deporte y por estatus.

El Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios era un bloque de cinco plantas forrado de aluminio de un color semejante al de una mancha de nicotina. Grace subió los escalones, más allá de la estación, y se volvió a mirar el parquecito y la ciudad que había a sus pies envueltos en la neblina.

En el interior del austero vestíbulo, se dirigió al torniquete, y un hombre calvo con el pelo rapado y canoso por las sienes la agarró del brazo. Ella se apartó de él y respondió a su airado monólogo en checo gritándole en inglés que iba a llamar a la policía.

Como si la policía fuera a ayudarla.

El hombre retrocedió con los brazos en alto, como rindiéndose. Cubría los hombros de su uniforme de vigilante una capa de caspa. Dijo otra cosa en checo, más tranquilo esta vez.

Grace se disculpó. Aunque era evidente que él no la entendía, quería que supiera que estaba irritable por motivos que nada tenían que ver con él. Se sacó un fajo de coronas del bolsillo y se las enseñó.

—¿Dinero? ¿Cuánto? —Él negó con la cabeza—. ¿Archivos? —añadió, señalando el torniquete y haciendo como que consultaba un libro.

El vigilante la llevó hasta la puerta de la calle y le señaló la ciudad. La niebla se había convertido en lluvia y soplaba el viento. Por el cuadrado de hierba y árboles que tenían delante volaban hojas húmedas y una bolsa de plástico.

—Que tenga un buen día, señora. Gracias.

Sus dos frases en inglés eran mejores que el poco checo que Grace había podido aprender de Elenka desde la primavera de 2014. Estaba a punto de salir a la lluvia cuando un hombre delgado de gafas gruesas entró de un salto en el edificio y se sacudió el agua de encima.

—¡Inglés, él, inglés! —exclamó el vigilante señalándolo.

—Sí, inglés. —El acento del hombre era lo que el padre de Grace solía llamar «plomizo». Llevaba el pelo moreno pegado a la cabeza. Al abrirse el abrigo, dejó al descubierto un suéter que, en Montreal, estaría a caballo entre el mal gusto y la modernidad—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Grace le tendió la mano.

—Encantada de conocerlo. Soy Grace Elliott.

—William Kovály. ¿Cómo está? ¿Americana?

—Investigadora estadounidense, sí. Intentaba explicarle a este caballero que quiero subir a consultar los archivos.

—Entiendo. —William le dijo algo en checo al vigilante, luego se dirigió a ella—: No puede subir.

—¿Por qué no?

—No es investigadora autorizada.

—Sí lo soy.

—¿En serio?

—Sí, William. Soy periodista de un periódico real y ya sabe de dónde vengo...

—Ah, es por eso. Da igual de dónde venga, Grace. Estamos en Praga.

—Pero esos documentos son públicos y yo soy parte del público.

—Podría no ser usted quien dice ser. Podría haber venido a llevarse algo o a destruirlo. —William se apoyó en la pared de un cubículo mal iluminado que olía a hojas húmedas y a la tierra de sus zapatos—. ¿Tiene alguna idea de lo que pasó con los archivos y los registros de este país en 1989? Miles de expedientes, millones, se trituraron y se quemaron. Necesita autorización.

Grace asintió con la cabeza.

—¿Y cómo la consigo?

William se quitó el abrigo mojado y lo puso encima de la bolsa de su portátil,

una horterada barata.

—Presentando los impresos correspondientes a la dirección del Instituto.

—¿Y cuánto tardan?

—De seis a ocho semanas.

—¿Qué? —Grace procuró disimular su frustración—. ¿Y si él sube conmigo para asegurarse de que no robo ni quemo nada? —dijo señalando al vigilante.

—¿Qué busca?

—Quiero investigar unos nombres.

—Familiares, ¿no? —Ella guardó silencio—. No es de mi incumbencia, supongo. —William le hizo un gesto al vigilante y le dijo algo en checo, a lo que éste respondió cruzando los brazos; luego William adelantó a Grace y pasó el torniquete—. Sólo he venido a dejar una cosa.

—Igual yo podría echar un vistazo mientras tanto. ¿Usted es investigador autorizado? ¿No podría decir que soy su ayudante? ¿Por favor?

—No habla inglés, Grace, pero no es idiota.

Ella sonrió al vigilante, que no le devolvió la sonrisa.

—He intentado darle dinero. A lo mejor no era suficiente. ¿Cree que aceptaría un soborno? —William se recolocó las gafas sobre el puente de su nariz alargada y la miró extrañado—. ¿Y qué puedo hacer? Necesito buscar una cosa y no tengo de seis a ocho semanas.

—Presente los impresos —indicó, dio media vuelta y se fue.

—¡Un tour! Dígame que es un tour. Un tour cultural. Le juro por Dios que van a ser cinco minutos. Y le ofrezco un obsequio, no un soborno. Un detallito para su familia.

William volvió a hablar con el vigilante. Esta vez, el hombre se encogió de hombros y propuso algo en forma de pregunta.

—Mil coronas por un tour. —William tragó saliva y miró a otro lado, luego volvió a recolocarse las gafas—. Y después me invita a mí a una cerveza.

Completada la transacción, Grace subió la escalera detrás de William.

—Están empezando a remodelarlo —dijo—. Muchos de los expedientes ya se han trasladado al centro.

—¿Hay algún ordenador? ¿Algo donde hacer búsquedas?

—Es una porquería, imagino, comparado con lo que está acostumbrada a usar. ¿Ha probado a buscar en Google?

—Pues claro.

—¿No ha encontrado nada?

—Lo que busco, no.

—Me sería de gran ayuda, Grace, que me dijese qué busca.

Pasaron por una puerta maciza a una biblioteca demasiado iluminada y medio derruida. Se veían las vigas de detrás de las paredes de yeso destrozadas y tapadas con plástico. Había unos cuantos cubículos, más de la mitad abandonados. Tres mujeres trabajaban al otro lado de un mostrador en forma de herradura.

—Este sitio está a reventar de amianto. Se empieza una simple remodelación y... bueno.

William llevó a Grace hasta una fila larga de estanterías que llegaban poco más arriba de la cintura.

—Éste es el aparador de consulta.

No había nada en inglés.

—¿Cómo busco un nombre? —preguntó ella.

—¿En qué contexto? ¿Quiere saber si...?

—La policía secreta. El StB.

—¿Qué pasa con el StB? —inquirió William.

Grace cayó en la cuenta de que no sabía cómo hacerlo. Si pudiera pasar cuatro o cinco horas a solas con una bibliotecaria modosita, le sonsacaría la información sin humillarse.

—Pongamos que hubo una persona que vivió aquí a principios de los setenta. Pongamos que el StB y el KGB se... inmiscuyeron en su vida.

William asintió con la cabeza. Con un chasquido de rodillas y el gemido de un anciano, se acuclilló y sacó dos guías del estante inferior, las dos del tamaño del listín telefónico de una ciudad grande.

—¿Sabe lo que son? —le dijo, dejándolas en una de las mesas.

—No.

William se sentó y retiró una silla para que Grace se instalara a su lado.

—En los setenta había una banda en Praga que se llamaba The Plastic People of the Universe.

—Muy bien.

—Era algo muy *underground*, inspirado en su Frank Zappa. La voz de la disidencia al final de la Primavera de Praga, ¿sí? Pero los comunistas habían vuelto, a lo grande, y cuando se detuvo a la banda, se unieron unos cuantos pensadores y artistas y se hizo pública la llamada Carta 77, donde se exponían todas las ilegalidades que había cometido el régimen. Contraviniendo los acuerdos internacionales sobre derechos humanos...

—Lo he leído en el museo del Comunismo.

—Pues uno de los participantes en la Carta 77 fue Václav Havel. ¿Ha oído hablar de él?

—Claro. El primer presidente poscomunista de Checoslovaquia.

—Otro fue este hombre, Cibulka —dijo William, sacudiendo con la mano la cubierta de las guías—. Lo metieron en la cárcel montones de veces, antes de 1989, por criticar el régimen. Probablemente lo torturaron. Lo de siempre. Bueno, tras la caída del comunismo, lo que la policía secreta no había quemado debía dejar de ser secreto con el tiempo. Los checos que habían sido maltratados querían venganza. Como es lógico, las nuevas autoridades estaban más interesadas en una transición pacífica. Quizá algo parecido a lo que sucedió en Sudáfrica con la verdad y la reconciliación después del *apartheid*. Pero Cibulka no era paciente. Ni compasivo. Consiguió como fuera la lista confidencial de nombres y empezó a imprimirla sin autorización de nadie.

—¡Hala!

—Creo que esta edición es del 99. Causó sensación. —William abrió una de las guías. Había centenares de nombres diminutos en cada página. Sacó unas gafas de leer de su bolsa—. Aquí tiene nombres, fechas de nacimiento y nombres en clave. No todos tenían nombre en clave, claro. El StB reclutó a unas cuarenta mil personas entre el final de la Primavera de Praga en 1968 y la Revolución de Terciopelo en 1989. Algunos eran colaboradores encubiertos y trabajaban de algún modo para la policía secreta. Otros eran contactos

confidenciales que pasaban información. Éstos «daban nombres», como les gusta decir los americanos.

Grace se acercó un poco.

—¿Cómo sabe todo eso?

William sonrió.

—He dedicado mi vida a estudiarlo. Una perspectiva bastante gris, ¿no? — Abrió la segunda guía, que incluía fotografías—. También tenemos los nombres y a veces incluso retratos de los agentes oficiales del StB. Bueno, ¿qué nombres busca?

Grace se situó delante y lo apartó.

—Si no le importa, es privado. ¿Están en orden alfabético?

En lugar de contestar, William se incorporó y se retiró al mostrador en forma de herradura donde estaban aquellas mujeres. Cuando lo tuvo demasiado lejos para ver lo que hacía, Grace buscó a Josef Straka. Había varios Straka, pero ningún Josef. Miró a su espalda para asegurarse de que William seguía lejos y entonces pasó a la «K».

No le dio tiempo a llegar a Kliment antes de que William terminara lo que estaba haciendo en el mostrador.

—¿Ha habido suerte? —dijo a modo de advertencia mientras se acercaba.

—La verdad es que no.

—Esa persona que busca, ¿sigue viva?

—Sí.

—¿Vive aquí?

—No.

—Pero ¿ese... tipo... es checo?

—Se fue a principios de los setenta.

—¿Qué? ¿Cuándo exactamente?

—En el 71 o el 72.

—¿Y cómo consiguió marcharse?

—Escapó —dijo Grace.

Eso lo dejó un poco perplejo. Se acercó una mujer que venía del lado contrario. Tendría cincuenta y muchos o sesenta y pocos años y llevaba

pantalones de cuero y un top indiscreto. William levantó un dedo y la mujer se detuvo. Hablaron en checo un rato y los dos miraron a Grace. Llegaron a una conclusión.

—Puede que su amigo fuera uno de los expatriados checos que consiguieron salvar las alambradas y esquivar las balas y a los pastores alemanes. Así eran las cosas después de la llamada normalización, a principios de los setenta. —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. Puede que su amigo escapara, pero es tremendamente improbable, salvo que fuese un superhéroe. Verá, Grace, al final del régimen, en 1989, cuando el KGB y el StB y los mandos del partido empezaron a destruir todo lo que pudieron, había una jerarquía de destrucción. ¿Me entiende?

La mujer, que por lo visto no sabía inglés, se marchó.

—Creo que sí —contestó Grace.

—Quemaron y trituraron documentos que pudieran incriminarlos personalmente. Se avecinaba la venganza, como ya he dicho. Seguramente recordaban lo sucedido al final de la Segunda Guerra Mundial a los nazis y a sus colaboradores.

—Ahorcamientos en la plaza del pueblo.

—Sí, pero sobre todo eran hombres y mujeres muy poderosos convencidos de una cosa.

—¿De qué?

—¡De que volverían a entrar!

—¿A entrar?

—A entrar en el castillo. Eran personas influyentes que conocían el gobierno. Así que destruyeron los documentos comprometedores que podían impedir su regreso al poder político. Algunos documentos los guardaron bajo llave por si les eran útiles en el futuro. Para chantajes, por lo general.

—Busco a un tal Sergei Sorokin —dijo Grace mientras pasaba las páginas de la primera guía de Cibulka.

—Ése no es un nombre checo.

—Es ruso, pero trabajó aquí. Pongamos que era del KGB.

—¿Me permite? —William pasó las páginas hasta la sección de agentes, no

encontró nada, luego consultó la segunda guía, la de la lista. Tampoco—. Los del KGB no están aquí. ¿Qué hace ahora Sergei Sorokin? ¿Aún vive?

—No lo sé. Tampoco he encontrado aquí a otra persona que buscaba.

—Como le he dicho, quizá fuera un superhéroe. Pero en 1989 lo primero que hizo la gente fue protegerse. Lo segundo fue quemar, triturar y borrar todo lo relacionado con sus activos extranjeros.

—¿Activos?

—Perdón, activos humanos. Sus agentes y colaboradores en otros países. Porque iban a necesitarlos en cuanto lograsen establecerse, volver al poder. Independientemente de cuál fuese el régimen de Checoslovaquia o de Rusia.

—Entonces o mi hombre no era nadie o...

—O era alguien. —William abrió y cerró la guía gigante—. Yo soy medio checo. Mi padre fue de los que consiguieron salir en 1968, antes de que la cosa se pusiera fea. Llegó a Londres con una maleta. Cuando se publicó este libro, buscó a algunos de sus amigos. Fue motivo de conversaciones interesantes a la hora de la cena. —La miró—. Las personas de las que más sospechaba, de las que estaba seguro, no aparecían en la guía.

Grace meditó un momento.

—¿Porque igual eran demasiado importantes?

—Exacto.

—¿Algún otro nombre? Lo siento, pero, si lo que busca son hombres poderosos del KGB que siguen siendo poderosos, no encontrará nada revelador ni en éste ni en ningún otro archivo.

Grace se levantó y estudió el suéter horrible y las gafas gruesas de William.

—¿Por qué es investigador autorizado? ¿Cómo ha dedicado su vida a esto?

—Soy académico —contestó él, algo seco.

—¿De dónde?

—Soy profesor adjunto de Historia en la London South Bank University. ¿Ha oído hablar de ella? —Cuando Grace cruzó los brazos y le dedicó una mirada de recelo, él sonrió—. Estoy escribiendo un ensayo sobre los métodos de reclutamiento empleados en la Revolución de Terciopelo y en la Primavera Árabe. ¿Busca algún otro nombre?

—No me habrá seguido hasta aquí, ¿verdad?

William soltó una carcajada.

—No, no la he seguido hasta aquí.

Ella lo miró un poco más y decidió que era demasiado torpe y desgarbado para ser espía. Luego volvió a sentarse a su lado y miró los nombres de la «K». William se cambió las gafas de lejos por las de cerca.

En la lista había una Klimentová y más de un Kliment, la forma masculina.

Grace cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos. Allí estaban: Petr Kliment y Jana Klimentová. El nombre en clave de Petr era el mismo, pero el de Jana no.

—Nombre en clave, Vrba —dijo William—. En checo significa «sauce».

Grace olió de pronto el pis del baño de su apartamento. Se volvió a ver si alguna de las bibliotecarias los miraba, luego sacó el móvil e hizo una foto de los nombres de los padres de Elena.

William volvió a ponerse las gafas de lejos.

—Hábleme de Petr y Jana.

12

París, 1971

Kara Modeling había reservado para su fiesta de Navidad un restaurante cerca de la École Militaire en el elegante distrito séptimo de París. La fiesta era para que los socios de la agencia y los clientes potenciales de toda Europa conocieran a las chicas en un entorno relajado. Se había invitado también a miembros destacados del gobierno francés y a diplomáticos de otras naciones, presidentes de empresas y periodistas. Una capa de nieve blanda cubría el adoquinado de la rue Cler y el hotel estaba a tres manzanas de distancia, por eso Elena llevaba botas de piel que le llegaban casi a las rodillas, sexis pero delicadas. Danika había preferido ponerse tacones.

—No sé por qué Sergei te ha casado tan pronto —dijo Danika, que resbaló, soltó un chillido y buscó asidero en Elena.

Ella la agarró. Sabía que con Danika nunca sería de otro modo. Le aguantaba las bebidas, le llevaba los abrigos, se mantenía sobria. La mandaba callar cuando decía en alto cosas como ésa en las resonantes calles francesas y la agarraba cuando se caía.

—Lo estoy pasando de maravilla en Nueva York —prosiguió Danika—. Pero ¿Estrasburgo? La verdad, en Estados Unidos nadie ha oído hablar siquiera de Estrasburgo. ¿Cómo es que no estás al menos en París, por Dios?

—Ya tenemos dos chicas en París.

En la avenue de la Motte-Picquet, donde la calle del mercado desembocaba en una procesión fangosa de coches y camiones de transporte, Danika se llevó a Elena bajo el toldo de una farmacia, la miró y le habló con súbita seriedad.

—¿Le estás sacando algo a tu monsieur Jean-Yves?

El marido de Elena no estaba dando el resultado esperado. Jean-Yves era tan

rico que no tenía que trabajar, pero trabajaba... un poco. Cuanto más tiempo pasaba con ella, cuanto más estaban allí, en París, en la Riviera, en Italia o esquiando en los Alpes, menos tiempo invertía él en su plan original: entrar en el Consejo de Europa, hacerse alcalde y finalmente, alentado por su abuelo gaullista, convertirse en presidente de la república.

En Estrasburgo vivían en una mansión de piedra con dos criados y vistas a un parque precioso conocido como la Orangerie. Los naranjos eran un obsequio del emperador Napoleón a su esposa Josefina, y todas las frutas y las flores, según Jean-Yves, eran portadoras de la esencia del romanticismo. Jean-Yves le hacía regalos a Elena. Le cantaba y quería hacer el amor a todas horas, aun seis meses después de su precipitado matrimonio.

Elena no había mentido a Sergei sobre la merma de la ambición de Jean-Yves, pero en sus sesiones informativas mensuales tampoco había sido del todo sincera con él.

—Me está presentando a gente poderosa, Dani. Conoce a todo el mundo.

—¡Poderosa «a la francesa»! A ver, ¿qué puede ofrecerte monsieur Jean-Yves que no podamos conseguir hoy en veinte minutos tomando una copa de champán con el jefe de gabinete del primer ministro? Maldita sea, esta noche voy a parecer una puta callejera, completamente empapada.

—¿Por qué no volvemos y te cambias?

—No quiero cambiarme. —Caminaron por debajo de los toldos el resto de la avenue de la Motte-Picquet—. ¿Quieres saber por qué creo yo que Sergei te ha obligado a casarte con ese tostón de francés?

—No es un tostón.

—Para que sigas siendo suya.

Elena se detuvo a la puerta del restaurante. Por el ventanal empañado vio a los hombres de traje y a las mujeres con vestidos ajustados.

—No soy suya —susurró furiosa—. ¿Por qué dices eso?

En sus peores momentos, Elena sospechaba que no era más que una de las muchas chicas especiales de Sergei, que él reclutaba y controlaba con promesas de una vida mejor juntos cuando todo aquello terminara: tendrían un

apartamento inmenso en Moscú con vistas a la plaza Roja, una dacha, un sitio donde esquiar en invierno y otro donde nadar en verano. ¡Y niños!

—Tiene muchas chicas —añadió.

Elena siempre alzaba la barbilla cuando quería sonar convincente.

—No —replicó Danika, que empezaba a temblar—. Sólo a ti.

Hacía calor en el restaurante, y el aire era húmedo y apestaba a vino y a tabaco. Danika abandonó a Elena enseguida, se abrió paso danzarina entre la multitud y cogió dos copas de champán de la bandeja más próxima, las dos para ella. Sergei estaba en un rincón, charlando con dos hombres. Hablaba un francés con mucho acento, pero sabía todo lo que un hombre debía saber de vinos, de quesos y de *nos ancêtres les gaulois*, máxima expresión del orgullo galo. Ella conocía las normas: no debía hablar con Sergei, allí no. Su última tapadera tenía algo que ver con inmobiliarias. Elena no entendía por qué no podía usar siempre la misma. A su juicio, algún día, inevitablemente, algún cliente de una falsa existencia anterior terminaría reconociéndolo en una distinta.

¿Y qué diría entonces? «No, monsieur, me confunde con otro.» ¿O le espolvorearía de ricina los huevos del desayuno?

Al cabo de una hora, Danika estaba borracha, tanto que monsieur Roche, director de la oficina central de Kara en Francia, tuvo que llevársela a un aparte. Elena, a la que el dueño de una agencia de publicidad llevaba un rato insistiendo en que debía hacer cine, se abrió paso entre la multitud, esquivando cigarrillos encendidos, para intervenir. El tipo de la agencia la siguió, asegurándole a voces que él podía encargarse de todo y presentarle a las personas adecuadas.

Aunque llevaba trabajando como modelo a tiempo parcial menos de un año, le habían ofrecido el estrellato cinematográfico en más de cinco ocasiones, todas ellas a costa de una visita a la habitación de hotel del hombre correspondiente. El anillo de casada les daba igual.

—Escúcheme, madame —le decía el hombre de la agencia tirándole del vestido.

Elena estaba a punto de clavarle las uñas en la cara cuando apareció Sergei e hizo todo lo posible por interponerse entre los dos. Fingió haberla reconocido de

pronto y le habló en inglés.

—¿Es usted Elena, Elena Klimentová?

—Así es, caballero. ¿Y usted es...?

—Vaya, soy Graham Spector, de Spector Properties. Nos conocimos en Colmar, si no me equivoco.

—Por supuesto. Lo recuerdo, caballero.

Al oírlo, el tipo de la agencia se retiró y Sergei llevó a Elena hasta Danika, a la que monsieur Roche conducía a la fuerza a un banco rojo. Era un asiento para cuatro, pero Sergei se deshizo educadamente de sus ocupantes, un joven de esmoquin y una modelo polaca con la que Elena había trabajado en una sesión de fotos de champán Krug. Mientras hablaban, la única que incumplió la norma de sonreír todo el tiempo fue Danika.

—La gente está hablando de ella, de sus excentricidades. —Monsieur Roche sirvió una copa de vino blanco para cada uno—. Va a echar a perder el ambiente. ¿Y qué le va a impedir decir algo?

—Jamás haría algo así —la defendió Elena, mirando fijamente a monsieur Roche—. De todas formas, Dani no ha comido nada. La acompañaré al hotel.

Sergei se levantó.

—Voy con ellas y luego vuelvo.

Elena ayudó a su amiga a levantarse y la llevó hasta la puerta.

De camino, Danika atrapó otra copa de champán y se la bebió de un trago.

—No estoy borracha, ¿sabes?

Elena le abotonó el abrigo negro largo.

—Lo sé.

—Es una estrategia mía para parecer vulnerable... —dijo arrastrando las palabras, sin terminar la frase—. Así siempre hay algún hombre que me dice algo.

Iniciaron el trayecto de vuelta al hotel, con Danika prácticamente colgada de los hombros de Elena. Casi habían llegado cuando apareció Sergei, disculpándose. Ya no se movía con la agilidad de antes. La vida de ejecutivo inmobiliario había empezado a ensancharle la cintura.

Danika dio un traspié y se enderezó.

—Ocio estéril, eso es lo que le has proporcionado a nuestra Elena, Sergei. ¡Aventura! —Su voz resonó por toda la callejuela, desierta por el frío—. ¡Aventura! Está desperdiciando su talento y tú, camarada, tú lo sabes.

—Pero vive en una casa bonita, Danika. Su marido gasta muchos miles de francos en renovarla para que sea más bonita aún. Según mis fuentes, es un hombre afable y cariñoso, muy inteligente y devoto de Elenka. Lo ha dejado todo para ser el perfecto galán. Antes vivía para y por su propio bienestar, ahora se limita a descansar en Saint-Tropez con su esposa perfecta.

—¿Lo quieres, a tu apuesto francés? —preguntó Danika a Elena.
Sergei contestó por ella.

—Aunque lo quisiera, no basta con eso. ¿Verdad, Elena?

13
Praga, 2016

En el Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios, William Kovály guardaba silencio. Se había quitado las gafas y miraba al infinito, pensativo. Grace acababa de contarle lo de Petr y Jana y su célebre hija, la exmujer y confidente del hombre que muy probablemente sería el próximo presidente de Estados Unidos.

Cuando se puso de pronto manos a la obra, fue para hacer una lista. En la libreta de Grace anotaron una serie de expedientes que debían buscar. Encontraron los números de registro de Elena y de sus padres, y de Josef Straka. Luego las mujeres del mostrador en forma de herradura les dieron la mala noticia. De existir, los archivos se habían trasladado ya a la sede del Instituto en el centro histórico de la ciudad.

Grace tenía ya la ruta en el iPhone, pero no quería seguirla ni ir por las calles y callejones que le proponía William. No veía a nadie a su espalda, bajo la lluvia, pero, como antes, percibía una presencia.

—Tengo la sensación de que nos siguen, ¿sabe a lo que me refiero?

—No. —William iba a su paso, mirando alrededor todo el tiempo—. ¿Cómo puede estar segura de que no han entrado en su habitación sólo a robar?

Grace le contó lo del váter, pero no mencionó el consolador.

—¿Y por qué no se han llevado el ordenador?

William no contestó. El viento soplaba tan fuerte que el paraguas no paraba de volvérselo del revés.

Pasaron por delante de una hamburguesería argentina de moda y William la llevó por una calle oscura y adoquinada. Era la última manzana antes de llegar al Instituto, así que, por el camino, Grace miró todas las puertas y portales y

levantó la vista a los balcones. Había coches aparcados a ambos lados de la calle, pero todos estaban vacíos.

—Una vez escribí un ensayo sobre teorías conspirativas. ¿Me permite especular, Grace?

—Adelante.

—Se ha formado como periodista, ha trabajado casi toda su carrera en prensa sensacionalista y ahora...

—No me lo estoy inventando, William.

—Nos pasa cuando llegamos al ecuador de la vida, esa sensación de desesperación, ¿no? El año pasado estuve a punto de comprarme un descapotable Aston Martin. Era más de lo que podía permitirme y nada práctico. Necesita mucho mantenimiento. Pero era amarillo y yo recordaba que de joven...

Había un edificio antiguo precioso junto al muelle y, a su espalda, un bloque de piedra industrial de color carbón, espantosamente plano, con barrotes en las ventanas de la planta baja.

Grace llegó a la puerta del edificio antiguo y llamó con los nudillos.

—No es un edificio público —le advirtió William.

Ella volvió a llamar. Luego pateó la puerta. Diez minutos más tarde, después de que William hiciese unas cuantas llamadas infructuosas a personas que supuestamente trabajaban dentro, la puerta se abrió despacio.

Un hombre bajito y regordete con el pelo a lo Einstein recibió a William con un caluroso abrazo. Se pusieron al día en checo y él presentó a Grace como «*amerricana*».

Pasaron por delante de algo que era mitad sala de correspondencia mitad cuarto de basuras, giraron a la derecha y subieron una escalera. El tipo sentado al otro lado del mostrador de seguridad saludó a William con la mano y después los tres hombres se pusieron a hablar de la hora y de si era buen o mal momento porque el edificio estaba a punto de cerrar. William señaló a Grace y suplicó. Ella se encogió de hombros y sonrió.

—*Amerricana*.

Una vez dentro, dejaron atrás a hombres y mujeres de todas las edades, con vaqueros y suéteres y credenciales de seguridad colgadas del cuello. Por los que

saludaban a Einstein, Grace supo que en realidad se llamaba Milan. En su diminuto despacho rinconero había torres de periódicos en el suelo y carpetas por todas partes, y paradójicos carteles de propaganda comunista en la pared.

Cuando Milan se dejó caer en su silla de cuero agrietado e introdujo las claves en su ordenador de sobremesa, William le pidió a Grace su libreta. Ella se resistía a dársela.

—Nos va a buscar unos nombres —dijo William.

—Me va a buscar, querrá decir —replicó Grace, y abrió la libreta por la página donde estaban anotados los nombres y los números de referencia.

—Tiene los archivos maestros —comentó William mientras Milan consultaba la libreta.

—¿Qué son los archivos maestros?

William se pasó una mano por el pelo aún mojado mientras pensaba en un modo de explicárselo.

—Si hay archivo, podrá verlo. O al menos encontrarlo.

Milan tecleó los nombres y las referencias e informó de los resultados a William, que se los tradujo a ella. Había encontrado lo que ya había visto Grace en los libros de Cibulka, que Petr y Jana estaban en la lista de contactos del StB y que Jana tenía un nombre en clave. Pero el archivo de Jana se había borrado o destruido. Había algunos documentos de Petr y de Elena y Anthony Craig, que Milan imprimió. La referencia de Josef Straka no llevaba a ninguna parte.

—Casi todo lo que tiene de Elena y de su marido está tachado, censurado —dijo William—. Y hay muy poco.

—¡Qué raro!, ¿no?

—¿La exmujer de uno de los empresarios más célebres de Estados Unidos, de un icono del capitalismo, un hombre que podría terminar siendo presidente? —William hizo una pausa mientras Milan tecleaba y negaba con la cabeza—. En los setenta y los ochenta, Elena ya era la expatriada más prominente de Checoslovaquia. Su archivo debía de ser extenso. En algún momento tuvo que alcanzar dimensiones colosales.

Milan imprimió unos documentos.

—¡Qué curioso! —prosiguió William—. Hasta esta mañana ignoraba que

Elena Craig pudiese tener alguna importancia. Aquí es famosa, pero todo lo que hace está relacionado con tratamientos de balneario, compras y ropa chillona.

—Sólo interpreta un papel. —A pesar de cómo la había tratado Elena, Grace odiaba que la gente hablase así de ella—. Y su ropa no es chillona.

Milan miró a William como si fuera a decirle algo, pero al final se volvió hacia el ordenador e investigó un poco más. Pulsó algunas teclas y la impresora se puso en marcha de nuevo. Sacó un par de folios más y se los entregó a Grace. Casi todas las páginas tenían montones de tachaduras en negro. Y eso era todo lo que había sobre Elena Klimentová, casi todo relacionado con interrogatorios hechos a su padre.

En la primera página había una foto de Elena y su domicilio en Manhattan. También aparecía el nombre de Anthony Craig, con un número, que a su vez había llevado a siete páginas en su mayoría censuradas. Había una versión similar, más antigua, sin duda escrita a máquina, con una dirección de Estrasburgo, Francia. En ésta, ella se llamaba Elena de Moulin. También estaba repleta de tachones en negro, pero en lugar de Anthony Craig ponía Jean-Yves de Moulin.

—¿Hay más información sobre Jean-Yves de Moulin? —preguntó Grace.

—Otro archivo vacío.

Milan se volvió hacia el ordenador y recuperó unos documentos, los leyó y rio.

—¿Le puede decir que nos cuente de qué se ríe?

William lo hizo y tradujo la respuesta de Milan.

—El StB interrogó a Petr... mucho. Pero no hay nada de interés en el material. Habla de Elena y de su marido, pero es banal e inútil, casi...

—¿Intencionadamente aburrido?

Milan señaló a Grace y William volvió a traducir.

—Eso es. Como si hubieran suprimido lo bueno y dejado eso a modo de reclamo para que pensáramos que no es nada.

—Como las compras y la ropa chillona, ¿no?

Poco después de las cuatro de la tarde, salieron del antiguo edificio a la calle. El

día lluvioso se había vuelto oscuro y frío. La bruma procedente del río se apoderaba del casco antiguo.

—¿Cree que Anthony Craig saldrá elegido? —preguntó William.

—No lo sé. Elena piensa que sí.

—Pero según los sondeos...

Esa conversación aburría a Grace en todos los idiomas. Volvió a mirar alrededor. Tampoco esa vez vio a nadie, pero lo presentía. William la llevó a una cervecería llamada U Flekû, a diez minutos de la sede del Instituto en el centro, para poder cobrarse la bebida que ella le debía. Apenas había mujeres en la sala austera pero alegre, decorada con madera tallada. En una mesa repleta de hombres de treinta y tantos vestidos de ejecutivos, cantaban a gritos una canción espantosa interpretada por un acordeonista ambulante. Grace y William se sentaron uno enfrente del otro a una mesa alargada, al lado de unos desconocidos. Sin preguntarles lo que querían, un camarero les llevó dos jarras de cerveza negra con una montaña de espuma y otro les sirvió dos chupitos de un líquido ambarino.

Grace repasó los documentos impresos. Los dos que llevaban la fotografía de Elena tenían una estructura similar y más o menos los mismos tachones. El censor checo había dejado una palabra entera o casi entera. William levantó la jarra de cerveza y la instó a hacer lo mismo. Se miraron y sus sonrisas se transformaron en algo más incómodo. Ella cogió la primera hoja del montón de papeles que Milan había imprimido, donde estaba aquella palabra a medias. La sostuvo a la luz, pero apenas pudo distinguir lo que se escondía debajo: *dňáček*.

—¿Qué significa eso?

William se puso las otras gafas y lo sostuvo a la luz también.

—Parece que podría ser *ledňáček*.

—¿En inglés?

—*Kingfisher*, martín pescador. El pájaro.

Grace apuró el chupito. Aguamiel. Era demasiado dulce, así que lo mojó con cerveza. Cuando alzó la mirada, le pareció que al menos la mitad del local lleno de hombres eslavos la miraba fijamente. Se limpió el labio superior para asegurarse de que no le había quedado bigote.

De pronto, tuvo la sensación de que las páginas impresas estaban muy a la vista. Las dobló y las guardó dentro de la libreta. También había hecho fotos con el móvil. Lo metió todo en el bolso y lo cerró.

—No dejan de mirarme.

William se puso serio

—¿Qué?

—No me siento segura.

—Es una mujer hermosa en una taberna llena de hombres borrachos. — William alargó el brazo y cubrió con su mano la de Grace un segundo—. Pues claro que la miran. No pueden evitarlo.

Ya no confiaba en nada, ni en sus elogios ni en su ayuda. ¿Qué era aquel lugar donde la había llevado? No entendía ni una palabra de lo que hablaba nadie y, como siguiera bebiendo, tampoco podría fiarse de su propio criterio.

—Gracias, William. Es muy amable.

Se levantó y, en la caja que había cerca de la puerta, pidió la cuenta. Dejó el doble para que William se tomase otra ronda.

Para entonces, él ya le había dado alcance.

—¿Adónde va?

—Con todo lo de anoche, no he dormido bien y me siento un poco... rara.

—Vamos a cenar por lo menos.

—Quizá en otra ocasión.

—¿Dónde está su apartamento? Me ha dicho que encima de una tienda de especias, ¿no? ¿Está cerca? Deje que la acompañe.

—No. Estoy bien.

William rio.

—Venga ya, yo estoy de su parte. No soy más que un profesor adjunto de Historia de la noningentésima septuagésimo novena mejor universidad del mundo. Duerma un poco y a ver si «en otra ocasión» puede ser mañana. Iré a buscarla y la llevaré a cenar en condiciones.

—Claro.

—Déjeme que la acompañe a casa.

Quería que William la acompañara a casa. Aunque tenía cierto aire de

torpeza, cuanto más lo miraba más guapo le parecía y estaba claro que era inteligente, pero quizá por el efecto residual de la bebida sospechaba de él, de su amigo Milan, de su cervecería, y quería revisar a solas todo lo que llevaba en el bolso. Señaló la mesa en la que habían estado sentados, donde ya lo esperaba otra cerveza.

El casco antiguo de Praga por la noche, con sus farolillos de pálida luz amarilla y sus adoquines, sus calles estrechas y un café con los ventanales empañados en cada esquina, le parecía a Grace pensado para el romanticismo. Se imaginó en uno de esos cafés con William sentado enfrente de ella cogiéndole la mano otra vez y lamentó habérselo quitado de encima. Fue el eco de unos pasos lo que la sacó de su ensoñación, pasos de dos pares de pies. Cuando paraba, paraban. Miró atrás y vio a dos hombres a su espalda. Fingió que comprobaba si tenía algún mensaje en el móvil y ellos se encendieron sendos cigarrillos. Eran los dos tipos del tren, los que la habían seguido a la plaza. El hombre de la cazadora de motorista y los ojos bonitos e inquietantes llevaba ahora un gorro de lana negro. Siguió adelante, usando la cámara del móvil como retrovisor. El otro hombre llevaba un abrigo largo negro y tenía las piernas algo arqueadas. Cuando apretaba el paso, ellos también lo hacían, pero sin acercarse demasiado. En la mano izquierda, escondido bajo la manga, Grace llevaba el cuchillo de mondar.

Cerca del puente de Carlos había más gente, bien abrigada con plumíferos, paseando a los perros, comprando salchichas y ponche a los vendedores callejeros. Al principio la tranquilizó encontrarse entre ellos. Luego se metió sin querer en un mercadillo de suvenires, atestado de gente, y perdió de vista a los dos tipos que la seguían. Se aseguró de que llevaba bien cerrada la cremallera del bolso, se enroscó la bandolera en la muñeca para que no se lo pudieran quitar y se preparó para gritar y clavarle el cuchillo a cualquiera que de pronto se acercase demasiado. Como iba mirando a todas partes a la vez, tropezaba con la gente y se disculpaba, ahogada, en el que se había convertido en su idioma de disculpa peatonal: el francés.

Al pasar la entrada al puente de Carlos, la multitud disminuyó. Dos africanos con uniformes de marinero anticuados intentaron venderle un crucero para la

mañana siguiente. Los dejó hablar mientras esperaba a sus perseguidores. No los vio.

El apartamento estaba a sólo dos manzanas de distancia. Corrió y abrió la puerta maciza que daba al patio contiguo a la tienda de especias, entró y cerró. Se quedó unos minutos al otro lado, en el frío corredor, esperando oír pasos.

Los oyó cuando se disponía a subir a su apartamento. Se detuvieron delante de la puerta. Dejó con cuidado el bolso en el suelo de piedra. En la mano derecha llevaba el cuchillo; en la izquierda, las llaves del apartamento con la más grande sobresaliendo entre los nudillos apretados, como le había enseñado su monitor de defensa personal del centro de YMCA de la avenue du Parc.

Se hizo el silencio al otro lado de la puerta. Los hombres no hablaban entre ellos ni se movían siquiera.

«Estamos aquí. Sabemos dónde vives.»

Unos cinco minutos después oyó un zapato deslizarse por el adoquinado, luego se marcharon. Estaba tan tensa que se recostó en la pared del corredor para no derrumbarse.

Una vez arriba, cerró la puerta con cerrojo y volvió a atrancarla con la silla. Repasó todas las anotaciones y las hojas impresas. «Martín pescador —se dijo—. Tendría que haber cantidades ingentes de información sobre ti. ¿Cómo es que no hay nada? ¿Qué pretenden ocultar?

»¿Quiénes?»

Miró la página donde aparecía la dirección de Elena en Estrasburgo. Jean-Yves de Moulin. Elena de Moulin.

Reservó un vuelo por internet para las seis y media de la mañana siguiente, de Praga a Estrasburgo.

Estrasburgo, 1972

Todas las mañanas a las nueve y cuarto, después del desayuno, cuando ya se había tomado su café matinal y había leído *Le Monde* y *Le Figaro*, Elena corría por la Orangerie.

Habían llegado las cigüeñas, símbolo de Alsacia, unas bestias inmensas que apenas parecían reales. Sin embargo, allí estaban, alargadas y blancas, enfrente de su casa, haciendo nidos gigantes en las farolas y chascando los picos unas a otras. Eran a un tiempo elegantes y desgarbadas, algo que no se alejaba mucho de la percepción que la propia Elena tenía de sí misma.

Como casi todos los hombres que conocía en Francia, Jean-Yves se negaba a correr. El ejercicio matinal le parecía primitivo, una vuelta nostálgica a sus orígenes, cuando el hombre tenía que salir a por comida. Aunque estaba convencido de que fortalecía los músculos y reconstituía la mente, prefería la sofisticación del nado vespertino.

Elena observó cómo las cigüeñas se llamaban unas a otras, clic-clic-clic, mientras construían y reparaban sus nidos. De vez en cuando detectaba un destello de sol en el cascarón de un huevo. Corrió, estiró, olió las lilas en flor. Había avestruces, monos y pavos reales en el pequeño zoo del borde de la Orangerie. Los niños salían corriendo de los columpios a una montañita de cuerdas que había en el parquecito infantil. Concluido su ejercicio, para relajarse, pasaba por delante de los animales enjaulados, con los que experimentaba cierta afinidad. No eran tan distintos de ella.

Esa misma mañana había estado mirando a Jean-Yves mientras dormía. Su familia había tenido tanto éxito durante tanto tiempo, durante el reinado de reyes y reinas, alemanes y franceses, durante la guerra y durante la peste, que él lo

llevaba escrito en la cara, aun cuando dormía. No había un problema que un De Moulin no pudiera resolver. Imaginaba la clase de niños que tendrían, si llegaban al mundo así, con esa seguridad discreta y refinada. Serían buenos, educados, guapos, nacidos para el liderazgo, dotados de modestia y curiosidad.

Cuando Jean-Yves había abierto los ojos a la luz del sol matinal, había sonreído al verla escudriñarlo.

—¡Qué pensativo veo tu hermoso rostro!

En vez de responder, ella lo había besado. Ahora, después de dejar atrás a los monos y a los pavos reales, se detuvo. Sergei estaba allí, cerrándole el paso, tapándose todo, a las puertas del parque, fumando un cigarrillo. Había vuelto a crecer: no sólo estaba más grande, sino también más ancho de espaldas. Cuando lo había conocido, Sergei le había parecido un joven peligroso. Aquél ya era un hombre. Sus experiencias, violentas y secretas, lo habían nutrido y ensanchado.

La sorprendió su primer instinto: salir corriendo.

—Huele de maravilla aquí —dijo él, acercándose—. ¡Qué suerte tienes, Elenka, de haber pasado un año en un sitio tan bonito!

Se besaron, en ambas mejillas. Hablaban en checo, pero aquélla era una capital europea. No era raro ver extranjeros en la Orangerie.

—¿Qué haces aquí, Sergei?

Él, vestido con traje oscuro de raya diplomática, la hizo entrar de nuevo en el parque.

—He venido a verte.

—¿Sólo a verme?

—A sacarte de aquí.

—No lo entiendo.

—Pensábamos que conseguiríamos más de monsieur De Moulin, que nos sería más útil, sobre todo con tu incentivo, pero lo cierto es que no. Te vamos a trasladar a un destino más fructífero. La mujer que teníamos en Montreal no ha dado el resultado que esperábamos.

—No me habéis dado tiempo a...

—¿Quieres quedarte? ¿Quedarte con él? Podría entenderlo: te has instalado en una vida de placer absoluto. Aunque no veo cómo podría justificar tu

entrenamiento, ni todo lo que hemos hecho por ti y por tu familia.

—¿Todo lo que habéis hecho? No...

Elena pensó en su madre, con sus bonitos vestidos nuevos de diario, sirviendo bebidas en vasos de cristal, y en su padre, con sus botas impermeables, un rifle y un perro de caza.

—Este paseo por el parque es una visita de cortesía. A tu esposo lo sorprenderá tu partida, no cabe duda, pero quería darte tiempo para hacer las maletas.

—¿Cuándo?

—Mañana, Elenka, mañana por la noche.

Elena inspiró hondo, apartó la mirada de él. Le costó una barbaridad fingir que aquello la complacía.

—¿Vendrás conmigo a Montreal?

—Te ayudaré a instalarte. ¿Recuerdas el favor que me pediste para tu novio?

Elena sabía que le hablaba de Josef Straka.

—No es mi novio, y lo sabes.

—Lo he reclutado. Ya está dentro.

—¿En Montreal?

La sorprendió que hubieran hecho todos esos preparativos por ella.

—Tendrás un amigo.

—Gracias, Sergei.

—Y yo ahora estoy en Nueva York, muy cerca.

—¿Y por qué no puedo estar contigo?

—Sabes por qué. Ya tenemos tres chicas en Nueva York. Sólo con Danika...

Le molestó el modo en que Sergei dijo su nombre. Pues claro que estaba con ella. Había estado con todas. Y ninguna de ellas le diría la verdad. Ninguna decía la verdad. No podía estar celosa.

¿Estaba celosa?

A lo mejor podría quedarse ahí, en Estrasburgo. Si se lo contaba todo a Jean-Yves, él la protegería. El servicio secreto francés, o quizá el inglés o el estadounidense, podría llegar a algún acuerdo, sacar a sus padres de Praga si ella les contaba lo que sabía.

Suspiró. Estaba tan atrapada como aquellos monos. Revelar su identidad sería su fin y el de los suyos. El KGB podía encontrar a cualquiera en cualquier parte.

—Es una ciudad francesa —le dijo a Sergei, sonriente.

—Y Nueva York está muy cerca, Elenka. Te buscaremos trabajo, motivos para que vengas a vernos.

—No le haréis daño a Jean-Yves ni lo amenazaréis, ¿verdad? Esto va a ser muy duro para él. Me quiere.

—Eso déjanoslo a nosotros. —Sergei la agarró por los brazos y volvió a besarla, esa vez en los labios. La boca le sabía amarga, de los cigarrillos—. *À demain!* —le gritó mientras se adentraba en el parque—. *À demain!*

Estrasburgo, 2016

Para alivio de Grace, en Estrasburgo la temperatura era casi diez grados más alta que en Praga. Los jóvenes deambulaban por aquella ciudad compacta con vaqueros y suéteres estilosos, vestidos y Ray-Ban, casi todos con bufanda. Había más bicicletas que coches, la mayoría intencionadamente toscas. Era una ciudad plana con sentido del humor, se dijo Grace.

Desde su hotel en un pequeño vecindario de casas rústicas rodeadas de canales, sólo había un paseo de media hora por el centro, animado a la vez que tranquilo, hasta el boulevard de l'Orangerie. Aunque la arquitectura de Praga era más luminosa, el ambiente de Estrasburgo, que a fin de cuentas era una ciudad centroeuropea, era más vivo, más esperanzador.

Fatigada, se preguntó si el peso del comunismo habría tenido un efecto paralizador y embotador en los habitantes de Praga que los estrasburgueses nunca habían experimentado y apenas podían imaginar.

Miró a su alrededor. De camino al aeropuerto, a las cinco de la mañana, no había visto a los dos hombres que la habían seguido la víspera. En los dos paseos que se había dado por el pequeño avión que la había llevado de Praga a Estrasburgo, había establecido contacto visual con todos los pasajeros. Ninguno de ellos tenía pinta de matón.

Hizo fotos de Estrasburgo y lo imaginó todo en 1971 y 1972, algo que no le resultó muy complicado. A pesar del Starbucks de la place Kléber y del nuevo sistema de tranvías, poco parecía haber cambiado desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La dirección de Jean-Yves de Moulin, confirmada en internet, correspondía a una mansión de piedra de tres plantas rodeada de consulados de países

extranjeros. En la parte superior había una cuarta planta en forma de torre o loft. El parque estaba nada más cruzar la calle. Los árboles frutales y los arbustos del jardín principal estaban muy bien recortados, se habían barrido las hojas secas y preparado los parterres para el invierno. Era un lugar elegante y sin duda muy querido.

La mansión de los De Moulin estaba cercada por una verja de hierro forjado con puerta metálica. Grace pulsó el timbre.

—*Oui?*

—¿Monsieur De Moulin?

El hombre le explicó que era el mayordomo de monsieur De Moulin. Ella se presentó en francés y le comentó que estaba trabajando en una biografía de Elena Craig. Al principio se hizo un largo silencio. Lo oía respirar por el interfono.

—¿Tiene permiso de Elena para escribir ese libro?

—Por supuesto. Puedo darles más detalles si monsieur De Moulin y usted me permiten entrar.

Se abrió la puerta con un zumbido. La recibió un anciano que vestía unos pantalones que parecían hechos a medida, una camisa blanquísima y una chaqueta de punto negra sin abrochar.

—¿Madame Elliott?

—Sí, monsieur.

—Me he hecho pasar por mi mayordomo. Es su día libre. Estoy solo. —No hizo ademán de invitarla a entrar—. ¿Le ha hablado Elena de mí?

Cuando Grace negó con la cabeza, él sonrió decepcionado y apartó la mirada.

—¿Cómo ha sabido de mi existencia?

—Por los archivos de Praga.

—Ah, por el Instituto.

—Sí, monsieur.

—Pensé que se habrían deshecho de ellos, como de todo lo demás.

—¿Se «habrían»?

Jean-Yves de Moulin la miró un instante, con las manos a la espalda.

—Su acento..., ¿quebequés?

—Supongo que sí, monsieur. Soy estadounidense, pero he vivido mucho tiempo en Montreal.

—¿Tiene algún documento, algo que pruebe que Elena quiere que hablemos?

Grace volvió a negar.

—Me temo que no.

Se hizo otro silencio. El sol desapareció detrás de una nube y reapareció después. Olía de maravilla en su espléndido jardín.

—Mi intuición me dice que la despache, madame.

—No lo haga, por favor.

Al cabo de un momento, De Moulin extendió las manos y la dejó entrar. La llevó por una magnífica escalera de caracol y luego por un pasillo. Los arquitectos y los constructores de la casa habían hecho maravillas con la madera, creando rizos, vueltas y celosías en la barandilla y en el techo. El suelo de parquet tenía dibujos en forma de flor de lis. Algún pintor impresionista había inspirado los cuadros de las paredes, o incluso los había pintado.

—¿Las obras de arte son auténticas, monsieur?

Grace comprendió de inmediato que era una pregunta entre ingenua y ofensiva. Se encontraba en el domicilio de un aristócrata rico. Pasaron por delante de la cocina: estilosa y moderna, con un toque escandinavo en toda su decoración francoprusiana.

—¿Se crio usted aquí, monsieur De Moulin?

Él ignoró la pregunta y la hizo pasar a su biblioteca y despacho, un festival de piel y maderas nobles. En cuanto entró y le dio las gracias, oyó otros pasos en el pasillo. Lentos y sigilosos, y luego bastante rápidos. Apareció en el umbral de la puerta otro hombre, más joven que él, con pantalones negros, chaleco negro y corbata negra.

Grace tardó un instante en comprender que el objeto metálico que sostenía el hombre en un ángulo extraño pero seguro y con el que la apuntaba era una pistola.

—¡Dios! —exclamó, y retrocedió hacia los libros.

—Éste es Nicolas, mi guardaespaldas.

—Pues dígame a Nicolas que baje el arma.

—¿Quién es usted en realidad? —De Moulin hablaba un francés que ella rara vez oía en Montreal—. ¿Para quién trabaja?

Grace respiró hondo varias veces. Exploró la estancia en busca de algún arma arrojada.

—Monsieur, trabajo para Steadman Coe, el editor del *National Flash*. Busque mi nombre en internet si quiere. O el de él.

Nicolas entró en la biblioteca. Grace se agachó para que el escritorio la protegiera del arma del guardaespaldas.

—¿Y qué relación tiene con Elena Craig? —preguntó De Moulin.

—Soy la que escribe sus artículos.

—Eso no tiene sentido. Si fuera usted su negro, se limitaría a escribir lo que ella le dijera. Y sin duda ella omitiría el tiempo que pasó en Estrasburgo. Me llamó otro periodista cuando Elena y ese bufón con el que se casó se estaban divorciando. ¡Me llamó! No se presentó aquí sin más. ¿Quiere saber lo que le pasó a ese periodista británico? Se tiró del puente colgante de Clifton, en Bristol. Con ayuda, diría yo.

Monsieur De Moulin le hizo una seña con la cabeza a Nicolas, que rodeó el escritorio.

—Tranquilo, Nicolas —dijo Grace, levantando las manos.

—Sólo va a comprobar que no va armada.

Ella agarró una cigüeña de piedra.

—Como me registres lo que no me tienes que registrar, te dejo seco, Nicolas.

—Tomo nota.

Nicolas le hizo un registro delicado y respetuoso. Le palpó los bolsillos y le apretó los tobillos. Cuando hubo terminado, se encogió de hombros y Grace devolvió la cigüeña al escritorio.

De Moulin se acercó a una silla de piel y se sentó enfrente de ella. Llevaba unos calcetines muy modernos con un dibujo de fantasía en azul y amarillo. Nicolas se quedó en posición de firme junto a la puerta.

—¿Por qué lo inquieta mi presencia, monsieur?

Jean-Yves de Moulin alzó la mirada al artesonado del techo.

—Por el pasado —contestó—. Buena parte de él se quemó, se trituró y se

escondió en las cámaras de seguridad de personas poderosísimas para poder emplearlo como chantaje. Aun así, quizá todavía quede algo, algún archivo perdido, guardado en el cajón equivocado. Imagino a uno de los antiguos camaradas de Elena buscando uno de esos archivos en mi casa.

—¿Antiguos camaradas?

—Camaradas actuales —rectificó—. A lo mejor, madame, yo soy uno de sus «archivos perdidos». Un contador de verdades. Esos camaradas son hombres sin capacidad para la empatía. Y yo soy un anciano que puede sufrir fácilmente un infarto, un ictus o tirarse de un puente.

—Elena se casó con usted para poder huir de Checoslovaquia, para tener un pasaporte occidental...

—Madame, ¿cuándo se publicará ese libro?

—Se tarda años en escribir y publicar un libro.

—Entonces esta conversación no tiene sentido, la verdad.

—¿No tiene sentido?

Se inclinó hacia delante.

—Nicolas, ¿podrías traernos a madame Elliott y a mí una botella de gerwurztraminer con un poco de *tapenade*, queso munster-géromé y unas galletitas saladas?

Nicolas abandonó la estancia.

—Madame, si Anthony Craig sale elegido presidente, su visita y ese libro que está escribiendo no valdrán nada. Ellos ganan. ¿No lo ve? Será demasiado tarde.

Grace rio.

—Las elecciones son dentro de poco más de una semana, monsieur.

—Sí, es algo a la vez graciosísimo y nada gracioso, ¿no le parece? La idea de que se casara conmigo por el pasaporte... —dijo señalando la libreta de Grace—. Cuando Elena empezó a aparecer en la prensa, a finales de los setenta, uno de sus abogados, o alguien que se hacía pasar por él, me pagó quinientos mil dólares estadounidenses para que respaldara esa historia.

—¿No es cierto?

—Yo no necesitaba el dinero, pero no quería irme a dormir por las noches pensando que quizá no me volvería a despertar.

Nicolas regresó con una bandeja. En ella había una botella alta, abierta y empañada, dos copas de cristal y un plato con *tapenade* negra, queso y unas galletitas de arroz. Sirvió el vino.

—Elena no me necesitaba para escapar de *l'Empire soviétique*. Ya había escapado, si es que ésa es la palabra más acertada. Jamás tuvo pasaporte francés. No le hizo falta.

—No lo entiendo.

No parecía oportuno proponer un brindis ni rozar siquiera las copas, así que bebieron sin más. El vino era dulce e intenso.

—Ella quiere que parezca que el nuestro fue un matrimonio de conveniencia, una especie de arreglo comercial sin consumir. Yo debía ser el amigo de un amigo, algún conocido del deporte. Eso es cierto en parte. Nos conocimos y empezamos a salir, e intimamos por un interés común en la actividad física. Yo había sido nadador profesional; ella, gimnasta.

—Lo que no entiendo es cómo llegó ella aquí.

De Moulin meneó la cabeza.

—Según me lo contó a mí, fue una huida en toda regla, en plena noche, cruzando la frontera austríaca. Escapó de los disparos de los vigías de las torres, esquivó los focos, salvó los campos de minas. A todos nos encantó esa historia. Éramos jóvenes y era muy romántico. Ella era una mujer preciosa, divertida e inteligente, de un lugar exótico. Nos creímos hasta la última palabra. Hasta después, mucho después de que me dejase, no sospeché la verdad: ninguna chica corriente de ningún pueblecito cruzaba esa frontera en 1971 sin ayuda. Sospecho que la sobrevoló en un avión del gobierno.

—¿Se conocieron en 1971?

—Poco después de que ella llegara. Elena tenía un contrato como modelo con una firma de París y asistió a una gala benéfica que mis amigos y yo organizábamos dos veces al año. Estaba sentada a mi mesa. Mi acompañante no me entusiasmaba y a ella no le entusiasmaba el suyo. Y con razón: ese tipo era todo lo gay que se podía ser. A los dos nos gustaba el deporte, como ya le he dicho, y ella parecía entender mi situación financiera.

—¿Que era...?

—De riqueza familiar. Por entonces yo estaba bastante implicado en actividades de índole social, como joven abogado y como filántropo, supongo. Gestionaba el fideicomiso de mis abuelos. Y tenía pensado entrar en el Consejo de Europa, meterme en política.

—¿Y qué ocurrió?

—Muy poco. Trabajaba... menos. Viajábamos mucho, a París, a Londres y a Edimburgo. A la Costa Azul. Tengo amigos con fincas preciosas en diversos sitios. Nos alojábamos en sus casas. Pensé que eso impresionaría a una campesina eslava.

—Suenan fenomenal.

—¿Verdad? Pero no era suficiente para nuestra Elena. Yo no era lo bastante ambicioso para ella. No se había jugado la vida cruzando una frontera imposible de cruzar para beber champán y hacer el paripé en Saint-Tropez. Yo le había prometido política. Le había prometido poder. Aunque no creo que, en realidad, le prometiera nada de eso.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Menos de un año, pero fue maravilloso. Los mejores meses de mi vida. De verdad. Y sé que para ella también lo fueron. En 1972 se fue a Montreal.

—¿Por qué?

—No lo sé. Llegaron dos coches. En uno iban el chófer y otro hombre atrás. El chófer metió el equipaje de Elena en el maletero mientras el de atrás vigilaba la ventana desde la que yo miraba. No hablamos, pero entendí lo que quería decirme.

—¿Y qué fue?

—Los tipos del segundo coche entraron sin mi permiso y me lo dejaron bastante claro. Se quedaron cuatro horas. Fue un interrogatorio, supongo. Me enseñaron fotografías en las que yo aparecía con una prostituta. Esas fotos eran motivo de divorcio. Traían los papeles preparados. Sólo tenía que firmarlos. No le debía nada a ella, me dijeron. Ni dinero, ni ninguna de las cosas que habíamos comprado juntos. Yo no sabía que aquella mujer fuera una prostituta; además, las fotografías se hicieron tres noches después de que conociera a Elena, ¡antes de que hubiéramos empezado a salir siquiera!, pero dijeron que se habían hecho

mientras estábamos casados, que la prostituta lo había declarado así, y que por tanto había motivo para un divorcio amistoso. Era mentira, desde luego. Cuando se lo discutí, uno de los hombres me dio un bofetón con la mano vuelta. Recuerdo que uno de ellos dijo: «A partir de ahora, nosotros decidiremos si sigue vivo o no. ¿Entendido?». —Monsieur De Moulin alzó la vista de nuevo, inspiró hondo—. Pienso en ellos todos los días, en aquellos hombres, en cómo me humillaron en mi propia casa. No he vuelto a casarme ni he tenido hijos, a pesar de mis sueños y mis deseos, para evitarles el... peligro y la oscuridad, supongo, que se cierne sobre mí desde aquella noche de 1972.

Hizo una pausa, se quitó las gafas y las limpió con un pañito rojo. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Tiene alguna prueba de eso? —preguntó Grace.

—Esos hombres eran profesionales. Son profesionales.

—Dice que fue un interrogatorio. ¿Qué querían saber?

—Querían averiguar qué sabía yo del pasado de Elena. Qué me había contado. Era modelo, gimnasta, una joven preciosa e inteligente con una licenciatura de la Universidad Carolina. Por algún motivo me había elegido a mí, aunque yo no fuese rival para su energía ni su ambición. Cuando terminara su carrera como modelo, pensaba trabajar con atletas, dedicarse al deporte de algún modo. Como le he dicho, la apasionaban la política y el poder. A mí, cada vez menos. Mi herencia me proporcionaba todo lo que necesitaba. Mi carrera no me interesaba tanto como Elena. Me interesaban nuestros amigos, la familia que podíamos formar juntos. Hablamos de ello, de los niños que íbamos a tener.

—¿Quiénes eran esos profesionales?

—Años después hice amistad con un miembro de la DGSE.

—¿Qué es eso?

—La Direction Générale de la Sécurité Extérieure. Usted es estadounidense, ¿no? Pues la DGSE es el equivalente francés de la CIA. A ese amigo mío, al del servicio secreto francés, le conté confidencialmente, tras la caída del Muro de Berlín, lo ocurrido la noche que Elena me dejó. Me dijo que aquellos tipos seguramente fueran del KGB, o de su homólogo checo a las órdenes del KGB.

—El StB. —De Moulin asintió con la cabeza—. El tipo que iba en la parte de

atrás del coche, el que se la llevó, ¿qué aspecto tenía?

—Sería de mi edad por entonces, unos veintimuchos, pero aparentaba sesenta. ¿Sabe a lo que me refiero? Pómulos prominentes, piel clara, ojos sin expresión. No sé. Fue una noche perturbadora y yo me había bebido ya unas copas cuando llegaron.

—¿Quién cree que era?

—Su supervisor. Su novio. Su chulo del servicio secreto. ¿Cómo voy a saberlo? Tiene que publicar ese libro. Cuanto antes.

—Pero, como bien dice, monsieur, el Muro de Berlín cayó. Todos esos hombres ya no tienen importancia, ¿no?

De Moulin se miró el reloj.

—No se burle de mí. Usted ha venido aquí porque esos hombres importan ahora más que nunca. Elena encontró lo que buscaba, no en Montreal, sino en Nueva York. Supongo que no le salió exactamente como esperaba. El divorcio, desde luego, no estaba previsto. Pero he oído decir que Anthony y ella siguen muy unidos. —Jean-Yves de Moulin se levantó con esfuerzo y una mano en los riñones—. Me parece a mí, madame Elliott, que ni usted ni yo estaremos a salvo hasta que esto, sea lo que sea, salga a la luz. ¿No cree?

De Moulin la acompañó a la puerta. Grace no sabía disparar un arma, pero por primera vez en su vida comprendió por qué tantos compatriotas suyos se empeñaban en llevar una.

Antes de que se despidieran, él la agarró del brazo.

—A lo mejor, mientras usted escribe, aprovecho la ocasión para visitar uno de nuestros territorios de ultramar.

—De pequeña, en Minnesota, tenía una amiga por correo que era de Martinica —dijo Grace—. Eso sigue siendo territorio francés, ¿verdad?

Nicolas abrió la puerta y el sol se reflejó en el suelo de parquet. Monsieur De Moulin sonrió y miró afuera.

—Martinica...

Se oyó el canto de los pájaros en la Orangerie. Su sonrisa se fue desvaneciendo y volvió al interior de la mansión.

Cuando se cerró la puerta, Grace bajó los escalones que conducían al jardín,

miró alrededor y se sintió pequeña, frágil, sola.

Montreal, 1975

Era el quinto día de una ola de calor pegajoso y sin brisa en Montreal. Elena Klimentová llenó de hielo un cuenco y lo colocó de forma que el ventilador soplara aire frío a sus cuerpos desnudos. Cada veinte minutos, tiraba el agua y rellenaba el cuenco de hielo. Su vecina del 2311 del boulevard de Maisonneuve Ouest estaba tan enamorada de los Bee Gees que ponía su último álbum una y otra vez, y ahora sonaba *Jive Talkin'* tan fuerte que retumbaba el suelo.

En medio de la canción, cuando eran casi las dos de la madrugada, llamaron a la puerta. Ni Elena ni Josef Straka, tumbado a su lado, habían dormido.

—A lo mejor viene a disculparse por la fiesta —dijo ella incorporándose.

—Esa mujer no se disculpa —replicó Josef, sin inmutarse.

Era Elena quien hacía la cena en su destartalada cocina, lavaba los platos en su diminuto fregadero, sacaba la basura, abría la puerta... Josef trabajaba muchas horas en una consultora estadounidense mientras terminaba los cursos y los exámenes que lo convertirían en contable colegiado. Aquello era lo único que podía permitirse, aparte de las acampadas y las noches de *mariáš* con sus colegas checos y eslovacos, un juego de cartas de su tierra que a ella le parecía una absoluta pérdida de tiempo.

Se ató un albornoz a la cintura y caminó descalza hacia la puerta. El suelo de madera era lo más frío de todo el apartamento.

Al abrir, le costó reconocer al hombre trajeado que esperaba en el pasillo. El fluorescente se había fundido. A su espalda se oía de vez en cuando algún alarido de su vecina o de las amigas de ésta entre zapatazos y temas de los Bee Gees.

—¿Puedo pasar?

Aunque Sergei Sorokin había perdido mucho pelo, su sonrisa torcida no había cambiado, tampoco la oscuridad de sus ojos pequeños. Aquélla era la cara que Elena imaginaba que ponía cuando sentenciaba a muerte a un hombre.

El primer día de cada mes Elena recibía un cheque de tres mil dólares de Kara Modeling Canada, independientemente de las sesiones que hubiera hecho como modelo. Con el sueldo de Josef y el dinero extra que ella ganaba dando clases de gimnasia en los meses de invierno, habían ahorrado casi lo suficiente para el anticipo de un adosado en Westmount, donde vivían los angloparlantes ricos.

Josef y ella eran una pareja normal, camino de convertirse en clase media-alta canadiense. En el programa especial de la Universidad Carolina siempre les decían lo mismo: «Cuando salgáis al mundo, puede que nunca os llamemos. Quizá no volváis a saber nada de nosotros. Pero probablemente sí».

Elena inspiró hondo para calmarse.

—Por supuesto, Sergei. Me alegro de verte. Por favor...

Llevaba los zapatos negros resplandecientes, como de costumbre. La única concesión que hacía a aquel calor asfixiante era un traje de algodón.

Elena encendió la lámpara de lo que hacía las veces de salón-comedor. Había un televisor en un rincón, junto a la chimenea.

Josef se plantó a la puerta del dormitorio con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí a estas horas? —le preguntó con voz algo temblona—. ¿Cómo te atreves?

Aunque parecía más corpulento, Sergei no era ni mucho menos tan alto como Josef. Se acercó despacio al dormitorio. Josef fue retrocediendo. Se susurraron en un tono más bien desagradable y luego, agarrando a Josef del brazo con la mano derecha, Sergei lo llevó hasta la puerta del apartamento, la abrió y lo echó al pasillo tapado únicamente por la toalla que llevaba a la cintura.

Cerró la puerta.

—¡Pero si es mi mujer! —gritó Josef sin convicción.

Josef era el regalo que Sergei le había hecho a Elena después de lo de Estrasburgo: su viejo amigo y compañero de gimnasia podía ayudarla a salir adelante en Montreal. Lo de casarse había sido idea de Josef. Le había asegurado

que Sergei no volvería. A saber si seguía vivo siquiera. Esos soviéticos, esos espías, desaparecían sin más, se devoraban unos a otros.

La mesa del comedor estaba hecha un asco, llena de periódicos y de platos sucios que Elena no había recogido. ¿Y qué se podía cenar con aquel calor más que sándwiches de atún con queso y cebolla y un pack de seis cervezas Molson Export? De repente, le avergonzó el estado en que se encontraba el apartamento, lo pequeño que era y lo desordenado que estaba. Sergei se sentó a la mesa, echó un vistazo alrededor y le sonrió.

—Precioso.

—Espera, que... —Recogió los platos, se los llevó a la cocina y los dejó en el fregadero. De nuevo en el salón, que también era comedor, dobló los periódicos y tiró las migas al suelo—. Perdona.

—Siéntate, por favor, Elenka.

Ella se sentó y él la miró fijamente.

—Sergei, no sabía qué otra cosa hacer. Me sentía sola. He conocido a algunos hombres, pero eran como Jean-Yves. Hombres buenos, hombres normales, ricos pero..., no sé, satisfechos. A lo mejor es cosa de los canadienses. Les falta un...

—No tienes ni veinticinco años. Acabas de empezar. Josef no es tu igual —dijo señalando a la puerta—. Te vas a divorciar de él y le compensaremos. Tendrá una buena vida y una carrera. Borraremos cualquier rastro de este error. Cuando vi el artículo en el periódico...

—Fue una estupidez.

—Fue indigno de ti, Elenka. Presumir de tu vida tranquila de casada, la vida de una modelo y deportista. ¿Pensabas que no lo vería?

—Supongo que pensé que te habías olvidado de mí.

—A lo mejor querías que lo viera.

Elena se agarró la cabeza con ambas manos.

—A lo mejor.

Sergei le cogió la mano, se inclinó hacia delante y la besó. Le metió mano por debajo del albornoz y a ella la asqueó, pero no pudo impedirselo.

—Mañana recibirás una llamada de la agencia de Nueva York. Si no eres capaz de encontrar un hombre adecuado en Montreal, puede que tengas que

volar aún más lejos.

—Pero en Nueva York ya está Danika.

—Es una ciudad grande. Y no hay ninguna otra chica como tú.

—¿Josef se queda aquí?

—Los papeles del divorcio te llegarán antes del lunes. Eres víctima de maltrato.

—No. A veces es un payaso, pero...

Sergei se inclinó hacia delante. No había malicia en sus ojos. Peor aún, no había nada.

—Has sido víctima de maltrato. Hay diferencias irreconciliables entre vosotros.

Elena se apretó el cinto del albornoz.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Montreal?

—Esta noche y mañana por la noche. Tengo aire acondicionado en mi habitación. ¿Vienes?

—Voy a vestirme —dijo ella, levantándose.

—El coche está justo enfrente, esperándonos.

Elena se puso su mejor vestido de verano y guardó otro en la maleta. Metió en una bolsa el maquillaje y los artículos de aseo y, al pasar por delante del espejo del baño, se miró en él un momento.

No le había gustado en absoluto tener que marcharse de Checoslovaquia, ni dejar a Jean-Yves y a los amigos que había hecho en Estrasburgo. Tampoco quería marcharse de Montreal, pero Josef era a la vez un hermano y un amante. No tenía palabras para describir lo que le inspiraba Sorokin.

Sergei bajó la escalera delante de ella.

—Eh, un momento... —espetó Josef, dando un golpe en la pared con la mano abierta cuando los vio juntos—. ¿Adónde crees que vas?

En el apartamento de al lado estaban bailando *The Hustle*. «*Do the hustle!*», cantaban a gritos aquellos hombres y mujeres corrientes de Montreal.

—Lo siento, cariño —le dijo Elena con lágrimas en los ojos.

—¡No podéis hacerme esto! —Volvió a aporrear la pared—. ¡Os voy a matar! Sergei, que había pasado por delante de Josef sin mirarlo siquiera, dio media

vuelta y subió deprisa la escalera. A pesar de que había ganado peso, Elena detectó en él cierto aire felino mientras perseguía a Josef. Los siguió. Josef retrocedió hasta una pared de ladrillo en el interior del apartamento, al lado de los tiestos de cactus.

—Tú —le dijo Sergei con una serenidad espeluznante—, tu familia, tus amigos, todos y todo lo que quieres y te importa, Straka, me pertenecéis. Estás aquí porque quiero que estés aquí. Si te enfrentas a mí, saldrás perdiendo. Y yo disfrutaré de tu destrucción.

—¡Que te den!

Elena no quería verlo, pero lo vio. Vio aquel cuchitril oscuro, asfixiante y miserable como lo que era. A su espalda oía gritar: «*Do the hustle!*».

—De rodillas, Straka.

—¡Cabrón!

—Cálmate. Piensa. De rodillas.

Tardó casi treinta segundos, pero al final Josef se hincó de rodillas en el suelo duro de madera. Se le cayó la toalla, pero en aquel momento daba igual. Sergei lo miró un rato, mucho más de lo que Elena fue capaz de soportar. Bajó la escalera con su bolsa de viaje y abrió la puerta de la calle a la noche cálida, luego se volvió a mirar el 2311 del boulevard de Maisonneuve Ouest, el ladrillo amarillo y el arce, tan sediento como ella con aquel calor disparatado.

Una limusina negra la esperaba con la puerta de atrás abierta. Subió a ella.

Estrasburgo, 2016

En su paseo por el animado centro histórico de Estrasburgo, Grace no pudo dejar de pensar en Jean-Yves de Moulin y en la vida angustiosa y angustiada que se había visto obligado a llevar. Lo encontrarían en Martinica. Sus perseguidores lo encontrarían en Polinesia, Reunión o Nueva Caledonia, los dos lo sabían.

Seguía haciendo un día tan cálido y luminoso que se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo. Compró cinco zanahorias perfectas y una cajita de arándanos en un mercado callejero y caminó sin rumbo en dirección a la aguja de la Notre-Dame de Estrasburgo. En el Pont Royal, un puente antiguo muy bien conservado, se detuvo a hacer una fotografía de los otros puentes, con el canal resplandeciendo al sol. Y entonces vio a los dos hombres de Praga apoyados en la barandilla. El de las piernas arqueadas la miraba y el otro, que se había cambiado la cazadora de cuero por una sudadera con capucha roja de turista, tecleaba algo en el móvil.

Si se lo permitía, le harían daño, la humillarían y la atormentarían, como a Jean-Yves de Moulin en su mansión. Sacó los auriculares de botón blancos del bolso y pasó tres largos minutos separándolos de los clínex usados y desenmarañando el cable. Cuando los tuvo conectados, marcó el número de su exmarido, Jason.

Aunque era temprano, sonaba como si acabara de escalar una montaña.

—¡Nena! ¡Madre mía! ¿Cómo estás?

De fondo, Grace oía un cacharreo metálico y las voces adorables de sus hijas. Esperó un momento. Lo había llamado instintivamente para pedirle ayuda, consejo. ¿Debía apartarse de aquello? ¿Lanzarse en plancha?

—Fenomenal, sí. Estoy en Francia.

—¿Qué? ¡Estupendo! ¡Caitlyn, Grace está en Francia!

—¡Fabuloso! —dijo Caitlyn.

La segunda esposa de Jason parecía incapaz de sentir rabia o tristeza, menos aún sentimientos mezquinos como la envidia. Era dueña de tres estudios de yoga en Fort Lauderdale y trabajaba como psicóloga voluntaria en la enseñanza pública.

Grace caminó por la rue des Pontonniers hacia el centro de la ciudad. Los dos tipos la siguieron a la distancia habitual, sin molestarse en disimularlo.

—¿Estás allí de vacaciones?

—No, no, por trabajo.

—¿El *Flash* te ha mandado a Francia o es que por fin has cambiado de empleo? ¡Madre mía, Grace!, ¿has encontrado otro trabajo? ¿Uno digno de esa mente privilegiada tuya? No, espera, deja que lo adivine: el *Washington Post*. Caitlyn, ¿a que no sabes...?

—No, Jason. Es el mismo trabajo de siempre.

Pasó por delante de un edificio de piedra blanca con herrería de color azul celeste. Mientras hablaba, le entraron dos mensajes de texto nuevos en el móvil, de números desconocidos.

Vuelva a casa.

Aún «nos» demasiado tarde.

—¿Grace?

Se dio cuenta de que Jason había seguido hablándole.

—Sí, perdona.

—No, no, perdona tú. Eh, ¿me has llamado para charlar? Me encantaría que pudiéramos seguir poniéndonos al día, pero por aquí estamos organizando Halloween. ¿En Francia también lo celebran?

—No lo creo.

—Te noto rara. ¿Va todo bien? ¿Para qué te ha mandado el *Flash* a Francia?

Grace paró de nuevo y se volvió. Los dos tipos se detuvieron a su espalda.

—Me preguntaba si podrías ir a buscarme al aeropuerto. Voy a Miami a ver a

mi madre y...

—¿Sabes qué? Que cancelo lo que haya que cancelar. Dame los detalles, ¿vale?

—¿Seguro? ¿A Caitlyn le parecerá bien?

—Más que bien. Le fastidiaría que perdiéramos el contacto.

Grace se esforzó por enterrar sus sentimientos mezquinos.

—Gracias, Jason.

—¡Adiós, Grace! —le gritó Caitlyn, que animó a sus hijas, Kellie y Claire, a que se despidieran también.

En la place de la Cathédrale había centenares de señores mayores altos que hablaban algún idioma nórdico que Grace no sabía ubicar y se hacían fotos. Confirmó que esos tipos aún la seguían y se acercó a un policía armado que observaba a la multitud desde los escalones de entrada a la catedral. La tranquilizó tanto su presencia que tardó un momento en hablarle.

—Esos hombres me están acosando —dijo, señalándolos. Se estaban haciendo fotos.

—¿Qué le han hecho?

—Seguirme. Mandarme mensajes de texto. —Grace se los tradujo al policía. Señaló el error gramatical de «nos», que era difícil de explicar en francés y no hizo más que confundirlo—. Soy periodista y me están amenazando.

El policía, que no debía de tener ni treinta años, miró al otro lado de la plaza.

—¿Cómo la han amenazado?

—Entraron en mi habitación de hotel.

—¿Aquí, en Estrasburgo?

—En Praga.

—¿Llamó a las autoridades?

—No, porque no se llevaron nada. Son profesionales. Trabajan para una organización clandestina.

En cuanto lo dijo cayó en la cuenta de cómo sonaba.

—Madame, ¿tiene alguna prueba de que la están amenazando?

—Sólo estos mensajes.

El joven policía suspiró y se recolocó la gorra.

—Espere aquí.

Cuando se acercó a ellos, los dos hombres no hicieron ademán de huir. Contestaron sonrientes, y cuando el policía les señaló a Grace ambos se mostraron verdaderamente confundidos. En menos de un minuto, el policía estaba de vuelta.

—Ha habido un malentendido. Ellos venían de la Orangerie, ¿usted también?

—Sí, pero...

—Aseguran que nunca han estado en Praga y que no la habían visto a usted en su vida, madame —le dijo el policía, al parecer hastiado. Luego sacó una tarjeta del bolsillo y le enseñó la dirección de la *gendarmerie*—. Si sigue preocupada, le aconsejo que vaya a esta dirección y presente una denuncia.

—¿Les ha preguntado el nombre?

—Pues claro que no, madame. Esto es Francia. Buenas tardes.

Mientras cruzaba la plaza, Grace miró fijamente a los dos tipos. Ninguno de los dos la miró a ella. Cuando llegó a la habitación del hotel que había reservado la noche anterior, entró, echó el pestillo y fue directa al baño. La tapa del váter estaba bajada y, al levantarla, comprobó satisfecha que el agua estaba limpia.

Por primera vez en su vida cometió la torpeza de coger algo del minibar. Abrió una botellita de riesling, se la bebió a sorbos como si fuera una cerveza y contempló por la ventana el río Ill y las casas antiguas que había al otro lado. Pero el silencio era insufrible. Encendió la televisión y se encontró a Anthony Craig hablando en BFM, la versión francesa de la CNN. Era la repetición de un mitin que había dado en un hangar. Había muchísima gente y las cámaras ofrecían imágenes de miles de rezagados que esperaban fuera, en un rectángulo de asfalto a pleno sol.

Grace llevaba ya media botellita de riesling cuando vio algo en la mesa del ordenador: cinco muñequitas rusas colocadas por tamaños.

En la mesa había también un hervidor de agua que, aunque pequeño, parecía robusto. Grace lo agarró y lo blandió como si fuera un bate mientras recorría con sigilo la habitación. No había nadie, ni nada fuera de sitio.

Soltó el hervidor e inspeccionó las muñecas. Eran de madera hueca pintada, ligeras como un pañuelo de celulosa. Fue abriéndolas y sacudiéndolas, empezando por la más pequeña, hasta que llegó a la segunda más grande. Giró el cuerpo para abrirla y encontró una página de periódico arrugada, hecha una pelota y sujeta con gomas. Deshizo la pelota y estiró el recorte en la mesa.

El artículo estaba en checo y sólo identificó las palabras «Mladá Boleslav», «Vacek» y «Katka». La fotografía era de un edificio en llamas. Aplastó el artículo aún más y vio que se trataba de la tienda de deportes, con el apartamento encima. Gracias a la aplicación de traducción del móvil descubrió que la frase «*zemřeli při požáru*» significaba «fallecidos en el incendio».

Sintió náuseas y ganas de gritar, pero allí no había nadie que pudiera oírla. Agarró el bolso, abrió la puerta y corrió a la escalera. Abajo, en el vestíbulo, con el corazón martilleándole las sienes, tardó un instante en recordar en qué idioma debía hablarle a la recepcionista.

La mujer la recibió con la típica sonrisa francesa de circunstancias, profesional.

—¿Madame?

—Tengo que dejar la habitación antes de lo previsto.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Una emergencia familiar.

No había espejo al otro lado del mostrador, pero en el reflejo de una placa dorada gigante con un logo en medio vio a los dos hombres sentados en un sofá, leyendo juntos el mismo periódico. Uno de ellos llevaba una boina barata y una sudadera de una tienda de suvenires que rezaba ESTRASBURGO. El de las piernas arqueadas vestía traje azul marino y estaba sentado con una pierna cruzada sobre la otra. La viva imagen de la inocencia.

—Espero que todo vaya bien. Aunque me va a perdonar, madame, pero para que podamos reembolsarle el importe es necesario avisar con veinticuatro horas de antelación, con lo que...

Grace se inclinó sobre el mostrador.

—¿Quiere saber de verdad por qué me marchó?

—Sí, por favor.

—Esos dos hombres que tengo a mi espalda me están siguiendo. Acaban de entrar en mi habitación y me han dejado una nota amenazadora. Han asesinado a unos amigos míos de la República Checa, han hecho que parezca un accidente y...

—¿Qué? —La recepcionista miró más allá de donde estaba Grace, con los ojos como platos. Luego preguntó discretamente—: ¿Podría repetírmelo?

Grace lo repitió y la recepcionista cogió el teléfono, susurró algo y otra mujer salió del fondo. Era la directora, que se presentó y bordeó el mostrador para salir a su encuentro.

—¿Esos huéspedes?

—No son huéspedes. Bueno, a lo mejor lo son, pero ante todo son criminales. Asesinos y acosadores.

La directora se aproximó a ellos y Grace la siguió, pese a que no le hacía ninguna gracia estar tan cerca de ellos. Tenían más años de lo que parecía de lejos, pero sin duda eran los tipos del tren, los de la plaza de Praga. Por lo menos uno de ellos había hecho pis en su váter. Se levantaron los dos y escucharon atentamente lo que decía la directora.

El de la sudadera de Estrasburgo se volvió hacia Grace con la mano en el pecho.

—Pobre mujer. Siento mucho lo que le ha ocurrido. —Hablabas francés con un poco de acento, pero era evidente que lo había aprendido y practicado en Francia—. Nos confunde usted con otras personas.

—Acabo de hablar con un agente de policía en la place de la Cathédrale y estos dos sinvergüenzas le han salido con lo mismo: que habrá habido algún error. ¿Sabe qué? No hay ningún error. Voy a llamar a la policía.

—Será lo mejor —dijo el segundo hombre, el de las piernas arqueadas que iba de traje.

Grace no sabía cómo llamar a la policía en Francia porque en la tarjeta de la *gendarmérie* sólo había una dirección. Le preguntó a la directora, que le contestó muy seca que había que marcar el 112. Grace lo marcó y esperó. A la mujer que la atendió, por lo visto, le costaba entender el acento de Grace, que empezó a

sumar errores gramaticales a la vez que subía la voz y se le aceleraba el corazón. Notó que tanto la directora como aquellos dos tipos la miraban con cara de pena.

La operadora preguntó si podría hablar con la directora del hotel.

—¡Qué horror! —exclamó el tipo de la sudadera, llevándose las manos a la boca en un ademán fingidamente afeminado—. ¿No te da pena de ella, Eric?

Grace le pasó el teléfono a la directora, que se apartó un poco y se volvió de espaldas. El de las piernas arqueadas, que además tenía la nariz torcida, le guiñó el ojo.

—¿Les importa esperar aquí, caballeros? —preguntó la directora apartándose un poco el teléfono de la oreja—. Madame, acompáñeme a su habitación, por favor.

—Por supuesto.

Grace siguió a la directora por la escalera y enfiló el pasillo detrás de ella. Con la llave maestra entró en la habitación y esperó a que Grace entrase también.

—Por favor, enséñeme el material amenazador.

—Encantada.

Grace fue directa a la mesa y descubrió que tanto el artículo como las muñecas rusas habían desaparecido.

La directora se quedó plantada delante de la cama, susurrando al teléfono.

—Bueno, es obvio lo que han hecho —espetó Grace, y miró a la mujer con la esperanza de que la creyera—: han entrado y se lo han llevado.

—¿Ha oído eso? —dijo en voz baja la directora al móvil de Grace.

—Intentan que parezca que estoy loca. Eso es lo que nos hacen, siempre.

—¿Nos hacen?

—A las mujeres.

La directora colgó la llamada y le devolvió a Grace su teléfono.

—No sé lo que ha pasado aquí, pero...

—Soy periodista y estoy trabajando en una historia que esos hombres no quieren que cuente. Se colaron en mi habitación de hotel en Praga y lo han hecho en ésta también. Me están mandando mensajes. ¿Quiere verlos?

La directora suspiró.

—Le devolveré encantada el importe completo de su estancia.

Grace la siguió abajo y, en el mostrador de recepción, esperó a que volvieran a cargarle los ciento doce euros en la tarjeta. Los que la seguían estaban leyendo el periódico otra vez.

—Mírelos bien. No se alojan en su hotel. —La recepcionista miró a la directora—. Van a venir detrás de mí, se lo digo yo.

Cuando terminó, se acercó a la puerta corredera de cristal y ésta se abrió.

—¡Buena suerte, madame! —le gritó el de la sudadera de Estrasburgo—. ¡Recuerde que no está sola!

Nueva York, 1976

—No es aquí donde queríamos celebrar esta fiesta, ¿verdad? Seamos sinceros: esta sala es vieja y fea, y Nueva York merece algo mejor. Ésta es una noche para celebrar el lujo americano, y nadie, absolutamente nadie, quiere hacerlo en un granero con corrientes de aire. Pero no hemos podido encontrar ni un salón de baile en esta ciudad en bancarrota... Eh, ¿ya estamos en bancarrota, alcalde? Alcalde Beame, ¿estamos ya en bancarrota? Ni un solo salón de baile con las puertas lo bastante grandes para que entren mis preciosos coches. Se lo he encargado a gente preparada, a los mejores, pero nada. Nueva York, la ciudad más grande del mundo, en bancarrota o no, merece muchísimo más.

Elena nunca había oído un principio de discurso tan raro como aquél. El ponente tenía la chuleta delante, en el atril, pero no la consultaba. Seguramente el propietario o director del Coliseo de Nueva York se encontraba en la sala, muerto de vergüenza. ¿Por qué decía esas cosas del alcalde delante de él?

Los folletos repartidos por las mesas llevaban una fotografía de Anthony Craig en la portada, rodeado de coches y de mujeres. Dentro había una breve historia de cómo Craig Bearings, un negocio familiar, se había convertido en Craig International bajo el liderazgo de su nuevo presidente ejecutivo.

Por extraño que pareciera, aquel hombre atraía a las masas. Claro que Elena y sus amigas de Montreal sólo estaban allí, en las mesas del fondo, porque los organizadores habían ofrecido a Kara Modeling algo de dinero, un montón de entradas y la promesa de champán gratuito y exquisita comida siempre que las mujeres fueran vestidas de gala. Mirando alrededor, a otras mujeres también muy arregladas, Elena decidió que los organizadores debían de haber regalado entradas y cheques a todas las agencias de Nueva York.

—Los americanos inventamos los coches. —Craig consultó un momento sus anotaciones, pero dio la impresión de que las ignoraba. Vestía un traje rojo de raya diplomática de tres piezas y una corbata enorme, y no paraba de recolocarse el tupé—. Inventamos el lujo. Lo hicimos nosotros. No existía antes. —Elena miró alrededor para ver si alguien más sabía de la existencia de Europa—. Pero en coches de lujo vamos a la cola. Nos hemos vuelto vagos, vagos y estúpidos. Cuando yo era niño, un Cadillac era algo. ¿Qué es hoy en día al lado de un falso coche de lujo, el Monte Carlo, un auténtico fiasco? El Lincoln fue en su día un lujo. Ahora da risa, es como un cerdo con pintalabios, un auténtico cerdo. Mi padre, que está aquí esta noche, tuvo un Continental Mark II en 1956. ¿Te acuerdas, papá? Ése sí que era un coche de lujo. Te sentabas en él y parecía que todo ese trabajo duro había servido para algo. Eso sí que era lujo americano. ¿Y sabéis qué, amigos míos? Que nos hemos rendido. ¿Qué es un Continental hoy en día? Un armatoste. Ya no creamos lujo americano, ¿y sabéis quién se ha dado cuenta? Los alemanes. Los alemanes han vuelto, amigos míos, ¡y nos están dando para el pelo! Nos están dando para el pelo.

Desde su primer mes en el programa especial de Praga, Elena había sabido lo que buscaba. Sin embargo, ese hombre ideal era una abstracción. Casi todos los hombres a los que conocía, con dinero y poder, con una ambición desmedida, eran «saludables» de un modo que los hacía irrelevantes para ella y para su misión. Jean-Yves había sido su primer error. No era egoísta. No era mentiroso. Sus amigos no eran homosexuales que no habían salido del armario ni apostaban en secreto.

El hombre del estrado era otra cosa. Aquel hombre rebosaba energía. Sin embargo, era evidente que no se consideraba lo bastante bueno. Elena intentó imaginar cuántas veces se miraba al espejo a lo largo del día. Ella sabía cómo hablarle a un hombre así.

«Hay que adularlo.»

Su discurso duró casi una hora. Se quejó más del edificio; de las calles y el alcantarillado de Nueva York; del lamentable funcionamiento de la primera clase en las líneas aéreas; de Alemania y sus trampas; de los japoneses, que también nos tenían calados ya y nos estaban dando para el pelo, porque todos nuestros

antiguos enemigos nos estaban dejando en ridículo. Y luego, por fin, seis mujeres altísimas vestidas de satén blanco levantaron las sábanas que cubrían tres coches.

Craig fue el primero en aplaudir.

—¡Sí! —dijo de sus propias creaciones—. América vuelve a tener lujo.

Invitó al público a que tocara los coches, a que se sentara en ellos, mientras otro grupo de mujeres con idénticos vestidos blancos distribuía nuevos folletos, todos ellos con la foto de Anthony Craig en la portada.

Se sirvió la cena y empezó a tocar una banda.

Danika se rellenó la copa de champán, por cuarta o quinta vez ya. Estaba saliendo con el ayudante jefe de John J. Marchi, un senador del estado de Nueva York. Se llamaba Carlos. Su familia prácticamente había formado parte de la realeza de Cuba hasta que Fidel Castro se lo había robado todo y los había echado del país. Ahora Carlos estaba rabioso, pero era una rabia distinta de la que parecía sentir Anthony Craig, y Elena sospechaba que maltrataba a Danika.

—¿Qué te ha parecido el discurso?

Danika miró el programa.

—Tenía que haber durado diez minutos. Me muero de hambre. —Miró alrededor para asegurarse de que las otras modelos no la oían—. ¡Menudo zumbado! No me extraña que haya tenido que pagar para que vengamos.

Estaban sentadas lejos del estrado, lejos de Anthony Craig, y pasaría un buen rato hasta que les sirvieran el primer plato. Elena se excusó de la mesa para ir al lavabo y optó por el camino largo, pasando por delante de la mesa de él.

Anthony Craig estaba de pie y hablando con el alcalde Beame, un hombre diminuto de pelo cano y cejas oscuras. Cuando alguien hablaba del alcalde, siempre decían lo mismo: «Tiene el trabajo más difícil del mundo».

Con disimulo, se acercó todo lo que pudo para oír lo que hablaban, fingiendo que buscaba a alguien en la mesa de al lado.

—Ha sido teatro, Abe. Tú mejor que nadie sabes lo que es teatro.

—Pero estoy sentado a tu mesa. Eso lo ve todo el mundo. Nos hemos portado extraordinariamente bien contigo...

—Y mi negocio gasta cantidades extraordinarias en esta ciudad podrida de

ladrones y asesinos. Tienes que hacer limpieza, alcalde Beame.

El alcalde meneó la cabeza y rio. Su esposa, visiblemente incómoda, le tiró discretamente del brazo. Llevaba en la mano el abrigo y el bolso.

—Gastarás mucho, Anthony, pero ya te encargas de cobrarte del ayuntamiento hasta el último penique. Para ser un empresario libre...

Elena eligió ese momento para pasar despacio por delante de la mesa, lo bastante cerca como para rozarle el brazo a Anthony Craig, que ya no miraba al alcalde, como si hubiera perdido el interés. El alcalde no iba a tener la disculpa que buscaba y la señora Beame lo sabía.

Cuando sus brazos se rozaron, Anthony Craig hizo ademán de retenerla. Ella fingió primero que no se daba cuenta, aun cuando él ya le había puesto la mano en el hombro.

—Gracias por venir —le dijo—. ¿Qué le parecen los coches?

—Preciosos —contestó ella—. Enhorabuena.

—¡Madre mía, me encanta ese acento! ¿No cree que le sentaría bien uno de éstos?

—Supongo, señor Craig.

Elena no se detuvo ni se volvió.

Él le gritó algo sobre su acento y «ese aspecto del Este». Elena fingió no haberlo oído y volvió a su mesa justo mientras servían la ensalada. Estaba a punto de sentarse cuando un joven con traje negro se plantó delante de ella.

—El señor Craig quiere saber qué está bebiendo —dijo con la respiración algo agitada. Elena señaló la botella de champán de su mesa—. Ahora le manda otra.

Ella sonrió y bajó la mirada.

—Si insiste.

El joven sacó una libretita del bolsillo y un bolígrafo.

—¿Cómo se llama?

Danika y las otras chicas de la mesa escuchaban con atención.

—¿Para qué quiere saberlo? —preguntó Elena.

—Al señor Craig le gusta conocer a sus invitados, nada más. A los vips como usted —le aclaró en voz baja.

Elena le dijo al joven su nombre y le indicó cómo escribirlo. Cuando él le preguntó si era neoyorquina o turista, ella le dijo la verdad: que estaba allí para promocionar el turismo estadounidense en Montreal porque se acercaban las Olimpiadas de 1976, y que había un acto en el Plaza al día siguiente.

—¿Se aloja usted en el Plaza? —quiso saber el joven. Elena asintió con la cabeza—. Perdona, mi trabajo consiste en hacer estas cosas. Gracias, señora... Klimentová.

Elena y Danika se quedaron para la ensalada y las sopas. Cuando llegó la otra botella de champán, Elena sirvió a sus compañeras de mesa. Danika se bebió tres copas y luego volvió con ella al Plaza.

En su habitación, pidieron una tetera de menta poleo. Danika se echó vodka en su taza, de una petaca que llevaba en el bolso, y por fin le contó a Elena lo de Carlos, lo de los ataques de ira que le daban.

—Hay que llamar a Sergei y contárselo.

—Sergei estuvo aquí el mes pasado. Se lo conté.

—¿Y...?

—Y nada, Elenka. Carlos se presenta por el tercer distrito congresional en las próximas elecciones. Cuanto más loco esté, mejor. Ya lo sabes. Y si hay algo de violencia, mejor todavía. —Se incorporó, se fingió completamente sobria e imitó a Sergei—: «Lo queremos y lo necesitamos».

—Voy a ir a ver a tu Carlos esta noche con un bastón, a ver si lo piensa dos veces antes de hacerte daño. ¿Dónde está ese cabrón?

—En Washington —contestó Danika, y se echó más vodka en la taza.

—Lo siento.

Danika sopló su té con vodka.

—Sospecho que nos vamos a pasar la vida disculpándonos la una con la otra.

Llamaron a la puerta. Elena echó un vistazo por la mirilla y vio a un botones cargado con algo enorme. Abrió la puerta y el botones entró con una cesta de fruta, chocolate y frutos secos. Las dos rieron de lo inmensa que era. Danika le dio un dólar mientras Elena leía la tarjeta.

Querida Elena:

Hoy ha sido una gran noche. Los coches han triunfado. Se van a vender de maravilla. Lo único que

lamento es no haber tenido ocasión de conocerla mejor. Espero que podamos enmedar eso.
Atentamente,

Anthony

Le enseñó la tarjeta a Danika.

—A Sergei le encantaría ésta —dijo Elena—. Ni siquiera sabe escribir «enmendar».

—Eres una chica muy afortunada.

Danika rio, pero Elena pensó, por primera vez desde que había entrado en el programa, que quizá lo fuera.

Estrasburgo, 2016

Grace le rogó al taxista que se detuviera en un pueblo llamado Lingolsheim, camino del aeropuerto de Estrasburgo. Estaba colorada y se sentía débil y mareada. Si no bajaba del coche inmediatamente, se iba a desmayar o a vomitar. En medio de una maraña de helechos y árboles de hoja perenne entre dos casas perfectamente encaladas, empezó a sospechar que aquellos dos tipos que la seguían habían encontrado un modo de envenenarla.

—¿Madame? —la llamó a gritos el taxista por la ventanilla abierta—. ¿La llevo al hospital?

Por alguna razón, se encontraba mejor inclinada hacia delante, con las manos en las rodillas, inspirando el aroma a helecho mojado. No, no la habían envenenado. Se sentía exactamente como querían que se sintiera. Una mujer maravillosa y su padre habían muerto carbonizados y era culpa suya. Le dio una arcada.

—Mejor me voy —dijo el taxista, y bajó del vehículo, abrió la puerta de atrás y se dispuso a sacar el bolso de Grace.

—No, espere —pidió ella—. Estoy bien.

Aunque no estaba bien, ver a un desconocido con su bolso, donde llevaba el móvil y la libreta, le produjo un subidón de adrenalina. Corrió hacia él gritándole que lo soltara. El taxista lo soltó y se metió de nuevo en el Citroën con las manos en alto.

Al llegar al aeropuerto, le pagó y se miró en el retrovisor de dentro. Llevaba el pelo revuelto y tenía la frente cubierta de sudor. Se lo limpió con un clínex y, desde el asiento de atrás, miró a su espalda en busca de sus perseguidores.

¿Cómo era lo que le había dicho Jean-Yves de Moulin de esa clase de hombres? Que «no tenían capacidad para la empatía».

En la cola del control de seguridad, miró en todas direcciones. Aun entonces, sabiendo lo que sabía, no había forma de denunciar a aquellos tipos a la policía. No encontró ningún vuelo inmediato de vuelta a Praga, así que tuvo que conformarse con una espera de noventa minutos en el bar del aeropuerto, con la espalda pegada a la pared. Se había dejado las zanahorias y los arándanos en la habitación del hotel y, aunque no tenía hambre, sabía que debía comer. Pidió una *tarte flambée*, con toda su cebolla, y un agua en lugar de otra copa de vino blanco.

Pensó en William. ¿Moriría él también en un accidente? ¿Y su madre, o Jason y su familia, Manon, Steadman Coe...? Debía hablar con todos ellos. Estaba mirando fijamente la *tarte flambée* cuando entró en el bar una mujer a la que conocía —¿de qué?— con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Madre mía!, ¿Grace? —Iba muy maquillada y vestida para un cóctel más que para un vuelo, con un vestido rojo ajustado. Llevaba una copa de vino blanco en una mano y un bolsito rojo de Yves Saint Laurent en la otra—. ¿Grace Elliott?

En cuanto la oyó decir su nombre, la recordó.

—¿Tanya?

—¡Pero qué casualidad! ¿Estás...? —dijo Tanya, señalando la silla que había enfrente de Grace.

—Sola, sí. Siéntate conmigo, por favor. Vaya, ¡qué alegría verte!

Lo de la alegría no era cierto del todo, pero a Grace le vino bien una distracción. Tanya Bischoff había sido una de las mejores alumnas de su grado, un máster en Periodismo en el que las calificaciones no importaban. El éxito radicaba en las relaciones laborales: crear un equipo nacional o internacional de personas que pudieran terminar contratándote. Había visto a Tanya por última vez en el decimoquinto aniversario de su promoción, en el Hilton de Galveston, Texas. Se presentaron poco más de veinte y sólo nueve seguían dedicándose al periodismo. Grace fue porque, con veintitantos, se le daban muy mal las relaciones laborales y, ahora que era una mujer más segura y ya no tenía

vergüenza, podía preguntarle a cualquiera casi cualquier cosa. El único problema era que seguramente nadie podía ayudarla a conseguir lo que quería de verdad, que era salir del *Flash*.

¿Había llegado a hablar con Tanya en Galveston?

—¿Qué haces en Estrasburgo? —le preguntó su compañera—. ¿De vacaciones?

—Trabajando un poco.

—¿El *Flash* tiene oficinas en el extranjero? —dijo la otra sin molestarse en disimular lo absurdo que le parecía—. ¿En qué estás trabajando?

—Es demasiado aburrido para contarlo —contestó Grace, y miró por encima del hombro de Tanya para asegurarse de que sus perseguidores no aparecían—. ¿Y tú?

—He tenido que cubrir hoy la firma de un tratado. —Bostezó—. Pero salgo ahora para París, y luego voy a Nueva York y a Washington a cubrir las elecciones. Oye, nos estamos expandiendo —dijo—. No estarás buscando un trabajo de periodista más estándar como corresponsal jefe de algún lado, ¿no?

—¿Para quién trabajas, Tanya?

—Para RT.

Grace disimuló lo mejor que pudo su reacción clavando el tenedor de plástico en la *tarte flambée*.

—Eso es Russia Today, ¿no?

—Ése es el nombre antiguo. Es como la BBC, sólo que en otro país. Emitimos en inglés, francés y español. Incluso en árabe, si te va ese rollo.

Tanya se inclinó sobre la mesa. Tenía pecas en la nariz y bajo los ojos, y algunas asomaban por debajo del maquillaje. Grace notó que volvía a inundarle el pecho el mismo pánico que había sentido en el taxi y procuró controlarlo forzando una sonrisa mientras su compañera hablaba de su empresa. Aunque nunca había visto un programa de RT ni había hecho clic en ninguno de sus enlaces, había oído hablar por primera vez de la cadena a los taxistas de Montreal, que solían culpar de todas las penurias y sufrimientos de la humanidad, incluidos los propios, a la maldad y las agresiones de los estadounidenses.

—No lo entiendo —dijo Grace—. Todas las agencias de noticias del mundo están haciendo recortes... ¿menos la vuestra?

—Nuestro único accionista es un gobierno emprendedor que sabe lo que ofrecemos.

—¿Y es...?

—Veracidad, por supuesto.

—¿Y tú tienes autoridad para contratar personal para RT? ¿Me puedes hacer una oferta de empleo en un bar de un aeropuerto diminuto del este de Francia?

Tanya se encogió de hombros.

—Les gusto. Quieren más de mí.

—Tengo cuarenta y tres años. ¿No soy demasiado mayor para salir en antena?

—Yo tengo cuarenta y cuatro. Son muy ambiciosos. Muy agresivos.

Grace volvió a echar un vistazo al bar del aeropuerto, esa vez sin preocuparse por parecer maleducada.

—«Muy agresivos.» ¿Y qué te han contado de mí?

—¿Cómo dices?

Grace escudriñó el rostro de su compañera de clase.

—Si vas a sobornar a alguien, tienes que hacerlo un poco mejor.

—No tengo ni idea de qué me hablas. Nos estamos expandiendo. Tú eres buena periodista.

—¿Cómo lo sabes?

Tanya apoyó las manos en la mesa de zinc y retiró la silla en la que estaba sentada. Se levantó y apuró la copa de vino de un trago.

—Si llego a saber que ibas a ser tan antipática...

—Son asesinos, Tanya.

—No sé de qué me hablas —dijo, sin querer mirarla a la cara—. Yo sólo pretendía ayudar a una antigua amiga.

—Nunca fuimos amigas.

Tanya volvió a sonreír. Tenía los dientes aún más blancos que los de Violet Rain.

—No eres mejor que yo, Grace. No intentes engañarme.

—Supongo que tengo que dar gracias por que no hayas venido a apuñalarme

directamente.

Tanya se llevó una mano al bolso.

—No sé en lo que estás metida, Grace, pero...

Y se marchó, sorteando las mesas y enfilando el pasillo con su vestido rojo de cóctel.

Grace sólo consiguió comer unos bocados de su *tarte flambée*. Quería llamar a su madre, a Manon, o incluso volver a llamar a Jason. En cambio, sacó el portátil, se conectó a la red wifi del aeropuerto y buscó cualquier cosa que tuviera que ver con espías, sexo, StB, KGB, martín pescador y desertión. Encontró un artículo del *Washington Post* escrito por Michael Dobbs en 1987 con la palabra *sexpionaje* en el titular.

La lista de captaciones del KGB desde la Segunda Guerra Mundial es larga, distinguida y variadísima. Incluye a hombres y mujeres, solteros y casados, jóvenes y viejos, homosexuales y heterosexuales, agregados militares y periodistas, guardias de seguridad y embajadores. Por lo visto, ninguna categoría de residente occidental en Moscú ha sido inmune a los encantos de las «golondrinas» y los «cuervos» soviéticos, términos con los que el KGB designa a las seductoras profesionales y a sus homólogos masculinos.

Grace anotó en la libreta «seductoras profesionales» y «golondrinas» y siguió leyendo sobre una serie de hombres prominentes que se habían visto atrapados en relaciones comprometedoras con mujeres hermosas e inteligentes. Apuntó también una cita de Johan Barron, un autor que había estudiado el KGB y publicado libros estándar sobre la materia.

Lo que la gente no entiende es que este tipo de operaciones implica mucho más que una simple relación chico-chica. No es una situación en la que el occidental solitario se enfrente a la seductora rusa solitaria. En realidad, se trata de un individuo aislado frente a un aparato inmenso y muy experimentado. El KGB controla todas las circunstancias para poder manipular a la víctima con el fin deseado. La provocación sexual, y el cebo de una relación satisfactoria, es sólo el primer paso, el paso con el que se cruza el umbral. Pero, una vez dado, la retirada puede ser muy complicada.

Praga, 2016

Sus perseguidores no iban en el vuelo a Praga. Ahora que Grace sabía quiénes eran y de lo que eran capaces, no creía que se molestasen en tomar un vuelo comercial.

Cuando aterrizó, buscó la dirección de la oficina del FBI en Praga, que se hallaba en la embajada estadounidense de Malá Strana. Era ya tarde, pero dudaba que tuviesen un horario normal. El chófer de su Uber no hablaba una palabra de inglés. Grace iba sola en el asiento de atrás de un Volkswagen, bombardeada por el ambientador y por sus temores. Si podían colarse en sus habitaciones de hotel y encontrarla en un restaurante de un pequeño aeropuerto de Estrasburgo, aquellos hombres sin empatía podían localizar a su madre en Florida.

La embajada de Estados Unidos era un edificio de piedra beige en una plaza adoquinada muy bien iluminada. Unas luces suaves alumbraban las ventanas de la planta superior y había tres coches de lujo aparcados enfrente: un BMW plateado y dos grandes sedanes Craig de color negro. No había nadie haciendo guardia delante del edificio, aunque dos hombres de negro vigilaban desde la penumbra, al otro lado de la calle. La complació verlos.

Grace pulsó el botón del interfono.

—Soy periodista —dijo cuando una voz de hombre le preguntó en qué podía ayudarla—. Me han amenazado.

—¿Estadounidense?

—Sí. Me han amenazado unos asesinos.

Dos segundos después se abrió la puerta. Un atractivo hombre negro con uniforme militar hacía guardia en una garita. Grace le repitió que era periodista,

que estaba trabajando en un asunto político delicado y que la habían acosado y asaltado unos agentes extranjeros que habían asesinado a dos ciudadanos checos.

—Más despacio. ¿Ha dicho «agentes»? —Abrió una libretita y se dispuso a anotar—. ¿Cómo sabe que son agentes?

Grace inspiró hondo, consciente de que empezaba a temblarle la voz.

—Perdón, hombres.

—Entonces no son agentes. La acosan unos hombres. ¿Ha hablado con la policía? ¿Y qué ha dicho de un asesinato?

—He hablado con la policía tanto en Praga como en Estrasburgo, adonde me han seguido esos hombres. Además, ayer hubo un incendio en Mladá Boleslav. La prensa dice que fue un accidente, pero no lo fue, se lo aseguro.

—¿Qué le hace pensar eso?

Grace le contó, sin dar nombres, que a un poderoso estadounidense lo había seducido una mujer que podría ser espía, una golondrina. Le preguntó si había oído hablar de las golondrinas. Esa mujer, esa golondrina, tenía un nombre en clave del KGB, igual que sus padres, y aunque ella sabía que el KGB ya no era nada, daba igual: podía haber sido el StB, no el KGB. Uno respondía ante el otro.

El soldado la miró pensativo, como intentando calarla. Grace había divagado un poco y le vendría de perlas que empezase otra vez por el principio, porque no había anotado nada en la libretita.

—¡Está en juego la integridad de las elecciones estadounidenses!

Al cabo de un rato, con un leve suspiro, el soldado entró en un despacho pequeño. Luego salió con un portapapeles de pinza y un impreso de tres páginas para rellenar.

—Por favor, describa su situación.

—Un momento... —Grace sabía lo que el joven soldado pensaba de ella—. ¿Qué va a pasar después?

—Mañana por la mañana, cuando venga el personal, evaluarán su situación y se pondrán en contacto con usted.

—No quiero escribir nada, quiero hablar con alguien de esto ahora mismo.

—¿Por qué?

—Por la naturaleza del asunto que estoy investigando.

—¿Podría indicarme qué naturaleza es ésta?

—¡Acabo de hacerlo! —Grace le devolvió el impreso—. Es algo muy delicado. Estoy en peligro.

El soldado volvió a preparar la libretita.

—¿Para qué publicación trabaja?

—No es para mi publicación.

—¿Es periodista independiente, entonces? —dijo, visiblemente hastiado—. ¿Está desempleada?

—Trabajo para el *National Flash*.

El soldado la miró extrañado. Aún no había escrito ni una palabra en la libreta. Volvió a darle el portapapeles de pinza.

—Rellene el impreso, señora. Y avíseme cuando haya terminado.

Grace echó un vistazo a las tres páginas.

—¿Podría dejarme entrar en la embajada para que hable con un agente del FBI?

—No, señora.

—¿No tienen un teléfono para llamadas anónimas?

El soldado señaló el impreso.

—Puede hacerlo aquí o en internet. —Entró de nuevo en el despacho y volvió a salir con una tarjeta—. Si lo prefiere, puede llamar a este número y dejar un mensaje. En caso necesario, la llamará alguien para ampliar la información en un plazo de uno a cinco días laborables.

—¿«En caso necesario»?

—Sí, señora.

A través del cristal a prueba de balas Grace vio que la planta baja de la embajada estaba salpicada de luces suaves, las mismas que había visto desde fuera. Se imaginó sentada junto a una de esas lámparas en una silla de cuero marrón, en el lado seguro, con un vaso de whisky en la mano.

Luego imaginó la cantidad de personas que debían de acudir a las embajadas estadounidenses de todo el mundo con historias como la suya. Lo que aquellos

asesinos, aquel «aparato inmenso y muy experimentado» le había hecho tenía un nombre: luz de gas.

Grace entendió de pronto cómo la veía el joven soldado: como a una chiflada. Le devolvió el impreso.

—Que tenga una buena noche, señora —le dijo con cierto aire triunfal mientras ella salía a la calle.

Decidió regresar andando a su apartamento. No estaba lejos. Nada más doblar la calle enfilaría la peatonal que llevaba al puente de Carlos. Antes de llegar, justo cuando abandonaba la luz de una farola y se adentraba en la penumbra, oyó un «¡Pare!». No era así como un angloparlante nativo le habría pedido que se detuviera.

Se volvió y vio correr entre las sombras a los dos hombres de negro de la explanada de la embajada. Los objetos pesados que llevaban colgados del cinturón traqueteaban con su trote por el adoquinado. Durante un segundo, mientras aún estaban en la penumbra, pensó que iban a ayudarla, a decirle que lo que había ocurrido en el vestíbulo había sido una farsa y a llevársela a las sillas de cuero, las lámparas de luz suave, el whisky y los susurros.

Pero sólo durante un segundo.

Cuando la luz amarilla de la farola los iluminó, vio quiénes eran. Dio media vuelta y echó a correr, pero ellos eran más rápidos. Había sacado el cuchillo del bolso antes de pasar el control de seguridad del aeropuerto y no era capaz de encontrar las llaves a la vez que corría.

Le dieron alcance y le vocearon en la cara, la hicieron arrodillarse y luego tumbarse boca abajo. Uno de ellos le arrebató el bolso. El otro le agarró las manos a la espalda, y le dolió tanto que pensó que iba a arrancarle los brazos. Se le descolgó la cabeza y se arañó la barbilla con la piedra.

Quiso pedir auxilio a gritos, pero no conseguía llenar los pulmones de aire.

A lo lejos vio unas personas que pasaban por allí. Intentó pedir ayuda de nuevo y se volvieron, pero no acudieron en su auxilio.

—¡Por favor! —sollozó—. ¡Ayúdenme!

Uno de los hombres le clavó la rodilla en la espalda. Estaba convencida de

que iba a morir, de que no volvería a hablar con su madre ni con sus amigos. La matarían como habían matado a Katka y al entrenador Vacek.

Pensó en Jason, tan guapo y cariñoso. ¿Por qué no había querido tener hijos con él? Ahora iba a morir sola, con la boca llena de gravilla y una rodilla clavada en la espalda, en una calle oscura de Praga.

—Déjenme marchar. Haré lo que me digan. Por favor.

Unas manos rudas le hurgaron por todas partes, en todos los bolsillos. Pastillitas de menta, clínex, una bolsa para excrementos de perro de cuando había paseado al yorkshire terrier de Manon...

Luego la soltaron, la dejaron que se volviera, y pudo verlos otra vez. El de las piernas arqueadas se estaba encendiendo un cigarrillo. Su socio, el de los ojos bonitos y la nariz grande, sacó las páginas impresas que llevaba metidas en la libreta y se las guardó en el bolsillo del pantalón. Después empezó a toquetear el iPhone de Grace.

—¿Cuál es el PIN, Grace? —le preguntó, algo ahogado de correr y forcejear con ella—. El código y nos vamos. Si no... —dijo, haciendo como que le daba una patada con la botaza negra.

—¡Voy a llamar a la policía!

El de las piernas arqueadas rio.

—El código, Grace.

Le iban a desgastar el nombre.

—¡Que os den! —espetó ella.

Un segundo después, el que tenía su teléfono y su libreta se acercó, la tiró de nuevo al suelo de una patada con la botaza y le pisó con ella el pecho. Grace intentó con todas sus fuerzas quitársela de encima o zafarse de ella, pero aquel tipo era demasiado fuerte. Apenas podía respirar.

—Grace, olvídte de hablar con el FBI.

—Ni con nadie —añadió el de las piernas arqueadas.

Ella intentó hacer hueco entre su pecho y la bota de aquel tipo para respirar.

—Sabemos quién eres. Sabemos quiénes son tus seres queridos. Sabemos adónde vas. Pronto lo sabremos todo —dijo sosteniendo en alto el iPhone y la

libreta— y ya no nos harás falta. Salvo que colabores con nosotros, ¿sí? ¿Con quién has hablado de esto?

Le quitó la bota del pecho un segundo y ella jadeó.

—Ya he escrito el artículo. Si las personas que lo tienen no saben nada de mí...

Volvió a pisarle el pecho.

—¿Qué personas?

Brilló una luz a la espalda de los dos hombres, unos faros, y un coche que se acercaba. El asesino deslizó la bota del pecho a la cara de Grace y apretó lo bastante fuerte como para que la nariz le reventara de dolor. Con un último empujón, le estampó la cabeza en los adoquines. Luego, cuando el coche se acercó más, los tipos se fueron y giraron a la izquierda, alejándose del puente de Carlos.

Grace se levantó con dificultad y les gritó, demasiado furiosa para llorar. Le sangraba la nariz. El coche, uno de los Craig de la embajada, pasó despacio por delante de ella. No pudo ver quién iba dentro.

Aquellos tipos no se habían llevado nada más de su bolso. La cartera y el pasaporte seguían ahí, junto con los pantis y los calcetines, el desodorante, un cepillo, unos tampones, el champú y el acondicionador del Four Seasons, un lápiz de labios y un perfilador de cejas. No tenía clínex, así que usó los pantis para parar la hemorragia.

En lugar de volver inútilmente a la embajada para rellenar el impreso, caminó hacia el puente, preguntándose por qué aquellos tipos no la habían matado. Cuando descubrieran con quién había hablado, que nadie tenía su artículo, ¡que no había artículo!, ¿serían igual de benévolo con ella?

Entre los turistas, vio una tienda muy llamativa donde vendían móviles, fundas para móviles, tarjetas SIM y accesorios. Compró un Samsung barato con el paquete de datos básico.

En Montreal era ya última hora de la tarde cuando Steadman Coe le cogió el teléfono.

—¿Estás en tu despacho? —le preguntó ella.

—Sí. ¿Desde dónde me llamas? Ese número...

—Sigo en Praga y me acaban de asaltar. Esos tipos me han estado siguiendo. Me han robado las notas y el móvil. Acabo de caer en la cuenta de que debieron de piratearme el portátil y sabían en lo que estaba trabajando. ¡Qué estúpida soy!

—¿De qué tipos me hablas, Grace? ¿En qué estás trabajando? ¿Cómo que «te acaban de asaltar»?

—Escúchame, Steadman. Estoy trabajando en un reportaje. Algo gordo.

—¿Tiene que ver con Violet Rain? Eso no es un reportaje. Lo sé bien porque te lo encargué yo. Y si se trata de esa idea tuya de escribir un libro, ya te dije que no. Ella no quiere. Josef Straka me advirtió...

—Estuve con Elena, en su pueblo natal, y luego volví yo sola. Conocí a unas personas que me hablaron de su infancia, de un hombre, un ruso. Creo que era del KGB. Y me contaron que hasta sus padres...

—¿Qué tiene eso que ver con que te hayan atracado?

—¡No me han atracado! —Grace hizo una pausa, inspiró hondo—. Elena no es quien creemos que es, Steadman, y creo que es importante para las elecciones de la semana que viene. Si nos damos prisa...

—Si nos damos prisa, ¿qué?

—Esto podría cambiarlo todo. Las personas que me hablaron de ella, que eran de su mismo pueblo, murieron ayer en un incendio.

—¿Un accidente?

—No, ni mucho menos.

—Espera, espera, espera. ¿No será esto una mierda de los rusos?

—Sí. Voy a redactar lo que tengo por ahora, de memoria, y después te lo mando.

—Grace, no. Lo hablamos cuando vuelvas, pero no escribas ni una puñetera línea sobre esto. Primero, Anthony y Elena se divorciaron hace un millón de años. Segundo, a nadie le importa un carajo Elena, pese a nuestro empeño por mantenerla en el candelerero. Tercero, esto es una mierda de los rusos, así que ni de coña. Es mentira. No hemos trabajado tanto para que ahora se vaya todo al garete por un puñado de falsos rumores. Escúchame: vuelve a casa.

—Mañana vuelo a Miami para ver a mi madre, luego iré directa a verte. Y

hazme el favor de bloquearme el móvil y denunciar el robo.

—No escribas ni una sola línea sobre esto.

Grace colgó y contempló la oscuridad del Moldava. Pensó en el periodista británico al que habían hecho tirarse del puente colgante de Clifton. Cayó en la cuenta de que llevaba un rato respirando entrecortadamente, como si acabara de subir tres tramos de escaleras.

Luego cruzó el puente junto con decenas de turistas trasnochadores que, como ella, se iban ya a dormir, pero, a diferencia de ella, no tenían la cara manchada de sangre, ni huellas de bota en el pecho, ni sabor a adoquín en la boca.

Nueva York, 1977

La víspera de su boda, Elena Klimentová le dijo a su prometido que tenía que hacer unas compras de última hora. Había olvidado los regalos para sus damas de honor: Danika y otras dos chicas de Kara, una rusa y una eslovena. A Anthony no pareció preocuparle su ausencia. Los nuevos sedanes Craig no se estaban vendiendo muy bien y a él le estaba costando gestionar las expectativas de los dueños «débiles, impacientes y quejumbrosos» de los concesionarios de los poblachos de todo Estados Unidos.

Por suerte, la división de rodamientos del negocio, la que menos le interesaba, iba lo bastante bien como para que las pérdidas sufridas en la venta de automóviles no resultasen desastrosas todavía.

Elena lo había ayudado a ver que casarse con una mujer glamurosa con acento exótico le vendría bien a la marca Craig. Era una buena historia que él ya estaba contando: «Una gimnasta olímpica que proviene de una familia noble fabricante de automóviles se ve aplastada por el comunismo. Sus padres, que ni siquiera pueden salir del país para ir a la boda de su hija, languidecen en Checoslovaquia. ¡Hacen cola durante horas para que les den pan y papel higiénico! Y, sin embargo, aquí está ella, una de las principales diseñadoras de Craig International».

Anthony aún no era tan famoso como para atraer a los fotógrafos de prensa y nadie en la ciudad sabía quién era ella, así que daba igual adónde fuese Elena después de que el chófer la dejase en Bloomingdale's. Desde Lexington Avenue, el hotel Beverly estaba a diez minutos andando.

El Beverly era un precioso hotel estilo Beaux Arts, pero nadie lo tendría en su lista de los diez mejores. Elena dudaba que Anthony dejara que uno de sus

clientes o socios se alojase en un lugar así. Si el hotel fuese suyo, ella misma arrancararía de cuajo todas aquellas cortinas viejas, cambiaría la moqueta y daría un poco de luz a la piedra labrada. Fue directa al ascensor y pulsó el botón de la tercera planta. Sergei le había enseñado un modo de identificarse cuando llamara a su puerta: toc, pausa, pausa, pausa, toc-toc-toc.

Cuando llegó a su habitación, Elena ya estaba desquiciada. Llevaba un año fingiendo, pero nunca tanto como en las últimas semanas. Cada vez que le entraba la llorera, Anthony daba por supuesto que se debía a que sus padres no iban a estar presentes el día más importante de su vida. Ella no conocía a muchas mujeres felices, pero había unas cuantas y lo que tenían en común todas ellas era haber podido elegir la vida que llevaban. Nada hacía más infeliz a una mujer que sentirse atrapada: por el hombre equivocado, por la pobreza, por la religión, por la tradición...

Danika estaba ahora casada con Carlos, que aún aspiraba a ser senador, que aún quería formar parte de la Cámara de Representantes, que aún la llamaba furcia, la culpaba de sus fracasos y le pegaba cuando bebía. Ahora Danika bebía tanto como Carlos y necesitaba cocaína para divertirse y Valium para dormir. Se había convertido en una auténtica neoyorquina.

Le resultaba paradójico que Danika fuese su madrina y las otras golondrinas sus damas de honor, porque no había «honor» alguno en nada de lo que hacían. Pero ellas eran sus únicas amigas de verdad, las únicas que lo entendían.

Sergei, por supuesto, afirmaba lo contrario: su trabajo, su sacrificio, era fundamentalmente una cuestión de honor.

Toc, pausa, pausa, pausa, toc-toc-toc.

Cuando Sergei iba de visita a Nueva York bajo seudónimo, haciéndose pasar por un vendedor de violines que había desertado a París, vestía como los demás hombres occidentales, con chaquetas de poliéster de colores vivos y chillones, pero ese día, en la quietud apenas iluminada de su habitación de hotel, llevaba un traje de lana de un azul apagado.

Elena esperaba que ver a Sergei la hiciera sentir mejor, pero fue al revés. La habitación olía a whisky. Llevaba la camisa por fuera y el poco pelo que le quedaba, grasiento y despeinado.

Cuando estuvo dentro, se besaron y se abrazaron.

—No hables más alto de esto —le susurró él en checo al oído.

—Pero si no saben quién eres...

—Podrían saberlo, Elenka.

Se acercó al escritorio que había junto la cama, donde Sergei había instalado una máquina de escribir portátil. A la derecha tenía una botella de Jameson y dos vasos. Uno de ellos estaba lleno y había gotas y charquitos a su alrededor. Llenó el otro casi hasta arriba y se lo pasó a Elena.

—¡Por el amor!

—¡Por el amor! —repitió ella, levantándolo.

Ninguno de los dos dijo nada. El ruido de la ciudad, los cláxones, las sirenas y los gritos esporádicos se colaban por las finas ventanas. Elena se había propuesto contárselo todo a Sergei, gritárselo en cuanto se cerrara aquella puerta maciza a su espalda, pero allí lo tenía, con la frente perlada de sudor y bien plantado en el suelo, como un luchador al final de una noche de derrota. Él le acarició la cara con la mano izquierda y ella pensó que iba a besarla otra vez; en cambio, le susurró al oído que ningún otro de los profesores había sido capaz de ver en ella lo que él. Había un centenar de golondrinas por todo el mundo, pero ninguna había conseguido lo que ella. Su éxito estaba asegurado.

Elena quería marcharse. Se había imaginado todo aquello de forma muy distinta. Sergei se estaba convirtiendo en otra persona, en alguien que no era mejor que Anthony. De pronto, se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa. Ni un ápice de su ser quería lo que buscaba él.

—Sergei —le dijo—, no tengo tiempo.

No era cierto y él lo sabía. La abrazó con brusquedad; a ella se le cayó el vaso de whisky y él rio.

—Estás de suerte: no necesito mucho.

Atrapada bajo su cuerpo, a la tenue luz de la lámpara y deseando que acabara pronto, rompió a llorar. Por un momento le preocupó la reacción de Sergei, pero él se limitó a lamerle las lágrimas de la mejilla como si ya lo hubiera hecho antes con alguna otra mujer en la víspera de su boda.

Elena llevaba consigo su diario, con la lista de los hombres débiles y

fracasados, los que estaban arruinados, los que le habían hecho proposiciones, los que eran gais aunque no se supiera. Nunca se había considerado agente ni espía. No era ella quien delataba o comprometía a nadie. No había puñetazos ni tiroteos. No había preparado ningún veneno. Su vida era aburrida comparada con la de otras mujeres de su círculo social en Manhattan.

Cuando Sergei terminó, se sentó en la cama, desnudo y sudoroso; un tentetioso con pelo, pensó ella.

—Buena chica —le dijo, repasando el diario mientras se bebía despacio el whisky—. Esto es más que perfecto.

Cuanto mayores fueran sus logros, más recibirían sus padres. Tenía sus ventajas. En septiembre, Anthony y ella se mudarían a un ático de cuatro dormitorios con vistas al parque que los padres de su futuro esposo les habían regalado, un obsequio de boda de dos millones de dólares que ella ya había empezado a remodelar. Anthony confiaba plenamente en Elena, y también en que diseñara los cuartos de los niños. Planeaba tener una gran familia: cinco hijos, quizá seis.

—Queremos tener tantos bebés como sea posible —había dicho Anthony en voz alta en una cena en Aspen con su mejor distribuidor y la esposa de éste—. Mirad a esta mujer. ¡Y miradme a mí! ¡Dios, es nuestra obligación!

Elena sabía lo que Sergei quería que hiciese cuando oía hablar así a Anthony: «Elógialo, ríele las gracias». El objetivo del programa era sencillísimo: favorecer y provocar el desorden y el caos en Estados Unidos, utilizar la democracia como arma contra sí misma.

Sergei murmuró algo mientras bebía y le hizo una seña a Elena, que casi había terminado de vestirse.

—Vete. Cásate con tu empresario antes de que seas demasiado vieja. Dividamos. Conquistemos.

Praga, 2016

William se levantó de los escalones de piedra del portal de la tienda de especias donde esperaba y se acercó tímidamente a Grace.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

Ella metió la mano en el bolso, sacó las llaves y las asió a modo de arma.

—¿Qué hace aquí?

—Habíamos quedado para cenar —contestó él, apartándose—. Bueno, algo así. Ésta es la única tienda de especias del centro, así que he supuesto que era aquí. Al ver que no venía, me...

—¿Qué? —inquirió Grace.

—Bueno, me ha empezado a preocupar que le hubiera pasado algo. Lo que averiguamos ayer en el Instituto me dejó asustado. Y a usted también. —William volvió a acercarse—. Y con motivo, ¿no? Está sangrando.

Grace estaba demasiado cansada para interrogarlo, para asegurarse de que no era otro tipo de espía, o agente, o matón. Por primera vez en todo el día tenía hambre, y no había comida en su apartamento. No tenía sentido seguir escondiéndose porque sus perseguidores ya sabían todo lo que había que saber de ella: dónde se alojaba, lo que había averiguado, lo que había escrito...

—Tengo hambre —dijo—. ¿Podemos comer?

—Por supuesto. ¿Ya mismo? No se lo tome a mal, Grace, pero quizá debería lavarse un poco primero.

A regañadientes, dejó que William entrase en su edificio y subiese la escalera. Le pidió que se quedara en la diminuta cocina del apartamento mientras ella se adecentaba en el baño. La sangre de la nariz se le había extendido por toda la cara. Tenía el pelo hecho un desastre. Llevaba una pisada perfectamente visible

en la pechera de la chaqueta y otra en la frente. Agradeció tanto el agua caliente en la cara que se le escapó una mezcla de sollozo, carcajada y alarido.

—¿Se encuentra bien, Grace?

—Sí, gracias.

Se puso unos vaqueros y un suéter, y al salir del apartamento con William volvió a guardarse el cuchillo en el bolso.

Cenaron en un restaurante de fusión checa-india que abría hasta tarde, con mesas oscuras, mullidas sillas doradas e iluminación romántica. Una vez sentados en un rincón apartado, con agua en los vasos y la carta en la mano, Grace inspeccionó la sala en busca de alguien que pudiera estar vigilando. No había nadie lo bastante cerca como para oírlos.

De camino al restaurante, le había contado a William los avatares del día y había observado atentamente sus reacciones. Lo había visto verdaderamente horrorizado, aunque quizá lo hubiesen entrenado bien en la escuela de espionaje.

—Tiene que parar. Tiene que volver a la embajada.

—No sirve de nada. Piensan que estoy chiflada. —Lo miró fijamente, estudió sus gafas sucias—. ¿Para quién trabaja, William?

Él apartó con cuidado el vaso de agua porque le gustaba hablar con las manos.

—Piensa que la seguí al Instituto, la subí a regañadientes a la biblioteca y luego crucé con usted la ciudad bajo una lluvia torrencial, le presenté a Milan y me fingí entusiasmado por sus revelaciones sólo para... ¿Para qué exactamente? ¿Cuál es mi siniestra razón para hacer todo eso?

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor trabaja para ellos.

—¿Para quiénes?

—No lo sé. ¡No lo sé! ¿Vamos a pedir vino? Hace tres días era una periodistucha de un diario sensacionalista. A nadie le importaba lo que escribiera. Nadie creía una palabra de ello.

—Ahora que esos hombres la han asaltado quizá los funcionarios de la embajada la tomen más en serio —dijo William en voz baja—. Yo la respaldaré. Nada justifica una agresión así, o algo peor.

—No tengo pruebas de que me hayan asaltado.

—¡Su cara! Además, la policía podría...

—Los he amenazado con eso, con llamar a la policía —dijo Grace—, y se han reído de mí. Están muy por encima de esas cosas.

—¿Muy por encima? —repitió William.

—También ellos son una especie de policía. —Se terminó el vaso de agua—. Desde que me he levantado del adoquinadoapestoso en el que pensaba que iba a morir, no paro de preguntarme por qué no me han matado. Habría sido más fácil para ellos, incluso preferible. La única respuesta que se me ocurre es que quieren —«¿William también?»— saber qué sé exactamente y a quién se lo he contado. He hablado con usted y con Milan, con Steadman, con la propia Elena...

—Anoche, después de la segunda cerveza, llamé a Milan y volví a su despacho. Estaba algo borracho y me puse paranoico. Al repasar la biografía de Elena Craig en internet, punto por punto...

El camarero, un tipo de veintimuchos años con una buena mata de pelo, se acercó a la mesa y saludó con una especie de reverencia. William pidió una botella de moscatel moravo, Mopr, y que el chef hiciese todo lo posible por combinar la tradición checa con las delicias *tandoori*.

Cuando el camarero se hubo marchado, se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—El primer problema es su titulación en la Universidad Carolina. No hay ni un solo registro de ella. Entonces ¿qué hacía en Praga cuando se fue de Mladá Boleslav? Supongamos que estaba estudiando. ¿Qué estudiaba exactamente? Después está el tipo de Estrasburgo. Quieren que creamos que él era un atleta y que se conocieron en alguna competición, pero ¿sabe qué?, pese a lo mucho que se habla de las aptitudes gimnásticas de ella, dejó de competir en 1968. A los dieciocho años. De 1969 a 1972, cuando se supone que conoció a ese francés...

—Jean-Yves de Moulin. Me acabo de reunir con él.

—Bueno, pues, según los registros, ella ya no competía; además, no hay rastro de ninguna competición entre checos y franceses, de modo que o alguien eliminó esos registros, lo que no tendría sentido porque forman parte de la versión oficial, o en realidad nada de eso ocurrió. Ella no hizo un máster en la Universidad Carolina. Ni era gimnasta.

—Con lo que difícilmente podría haber entrado en el equipo olímpico checo.

—¡Exacto! Pero ¿cómo llegó a Estrasburgo? ¿Y por qué fue allí precisamente? Ojalá hubiéramos ido juntos a Estrasburgo.

El camarero volvió con el vino, lo abrió e invitó a William a que oliera el corcho. Luego sirvió un poco de moscatel y William lo agitó, metió su nariz prominente en la copa, lo paladeó y dijo en checo que estaba delicioso.

Después de los brindis, las miradas a los ojos y su primera copa juntos en condiciones, se cernieron sobre la mesa diez segundos de silencio. Grace lo rompió.

—¿Qué hago ahora?

—La única opción razonable es dejarlo estar —contestó William—. Es peligroso e imposible. ¡Ha muerto gente! Y la matarán a usted también si lo consideran necesario. Hasta su jefe se lo ha prohibido.

Llegaron los entrantes: un plato de salmón y cangrejo que olía a curri, un poco de codorniz marinada en vino dulce y un paté de ciervo. A Grace le pareció absurdo: piensas que vas a morir y una hora más tarde estás comiendo codorniz.

—Pero no lo va a dejar estar, ¿verdad? —dijo William.

—No. Mañana vuelo a Miami a ver a mi madre. Luego volveré a Montreal.

—Donde vivió Elena Klimentová antes de mudarse a Nueva York.

—Sí.

—Consultaré los archivos.

—Por supuesto.

—¿Puedo acompañarla?

Grace hizo una pausa antes de contestar. El vino había empezado a hacerle efecto, pero no terminaba de fiarse de él. La había esperado dos horas a la puerta de la tienda de especias, a finales de octubre.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que si puedo, por favor, acompañarla a Montreal. —Rellenó las copas—. Soy historiador. Estudio regímenes totalitarios, movimientos populares, política... El exmarido de Elena podría ser presidente en breve. Pedí una excedencia para centrarme en un proyecto de investigación. Hasta ayer sabía lo que estaba haciendo, una de esas cosas que leerán nueve de mis colegas y

luego olvidarán. Pero esto... Esto sí que es investigación. ¿Podría... ayudarla? ¿Protegerla? —Ella lo miró fijamente—. La London South Bank University está muy bien —prosiguió él. Se quitó las gafas, las limpió con la servilleta y volvió a ponérselas—. Siempre he pensado que trabajaría allí hasta mi jubilación y que eso estaría bien. ¡Estupendo! Pero le voy a ser sincero, Grace: preferiría dar clases en Cambridge, y seguramente ésta sea la única oportunidad de conseguirlo que voy a tener en la vida.

Horky Nad Jizerou, Checoslovaquia, 1978

Sentado en la hierba a orillas del río Jizera, Petr Kliment sostenía en brazos a Kristína, su nieta de seis meses. Cuando Elena fue a coger al bebé para llevárselo, su padre le besó los mofletes y la cabecita pelona y le susurró algo a la orejita. A Elena le preocupaba que la estrujase demasiado.

—Me cuesta desprenderme de ella, Elenka. Es la criatura más hermosa y que mejor huele de todo el planeta.

Elena jamás había visto lágrimas en los ojos de su padre.

Pero el coche esperaba y los hombres que lo ocupaban estaban impacientes porque sus jefes de Praga también lo estaban.

Petr Kliment pasaba cada vez más tiempo en su casa de campo a orillas del río, al sur de Mladá Boleslav. Al principio eran sólo los veranos, pero, como ya no tenía que trabajar tanto, prefería pescar a principios de primavera y a finales de otoño. Jana, su esposa, iba con él de vez en cuando, pero ella prefería estar en Mladá Boleslav y en Praga, ahora que podía llevar la vida que siempre había deseado.

Su apartamento de la parte alta de la ciudad era más bonito y más agradable. Los vecinos los miraban con admiración en vez de con desprecio. Podían alojarse en hoteles de Praga y hasta pasar diez días en el hotel Croatia de Duga Uvala. Ninguno de sus amigos comprendía lo que le había sucedido a Elena, no del todo, pero Mladá Boleslav era una ciudad de chismosos. No es que su hija hubiera «desertado» al ver que a sus padres no los mandaban a un campo de trabajo o a la cárcel. Al contrario: Petr y Jana habían entrado a formar parte de la discreta élite de Bohemia, compraban en los almacenes Tuzex y adquirían

pantalones vaqueros y dulces con la moneda especial reservada a los oficiales del partido.

A Jana no le importaba lo más mínimo que otros los envidiaran. Ella había nacido en un entorno privilegiado y ahora había vuelto a él. En cuanto a las ventajas que perseguían y disfrutaban, aquello no era muy distinto de comprar y vender productos en el mercado negro, algo que hacía todo el mundo. Había muchas versiones del proverbio: «Si no se lo robamos al Estado, se lo robamos a nuestros hijos».

Si te lo ofrecen, acéptalo; eso era lo que Jana había creído siempre.

Elena cogió al bebé que sostenía su padre. Él se limpió las lágrimas de los ojos y meneó la cabeza.

—¡Qué triste estoy, Elenka! Es una sensación de la que no consigo librarme y que empeora con el tiempo.

—¿Triste porque nos vamos, *tati*? Kristína y yo volveremos pronto.

—Quiero que volváis para siempre. Quiero que te liberen de todo esto —dijo Petr, y, alargando la mano, le apretó el brazo—. Ahora que has tenido un bebé con uno de ellos...

—¿Con uno de ellos? —Sonrió—. Es mi marido. Lo quiero. Tengo un trabajo muy importante, diseñando coches, y...

Petr volvió despacio a la casa, algo más encogido que antes, como si supiera que su hija mentía.

—No hagas caso a tu padre —terció Jana—. Ese trabajo que haces es importantísimo. Eres muy afortunada de disfrutar de oportunidades así. Además, nos ha hecho muy felices.

Elena abrazó a su madre y el chófer le abrió la puerta de atrás del Škoda 120 GLS. Había pasado de no saber nada de coches a saberlo todo, igual que su madre había pasado de ser una don nadie envidiosa a convertirse en la versión checa de una dama de la alta sociedad.

—¡¿Volverás pronto?! —le gritó su padre.

—Cuando puedas, Elenka —intervino Jana, poniendo los ojos en blanco—. Aunque nos encantaría conocer a tu misterioso Anthony.

Kristína era muy buena y se quedó dormidita en cuanto el coche salió del

valle. Circulaban por una carretera accidentada y, a pesar de que el Škoda era un modelo de ese año, la suspensión era tan rígida que la niña le botaba en los brazos. Anthony querría conocer todos los detalles. Lo imaginaba diciéndoles a los invitados de su mesa: «Puede que el ejército ruso sea inmenso. Igual lo es. No lo sé. ¿Lo saben ustedes? Lo que sí sé es que, si no eres capaz de fabricar un coche que no sea una auténtica mierda, ¿de qué te sirve el poderío militar? Por lo que me cuenta Elena de los coches comunistas, tendríamos que haberles atacado ayer».

Los hombres que iban sentados en la parte delantera del Škoda no hablaban con ella, y lo prefería, porque así no molestaban a Kristína. Además, había visto lo suficiente en los últimos años para entender que esos tipos no tenían ningún poder. Y ellos lo sabían. Si por pura debilidad se sentían obligados a llenar el silencio hablando del tiempo, o del coche, o de la población de Nueva York, estupendo, pero no se les permitía hablar de nada sustancioso.

Lo que Elena había aprendido en el programa era que, como sistema político, el comunismo era igual de irrelevante que el capitalismo. Con la revolución, los zares habían sido sustituidos por los mandos del partido. En Nueva York casi nadie pasaba de la base de la pirámide a la cúspide. Aunque no era del todo imposible: ella había conocido a supervivientes del Holocausto en cenas de gala, personas atormentadas que habían llegado allí sin otra cosa más que sus maletas y habían amasado grandes fortunas. Pero toparse con uno de ellos era tan difícil como ver lobos en Central Park. Estadísticamente eran insignificantes. Sin embargo, aquél era el logro más noble de la mitología estadounidense. Todos los ricos a los que Elena conocía ahora preferían presumir de cómo se habían catapultado desde la pobreza a contar la verdad sobre sus fortunas. Hasta a Anthony le gustaba fingir que era «un hombre que se había hecho a sí mismo», porque hacía que pareciese más inteligente que si sólo hubiese heredado un negocio familiar rentable. De ese modo, era más americano.

En Moscú, en Praga, se dijo Elena, por lo menos eran sinceros. Sólo había un modo de llegar a la cúspide: o nacías allí o acatabas las normas del partido.

O hacías lo que había hecho ella.

Aparcaron delante del hotel Inter-Continental en la plaza reservada para taxis

y vehículos oficiales.

Con Kristína en brazos, cruzó el vestíbulo concurrido pero casi silencioso y entró en el ascensor. Cuando la puerta se abrió al restaurante de la azotea, una mujer de mediana edad, bajita, regordeta y con las mejillas sonrosadas la recibió con una reverencia.

—¿Señora Craig? Soy la niñera que le ha sido asignada para su próxima reunión. Será un honor cuidar de la pequeña Kristína para que pueda usted centrarse en la charla.

—Pero...

La niñera alargó los brazos para coger al bebé.

—Tranquila, señora Craig, me quedaré en esta planta, a la vista. Si Kristína se despierta, le daré de comer.

Aunque las luces estaban encendidas y un pequeño equipo de camareros y camareras se encontraba a la espera de instrucciones en medio del restaurante, no parecía que hubiese clientes. El *maître d'hôtel* la condujo en silencio a una mesa apartada con vistas al río Moldava y al palacio.

No, había dos clientes.

Sergei se levantó primero. Luego lo hizo, con mayor cautela, el hombre que estaba a su lado. En el programa especial de la universidad, no lejos de allí, algunos de los «profesores» habían cultivado esa actitud a lo largo de su carrera. El hombre que estaba con Sergei era inescrutable. No revelaba nada. Elena no podría haber dicho si estaba contento o triste, impresionado o decepcionado, entusiasmado o aburrido.

Pero la escrutaba y le hacía pensar, como le pasaba a menudo, que conocían sus secretos. Que lo sabían. Que sabían cuánto detestaba el daño que el programa le había hecho a su padre, al que nunca impresionarían sus vestidos, ni las fotos de su apartamento en Nueva York, de sus casas flotantes, de sus vacaciones, de sus amigos famosos. A su padre no podía engañarlo, y a aquel hombre tampoco.

—Soy Aleksandr Mironov —le dijo el hombre, y le tendió la mano blanca y algo húmeda.

—Elena Craig.

—Sergei me ha puesto al día sobre usted y su impresionante marido. Siéntese, por favor.

Lo hizo y llegó un camarero con una botella de champán. La abrió y les sirvió. Al mismo tiempo, apareció una camarera con galletitas saladas y una pasta negra: *tapenade*.

Mironov no le quitaba los ojos de encima.

Si fueran a ejecutarla por una transgresión, se dijo Elena para tranquilizarse, la habrían citado a la orilla del río donde nadie pudiera verlos, no en un restaurante nuevo repleto de camareros y camareras. No desperdiciarían el champán con una mujer a la que pensarán asesinar. Le ofrecían el espumoso con *tapenade* porque sabían que le había dolido marcharse de Estrasburgo y de Montreal. Quizá estuviera de camino una bandeja de caracoles calientes, con un poco de pan de baguette y chucrut alsaciano. Para otra mujer del programa, otra golondrina, podría haber sido una botella de Brunello di Montalcino y *bruschetta*, o salchichas hervidas con puré de patatas y una cerveza negra inglesa.

La calurosa tarde se estaba convirtiendo en una noche cálida y larga. Había algunas ventanas abiertas y corría por el restaurante una suave brisa. Con ella llegaban las voces de familias, de niños que paseaban junto al río o por el lejano puente. Elena se volvió a mirar si Kristína y la niñera seguían allí.

Sergei alzó su copa.

—¡Por Elena Craig!

—Gracias —dijo ella, y levantó la suya.

—¡Por Anthony Craig! —terció Mironov.

Bebieron. No sonaba música en el restaurante, una de las razones por las que Elena se sentía tan rara. No era sólo por el silencio y la ceremoniosidad, por la niñera y su bebé, instaladas a cierta distancia. Cada vez que aquel hombre la miraba, sentía como si un ejército de hormigas invisibles le recorriera el cuerpo entero. Y, por lo visto, no podía dejar de mirarla.

—Hábleme de Craig —pidió Mironov.

—Pero si Sergei ya se lo ha contado todo.

—Sergei no lo ha conocido. Quiero que me lo diga usted.

No era la primera vez que Elena informaba al KGB, pero ésa era distinta. Ésa era extraoficial. Sergei y ese tal Mironov no eran mandos, aún no. Eran conspiradores. Ninguno de los dos tomaba notas ni le hacía pensar que fueran a castigarla si cometía un error.

Aun así, procuró ser lo más precisa posible y centrarse en lo que Sergei y Mironov querían oír: que jamás había conocido a un hombre más seguro de sí mismo y a la vez más falto de confianza. Era el hombre más ambicioso y menos disciplinado de Nueva York. No había secretos con él. Decía en voz alta todo lo que se le pasaba por la cabeza, a cualquiera, y casi todo lo que salía por su boca era mentira. Era vengativo pero perdonaba enseguida. No había más que elogiarlo y adularlo.

—¿Qué piensan de él sus iguales? —preguntó Mironov.

A Elena le dolía tener que decir lo que estaba a punto de comunicarles.

—Lo consideran inferior, un arribista grosero y fanfarrón. Recibió dinero de su padre, que también era un arribista. Se casó con una rubia estúpida de Checoslovaquia que ni siquiera habla un inglés decente. Anthony piensa que su público, el destinatario de sus productos, es un grupo de aristócratas ricos y poderosos. Pero se equivoca. Los hombres que compran sus coches son luchadores desesperados.

—¿Lo sabe él?

—Creo que, en el fondo, sí. Lo sabe.

—¿Y le duele?

—Su orgullo lo es todo.

Mironov mojó una galletita salada en *tapenade* y se la comió ruidosamente.

—Recuerde siempre que el sabio camina con la cabeza baja, humilde como el polvo.

—No lo entiendo.

Sergei rio.

—Pues tienes que entenderlo, Elena. Aleksandr no es fan de Estados Unidos, pero hay una serie de televisión que se llama *Kung Fu*...

—La están poniendo otra vez.

—A Aleksandr le gusta mucho. Cita frases de esa serie con frecuencia.

—Estudio las artes marciales antiguas. —El rostro de Mironov era de un color extraño a la luz del anochecer—. En realidad, soy maestro de kung-fu.

Elena no sabía qué decirle, así que cogió un poco de *tapenade*. El camarero volvió a rellenarles las copas con mano temblorosa.

Sergei tosió para anunciar su intención de decir algo.

—Cuéntale a Aleksandr algo más sobre la naturaleza de las ambiciones de Anthony.

—Si la persona adecuada le dice que tendría que hacer algo, lo hace.

Mironov se limpió delicadamente la boca con la servilleta.

—¿Quién es «la persona adecuada»?

—Alguien a quien admire —contestó Elena—. Un capitalista de éxito, alguien con «dinero antiguo». El presidente ejecutivo o el director de un grupo de comunicaciones; por un hombre así, haría cualquier cosa. Abandonaría el negocio de los rodamientos y los automóviles y se dedicaría en cuerpo y alma a la fabricación de retretes. Si el dueño de *The New York Times* se hiciera amigo suyo y lo llamase titán de los negocios, genio, y le pidiera que hiciese retretes, yo creo que Anthony los haría.

—¿Es infiel? —quiso saber Mironov.

—Es el hombre más infiel de todo Estados Unidos.

—¿Hay peligro de que la deje?

—No.

—Ella sabe manejarlo —terció Sergei—. No se va a divorciar de él. Esto es una asociación, un acuerdo comercial más que un matrimonio.

Elena formaba parte del equipo de diseño de la línea de automóviles Craig que se lanzaría en 1980. Había sido ella quién había seleccionado los colores para el exterior y la decoración de los interiores. El Craig Swift, el futuro «coche de la mujer», se basaba en un ochenta por ciento en diseños suyos, por dentro y por fuera.

Pero lo que Sergei había dicho no era del todo cierto. Anthony la había cortejado al principio. Había tomado lecciones de esquí de fondo por ella y cambiado unas vacaciones en el Caribe por una fría semana en Colorado. A

pesar de sus infidelidades le era fiel, a su manera, y estaba orgulloso de Kristína, aunque apenas la viera.

Anthony y Elena habían encontrado excusas para no hacer el amor.

—Nada parece indicar que la CIA o el FBI sepan lo suyo. Por nosotros, no. O eso revelan los archivos a los que tenemos acceso. —Mironov miró a Sergei y luego volvió a mirarla a ella—. ¿La han abordado alguna vez, señora Craig?

—Nunca.

—Sé que es una mujer inteligente y capaz —añadió sin dejar de escudriñarla—, pero tendrá que hacerse aún más la tonta según vayan progresando las cosas.

—¿Por qué?

—Es checa. Craig se casó con usted porque es guapa, no porque sea lista. Es una «mujer florero», un elemento decorativo, el símbolo de estatus de un hombre rico.

—No tiene por qué ser así. En Estados Unidos, las mujeres...

—Si es demasiado lista, señora Craig, y todo el mundo sabe que él es estúpido...

—No creo que lo sepan.

—No vuelva a interrumpirme. —Lo dijo sin el más mínimo indicio de rabia en la mirada—. Jamás. —Elena no entendía lo que estaba pasando—. Disculpe, señora Craig. Probablemente esto sea difícil para una mujer de su edad y su inteligencia que vive en Nueva York, pero sólo nos interesa su marido. Y somos pacientes. Él tiene un enorme potencial para nosotros y no vamos a ponerlo en peligro por nada del mundo. ¿Entendido?

Elena contempló el champán, las burbujas. ¿A qué se refería con «no vamos»? Aquel tipo no era nadie en el KGB, como Sergei. Joven y malo y, de momento, sin poder. Aquélla ni siquiera era una reunión de verdad. Una burbuja de champán salió disparada de la copa y le hizo cosquillas en la mano. Quería marcharse de aquel sitio. Quería contárselo a Anthony para que pudiera... No, no había nada que pudiera hacer. Además, si confesaba, Anthony sólo vería el peligro para sí mismo, para su reputación.

No podía huir del Centro, no podía huir de Sergei ni de aquel hombre nuevo, Mironov. No había ni una sola aldea en la jungla sudamericana donde no

podrían encontrarla y acabar con ella, menos aún en el Upper West Side de Manhattan. Moriría de sobredosis, de un infarto o en un accidente de coche.

Liquidarían a sus padres. ¡A Kristína!

—Cuéntenos, señora Craig, nuestros planes tal como los entiende usted. — Mironov le rellenó la copa e hizo lo propio con la suya, pero no con la de Sergei—. Sea franca con nosotros. Díganos qué hace en Nueva York, casada con ese payaso, y adónde pretende llevarlo. —A pesar del champán, Elena tenía la boca seca—. Martín pescador —dijo Mironov muy serio—. Estamos esperando.

Miami, 2016

En el Aeropuerto Internacional de Miami, privada de sueño y agotada de preocupación, Grace compró una tarjeta SIM estadounidense y más datos para el móvil. Le mandó un mensaje a Jason con su nuevo número y acordaron un lugar de recogida. Mientras esperaba cerca de las puertas, buscó en Google a William Kovály y encontró su foto de personal en la web de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la London South Bank University. Iba bien peinado en la foto y su sonrisa amplia y franca borraba cualquier sombra de misterio o intriga. Era profesor adjunto de Historia y en su biografía de dos párrafos figuraban sus títulos, los ensayos que había publicado y su área de especialización: el totalitarismo y la revolución.

Claro que aquello no probaba ni contradecía nada. Un agente cualificado podía inventarse un nombre y una personalidad en diez minutos, y crear una página web de una universidad en una mañana. Todo lo que hasta entonces le había parecido natural podría haber sido preparado: su encuentro, su amigo Milan, el del pelo Einstein, la cervecería, la cena en el restaurante de fusión checo-india, el incómodo momento junto a la tienda de especias en que ella había decidido no invitarlo a subir después de la cena. Su respuesta galante: «Quizá en Montreal podamos conocernos mejor».

Buenas noches, buenas noches, que descanses, tú también, buen viaje. Fue como si prolongara aquel intercambio en la calle medieval para ocultar su verdadero mensaje en una serie de palabras triviales de despedida. Grace no confiaba en su instinto en esa materia porque nadie le había tirado los tejos con tan poco disimulo desde el verano de 2012.

Su maleta llegó con nuevos arañazos y heridas, y la sacó a rastras a la calle, a

aquella calurosa estación entre la humedad y la sequedad. Después del gris pizarra de Praga, la gozosa y soleadísima claridad de última hora de la tarde en Miami le pareció casi excesiva. ¿Cuándo había sido la última vez que había pasado una noche en condiciones? El pop latino resonaba por las ventanillas abiertas de automóviles nuevos y limpios. Nadie, ni una sola persona, llevaba un plumífero. Comprendió por qué a su madre, a su exmarido y a otros veintiún millones de personas les encantaba vivir en Florida, aunque para Grace la luz y la claridad del lugar escondían ahora algo siniestro.

Le mandó un mensaje a Jason y cinco minutos después éste detuvo su Buick de color blanco escarcha delante de ella. Bajó de un salto, vestido con pantalones cortos de color tostado y camisa playera amarilla desteñida intencionadamente. Rodeó el vehículo corriendo y la abrazó y le besó la oreja.

—Te veo estupenda.

—Parezco una abuela. Tengo la nariz inflamada e hinchada. Y apesto. Pero gracias.

—¿Qué te ha pasado en la barbilla?

—Me la he arañado.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Con los adoquines.

Jason se ocupó de su bolsa de viaje. Dentro del Buick, un universo negro resplandeciente de mandos elegantes que olía a cuero y a plástico recién abierto, la temperatura era diez grados más baja que en el exterior. Antes de que pudiera pedirle a su exmarido que bajase un poco el aire acondicionado, se oyó un armonioso «Hola, tía Grace» a coro.

Las dos niñas, de ocho y diez años, iban vestidas de princesas.

—Hola, Claire; hola, Kellie —dijo Grace, algo incómoda. Aquello no era parte del plan—. ¿Había fiesta de Halloween en el cole hoy?

—Sí, había. —Kelly, la de diez años, puso una cara seria—. Adivina quién soy.

—¿Una princesa?

—Sí, pero ¿cuál?

—Ay, cielo, no me las sé todas.

—¿Elsa, de *Frozen*?

—Claro. Te pareces un montón.

Las niñas empezaron a cantar *Let It Go* y, cuando se incorporaron al espantoso tráfico del aeropuerto, Jason les pidió amablemente que cantasen otra cosa.

—Sólo la han cantado quince veces hoy.

—¿Te importa bajar un poco el aire, Jay?

—Y yo soy Ariel. —Claire cantó unos compases—. ¿Te acuerdas de ésa? ¿De *La sirenita*? Voy de cuando dejó de ser sirena.

—Porque tomó malas decisiones. —Kellie se inclinó hacia delante y el vestido de poliéster hizo frufú—. Papá, ¿puedes subir un poco la música?

Jason subió *Shake It Off* de Taylor Swift.

Las pequeñas se pusieron a cantar y bailar la canción. Entraron en la interestatal. Jason, Caitlyn y las niñas vivían en una mansión frente al lago en Coral Springs, a treinta minutos de la comunidad para jubilados de su madre en Pompano Beach. Su exmarido visitaba a la formidable Elsie Elliott más a menudo que Grace, algo que quedaba patente en las llamadas telefónicas de la anciana y en los selfis que Jason la ayudaba a enviar.

Mientras las niñas estaban distraídas con Taylor Swift, Jason le dio un codazo disimulado a Grace.

—¿Cómo se araña uno la cara con los adoquines? ¿Y qué trabajo estabas haciendo precisamente en Praga?

Su ruptura no había sido por traiciones, ni secretos, ni disimulos. A los tres años de casados, Jason quiso tener hijos y Grace no. Al menos, de momento. Ya habían entrado en la treintena y él empezaba a ponerse nervioso. Había imaginado su vida de cierto modo: siendo entrenador de fútbol, formando parte de la asociación de padres, llorando con las películas de dibujos animados, arropando a alguien todas las noches, cantando canciones de Taylor Swift en un todoterreno último modelo blanco fabricado en Estados Unidos. Estaba más que dispuesto a marcharse de Montreal: el idioma, la moda, la política... En su quinto aniversario, acompañó a Grace a Vermont, donde ella pasó un día trabajando en un artículo y tres con él. En un restaurante japonés de Burlington, donde la nieve

empezaba a derretirse, le dijo que necesitaba algo más que un «puede» respecto a tener hijos, a Montreal, y «puede» era lo único que ella podía ofrecerle.

Mientras se bebían una jarra de sake, Grace se sorprendió proponiendo que rompieran y siguieran siendo amigos. Jason lloró; ella, no. Menos de un año después, él conoció en Nueva York a Caitlyn, que trabajaba en el sector urbanístico con su padre. Al poco se mudaron a Coral Springs por el trabajo de ella, por el clima, y por la North Broward Preparatory School.

Antes de contestar sus preguntas sobre la herida de la barbilla y sobre Praga, Grace miró por el retrovisor lateral. Los seguía un todoterreno negro.

—¿Podrías hacer un giro brusco dentro de un rato y luego volver a la interestatal?

—¿Por qué?

—Ese reportaje en el que estoy trabajando no va a agradar a algunas personas. Están intentando intimidarme.

—¿Quiénes?

—Las personas sobre las que escribo.

—¿Para el *National Flash*? Nadie cree nada de lo que publica. Además, no se puede amenazar a un ciudadano estadounidense por ejercer su derecho a la libertad de expresión. La Constitución lo deja bien claro. ¿Has ido a la policía?

Grace bajó el parasol de su lado y se miró la barbilla en el espejito. La herida parecía una araña grande.

—Creo que ha sido la policía la que me ha hecho esto, la policía checa.

—¿Y? Cuéntaselo a la nuestra.

—Lo intenté. Me pidieron que rellenara unos impresos.

—Pues hazlo, Grace. A ver, cuéntame en qué estás trabajando.

Ella volvió a mirar a su espalda. El todoterreno negro todavía los seguía. Claro que medio Florida conducía enormes todoterrenos negros.

—Gira en cuanto puedas.

Las niñas se sabían también la letra de *Bad Blood*. Grace se recostó en el asiento, decidida a mantener la calma.

—Kellie, ¿no vas al cole de uniforme?

—Sí, tía Grace. Por eso hoy es especial: nos dejan ir disfrazadas todo el día.

—Vamos a hacer truco o trato.

A Claire le costaba pronunciar las erres. «*Tguco o tgato.*»

—Pero sólo os vais a quedar tres chuches cada una, ¿verdad, chicas? —Jason le guiñó el ojo a Grace—. Las demás las meten en una bolsa y las cuelgan de una rama de nuestro eucalipto. Luego, por la noche, viene la bruja de los trueques.

—La bruja de los trueques nos cambia las chuches por libros —dijo Kellie enfurruñada—. No sé por qué.

En una zona residencial llamada Ives Estates, Jason salió de la interestatal. El todoterreno negro los siguió.

—Ve despacio, Jason, por favor.

Los comercios de las grandes avenidas ofrecían manicuras, comida rápida, servicios de reparación de ordenadores y préstamos. Grace, que se había criado en el ventoso Bloomington, de niña siempre había imaginado Florida como una playa infinita con torres blancas y perfectas, palmeras, piscinas y chicos resplandecientes de múltiples colores. Cuando su madre decidió mudarse allí, la sorprendió descubrir una red insípida de viviendas sin encanto y palmeras.

—Gira a la derecha.

—¿Grace?

—Por favor, Jason, gira.

Él levantó los brazos en señal de derrota y se coló en un círculo de caravanas y casas que parecían caravanas donde hombres y mujeres bebían en sillas de plástico blancas. A la entrada de varias de las viviendas había más de un vehículo aparcado, en el jardín, en medio de la vegetación tropical. No parecían operativos. Un viento cálido lo cubría todo de tierra. Aun con las ventanillas cerradas y Taylor Swift a todo trapo, Grace pudo oír a una pareja gritarse en un porche. Kellie y Claire los miraron al pasar. Jason suspiró. Grace pensó en los últimos dos meses que pasaron juntos, cuando él ya estaba en Nueva York, pero se empeñaba en que se vieran cada dos semanas en un hotel del norte para «asegurarse» de que aquel divorcio era lo mejor para ellos.

—Lo que te está pasando, sea lo que sea, es algo que tú puedes cambiar, Grace. Nadie más puede hacerlo. Sólo tú. Y tú vales mucho.

El todoterreno giró detrás de ellos.

—Bien. —Grace procuró no sonar aterrada, ni siquiera agitada—. Ahora vuelve a la interestatal.

Jason se incorporó de nuevo a Ives Dairy Road.

—Me estás asustando.

—No pasa nada. Estoy bien.

—¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad? ¿Podemos invitarte a cenar? Esta noche, con la locura de Halloween, mejor no, pero ¿mañana, quizá?

El todoterreno se había quedado tres o cuatro coches por detrás de ellos.

—Sólo voy a estar aquí unas horas.

—¿Por qué no lo cambias y te tomas unas vacaciones? Caitlyn está muy metida en la comunidad de bienestar de Coral Springs. Un par de días de balneario te vendrían muy bien. Yo te lo cubro con mucho gusto, un regalo de Navidad anticipado. —El todoterreno volvía a estar justo detrás de ellos—. A mí me estaba pasando el año en que rompimos, en la alocada Nueva York, antes de conocer a Caitlyn. Trabajaba demasiado. Estaba muy encerrado en mí mismo, por decirlo de algún modo. Mi mundo, tal y como yo lo concebía y lo sentía, tenía poquísimo que ver con «el mundo real», con la energía de verdad, no sé si sabes a qué me refiero, con lo que sentimos pero no vemos, y sé que esto te va a sonar un poco a palabrería, Grace, sobre todo a ti, pero...

Por el retrovisor, Grace vio que los dos hombres del todoterreno eran sus perseguidores de Praga y Estrasburgo. Se le encogió el estómago. No estaban siendo astutos ni escurridizos. Querían que los viera. El que iba en el asiento del pasajero, el de los ojos bonitos, hizo como que anotaba algo. O a lo mejor anotaba algo: la matrícula de su coche.

Se imaginó leyéndolo en internet, o recibiendo una copia hecha una pelotita dentro de un juego de muñecas rusas. Tragedia en la noche de Halloween, envenenamiento por monóxido de carbono en una mansión de Coral Springs, Florida: Jason, Caitlyn, Kellie y Claire Kroeker.

—¿Puedes dejarme aquí?

—¿Qué? ¿En la interestatal?

—Ha sido un disparate implicarte en esto, más que egoísta por mi parte. Estaba tan cansada y asustada cuando te llamé... Quería sentirme segura,

supongo, pensar que podía hacer algo normal. Esos hombres me han estado siguiendo en Praga y en Estrasburgo, y me siguen ahora también.

—¿Por eso llevas pelada la barbilla?

Las niñas habían dejado de cantar.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Kellie.

—Te voy a llevar directamente a la comisaría de Coral Springs.

—Sal de la interestatal.

—Grace, no.

—Jason, las niñas no están a salvo.

Lo dijo demasiado alto. Kellie se inclinó hacia delante todo lo que le permitió el cinturón de seguridad.

—¿Qué niñas no están a salvo? ¿Nosotras?

Jason meneó la cabeza y apretó la mandíbula sin dejar de mirar al frente, al tráfico de la I-95. La siguiente salida era la de Hollywood, Florida, y puso el intermitente con decisión. Grace nunca había estado en Hollywood, Florida.

—¿Por qué no estamos a salvo, papi? ¿Papi? —insistió Kellie, dándole palmaditas en el brazo.

—Siéntate bien y estate calladita, princesa. Luego hablamos de esto.

La niña obedeció. Claire, en su asiento para niños, empezó a llorar.

—No he querido decir eso, chicas. —Grace se sintió tremendamente incapaz de gestionar una situación como aquélla. Cuando estaba con niños, solía hablarles como a adultos—. Quiero decir que es un poco raro que me tengáis aquí, no que no estéis a salvo conmigo. Sólo que no es habitual que yo vaya con vosotras en el coche y, como es raro, puede parecer inseguro.

—¿Me lo puedes repetir, tía Grace? —dijo Kellie—. No lo entiendo.

Jason salió de la interestatal y, tras bordear una rotonda, entraron en otra avenida de comercios y escuelas, salpicada aleatoriamente de palmeras.

—Gira a la derecha.

—«Gira a la derecha» —repitió Jason incrédulo—. Grace, ¿puedo decirte algo sin que te enfades conmigo?

—¿Cómo quieres que te responda a eso?

Grace vio acercarse el todoterreno peligrosamente.

—No has cambiado. No has madurado. Hace falta valor, sí, pero estamos ya en el ecuador de nuestras vidas y debemos ser conscientes de que las cosas no van a salir como queremos si no hacemos algo al respecto. Montreal no es bueno para ti. Como tampoco lo era para mí. No lo es para ningún estadounidense. Y te voy a decir algo que ya te he dicho antes porque te lo digo solamente por el cariño que te tengo: eres demasiado buena para el *National Flash*.

—¿Podrías girar a la izquierda y acelerar?

—Yo nunca he querido más que ayudarte.

—Gira a la izquierda despacio, como si nada, y luego acelera. Cuando te lo diga, para. Te avisaré después para recoger mi equipaje. Siento mucho haberos metido en esto.

Las dos niñas lloraban ahora en el asiento de atrás.

—Bonitas, os compensaré de algún modo, ¿vale?

—Vale, tía Grace —dijo Kellie entre lágrimas.

Jason giró a la izquierda.

—¡Ahora písale fuerte! —Lo hizo, por una calle de la periferia algo más próspera—. ¡Para! —Jason frenó tan bruscamente en una carretera polvorienta que el Buick derrapó—. Os quiero a todos. Lo siento mucho. ¡Gracias!

Grace abrió la puerta del copiloto y Jason arrancó antes de que la cerrara. Ella entró corriendo en un jardín privado, por la parte de atrás, y trepó por una cerca de alambre. Luego se deslizó por el otro lado a otro jardín donde un hombre y una mujer se estaban tomando sendos botellines de cerveza con los pies metidos en una piscina para niños.

—¡Eh! —gritó el hombre—. ¿Quién es usted?

Grace llevaba años sin correr de aquel modo. Hacía un calor abrasador y le ardían el pecho y la cabeza, pero era preferible a las náuseas. En la siguiente calle, había unos hombres reunidos delante de una casa blanca con los cantos sucios delante de un coche con el maletero abierto.

—Tíos, ¿puedo cruzar vuestro jardín?

—Ni de coña —dijo un hombre obeso que vestía una camiseta de Harley-Davidson y una gorra de los Dolphins.

Lo hizo de todas formas y el tipo la insultó mientras corría por el camino de

gravilla y saltaba otra valla, cruzaba otro jardín afortunadamente desierto y entraba en un callejón sin salida. Había una tienda de bebidas alcohólicas al final de la manzana y dos taxis aparcados delante. Con su último aliento, entró corriendo en el aparcamiento y se puso a agitar los brazos delante de los taxis.

Los taxistas tenían la puerta del conductor abierta. Estaban hablando entre ellos, pero de pronto la miraron fijamente. El de la derecha, de pelo moreno y barba entrecana, se asomó.

—¿Necesita un taxi? ¿Adónde va?

—Lejos de aquí —contestó Grace, inclinándose hacia delante y llevándose la mano al corazón.

Cuando levantó la vista, ninguno de los dos hombres parecía dispuesto a llevársela de allí.

—Asesinos rusos —dijo señalando adelante y atrás, sin saber muy bien dónde estaban—. Me persiguen en un todoterreno y...

El tipo de la barba dio una palmada, bajó de su coche y abrió la puerta trasera.

—Suba, señora.

Nueva York, 1984

En una incómoda ceremonia en 1982, a Elena la habían nombrado vicepresidenta ejecutiva de diseño de la división automovilística de Craig International. La prensa neoyorquina se había reído de ella durante semanas. ¿Cómo iba a estar preparada un ama de casa extranjera y boba para la tarea imposible de venderles a los estadounidenses algo que no querían?

Anthony contrató a un asesor de prensa para que contara la historia: «Atleta olímpica, desertora del comunismo, nacida de una larga estirpe de ejecutivas del sector del automóvil». Poco después, no pasaba un mes sin que apareciera en algún periódico una foto o un artículo sobre la joven pareja, glamurosa pero sin escrúpulos.

Luego fue casi cada semana: Elena vestida de cóctel; Elena haciendo una voltereta lateral perfecta en Central Park; la infatigable Elena en el laboratorio de diseño; Elena con su hija, la pequeña Kristína...

Dirigía el equipo de Manhattan tres días a la semana, a veces más, y trabajaba en el laboratorio de diseño de Long Island. No basta con dibujar el coche más lujoso del mundo, hay que sentarse en él.

Sin embargo, donde de verdad quería estar era en su apartamento, jugando con Kristína. Anthony jamás había cambiado un pañal ni le había puesto voz a una muñeca repollo, jamás había asistido a una de las meriendas de mentirijillas de Kristína, pero era imposible hacerle sentir ni un ápice de remordimiento al respecto. Casi todos los aspectos de la paternidad le parecían una pérdida de tiempo. Él valía miles de dólares la hora. Una niñera podía encargarse de todo por unos cientos de pavos al día.

Y eso una buena niñera, la mejor.

Anthony empezaba a trabajar a primera hora de la mañana y solía terminar tarde. Viajaba a la otra punta del país y volvía a Nueva York en el día una o dos veces por semana. Esa noche era la primera de doce en que no iban a una cena de negocios, una gala o un acto benéfico.

Ese martes por la noche, cuando apareció la secretaria de Anthony con dos cajas de Pizza Hut, Kristína dio saltos y gritos de alegría. Era lo más parecido a un rato en familia que podían tener: una pepperoni y una tres quesos, sancerre para mamá y Coca-Cola Light para papá.

En la tele estaban puestas las noticias.

Walter Mondale, el exvicepresidente, había ganado en los caucus de Iowa y les llevaba una ventaja inmensa a los otros demócratas que ansiaban arrebatarse el puesto a Reagan.

—Fíjate en esos ojos. —Anthony comía de pie y le brillaban los dedos de grasa porque picoteaba el queso de la pizza y se dejaba casi toda la masa. Señaló con un borde al televisor—. Hay algo raro en los ojos de Mondale. Es un tío aburrido, lo he conocido, el muy cabrón no para de hablar, sin mover los labios, y hace un silbidito raro cuando pronuncia una ese, pero esos ojos... Es un tío listo, listo y aburrido. Pero esos ojos lo hacen parecer bobo. Mondale, el de los ojos de bobo. Reagan es tan bobo como parece Mondale, pero la diferencia es la siguiente: él sabe del mundo de la farándula. Es un tío del cine. ¿Qué se piensa Mondale que es esto?, ¿una clase de debate? ¿Quién le habrá dicho a ese muermo que se presente a nada? Si Jesse no fuera negro, le quitaría el puesto. Pero ¿sabes qué? Que es negro. ¿Has oído cómo llama Jesse a los judíos? Eh, Elena, ¿hola? Ha salido hoy en el *Times*, ¿te has enterado?

Kristína se subió al regazo de su madre. La pequeña quería coger una rodaja de pepperoni de la pizza de Elena. Pues claro que había visto el artículo.

—No.

—¿No, qué? ¿No a la niña o a lo de Jesse?

—A lo de Jesse.

—¡Los llama *Hymies*! Y se lo han grabado en cinta o algo así, al muy gilipollas.

—¡Tony, esa lengua!

—¿Sabes qué? Que Jesse está muerto. Casi le daría igual apoyar a Mondale *Ojos de Bobo*. Debería presentarme yo.

—Tú tienes que presentarte, cariño. Es tu destino.

—Y luego está Reagan. Todos los catetos lo votarían hasta muerto. Les da igual lo que diga. Como si recita *Caperucita*. ¿Y Mondale piensa que Joe Lunchbox le va a votar? Sigue soñando, Ojos de Bobo.

—Cuando te presentes a la presidencia, serás como Reagan. —Anthony tiró el borde de masa a una de las cajas y cogió otra porción de pepperoni. Levantó el queso y la carne, lo enrolló y se lo comió—. Por eso le vas a encantar a Joe Lunchbox, Tony. Porque en el fondo eres un salvaje.

Elena era el único ser humano a quien permitía que lo llamara Tony. Pensaba que lo hacía parecer italiano e insignificante, una especie de enano, de representante de aceite de oliva en 1962.

—Dilo otra vez.

Aunque Elena no había sufrido la depresión posparto que tenían algunas mujeres, hacía meses que la envolvía un halo de tristeza. No era sólo por su matrimonio, por la perspectiva de pasar el resto de su vida con un hombre como Tony. Había perdido el contacto con Danika, que se había hundido en una vida de caos y drogadicción cuando Sergei no le había permitido divorciarse de Carlos. Desapareció una noche de noviembre, después de llamar a Elena desde una cabina. Su marido no triunfaba lo suficiente como para estar contentos, pero tampoco era tan desastroso como para abandonarlo... de momento. Los familiares de Carlos valían mucho para Sergei.

Elena habría querido decirle a su amiga que lo dejara todo, que huyera, pero las dos sabían que eso no era posible. No había adónde huir.

El cadáver de Danika había aparecido en el East River. Carlos habló entre lágrimas en una rueda de prensa, aprovechando la lucha de Danika contra las pastillas y su muerte para presentarse como soldado en la guerra contra las drogas, pese a que Elena sabía perfectamente que había sido él quien le había administrado cada pastilla y cada dosis.

A la mañana siguiente, después de la noche de pizza, en el Challenger de

Anthony, Elena volaba con tres de sus mejores amigas, dos golondrinas de Ucrania y una de Bulgaria, a Bozeman, Montana.

Lone Mountain Ranch era el mejor sitio para hacer esquí de fondo de todo Estados Unidos. Elena nunca fue una gran esquiadora, pero había esquiado con su padre y sus abuelos desde los cuatro años. Las cuatro mujeres iban algo achispadas del champán que habían bebido en aquel jet pequeño y limpio, pero el aire frío y seco de la montaña las despejó.

Llegaron a una cabaña de seis dormitorios repleta de vigas de madera clara. Había un fuego encendido y las mujeres comentaron que les recordaba al de sus casas, aunque mucho más limpio, mucho más bonito y con mejor olor. Después de cenar, las otras se pusieron el pijama para ver juntas una película: *Risky Business*. Hicieron palomitas en el microondas.

—Creo que voy a dar un paseo —anunció Elena cuando las demás ya estaban acurrucadas en el sofá.

«¿Estás segura? ¡Te acompaño! ¡No deberías salir sola!»

Elena no podía permitir que la acompañaran, pero en realidad ninguna de ellas quería acompañarla. Se habían bebido casi tres botellas de vino entre todas y allí fuera, en la penumbra de las montañas, debían de estar a bastantes grados bajo cero. No sabían con certeza si los osos aún hibernaban.

La cabaña de él estaba a diez minutos andando por la nieve. Las cortinas estaban corridas, y Elena miró el interior del bolso una última vez para asegurarse de que lo llevaba todo. Sin molestarse en llamar a la puerta con su código secreto, la abrió y entró en el dormitorio. Unas luces azules y naranjas se reflejaban en el cuerpo tendido en la cama, desnudo salvo por los calzoncillos blancos y los calcetines. El fuego estaba encendido. En la tele ponían *Cheers*.

Sin saludarlo siquiera, se quitó la parka y se sentó a su lado en la cama.

Sergei la había citado hacía un mes. Él acababa de volver de Moscú. En el Centro, el líder del Primer Alto Directorio les había presentado el trabajo de los jefes de estación. Estaba furioso. Había montones de noticias recicladas y de rumores sin fundamento, pero Sergei y sus compañeros no habían presentado casi ninguna inteligencia susceptible de intervención. Aún intentaban encontrar activos basándose en las ideas de los sesenta. Nadie de Estados Unidos o Gran

Bretaña estaba ya enamorado del comunismo, y los que lo estaban, profesores universitarios divorciados en su mayoría, no tenían acceso al poder. Eran zoquetes sociales. Del todo inútiles.

A partir de ahora, daba igual que sus activos tuviesen o no alguna afinidad con los principios fundacionales de la Unión Soviética.

Sergei imitó al responsable del Primer Alto Directorio.

—«Estamos ante un mundo nuevo y necesitamos nuevas estrategias. Seremos atrevidos. Seremos creativos. Venceremos porque estamos dispuestos a intentar lo que sea, a hacer lo que sea. No nos verán venir.»

—Suenas como Tony. Con acento.

—Ya los conoces, Elenka, sabes lo que les harían a mis padres, a mi mujer. Terminaría en una salina de Surgut, con suerte.

—He oído decir que Surgut está muy bonito en agosto.

—Pues no.

—Era broma.

—Te has vuelto muy americana. Nunca sé cuándo bromeas.

Durante la última semana y en el avión, había intentado recordar cómo era estar enamorada de Sergei, cuando su máxima aspiración era un sitio en Praga o Moscú y una casa en el campo, o una dacha en el mar Negro. Los hijos con los que soñaba siempre habían sido de los dos.

—He comprado bebidas —dijo ella.

—Tengo bebidas.

Sergei agarró un vaso que había en la mesilla y apuró el whisky. Elena cogió el vaso vacío y lo llevó a la cocina. En el bolso guardaba seis botellitas de vodka del avión y un frasco de zumo de tomate.

—¿Has tomado alguna vez un bloody mary?

A Elena le temblaban las manos. Sergei la miraba desde el otro lado de la habitación.

La luz de la pequeña cocina venía de encima de los fogones. Elena vertió cien mililitros de vodka en un vaso de agua alto y lo rellenó con zumo de tomate. En una bolsa de bocadillo había metido tabasco y salsa Worcestershire, apio en polvo, dos palitos de apio y un recipiente pequeño de ricina en polvo. Danika la

había preparado según una cromatografía que había aprendido en Praga a partir de un puñado de semillas de ricino y unos cuantos estupefacientes que su camello había encontrado para ella. Elena la había tenido a buen recaudo para el día en que su amiga reuniera el valor necesario para mezclarla con la cocaína de su marido.

Abrió el frasquito. Sergei sufriría durante horas. Quería que sufriera.

—Vamos, Elenka —la llamó él.

—¿Qué quieres que haga? ¿En qué puedo ayudar? ¿Algo relacionado con Anthony? —Vertió el polvo y removió. Más vodka—. ¿Quieres un palito de apio?

—Ya he cenado. —Sergei apagó el televisor—. No nos hace falta ninguna bebida pija.

Llevó los bloody mary en una bandeja. Él se estaba incorporando en la cama y tenía mejor aspecto a la luz titilante del fuego, erguido, mirándola fijamente.

—Crean que Reagan tiene previsto un ataque preventivo —dijo—. Moscú y Leningrado, bases militares.

—¿Quieres... quieres que me entere yo?

—Suelta la bandeja.

La dejó en el escritorio, junto a una novela de Gabriel García Márquez traducida al ruso y un montón de periódicos: el *Times*, el *Post*, *The Guardian*...

—¿Y lo hará, Sergei?

—¿Tú crees que un tío que hizo de papá en la película *Bedtime for Bonzo* quiere que se lo conozca el resto de su vida como el hombre que destruyó el mundo?

A Elena le costaba centrarse.

—Anthony me ha estado hablando de Jesse Jackson. Cenamos con Mario Cuomo. Ed Koch...

—Pronto habrá un nuevo secretario general, Elenka. Será alguien a quien le preocupe más la economía que la ideología.

—Y...

—Que tu Anthony no es comunista. No se le puede cambiar. Si tuviera que diseñar un sistema político, optaría por la monarquía absoluta. Siempre que él

fuera el monarca.

Cuando Anthony hablaba con su hija, era para decirle que era la más guapa y la más lista de América. No habría jamás nadie más guapo ni más listo que Kristína. Porque era una Craig. «Serás la negociadora más dura de Nueva York. Acabarás con ellos. Los destrozará. Saldrás en las noticias todas las noches. La reina. ¡La reina!»

Con seis años: la reina.

Sergei cogió el bloody mary sin el apio y se lo llevó a los labios. Cuando estaba a punto de beber, lo dejó en la mesilla.

—Desnúdate.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Elena rio.

—Qué raro estás.

—Desnúdate —repitió él. Elena empezó por la falda—. Despacio —añadió, y ella se bajó un hombro del suéter—. No te portes como una furcia. Desnúdate sin más.

En el avión, había intentado no pensar en la muerte de Sergei. Ahora quería presenciarla.

Sergei se incorporó un poco más, cogió el bloody mary.

—¿Irá a Moscú? —preguntó.

—¿Quién? ¿Anthony?

—El cambio que se avecina conllevará oportunidades para la inversión de capital extranjero.

Elena esperó a que bebiera. Sólo un sorbo.

—Nuestro acuerdo con Fiat podría terminar en cualquier momento. Ya no hablo de coches de lujo. Sólo de... ¡fabricar coches! Podemos asegurarnos de que le resulte rentable.

Estaba ya en braguitas y sujetador. Aunque se había esforzado por librarse de los kilos que había ganado durante el embarazo, a la luz del fuego quiso taparse.

«Bebe.»

—¿Cómo lo ves? —dijo él, con el bloody mary aún en la mano.

—No va bien con la marca, Sergei. Coches comunistas. A lo mejor Volkswagen...

—No usaríamos Craig. Sería otra cosa. Puedes pensar tú en una marca.

—El negocio del automóvil no funciona. Son los rodamientos lo que mantiene vivo a Craig International.

—Pues firmamos un contrato de rodamientos.

—Anthony detesta la división de rodamientos.

—Vale, pues coches.

«Bébetelo ya, maldita sea.»

—¿Te acuerdas de Aleksandr Mironov, de Praga?

—Claro.

—Está obsesionado con tu Anthony.

—Pero Aleksandr no es importante.

—Lo será. Quítate el sujetador.

Lo hizo.

—Y las braguitas.

A Elena le estaba dando vergüenza, así que levantó las sábanas de la cama.

—No te muevas.

—¿Qué? ¿Por qué?

Sergei se bajó tranquilamente de la cama, en calzoncillos y calcetines marrones. Con la copa en la mano, bordeó la cama hasta ella. Elena intentó de nuevo meterse en la cama y esa vez él le gritó.

—¡Que no te muevas, joder!

Lo que pasara allí nadie lo oiría. Él se quedó un momento a su espalda, pero ella no se movió. Luego se plantó delante de ella, con el vaso en la mano, y la abrazó fuerte con la mano libre.

—No tengo más que salpicarte la cara con esto. Te subiría por la nariz, unas gotas, y bastaría con eso.

—¿De qué me hablas, Sergei? —le preguntó ella con voz temblorosa.

—Inclínate hacia delante.

—Por favor, no.

—Sabes que puedo hacértelo en cualquier momento, y a tu hija, a tus padres.

—Sergei, yo no...

—¡Cállate! Ni siquiera quiero que me digas la verdad. No te entrenamos para que cantaras. ¿Estás furiosa por lo de Danika? ¿Quieres venganza? ¿Piensas que serás la siguiente?

Se había quitado los calzoncillos. Los calcetines, no. La soltó y dejó la bebida envenenada al lado de la de ella. Elena supo, por su respiración y por cómo sonaba, lo que estaba haciendo. Luego, sin previo aviso, empezó a penetrarla con fuerza.

Ella tiró de las sábanas y se tapó la cara con ellas para reprimir el sollozo.

—¿Piensas que eres la siguiente, Elenka? Pues tienes razón. Recuerda cuál es tu sitio, qué has venido a hacer aquí, o claro que serás la siguiente.

Miami, 2016

El taxista era de Azerbaiyán. Le encantaba conducir deprisa y odiaba a los rusos. Grace iba mirando por la ventanilla de atrás, por si veía el todoterreno, mientras el hombre le hablaba del Enero Negro, cuando los rusos habían entrado en Bakú y habían asesinado a su padre en la calle. ¿Y para qué? ¡Para nada! Era 1990 y los comunistas ya habían perdido.

—¿Y ha oído hablar de la masacre de Jóyali, señora?

Aún no había ni rastro del todoterreno. Grace le había pedido al taxista que fuese en dirección a Pompano Beach, a la comunidad para jubilados de su madre. No quería llevar a sus perseguidores allí, pero ellos ya sabían dónde encontrarla. Lo sabían todo.

—No —contestó—. No he oído hablar de ella.

—¡El mundo entero debería saberlo! —Estaban en la Autopista Federal Sur, la autopista I, no la interestatal, y el taxista iba a más de ciento diez kilómetros por hora, zigzagueando entre los coches. La vía estaba punteada de palmeras delgadísimas, almacenes y apartamentos baratos—. Más de ciento sesenta azerbaiyanos asesinados por rusos y armenios. Ustedes los americanos no saben nada. ¿Creen que después de la caída del Muro de Berlín todo fue sol y fiesta? Eso fue en 1992, amiga mía.

Se detuvieron en un semáforo al lado de un colegio de Dania Beach. Treinta o cuarenta niños disfrazados cruzaron la autopista. El todoterreno negro, resplandeciente al sol, enfiló la autopista a toda velocidad.

El pánico volvió a apoderarse de ella.

—¡Ay, no, Dios! ¿Cómo nos han encontrado?

El taxista miró por el retrovisor.

—¿Son esos cabrones?

—A lo mejor debería bajarme y echar a correr otra vez.

—Los rusos siguen con drones, señora. Correr no sirve de nada.

—No quiero ponerlo a usted en peligro.

El último niño cruzó corriendo cuando cambiaba el semáforo.

—¿Ponerme en peligro? —El taxista pisó a fondo en cuanto el disco se puso en verde. Al todoterreno, más nuevo y más potente, no le costó darle alcance—. Vamos a ponerlos en peligro a ellos para variar.

Grace nunca había ido tan rápido en un coche. Le daban ganas de taparse los ojos, de tirarse al mar, de registrarse en un Best Western por el que habían pasado y dormir tres días seguidos. Anhelaba sus antiguas preocupaciones: sentirse una fracasada, quedarse sin trabajo, ofender a Johnny Depp... En cambio, pasaron por delante de un IHOP y un quiosquito llamado Dairy Belle a tal velocidad que la gente se volvió y se puso en fila en el aparcamiento para verlos pasar.

De pronto, el todoterreno estaba a escasos metros de ellos y el tipo de los ojos bonitos y la nariz horrible la apuntaba con un arma por el parabrisas. Grace se agachó.

Mientras conducía a toda velocidad, el taxista hablaba con calma de su padre, al que los rusos habían matado de un tiro en una multitud, como a un animal, cuando iba desarmado.

—A mi padre lo mataron para nada, peor que a un animal. A un animal, por lo menos, lo matamos para hacer salchichas. Él sólo quería libertad.

Grace llamó a Emergencias.

—Emergencias, ¿en qué podemos ayudar? —preguntó la operadora.

—Voy en un taxi, por la autopista I, en dirección norte —contestó—, y nos persiguen unos hombres armados que van en un todoterreno.

—Mantenga la calma, señora. ¿Podría describir el coche?

Grace empezó a describirlo al tiempo que el de los ojos bonitos volvía a apuntarla con el arma. Para él era un juego. Sonreía al hacerlo. Ella volvió a agacharse.

—Señora —dijo el taxista—, ¡cuelgue!

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque igual la están escuchando.

Grace colgó. Con calma, mientras el velocímetro alcanzaba los ciento treinta kilómetros por hora, el taxista se inclinó hacia delante, abrió la guantera y sacó una pistola.

—Cuando le diga, abra la ventanilla y apunte.

—¿Que apunte?

—Apunte al conductor. Cuando yo le diga.

Se acercaban a una obra cerrada con vallas. Grace abrió la ventanilla. En el lado izquierdo de la autopista de cuatro carriles, sólo había dos abiertos y cada lado estaba señalado por sólidos muretes de hormigón. A la derecha del murete había una zanja profunda. Los coches iban hacia ellos en dirección contraria.

A Grace le dieron ganas de gritar. A esa velocidad, ¿cómo iba a pasar el taxista por un carril inusualmente estrecho con coches a la izquierda y un murete de hormigón a la derecha?

—¡Ahora!

—¿Ahora qué?

—¡Apunte!

Grace apuntó con la pistola al que conducía el todoterreno y gritó mientras lo hacía. Al todoterreno le daba el sol por el oeste y Grace pudo ver la cara de sorpresa de aquel tipo y luego de miedo, sólo un segundo.

El taxi dejó atrás la obra mientras que el conductor del todoterreno viraba bruscamente. Su compañero agarró el volante, pero era demasiado tarde. El vehículo se estampó en el murete de hormigón y salió volando por los aires. Dio una vuelta de campana y aterrizó boca abajo en una zona desierta de la autopista I.

El taxista redujo la velocidad, después paró. Abrió su puerta y Grace abrió la suya. Ambos bajaron y se quedaron mirando el accidente. Había sonado fatal al caer. Se habían hecho pedazos los cristales. Ahora se oía un silbido. No había rastro del tipo de los ojos bonitos ni de su compañero.

—¿Se encuentra bien, señora?

Ella lo abrazó. Era de su edad y olía a ambientador de cereza.

—Gracias. Lo siento mucho.

—Si esos cabrones no están muertos, querrán estarlo.

El taxista se había puesto rígido con el abrazo. Al parecer, lo inquietaba más que ir a ciento treinta por una autopista secundaria.

En sólo unos días, se dijo Grace, había sido responsable de la muerte de cuatro personas.

Un pequeño grupo de curiosos se apiñaba alrededor del todoterreno negro. Un hombre gritaba que no se acercaran demasiado.

—Más vale que nos vayamos, señora. ¿A Pompano Beach?

—Sí, señor. Gracias.

Mirando la pistola que había dejado a su lado en el asiento, Grace pensó que quizá sus perseguidores estuvieran gravemente heridos, no muertos. A lo mejor tenían mujer e hijos que dependían de ellos. Ellos mismos habían sido niños alguna vez.

Pero mientras tomaban la autopista rumbo norte, hacia la interestatal, el todoterreno explotó a su espalda.

Cuando llegó, Jason la esperaba junto a su Buick blanco. Su equipaje estaba en la acera. Grace se empeñó en darle otro abrazo al taxista azerbaiyano después de pagarle el viaje más una propina de cincuenta dólares.

—Debería darle la propina yo, señora —dijo él, zafándose del abrazo—. Ahora mi padre estará orgulloso de mí.

Se fue y Grace señaló al Buick.

—¿Las niñas aún están dentro?

—Sí —contestó Jason—. Luego las llevo al psicólogo.

—Ay, Dios.

—Tranquila, ya les he dicho que tía Grace está desequilibrada y que nos tiene que dar pena. Hoy han aprendido una palabra nueva: «delirios».

—Genial. —Abrazó a Jason—. Eres un buen hombre de verdad. Me alegro mucho de que Caitlyn y tú estéis tan bien. Esas niñas vuestras son preciosas, y parece que por fin... Bueno, yo no habría podido.

—Claro que habrías podido —replicó él—. Puedes con lo que quieras.

Grace lo abrazó aún más fuerte y lo retuvo más tiempo del razonable.

—Vale. ¿Seguro que puedes hacer esto por mí?

—Claro. Pero ve rapidito. En cuanto empiece a hacerse de noche, las chicas querrán ir a por esas chuches gratis que no les vamos a dejar comerse.

Ella corrió hacia la entrada de la urbanización, Vaocluse by the Sea.

—¿Grace?

—¿Sí? —Se detuvo y se volvió.

—¿Tengo que preocuparme?

—No, en absoluto. —Grace le dedicó una sonrisa forzada a su exmarido—.

Enseguida vuelvo.

Había unas cuantas palmeras y algunos cactus en el polvoriento jardín interior de Vaocluse by the Sea, pero casi ninguna vegetación que precisara cuidados de jardinería reales. La bomba de la fuente central llevaba rota ocho meses.

Su madre había huido del invierno de Minnesota y no podía permitirse vivir en un sitio más frío, en un país extranjero, sólo por estar cerca de Grace. Así que tenía que hacer el viaje todos los meses, lo que no era un fastidio horrible. Como la mitad de los jubilados de Quebec se escapaban a Florida en los meses de invierno, había vuelos diarios de Montreal a Miami.

Pompano Beach se había visto sacudida por la crisis de las hipotecas subprime, un desempleo que aún era de más del trece por ciento y el superávit inmobiliario, razón por la que Grace podría permitirse Vaocluse by the Sea. Pero el puerto era una inmensa obra después de años de parecer el sitio más triste de Broward County, y estaba segura de que la factura mensual no tardaría en subir. Aun ahora le daba vergüenza pensar que aquel sitio, con sus enfermeras gruñonas y sus médicos externos de segunda, su mobiliario de los ochenta y ese olor a cloro, a medicinas y a heces, era lo mejor que podía ofrecer a su madre, que después de pelearse unos años con la diabetes pronto se quedaría ciega. En julio Grace había ido a ver viviendas asistidas en el norte de Miami, y luego pensó que seguramente aquélla había sido la tarde más deprimente de su vida.

—¡Cielo!

Elsie Elliott salió de su apartamento con los brazos extendidos. Cuando Grace le cogió la mano, junto al jardín de cactus, su madre por fin miró donde debía

para verla.

Lo único que la consolaba de la visión cada vez peor de su madre era que no iba a verle la herida de la barbilla ni lo sudada y desaliñada que iba.

Después de besarla y abrazarla, su madre la cogió del brazo.

—Tienes que contarme todo lo de Europa. ¿Podemos ir a cenar? Hay un mexicano en la zona comercial que se llama Dos Amigos. Lo abrieron dos amigos.

Grace la condujo al interior del apartamento de un dormitorio que conservaba aún el olor de los fumadores que lo habían ocupado hacía tiempo.

—Mamá, tenemos que hacer la maleta.

—¿Por qué?

—Te vas a quedar con Jason y con su familia unos días.

—No, de eso nada.

Grace le contó lo justo mientras metía las cosas de su madre en una bolsa: que estaba trabajando en un reportaje que iba a enfadar mucho a algunas personas poderosas, que ya la habían amenazado...

—En cuanto se publique, volveré a traerte aquí.

—Si saben de mi existencia, cariño, seguramente también sabrán de la de Jason.

—Es preferible así. Te llevaría a un hotel, pero te encontrarían por el nombre de todas formas. Es la mejor solución posible.

—¿Jason tiene pistola?

Grace suspiró.

—Es hombre y vive en Florida. Claro que tiene pistola.

Montreal, 2016

De nuevo en el aeropuerto, mientras esperaba su vuelo de las 23.55, Grace observó la multitud de jubilados, familias y jóvenes quebequeses bronceadísimos. No vio a nadie que le pareciese un reemplazo claro de los rusos, que seguramente habían muerto carbonizados en la autopista I. Tres o cuatro de los pasajeros que volaban con ella llevaban disfraces de Halloween, pero eran demasiado jóvenes y estaban demasiado contentos para ser sus perseguidores.

Envió un mensaje de texto a Steadman Coe, a Manon y a William con el número de su nueva tarjeta SIM. En el avión, antes de quedarse dormida, abrió el archivo de Elena en el ordenador y añadió todo lo que recordaba de la libreta que le habían robado y de las páginas impresas. Cuando aterrizó en Montreal, más agotada que en toda su vida, encendió el móvil y vio que tenía un mensaje de Coe, enviado a las 4.22 de la madrugada:

A las ocho en mi despacho.
Innegociable. Gracias.

Después de esperar inexplicablemente casi una hora en la cinta de equipajes y en el control de aduanas, no le daba tiempo a ir a casa primero, así que cogió un taxi directa a la oficina del centro de Montreal. No eran aún las siete de la mañana y el almacén todavía estaba a oscuras. Abrió el portátil en su cubículo e imaginó que tenía que presentar un artículo de portada para el *Times* con fecha tope.

¿Cómo escribiría la entradilla? Estuvo diez minutos mirando la pantalla en blanco, las anotaciones que había hecho en el avión. Lo único que sabía con certeza era que los padres de Elena estaban en el libro de Cibulka, junto con

otros informadores y espías rusos, que el nombre en clave de su madre era «Vrba» y que los demás archivos se habían eliminado o destruido. William le había dicho que Elena no se había licenciado en la Universidad Carolina. Sin embargo, Grace no podía vincular nada de lo que había averiguado con el incendio en el que habían muerto Katka y su padre, el entrenador Vacek. Dudaba que la policía de Praga y de Moscú fuese a confirmárselo por teléfono. No podía escribir nada de los hombres que la habían acosado, amenazado, asaltado y robado porque no tenía ni idea de quiénes eran, menos aún de a quién representaban.

Luego estaba Sergei Sorokin. ¿Quién demonios era ése?

Unos registros nunca hechos públicos de la antigua Checoslovaquia revelan la relación entre Elena Craig, la exmujer del candidato a la presidencia Anthony Craig, y el StB, la policía secreta de ese país durante la Guerra Fría.

Grace sabía lo que sus profesores de Austin dirían de eso: no era suficiente con «revelar la relación». En lugar de cambiarlo por una expresión más peligrosa o de redactar de nuevo la frase inicial con la palabra «espía» o incluso «golondrina», siguió escribiendo.

Salió el sol sobre el río San Lorenzo. Empezó a oírse *hip hop* francés por la esquina noroeste del edificio, donde a los desarrolladores de videojuegos les gustaba empezar temprano. Lo tenían tan alto que no oyó llegar a Steadman Coe por su espalda. Cuando vio su calva reflejada en la pantalla, su jefe ya había leído demasiado.

—¿Qué coño es eso?

Elena cerró de golpe el portátil.

—Nada.

—El eterno alegato de inocencia. Vamos.

Grace lo siguió a su despacho con el portátil bajo el brazo.

Ya hacía casi dos meses del Día del Trabajo en la parte norte del hemisferio norte, pero Coe seguía vistiendo un traje entre blanco y crema. Llevaba una colonia fresca pero empalagosa y zapatos nuevos. El hecho de que conociera todos los zapatos de su jefe no hizo más que aumentar su angustia.

Al llegar a la puerta, él se detuvo y se volvió. Grace se detuvo también. Su barbilla recién afeitada brillaba a la luz del fluorescente.

—¿Te has mirado al espejo últimamente? —le preguntó él.

—La verdad es que no.

—Eso me parecía.

El despacho de su jefe era amplio y, como daba al sudeste, se veía amanecer. En lugar de sentarse, como solía hacer cuando hablaban de alguna noticia estúpida o de algún chismorreo, de la vida sexual de él o de los caprichos de los dueños de la empresa, Coe le dio la espalda y miró al sol.

—Cierra la puerta.

Ella obedeció.

—Grace, te voy a despedir.

—¿Qué? —Lo miró para comprobar si bromeaba, pero hablaba en serio—.

¿Por qué?

—Por insubordinación.

—¿De qué me estás hablando, Steadman? Te soy exageradamente fiel.

—Trabajas para el *National Flash*. Has viajado a Praga a mi costa.

—He viajado a Praga a costa de Elena.

—Con un encargo de mi publicación. Y, en lugar de hacer el trabajo que se te había asignado, acosas a Elena con la idea de escribir un libro que está completamente fuera del ámbito de tu contrato.

—¿Qué contrato?

—Está fuera de tu... competencia.

—Eso te lo has inventado y el proyecto es perfectamente compatible con lo que hago. Cuanto mejor la conozca, mejor podré imitar su voz. Y no incumpliré ningún plazo.

—Estás despedida. Tienes ya en tu cuenta, desde las 7.45 de esta mañana, una indemnización por despido equivalente al sueldo de tres meses.

—Steadman... ¡Vuélvete y mírame! —le gritó, dando una palmada en la mesa.

—No.

—¿Qué es esto?

Él negó con la cabeza.

—Por favor, dime qué está pasando. ¿El *Flash* se ha metido en algún lío?
¿Se...?

Su jefe susurró algo que ella no oyó bien.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, Steadman?

—Vete, por favor. Lo siento.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Coe plantó las manos en la ventana, luego las retiró. Dejaron una huella húmeda.

—¿No puedo hacerte cambiar de opinión de ninguna forma?

—No.

—Porque no lo has decidido tú, ¿verdad?

Por fin se volvió. Grace conocía a Steadman Coe desde hacía mucho tiempo, pero nunca lo había visto asustado.

—Steadman, cuantos más lo sepamos, más seguros estaremos, y...

—Grace, no lo entiendes. Esto ya no es periodismo.

—¿Y qué es?

Él meneó la cabeza y señaló a la puerta.

Lo único que se llevó de su mesa fueron unas fotografías enmarcadas de Jason, de su gata *Zip* y del gato que había tenido antes de *Zip*. Cuando ya casi estaba lista, apareció Coe para llevarle la caja abajo.

No dijo nada y ella tampoco, ni en la tercera planta ni en el ascensor. No se cruzaron con ninguno de sus compañeros en el vestíbulo. Nadie empezaba hasta las diez cuando no era día de cierre.

Ya en la calle, Coe esperó a que llamara un taxi. Hacía una mañana fría y lluviosa, y soplaba un viento descorazonador procedente del río.

Se detuvo un Prius rojo.

Nunca se habían abrazado y nunca lo harían. Coe dejó la caja en el asiento de atrás y le habló en voz baja.

—Déjalo correr, Grace.

—No voy a dejarlo correr, y tú tampoco deberías hacerlo. —Mientras

hablaba, no tuvo que recordar mantenerse erguida—. ¿Qué te han dicho que te harían?

Por un momento le pareció que iba a contestar, pero ese momento pasó y Coe se dirigió al vestíbulo del viejo almacén sin mirar atrás. Grace estuvo tentada de gritarle que era un cobarde y un gallina, pero, a su manera, apreciaba a Steadman Coe y sabía que con eso no conseguiría nada. Cambió de opinión y abrió la puerta del copiloto del taxi.

—¡Cobarde! —gritó—. ¡Gallina!

Le pareció verlo encogerse un poco mientras entraba en el edificio.

Miró el móvil mientras el Prius arrancaba y vio que tenía un mensaje de William.

Acabo de llegar, molido. ¿Lista para empezar? ¿Adónde voy?

Grace también estaba demasiado cansada para pensar en una solución mejor, así que escribió:

A mi casa.

Y le mandó la dirección.

Configuró en el nuevo teléfono su cuenta de correo personal. El último correo que le había llegado era de Jean-Yves de Moulin, con un adjunto. Añadía en un francés muy elegante que, por una morbosa obsesión, tras su divorcio de Elena, le había seguido la pista. El adjunto era una página en blanco y negro del *Herald* de Montreal, del 7 de febrero de 1975. Grace la abrió y la amplió. Había una fotografía de «la gimnasta y joven glamurosa Elena Straka».

Ya no compito. Soy modelo y trabajo, dos cosas distintas para mí, y tengo mi vida en casa con mi marido.

William le había enviado ya varios mensajes de texto muy británicos sobre la propuesta de alojarse en su casa.

Mis intenciones son enteramente profesionales y desde luego no tengo inconveniente alguno en buscarme un hotel. ¿Serías tan amable de recomendarme uno?

Creo que no he usado bien «inconveniente».

Grace, te agradezco la invitación, por supuesto, si sigue en pie.

Vivir en un auténtico apartamento de Montreal..., ¡qué honor!

Jajaja.

Dicho esto, si eso te hace sentir mínimamente incómoda en lo más mínimo...

Grace lo ignoró y le mandó el JPEG del recorte del *Herald*. Él le contestó.

¿Marido? Dios, ¿Elena Straka? ¿Tiene archivo ese periódico?

¿Crees que Straka hablaría con nosotros? ¿Sabes dónde vive?

Grace se instaló en una silla, en paro por primera vez desde los veintitantos. Sabía dónde vivía Josef Straka, sí, y estaba deseando hacerle una visita... con William.

Horky Nad Jizerou, 1986

El aire de Bohemia era tan limpio que tenía sabor. Todas las noches Elena y Kristína se dormían en silencio, en la casa de campo de sus padres, y despertaban con el canto de los pájaros. No había tráfico, ni sirenas, ni tiroteos, ni locos gritando por las calles.

A Elena hacía años que le preocupaba su padre, pero la víspera del día en que estaba previsto que se fueran le vio una cara de angustia y turbación que no le había visto jamás. Aunque no era uno de esos locos que gritaban por las calles, Petr Kliment no estaba bien.

—Vivimos vidas distintas, Elenka —le dijo su madre, Jana, cruzando las piernas en la tumbona del jardín. Hacía una tarde soleada y se estaban tomando un té frío y dulce—. Yo me quedo en la ciudad y él aquí, con sus cañas de pescar y sus botas sucias.

—¿Crees que se siente solo?

Jana miró a Elena.

—Tiene al perro.

Kristína, con sus pantalones cortos de niño y una camiseta, andaba torpemente por la orilla del río con Petr y *Hektor*, su pointer alemán. Después de tres semanas en la Checoslovaquia rural, la pequeña tenía los brazos llenos de picaduras de insectos y las rodillas raspadas.

—¿A ti no te preocupa, mamá?

—Pues claro que sí. Dice unas cosas...

—¿Qué cosas?

—Esta casa no es nuestra, Elena. En realidad, no. Pueden oírnos, ya lo sabes. Tu padre solía ser disciplinado. Ahora lo está arriesgando todo.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Que tendría que haber luchado por ti. Que le parece que estás metida en una especie de infierno americano... —Jana miró alrededor, como si alguien pudiera estar escuchando—. Dice cosas de Anthony, de Sergei.

—Hablaré con él.

Su madre sonrió, como si el problema ya se hubiera resuelto.

—¿Nos pasamos a la cerveza? No me vendría mal una.

Elena entró en la casa a por la cerveza. El sol iluminaba la cocina, que era lo bastante grande para que un equipo de cocineros preparase comidas para doce personas. Uno de los abogados del emperador Franz había construido aquella casa como hogar para su jubilación y había sido de su familia hasta que el gobierno se la había expropiado, y Jana la había decorado con toda la opulencia que se le permitía a una familia bien relacionada. La casa y la parcela no tenían ningún sentido en el sistema comunista, pero estaban lo bastante lejos de Praga y de Mladá Boleslav para que nadie la denunciara como símbolo de aristocracia y de codicia. Además, cualquiera que se molestara en informarse sobre la finca sabría que se la habían otorgado a los Kliment fuerzas que no debían cuestionarse, al menos en público.

Esa noche, la última que pasaría en Checoslovaquia ese año, Elena paseó por el río con su padre cuando Kristína ya estaba acostada. Petr se había empeñado en arroparla y cantarle canciones hasta que se durmiera. Había un vínculo especial entre los dos; la niña hablaba en checo con él y mostraba verdadero interés por las pasiones al aire libre de su abuelo.

—Mamá dice que estás casi siempre solo. —Él se encogió de hombros—. ¿Va todo bien, *tatínku*? Pareces triste.

El río tomaba suavemente un recodo y un animal, una rata almizclera quizá, se coló en el agua. *Hektor* salió corriendo y ladrando detrás de ella. El perro estaba tan bien entrenado que a Petr le bastó con chascar los dedos para que diera media vuelta y regresara al lado de su amo.

—Triste no es la palabra.

—¿Es por Kristína? ¿Porque no la ves lo suficiente?

—Ésta no es la vida de abuelo que yo imaginaba.

—Siento estar tan lejos.

—¿Que lo sientes? —Le cogió la mano y la detuvo. Aunque aún no había cumplido sesenta años, tenía cierto aire de anciano. Tenía el rostro siempre bronceado de andar por el campo incluso en invierno, y estaba delgado y musculoso—. Cariño, soy yo quien lo siente. Más de lo que imaginas. Todo esto es culpa mía.

—¿El qué?

—Le permití que fuera a por ti. Permití que se te llevara.

—No tuviste elección. En cuanto vino, ya no hubo escapatoria.

—Un hombre valiente lucha por sus hijos.

—Estarías en la cárcel, probablemente muerto. Mamá y yo seguiríamos sufriendo.

—Yo creo en la república. De verdad.

—Papá...

—Pero mira lo que te han hecho.

Ella rio.

—Vivo en un ático en Nueva York. Dirijo el equipo de diseño de un importante fabricante de automóviles.

Petr enarcó las cejas.

—Elenka, yo sé quién eres.

Ella le cogió la mano y se la apretó. Siguieron caminando.

—Mi único trabajo era protegerte, y no supe hacerlo. Sé que me has ocultado lo peor de lo que te han hecho, pero me lo imagino. Lo veo en la pequeña Kristína, fruto de todo esto, y se lo harán a ella también. Es suya, como lo somos todos.

—No sé qué te imaginas, *tati*, pero te equivocas. Adoro a mi hija y me encanta mi trabajo. Ellos no me piden mucho.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si Anthony no lo consigue? ¿Qué pasa con tus intereses? ¿Con los intereses de Kristína? Cuanto más la quieras, cuanto más la queramos... —Le soltó la mano a Elena, sacó un clínex del bolsillo y se enjugó los ojos—. Elenka, nos lo pueden arrebatar todo en un segundo. Nos pueden hacer desaparecer a todos si les parece que suponemos un mínimo riesgo. —Se

detuvo y se volvió a mirarla con los ojos llenos de lágrimas—. Lo que he permitido es insufrible. Cuando cierro los ojos por la noche, pienso en ir a por él y matarlo.

Elena tembló de miedo.

—Jamás lo digas en voz alta, por favor, *tatínku*.

—Si no derrotamos a esos hombres, Elenka, nos derrotarán ellos a nosotros. Es insufrible, insufrible —repitió.

Ella volvió a cogerle la mano.

—Escúchame: no se los puede derrotar. Yo lo sufro encantada por todos nosotros. Por favor, ni una palabra de esto. ¿Me lo prometes? Nunca más.

Montreal, 2016

Grace subió la escalera de acceso a su apartamento en la segunda planta de Saint-Christophe y, al abrir la puerta, notó el olor a gas natural. Sólo percibía la fuga lenta de su vieja cocina cuando volvía a casa después de unos días fuera de la ciudad, y para ella ese leve hedor se había convertido en sinónimo de Montreal, junto con las palabrotas de los quebequeses, aquella cruz en lo alto de una colina a la que ellos llamaban montaña y los panecillos dulces y apelmazados de su barrio.

—¿*Zip*? —Soltó en la mesa de la cocina la caja que contenía toda su carrera hasta la fecha—. ¿Gatita?

Pese a que era impropio de ella, quizá Manon la había dejado salir alguna de las veces que había ido a ponerle la comida. *Zip* era una chica de interior, pero Saint-Christophe era un lugar inusualmente seguro para los gatos errantes. Aunque *Zip* estuviera en la calle semanas, alguien le daría de comer. Grace abrió la puerta de la escalera de incendios y agitó el paquete envasado al vacío de los premios de salmón en los que se gastaba buena parte de su sueldo.

—¡*Zip*!

Antes de volver a llamarla, esperó a ver si oía el tintineo familiar del collar de cascabeles. Uno de sus vecinos, un escultor de Mali llamado Sekou, estaba sentado fumando en su escalera de incendios, la de al lado. Grace le preguntó en francés si había visto a *Zip*.

—¿Ese gato gordo de color naranja?

—Sí.

—Estaré al tanto.

Cerró la puerta, cruzó la cocina y volvió al pasillo. Agitó la bolsa de premios

en la puerta de la calle.

—¡*Zip!*

Nada. Le mandó un mensaje a Manon.

¿Cuándo viniste por última vez a ponerle comida a *Zip*?

Manon respondió casi al instante.

¿Hace dos días? ¿Ayer? ¿Cuándo hablamos por teléfono? ¿Por qué? ¿Se ha puesto aún más gorda?

Grace cogió una escoba del armario de la cocina y la blandió como si fuera una vara. Se le había revuelto el estómago en Florida y le había empeorado en el despacho de Steadman Coe. Ahora lo tenía como si hubiera comido cuchillas de afeitar. Se acercó despacio al dormitorio. A lo mejor *Zip* se había quedado atrapada en algún sitio. Manon le había hecho la cama también y le había colocado las almohadas artísticamente.

Zip no estaba allí.

—No, por favor, por favor, por favor —susurró Grace.

En el baño, fue directa al váter. La tapa estaba bajada. La levantó, pero no había ningún pis de regalo de ningún acosador.

Aliviada, se volvió para sentarse en la taza y se detuvo en seco. Ella nunca dejaba la cortina de la bañera corrida porque el baño parecía más pequeño. Analizó el goteo del grifo y descubrió que pasaban doce segundos entre una gota y otra. Manon le había lavado los platos y le había hecho la cama, pero dudaba mucho que se hubiera dado un baño.

No se oía ningún otro ruido en el apartamento, pero no estaba segura de haber cerrado bien la puerta de la calle y la de servicio, así que echó el cerrojo del baño. Levantó la escoba que llevaba en la mano derecha y con la izquierda agarró el extremo de la cortina de baño cerosa y la descorrió. Su gata naranja flotaba en la superficie.

Se metió en la bañera de agua fría con la ropa puesta. Estaba tan llena que rebosó por el lateral al suelo de madera, pero a Grace le dio igual, cogió en

brazos a *Zip* y le dijo lo que le decía siempre: que era la mejor gatita, su mejor amiga.

Sonó el timbre. Volvió a sonar.

Grace se levantó y salió de la bañera y, con *Zip* aún en brazos, fue chorreando agua hasta la puerta de la calle, la abrió y se quedó temblando en la entrada. Tal como prometía el viento, la lluvia se había convertido en copos de nieve fresca.

William dejó su bolsa de mano en la plataforma de madera que había en lo alto de la escalera exterior y abrió los brazos para estrechar entre ellos a Grace o a *Zip*, pero luego lo pensó mejor y, rodeándola, entró a toda prisa en el apartamento. Resbaló en un charco, habló con ella, habló consigo mismo y volvió corriendo con dos toallas. Con una envolvió a Grace, que no había registrado ninguna de las palabras que él había dicho. Con la otra, le quitó a *Zip* de los brazos y envolvió a la gata, tiesa como una barra de pan, y la dejó en el escabel de terciopelo azul que Grace había comprado en el mercadillo de Saint-Michel.

Juntos contemplaron a *Zip*. Luego William salió corriendo, metió dentro su bolsa de mano y cerró la puerta. En el baño, vació la bañera y, sin parar de hablar, empezó a llenarla otra vez. Con más toallas, recogió el agua del suelo y luego llevó a Grace al baño, con la ventana y los espejos empañados, y le pidió que se quitara la ropa mojada. Ella le dejó ayudarla.

Hasta que estuvo sumergida en el baño de agua caliente no dio rienda suelta a la tristeza y a la frustración, ni rompió a llorar por fin. *Zip* había estado con ella seis años, desde que la gata era un cachorro.

—Todo esto es por mi egoísmo —sollozó.

—¿Qué? No.

—Me lo advirtieron. No les hice caso.

—¿Crees que han sido ellos?

—Un gato no se ahoga solo, William. Ya mataron a Katka y a su padre. Han intentado matarme a mí. Me lo dijeron: «A todos mis seres queridos».

Ya no podía devolverle la vida a *Zip*. Además, sabía que los tres meses de indemnización no le durarían mucho. Si dejaba de escribir el libro, recuperaría su empleo, protegería a su madre, protegería a Jason y a su familia, y dormiría

sin preocupaciones. Podía despachar a William, ahorrarle todo aquello y olvidarse del asunto. Alguien más terminaría descubriéndolo, uno de los productores de «60 Minutes», o Seymour Hersh, y Grace lo leería y lo vería y sentiría exactamente lo mismo que había sentido desde que se había graduado: que al final, un día, también ella tendría su oportunidad.

Se envolvió en otra toalla y entró en el dormitorio. ¿Qué tendría que hacer? Podía escribir una nota: «Vosotros ganáis. Me rindo», y graparla en la puerta de su casa, meterse en la cama y dormir una semana.

—Grace, ¿te encuentras bien?

—No.

Pasó un minuto, aunque sabía que William seguía plantado en el pasillo porque el viejo suelo de madera crujía con su peso. Desde que había cumplido los cuarenta, a veces, cuando estaba a punto de quedarse dormida, le daba por pensar que ya había tomado todas las grandes decisiones de su vida. Aunque siempre se sentía lo bastante joven como para empezar de cero, como abogada o como profesora de un colegio, o como presidenta ejecutiva de una empresa de tecnología, esa parte ingenua y esperanzada de su vida había terminado. Salvo en las películas, la reinención no existía. ¡Ya estaba! Lo único que podía hacer era moverse dentro de la caja que ella misma se había construido.

Tenía unos guantes de boxeo finos al lado de la cama, del programa de defensa personal para mujeres de YMCA. Los había comprado en un subidón de endorfinas justo después de la última clase de nivel uno. Presa de una oleada de estúpida ambición, había abrazado a sus compañeras de clase, se había apuntado al nivel dos y había comprado los guantes.

William llamó suavemente a la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

En el espejo de cuerpo entero de IKEA que tenía colgado en la cara interna de la puerta del armario, Grace se vio tan cansada y derrotada como se sentía. Aun entonces, su instinto fue llamar a *Zip* para achucharla. No solía mirarse mucho cuando estaba desnuda, mirarse de verdad, y tampoco lo hizo esa vez. Sus sábanas eran de suave franela, raídas de muchos años de uso, y se había gastado

un dineral en el colchón de látex y el edredón de plumón de oca. En los gélidos inviernos de Montreal, jamás tenía mucho frío en aquella cama.

Podía decirle que sí, que lo sentía, que se fuera, y meterse en la cama. Sin pijama. Eso era lo que le pedía el cuerpo. En cambio, se irguió, levantó la barbilla. No había perdido el coraje ni la seguridad en sí misma de su juventud. Eso siempre había estado ahí, bajo la superficie, esperando a que lo integrara, por las buenas o por las malas, en la vida que vivía en realidad. Así era como algunas personas hacían dieta o dejaban de fumar: «Empiezo la semana que viene», se decían. Siempre la semana que viene. Ella iba a empezar ya.

William volvió a llamar a la puerta.

—¿Puedo entrar?

—Un minuto. —Pensó en el resto de la mañana—. ¿Podrías ir al apartamento de abajo? Es donde vive el superintendente. Su inglés no es malo del todo. Pregúntale si puede prestarte una pala.

Montreal, 2016

En un día bonito de otoño se veían cientos de personas por el Parc La Fontaine. Cuando había una desagradable ventisca en noviembre, estaba desierto. Grace no quería mancillar el parque en modo alguno, así que cavó un hoyo en el suelo arenoso de debajo de unos sauces, junto al lago, luego metió a *Zip* en su tumba y se quedó allí un rato.

—¿Quieres decir unas palabras? —preguntó William.

Grace negó con la cabeza.

—*Zip* sabía lo que sentía por ella.

William cogió la pala para enterrar a la gata y, mientras lo hacía, Grace imaginó posibles formas de vengarse. Dos asesinos se habían carbonizado ya en Florida, pero aún había más hombres ahí fuera, más tipos sin capacidad para la empatía.

Les llevó quince minutos ir a pie hasta la Grande Bibliothèque, con una parada rápida en el apartamento para dejar la pala. Los remolinos de nieve fresca dificultaban la visión, y William tuvo que quitarse las gafas y limpiárselas cada equis manzanas. Grace estaba alerta a cualquier rastro de aquellos asesinos de gatos. Su cuchillo de mondar no era tan bueno como el del apartamento de Praga, pero estaba bastante afilado y ansiaba encontrárselos.

La Grande Bibliothèque era un edificio monstruoso de franjas verticales. Había estado dentro muchas veces, por trabajo y por diversión, porque le pillaba de camino a casa desde la oficina y tanto en las noches más calurosas como en las más frías del año le proporcionaba un respiro. Leía novelas y revistas, asistía a charlas y a veces iba allí simplemente a mirar por la ventana y soñar despierta.

Una de esas noches había conocido a Manon, que asistía a clases de canto.

Manon le dio una postal con una invitación a un recital de tres canciones que ella y algunas compañeras ofrecían en un pequeño bistró de la rue Saint-Denis. Después del recital tomaron una copa, y resultó que las dos tenían en común libros, divorcio, vino y un alegre punto intermedio entre la introversión y la extroversión.

En cuanto vio a Grace desde el otro lado de su mostrador, Manon abrió mucho los ojos, saltó por encima de la cancela que separaba los archivos de la gente y la abrazó. Aunque le dolía la cabeza de tanto llorar en el baño, Grace lloró aún más.

—La han matado —dijo, y ahogó el sollozo en el jersey de cuello alto de su amiga.

—¿Quién? ¿A quién han matado?

—A *Zip*. A mi preciosa *Zip*. No sé quién ha sido, pero cuando los encuentre...

—¡Madre mía, Grace!, ¿qué significa eso? No lo entiendo.

—Yo tampoco, Manon, de verdad. Te lo contaré en cuanto pueda.

William le ofreció a Grace un pañuelo blanco limpio y luego le estrechó la mano a Manon.

—William Kovály, de la London South Bank University. Trabajo con Grace.

—¿En qué, monsieur Kovály?

—Llámeme William, por favor.

—¿Habla francés?

—No, madame.

En circunstancias normales, Manon habría hecho una serie de comentarios en francés sobre la edad, la estatura y el relativo atractivo de William, habría mencionado el dicho popular relativo a lo que depara una nariz grande en asuntos de alcoba y habría resaltado la ausencia de anillo de casado, pero *Zip* estaba muerta y Grace aún se secaba las lágrimas.

Le dijeron a Manon a quién buscaban y ella los condujo a un despacho tranquilo, donde Grace le leyó el correo electrónico de Jean-Yves de Moulin y la entrevista del periódico a Elena sobre su marido. La petición era fácil: necesitaban todos los registros de matrimonio de Greater Montreal entre 1972 y 1977.

Manon buscó «Elena Klimentová», «Elena de Moulin», y tanto Elena como Josef Straka.

—Nada, lo siento.

—Pero si Elena y Josef se hubieran casado, estarían en el sistema, ¿no?

—Desde luego. Salvo que alguien hubiera extraído el expediente antes de que lo digitalizáramos.

—¿Hubiera extraído?

—Déjame que lo compruebe —le dijo Manon guiñándole un ojo.

Cogió el teléfono y marcó un número. Contestó alguien y ella inició una amable conversación en francés.

Mientras hablaban, Grace se volvió hacia William. Sus pies, como su nariz, parecían desproporcionados con respecto al resto de su cuerpo. Recordó cómo se había encargado de ella y de *Zip* al llegar al apartamento. William tenía una inmensa capacidad de empatía. De repente, le dieron ganas de tocarlo.

Escuchó la conversación telefónica de Manon. Mientras se limpiaba de nuevo las gafas, William le pidió que le tradujese. Ella le explicó que Manon estaba hablando con el responsable del registro civil de una zona residencial de la ciudad de Quebec.

—Hay un problema —dijo Manon, tapando el micro con la mano.

—¿De qué tipo?

—Un segundo.

Entonces Manon dijo «sí, lo entiendo» de varias formas y «qué raro», soltó un «¡madre mía!» y le dio las gracias a su compañero.

Cuando colgó, tenía las cejas enarcadas.

—¿Qué?

—Los expedientes de esas personas que me habéis dicho están vacíos. En cambio, hay bastante del señor Straka de algunos años después. —Consultó la libreta—. Se casó en 1979 y de nuevo en 1985, se divorció las dos veces. Ninguna de las dos mujeres se llamaba Elena.

—¿Y los expedientes vacíos?

—Eliminados, *mon chou*.

—¿Por quién?

Manon meneó la cabeza.

—Casi nadie tiene poder para eliminar un archivo.

—Pero alguien lo hizo, ¿no?

—El primer ministro podría haberlo hecho. ¿Dios? ¿Un ladrón? ¿Un asesino de gatos? Madre mía, Grace, ¿dónde te has metido?

Seguía nevando, así que llamaron a un Uber para poder ir a su siguiente destino, el *Herald* de Montreal. Por la ventanilla trasera del coche, Grace intentó ver si alguien los seguía, pero la visibilidad era sólo de un par de vehículos.

De camino al Parc La Fontaine, le había contado a William lo que les había pasado a los asesinos en Florida. Ahora, en el Uber, él le susurró más preguntas.

—¿Para quién crees que trabajan?

—No lo sé. Jean-Yves de Moulin piensa que corre peligro en Estrasburgo, y supongo que tú también corres peligro, William, hasta que esto salga a la luz. — Grace repasó las notas que había tomado en el rato que habían estado con Manon —. Ya tengo medio escrito un artículo, si consigo venderlo.

—¿Si consigues venderlo? Yo ni siquiera soy editor y te lo compraría.

El Uber se detuvo delante de las oficinas del periódico, entraron corriendo y Grace pidió ver a su amiga Lucy. Lucy había sido bibliotecaria del *Herald*, pero en 2010 le habían recortado la jornada a un día a la semana, se había convertido en empleada ocasional a tiempo parcial y había perdido sus beneficios. Cuatro días a la semana trabajaba como voluntaria para una empresa que era propiedad de una coalición de fondos de cobertura que había transformado las instituciones periodísticas más apreciadas de Canadá en un programa de amortización de deudas con sede en Nueva York. ¿Qué le parecía a Grace todo aquello? Que era un tremendo disparate. Después de un par de copas de vino, le había dicho a Lucy lo que pensaba en uno de los encuentros trimestrales de Women in Journalism en el salón Upstair. «¿Por qué, Lucy? ¿Por qué vas a hacer eso por una empresa horrible, por gente horrible?»

La respuesta era sencilla y la conversación se interrumpió un rato después de que Lucy la expusiera. «¿Por qué? Porque esto es lo único que tengo.» Su réplica admiró a Grace, pero la conversación fue tan desagradable después que Lucy

nunca le había perdonado la pregunta. En posteriores encuentros de Women in Journalism se habían sentado en lados opuestos de la mesa.

Cualquier otro día, Grace estaría nerviosa de verla, de pedirle ese favor. Se apoyó en un bloque de mármol. Había tanto mármol en el centro de Montreal que en edificios como ése nadie le prestaba atención. Si Grace hubiera tenido dinero y hubiera sabido cómo sacarle partido, habría comprado todo el mármol ignorado de Montreal, lo habría juntado y habría construido algo espléndido en Florida. Retiró las manos y vio que las tenía manchadas de un polvo húmedo.

Se abrió la puerta del ascensor. Lucy era una mujer de casi ciento cuarenta kilos con una flor de pascua marchita por pelo. Vestía un caftán marrón.

—¿Cómo estás, Lucy?

—Como un tremendo disparate, ¿no fue eso lo que me dijiste? Mi mundo no ha cambiado mucho.

—Fue una idiotez decirte eso.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito buscar algo en los archivos.

—Por supuesto. Tenemos impresos para eso. Tardan entre dos y tres semanas en tramitarlo y hay una tasa estándar.

—Por favor, Lucy.

—¿Por favor qué, Grace?

William se interpuso entre las dos y se presentó con una reverencia.

—Madame Lucy, Grace y yo estamos metidos en algo francamente... sin precedentes. Mi universidad me ha enviado aquí desde Londres para que ayude a resolver un misterio. Tiene relación con el *Herald* de Montreal, relación con Lucy. —La rodeó con el brazo—. Usted nos dice lo que vale una hora de su tiempo y le pagamos el doble.

—¿Kovály? ¿De los Kovály de West Island?

William no retiró el brazo de sus abultados hombros. La condujo más allá de los ascensores y dobló la esquina con ella.

Reaparecieron unos minutos después. Lucy pulsó el botón de subida del ascensor. Se resistía a mirar a Grace.

—Tenéis una hora.

Una vez arriba, no tardaron tanto, ni mucho menos. En el sistema de Lucy había unas cuantas coincidencias para Elena Klimentová, Elena Straka y Josef Straka entre 1972 y 1977, pero los recortes y los archivos fotográficos propiamente dichos no estaban allí. Hasta encontraron una copia del artículo que le había enviado Jean-Yves de Moulin.

De pie en un pasillo, entre dos estanterías metálicas donde tendría que haber estado el material, Lucy meneó la cabeza.

—No es posible.

—¿Por qué no? —preguntó Grace, acercándose.

—Yo soy la única que tiene acceso. Soy la única que está aquí. Sé cómo encontrar las cosas. Si alguien se hubiera llevado un puñado de expedientes... — se volvió hacia Grace— ésa habría sido yo. Sólo yo.

—¿Cuándo empezaste a trabajar aquí?

—Tenía diecinueve años. Fue después de las vacaciones de Navidad de 1971.

—Bueno... —suspiró William—. Desde luego, esa gente es concienzuda.

—¿Quién? ¿Qué gente? Sabéis quién ha hecho esto, ¿verdad? —dijo, y miró a William.

Él se acercó a consolarla.

—Si alguien quisiera colarse aquí, Lucy, o pagase a un miembro del personal para que entrase en fin de semana, ¿cómo podrían encontrar los expedientes y robarlos?

—Yo tengo las contraseñas.

—¿Antes de que hubiera ordenadores?

Los llevó hasta unos resplandecientes archivadores de madera y les pidió que se dieran la vuelta. Luego metió una combinación y sacó el catálogo de tarjetas.

—Esto lleva años sin abrirse, pero aun entonces la única persona que tenía la combinación aparte de mí era el redactor jefe. —Sacó una tarjeta—. Lo informatizamos todo en 1985. En esa época, lo único que hicimos fue meter esos datos en el sistema.

—Pero quizá los expedientes ya estuviesen vacíos por entonces.

—Es posible. —Lucy devolvió la tarjeta a su sitio, cerró el cajón y giró la rueda de la combinación para bloquearlo. Se apartó del mismo y cogió un

enorme sillón de ruedas, lo acercó y se sentó—. Uno de nuestros redactores jefe no era nada honrado. Tuvo que ser él, un hombre, claro, de la gran época de los borrachos. Es la única explicación. A menos que...

—¿A menos qué?

Grace se sentó al borde del escritorio.

—La primavera pasada estuvo aquí la policía. Querían echar un vistazo, pero no podían decirme lo que buscaban.

—¿La policía de Montreal?

—No sabría... —dijo Lucy, tocándose el pelo alborotado. Miró al suelo—. ¿La Policía Montada del Canadá, quizá? ¿Cómo se llamaba la CIA canadiense? No ha salido en la tele. Si hubiera salido en la tele, lo sabríamos. Este condenado país.

—¿Eran hombres o mujeres? —Grace tomó notas—. ¿Recuerdas cómo iban vestidos? ¿Qué buscaban? ¿Qué te dijeron?

—Que era un asunto policial, me dijeron.

—¿Viste lo que hacían?

Durante los cinco minutos siguientes, Lucy intentó describir a los hombres y lo que habían hecho. Grace anotó cada palabra, pero en su sillón Lucy se había vuelto una mujer pequeña y llena de remordimientos que lamentaba una pérdida asombrosa. Fue vaga y aprensiva.

—Me pidieron que no le hablase a nadie de su visita, que podía comprometer...

—¿La integridad de la investigación? —dijo William—. Claro, era de esperar.

En el ascensor, camino de la calle, Grace le preguntó qué le había dicho a Lucy para convencerla de que los ayudase.

Él se recolocó las gruesas gafas, se agachó para verse en el espejo del ascensor y se peinó la mata de pelo negro con los dedos.

—Le he dicho que podía contribuir a detener a Anthony Craig.

Moscú, 1987

Elena y Anthony Craig miraban por la ventana de la habitación 107 del hotel Nacional. Él estaba terminando de curarse un catarro y no paraba de sonarse la nariz con un pañuelo fino que había comprado en el aeropuerto de Berlín. Le hacía parecer —a ojos de Elena— casi eslavo. El guía que les habían asignado, Yuri, era, en teoría, de la agencia de turismo estatal, pero a Elena le parecía que conocía demasiado bien los caprichos de sus clientes americanos para ser otra cosa que un enviado del KGB.

Elena sabía cuál era el plan, lo que venía a continuación, y no le gustaba.

En Nueva York, Anthony habría mandado a Yuri a tomar por culo unas cuantas veces ya, pero allí estaban, en la suite más prestigiosa del hotel más prestigioso de Moscú, con vistas al Kremlin a la luz del atardecer, todo ello cortesía del gobierno soviético.

A Anthony sus amigos le habían advertido que los comunistas se ofendían fácilmente, así que se fingió interesado en la crónica de Yuri sobre Lenin y su esposa, Nadezhda Krúpskaya, en cuya habitación se alojaban; fingió saberlo todo de Pablo Neruda y de Anatole France, que también habían dormido allí.

—¿En qué año dices que fue el gran espectáculo, Yuri?

—Nuestra revolución fue en 1917. Todos los líderes del nuevo gobierno se alojaron en el hotel Nacional los meses siguientes porque el Kremlin sufrió daños durante la lucha. El propio Lenin. Trotski, Dzerzhinski...

—Vale, vale. —Anthony agitó el pañuelo sucio delante de Yuri para hacerlo callar y volvió a contemplar el Kremlin por la ventana—. No puedo llevar la cuenta de todos los «inskis», amigo, pero gracias por la información.

Elena se sentó al borde de la cama y rio. Sabía que había hombres y mujeres

escuchándolos en la espantosa torre de hormigón de la agencia de viajes estatal rusa, la Intourist, que estaba al lado. Los imaginaba con los auriculares puestos, mirándose unos a otros. «¿Así es como suena un elegante capitalista?» Hacía mucho tiempo que le habían enseñado a buscar micros en una habitación, quince o dieciséis años, pero hasta a ella le pareció que las escuchas de la 107 estaban muy mal escondidas: en el botiquín del baño, en las lámparas de las mesillas de noche... Las videocámaras de encima de la cama y del salón se veían perfectamente. No había más que mirar al techo.

—¿Puedo ayudarlo en algo más, señor Craig? —preguntó Yuri, juntando las manos como si rezara—. ¿Algún dato?

—¿Cómo que datos? Soy un tío de coches, me encantan los coches, no pienso en otra cosa, pero esta plaza... no es más que una calle inmensa con edificios rechonchos. ¡Y esos automóviles! Elena, son aún más feos de lo que decías, y eructan diésel. Dios. ¿Y la plaza Roja? ¿Dónde está el rojo del que tanto presumís siempre? ¿Y éste es el mejor sitio? Es una capital, Yuri. Un poco de orgullo. Un poco de vida. ¿Sabes lo que le vendría muy bien a esta vista? —Yuri se acercó a la ventana—. Uno o dos árboles, eso.

—Veo a qué se refiere.

—¡Mira ahí abajo! ¿Por qué no sonrío nadie? ¡Es verano! ¿No tenéis diez meses de invierno al año?

Anthony abrió la ventana y gritó a los siete u ocho carriles de la calle Mokhovaya, por encima de una sinfonía de motores.

—¡Vivid un poco! —Cerró la ventana otra vez y se sonó la nariz—. ¡Y qué manía con el condenado hormigón! Se puede construir con otras cosas, ¿sabéis?

Yuri miró a Elena en busca de orientación. Ella se encogió de hombros.

—Esta noche, señor Craig, se reunirá con personas muy importantes de la política, la economía, la industria y los automóviles. Voy a informarlo. —Yuri se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre. Se aclaró la garganta y desdobló unos papeles—. Muchos de esos hombres y mujeres son cruciales en el Partido Comunista y muy próximos al propio señor Gorbachov.

La labor de Elena en la cena de esa noche sería asegurar a los líderes soviéticos que abrirían una planta de fabricación de automóviles en Rusia si las

condiciones eran lo bastante buenas y si la marca era completamente independiente de Craig International. La conversación se desviaría de forma natural hacia las ambiciones políticas de Anthony. ¿Alcalde de Nueva York? Tal vez. ¿Gobernador? Quizá, pero ¿de Albany? Aquello era difícil de imaginar. Si pudieran trasladar la capital del estado a la costa de Florida.

«¿Y presidente de Estados Unidos?», diría uno de ellos.

No era un secreto de Estado que los soviéticos no estaban contentos con Ronald Reagan, que ya no era ningún jovencito. Sergei hablaba de Gorbachov en tono diverso. El comunismo en su estado actual no duraría eternamente, no podría. Gorbachov y su equipo estaban estudiando el capitalismo, y la posibilidad de una transición pacífica, con seriedad y cautela. Habían iniciado discretas conversaciones con los americanos sobre posibles escenarios. Sólo había un asunto dominante en el lado soviético de la mesa de negociaciones: aquellos cambios no podían humillar ni degradar al pueblo ruso ni el alma rusa.

Sin embargo, al buscar la *perestroika* y la *glásnost* de forma tan evidente, Gorbachov había hecho pública su debilidad. Según Sergei, «se había arrodillado ante América».

¿Qué hacía Reagan? Presentaba exigencias arrogantes, entre exclamaciones, desde Berlín. ¡Berlín! Una ciudad cuyo pueblo «gobernaría América hoy» si no fuera por la fuerza y el sacrificio soviéticos en la Gran Guerra Patriótica.

Demostraba lo que sabía Reagan. Se había filtrado suficiente inteligencia, por la criba de los borrachos y los desertores del KGB: la máquina de guerra soviética era una broma sobrepública. La estrategia estadounidense, llevar al Estado a la bancarrota mediante la carrera armamentística, había funcionado. El comunismo, lo que ellos llamaban comunismo, había fracasado.

En la habitación 107 del hotel Nacional, Anthony suspiró y se apartó de la ventana. Le pasó el brazo por el hombro a Yuri y lo condujo a la puerta.

—No te lo tomes a mal, pero las reuniones se me dan bien. Se me dan bien muchas cosas, ¿no crees, Elena? —Ella asintió con la cabeza—. Pero la que se me da mejor de todas es reunirme con un puñado de desconocidos y llegar a un acuerdo. Si alguien puede llegar a un acuerdo en una sala repleta de comunistas, ése soy yo. ¿Vale? Muy agradecido por la compañía y por organizar lo de Elena.

—Su visita al Kremlin —especificó Yuri.

—Eso, colega. Muy muy especial. Pero ahora me voy a echar una siesta. Vuelve dentro de cuatro horas, ¿de acuerdo?, y escucharé lo que tengas que contarme de toda clase de personas, de todos los «inskis» y los «ovs» que me encuentres. Gente estupenda. De lo más estupendo. Los de mi país deberían saberlo. Pero ahora mismo no puedo. ¿Vale? ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Yuri —contestó el espía por enésima vez.

—¿Te estoy disgustando, Yuri? No es lo que pretendo.

—No, señor Craig. Le aseguro que no.

En cuanto Yuri salió y cerró la puerta, Anthony abrió los brazos en señal de incredulidad.

—¡Son tan tiesos!

—Esta noche beberán demasiado vodka y se soltarán —dijo Elena—. Se ponen nerviosos cuando te tienen cerca, Tony. Casi ninguna de estas personas ha conocido nunca a un americano, a uno poderoso.

Anthony cruzó el salón y se acercó de nuevo a la ventana.

—Eso tiene lógica.

—En Rusia, sólo hay una clase de poder. El poder político. Tú representas un poder de otra clase al que ellos no están acostumbrados.

—Yo triunfo usando esta cosa bonita de aquí arriba —dijo señalándose la cabeza, y se sonó la nariz otra vez—. ¿Te llevas a Alicia contigo a ver los cadáveres de esos rojillos?

—Dudo que se puedan ver de verdad. Es un mausoleo.

—No te lo tomes a mal, pero estos eslavos me espeluznan.

Alicia era la ayudante de Elena y probablemente su mejor amiga. Anthony babeaba con ella, y no lo disimulaba en absoluto.

—¿Tiene alguna fantasía extraña? —le había preguntado Sergei en su tienda de violines de West Sixty-eighth Street cuando planeaban el viaje a Moscú.

—¿Como qué?

—¿Algo con excrementos, con animales...? ¿Le gusta hacer daño o que se lo hagan?

—Es muy convencional. Claro que a él le gusta que le digan que es el mejor

amante de la historia del planeta. Como que es el mejor fabricante de automóviles. Si se hubiera centrado en ello, sería el mejor golfista del mundo también.

¿Olería rara la habitación cuando Elena volviera? Mientras Alicia y ella recorrían la plaza Roja y el Kremlin, tres de las «amigas jóvenes y hermosas de Yuri» irían a entretener a Anthony. Las cámaras de vídeo lo grabarían todo. El único consuelo era que sin duda les contagiaría el catarro a sus visitas.

A sus treinta y muchos años y con una hija sana y maravillosa, a Elena no le importaba tanto que su marido hiciera lo que hacía. Tenía a Kristína. En diez años de matrimonio con él, de asociación comercial con él, había aprendido a levantar una empresa. No tenía amor, pero tenía ideas. Tenía influencia.

Ahora que estaba en Moscú, le costaba creer que un día hubiera imaginado vivir allí. Anthony tenía razón. Era una ciudad sombría y sus habitantes parecían todos tristes. Ni con una dacha de fin de semana en el mar Negro podría haber pasado la vida en Moscú.

Elena sabía quién estaba en la lista de invitados de esa noche. Se había hablado de invitar al mismísimo Gorbachov, pero eso habría despertado demasiada curiosidad en casa.

Cuando se habían enterado del viaje, dos hombres de la CIA los habían visitado en Nueva York para una reunión informativa. «No hablen de política. No permitan que ningún dinero cambie de manos hasta que estén de vuelta y podamos ayudarlos. No revelen nada personal sobre sí mismos.»

Elena había insistido en tomar parte en la reunión con la CIA para impedir que se hablara de cómo unas jóvenes rusas atractivas podían comprometer a los hombres occidentales ingenuos.

Llamaron a la puerta. Elena echó un vistazo por la mirilla y vio a Alicia con un vestido blanco sencillo y un sombrero. Se puso un suéter finito y gafas de sol.

—Que lo pases bien, Tony.

—Sólo voy a echarme una siesta.

—A lo mejor ocurre algo interesante mientras estoy fuera —dijo ella al tiempo que abría la puerta.

Pero él ya estaba mirando otra vez por la ventana, con el pensamiento muy

lejos, en lo que podría conquistar.

Montreal, 2016

Baby It's Cold Outside sonaba por unos altavoces de Sainte-Catherine Street mientras Grace y William se dirigían al apartamento de Josef Straka. La temporada de compras navideñas empezaba oficialmente el 1 de noviembre y los dependientes de las tiendas siempre andaban poniendo árboles de Navidad y espumillón. Además, las primeras nieves comenzaban a ser fuertes. Subieron por Peel Street. Una furgoneta blanca chocó con otra furgoneta blanca delante de Chez Alexandre et Fils.

Los dos conductores bajaron de sus vehículos. En Nueva York, se habrían insultado. Allí, donde tenían buenos convenios colectivos, se fumaban un cigarrillo e intercambiaban variantes locales de *bien*.

Grace le había pagado al vigilante del *Herald* dos dólares por que le prestara su móvil para hacer una llamada local. En la ficha de Josef Straka había dos números. William marcó el fijo y colgó cuando Straka contestó.

Giraron hacia el oeste en Sherbrooke Street y se enfrentaron de nuevo al viento y a lo peor de la nevada. Empezaba a cuajar en las aceras. Grace se agarró del brazo de William en lugar de cogerlo de la mano. Cuando llegaron al Ritz-Carlton y a ese producto químico de color azul con el que se derrite el hielo y fueron a cruzar la calle, ya no resbalaba, pero William no quiso soltarla. Caminaron agarrados como tortolitos.

Había un toldo metálico negro delante del Acadia, el edificio de Josef Straka. Debajo del toldo, se sacudieron y se limpiaron los pegotes de nieve blanda del pelo y de las chaquetas.

—Hace muchísimo tiempo —dijo Grace, mirándose las mangas del abrigo negro de lana en lugar de mirar a William a los ojos—, años y años, que no cojo

a un hombre de la mano.

—Eso, Grace, es una pena increíble.

Un caballero con abrigo de piel abrió la puerta chapada en oro y los condujo a su mostrador.

—¿Madame Elliott y su amigo? Voy a avisar a monsieur Straka para que sepa que suben.

—No nos espera.

—Monsieur Straka tiene muchas visitas.

Mientras llamaba, el conserje les dio un par de toallas blancas, que olían un poco a piscina, para que se secasen el pelo.

De camino al ascensor, Grace le contó a William más cosas de Straka: que era educado y serio, que hacía donaciones menores y organizaba grandes actos benéficos con polvorientas obras de arte europeas en Montreal...

Su apartamento estaba en la planta más alta y, mientras el ascensor subía despacio, Grace preparó la grabadora.

—De algún modo salió de Checoslovaquia cuando lo hizo ella, en el momento más difícil y más peligroso. Y los expedientes de él y de Elena tienen que haber desaparecido por alguna razón. Sólo se me ocurre que tuviese algún papel gubernamental antes de la caída del comunismo, un papel digno de ocultar. ¿Qué piensas tú?

—No estaba en el Cibulka. No sé adónde nos lleva eso.

Josef Straka los esperaba con la puerta abierta. Llevaba el pelo blanco recién peinado y una camisa de vestir impoluta con una chaqueta negra, chinos de color beige y zapatillas de ir por casa.

—Madame Elliott...

—Monsieur...

—Un placer volver a verla.

William dijo algo en checo y Straka coincidió. Se lo tradujeron a Grace: «La nieve en Montreal es nieve de verdad, no como esa porquería que cae en Praga». Luego Straka imitó a Gilles Vigneault cantando «*Mon pays, ce n'est pas un pays, c'est l'hiver*».

Grace le tradujo el clásico quebequés a William: «Mi país no es un país, es el

invierno».

En su idioma no sonaba igual.

Rieron educadamente y se estrecharon la mano mientras Straka miraba la libreta y la grabadora de Grace. Aún no los había invitado a entrar. Por la puerta abierta, ella pudo ver paredes blancas luminosas, suelos de madera oscura, muebles de maderas nobles, estatuas y arte abstracto. Al otro lado de las grandes ventanas de su carísimo piso, la nieve danzaba y formaba espirales.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó Straka por fin.

—Estoy escribiendo un libro sobre la señorita Craig, la historia de su vida.

Straka cruzó los brazos. La sonrisa se desvaneció, pero no parecía sorprendido.

—Ella no lo permitirá. No se lo autorizarán.

—¿Autorizarán? —repitió Grace.

—¿Cómo afecta eso a su papel en el *National Flash*, madame Elliott?

Ésa era su forma de hacerle ver que sabía que la habían despedido. Grace encendió la grabadora.

—Me ha sorprendido averiguar que la señorita Craig y usted estuvieron casados, monsieur Straka. No lo había oído antes, pese a todas nuestras conversaciones y todas las entrevistas que ella ha concedido.

—Eso es falso. Jamás estuvimos casados.

—Pero en el *Herald* de Montreal la propia Elena dice que...

—Ha estado en el periódico, ¿sí? Por favor, enséñeme lo que ha averiguado.

—¿Cómo sabe que acabamos de estar en el periódico, monsieur? —Straka miró el reloj, sin duda impaciente por librarse de ellos—. Bueno, estará al tanto de que no hay nada en los archivos. —Grace desbloqueó el móvil y abrió el correo electrónico de Jean-Yves de Moulin—. Pero sí tengo una imagen.

Straka se quitó las gafas para mirar el artículo.

—Está claro que es falso.

—¿Por qué dice eso?

—Yo vivía aquí en esa época; Elena también. No estábamos casados. Alguien ha hecho ese montaje para confundirlos. Hoy en día hasta un niño de nueve años puede ser diseñador gráfico.

—Las búsquedas que hemos hecho en la base de datos del *Herald* han dado resultados. Había referencias de artículos; no sólo de éste, sino de muchos otros. Pero los artículos en sí se han eliminado.

—Resultados falsos, para confundirlos.

Entonces William sacó una libreta.

—Hemos ido a los archivos provinciales, señor Straka. Allí hemos visto que en su día hubo registros de su matrimonio con la señorita Craig y que también éstos han desaparecido.

—Nunca ha habido ningún registro de mi matrimonio con madame Craig porque jamás estuvimos casados. —La voz enfurecida de Straka retumbó en el pasillo—. Fuimos amigos de la infancia y eso, que yo sepa, no es asunto del registro civil de Quebec.

—¿Cómo escapó de Checoslovaquia?

Straka se volvió despacio hacia Grace y recuperó la sonrisa, sólo que una muy distinta de la de la canción que les había cantado al llegar.

—Con cuidado.

—¿Podría explicarse?

—No, me refiero a usted, madame Elliott. Que se ande con cuidado.

—Monsieur Straka, Checoslovaquia ya no existe. No pasa nada porque nos diga cómo consiguió salir y llegar a Canadá. Debió de ser muy difícil y dramático. Con todas esas alambradas y esas minas, los guardias de la frontera con ametralladoras, los perros...

—Eso es un mito, madame Elliott. Desertar era en realidad bastante fácil.

—¿Trabajaba usted para el StB?

Straka retrocedió y agarró la puerta con la intención de cerrarla.

—¿Su matrimonio formaba parte de la estrategia? —Grace se adelantó para retener la puerta con el pie—. Eso ya lo imagino. ¿Cómo los beneficiaba a Elena o a usted estar casados?

—Basta ya, madame Elliott.

—Salvo que estuvieran enamorados.

—Lo hemos buscado a usted en el Cibulka —dijo William.

A Straka se le habían hinchado las venas de la frente, pero, pese a lo furioso

que estaba, Grace lo vio algo derrotado. De pronto lo notó como alicaído, recostado en la puerta maciza.

—Me asquean usted y su empeño en calumniar a personas decentes. Les he dado mucho a esta ciudad y a este país. No he hecho daño a nadie.

—Voy a escribir esa historia —aseguró Grace—. Que le quede claro. Usted decide si quiere controlar su papel en ella concediéndonos una entrevista o no.

Straka inspiró hondo y Grace pensó por un momento que estaba a punto de invitarlos a entrar.

—No va a escribir esa historia —replicó él, y alargando el brazo le apagó la grabadora. Luego le dijo algo en voz tan baja que ella sólo pudo oír las terminaciones de las palabras—. Ellos la matarán primero. —Le dio la espalda—. Adiós, madame.

William ya se había retirado, pero Grace paró la puerta de nuevo cuando Straka intentaba cerrarla.

—¿Quiénes son ellos?

Straka dio un paso adelante y la agarró de los hombros como si fuera a inclinarse para contarle un secreto, luego la empujó al rellano. Grace cayó de espaldas encima de William y aterrizó en el suelo con muy poca elegancia.

La puerta se cerró de golpe.

Se hizo un silencio espeluznante en el rellano. Alguien estaba usando un taladro eléctrico. William ayudó a Grace a levantarse y ella recolocó las hojas arrugadas de su libreta. Se quedaron mirando la puerta de Straka un rato, como si fuera un objeto peligroso, luego Grace fue hasta el ascensor y pulsó el botón de bajada.

—¿Grace?

—¿Sí?

Las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Es normal que te digan que podrían... matarte por escribir una historia?

Ella negó con la cabeza. Aun con el abrigo tenía frío. Cuando cruzaron el generoso vestíbulo del Acadia, el conserje los saludó.

—Madame Elliott... Monsieur Kovály...

—¿Cómo sabe mi nombre? —le susurró William.

El conserje les señaló a un hombre y una mujer, los dos con gabardina, que se estaban levantando de las sillas de la entrada. Eran altos y estaban en forma, y ambos tenían pómulos prominentes y piel blanquecina.

—Esos dos los están esperando.

Mladá Boleslav, 1990

De pie ante la tumba de su padre, con su hija llorando al lado, Elena observó a su marido. El cura pronunció el responso en checo, una lengua que Anthony jamás se había molestado en aprender: ni siquiera «hola» y «adiós», y menos aún «gracias». Aunque al principio siempre le decía que su acento era muy mono, ella sabía que, en el fondo, el idioma le resultaba basto y desagradable: «un farfullo de campesinos», lo llamaba. El francés era de clase alta; el holandés y el alemán sonaban inteligentes; las lenguas eslavas, que le parecían todas iguales, eran signos de una cultura subdesarrollada, de un pueblo subdesarrollado. Y eso lo decía delante de ella, en público, en una cena. «Con honrosas excepciones, cariño.»

Anthony hizo aquello que hacía con los labios, fruncirlos en una mueca de desprecio y desesperación, y miró el ataúd. Elena imaginó lo que estaba pensando: «Un buen ataúd, el mejor que se puede comprar con dinero en esta mierda de país». Cuando miraba los resultados trimestrales de Craig International, sobre todo últimamente, ésa era la cara que ponía.

Pensara en lo que pensase mientras le revoloteaban los copos de nieve seca alrededor, Elena estaba convencida de que no era en su padre, ni en Kristína, ni en ella.

Kristína había pasado todos los veranos de su joven vida en la casa de sus abuelos junto al río. Su abuelo había sido su padre, mucho más que Anthony. Hasta la fecha, Anthony había estado demasiado ocupado para enseñarle nada, y se enorgullecía de ello. «Kristína aprende de mi ejemplo, de mi negocio, de mi trabajo, y con eso debería bastar. Su padre es un gran hombre, uno de los más

grandes. Tú ya lo sabías cuando te casaste conmigo. Por eso te casaste conmigo.»

Por eso se había casado con él.

Durante años, a Elena le había preocupado su padre, cómo se atormentaba. Petr Kliment creía que había enviado a su hija, y por tanto a su nieta, a la ruina. Se lo había dicho a su esposa, Jana. Se lo había dicho a Elena.

¿Les habría dicho esas cosas, esas verdades, a otras personas? Eso era lo que le había quitado el sueño a Elena. Cuando sonaba el teléfono en plena noche, se le desbocaba el corazón de angustia, convencida de que su padre habría hablado demasiado con las personas equivocadas.

Luego todo había terminado. Pronto, hasta la Unión Soviética se disolvería. Ella ya no era golondrina. Era libre. El disidente, Václav Havel, era presidente de la república federal. El nuevo lema del país era *Pravda vítězí*: «la verdad vence». Luego pensaba en Danika y en sus propios días oscuros, en la culminación de su vida, y nada le parecía verdad en absoluto.

Su primer pensamiento cuando el Bloque del Este había empezado a desmoronarse hacía un año había sido que pronto podría ir a casa, apartar a Kristína de Anthony y volver a casa. Petr conocía ese plan. Lo habían hablado paseando entre la maleza con *Hektor*, en verano, y a él lo había llenado de alegría. Después de veinte años de prisión, su hija podría vivir la vida que eligiera.

Ya nadie podría hacerles daño.

Kristína pronto cumpliría trece años. A Elena le preocupaba sobre todo que perdiera lo que Petr Kliment le había enseñado. No, como decía Anthony, «a ser una pequeña comunista», sino a preocuparse por lo que la rodeaba, por otras personas y por el espíritu de los bosques, lo que fuese que Dios había sido para generaciones anteriores de checos.

Elena se enfureció de pronto, ante la tumba de su padre, al pensar que Anthony jamás se había molestado en ir a Checoslovaquia a conocerlo.

Hacía más de un año que no veía a Sergei ni sabía nada de él. Fantaseaba con la idea de que intentaran colgarlo en el patio de una casa de gobierno rusa, aunque sabía que no había quien colgara a un hombre como Sergei.

Ella había dejado de esperar la llamada sobre su padre, y entonces había llegado. En Nueva York, en el avión, en el apartamento de su madre, en la tumba, no podía dejar de pensar en el corazón fuerte de su padre. ¡Era joven!

Jana se mudaría a Nueva York con ellos. Checoslovaquia ya no era para ella, sobre todo ahora que a los que habían sido algo durante el comunismo los despertaban en plena noche rompiéndoles las ventanas a ladrillazos. A una de las amigas de su madre, que era oficial del partido en Praga, la había asaltado un grupo de mujeres. La habían abofeteado y le habían escupido.

A Petr Kliment le había dado igual comunismo que capitalismo. Nadie dijo ni una palabra en su contra. Murió a los sesenta y tres años mientras colocaba unas estanterías nuevas en el cobertizo. Elena imaginaba sus últimos minutos, tirado en medio del frío y de la oscuridad.

Un infarto era sólo un infarto si el médico así lo diagnosticaba. Y el médico no había ido al funeral.

Anthony suspiró a su lado. Escuchar hablar a otra persona era demasiado para él, sobre todo si era en checo. La división de automóviles nunca había obtenido beneficios. Habían llegado al límite de lo que podían pedir prestado y, en uno o dos años, tendrían que empezar a vender los principales activos. Se había pedido a los asesores de McKinsey que hablasen con el equipo ejecutivo, y Anthony los había llamado cobardes sin imaginación. Odiaba a los asesores y odiaba a los bancos. El acuerdo firmado con los soviéticos en 1987 no había prosperado, a pesar del cuidadoso trabajo de ella y de Sergei. Anthony detestaba respetar la normativa de Long Island y Nueva Jersey.

«Ése es el problema que hay que resolver en Estados Unidos, y no sólo por Craig —les dijo a los hombres de McKinsey—. No necesitaríamos tanto capital si vosotros, genios, encontrarais un modo de eludir los impuestos y las normativas. Pronto estaremos peor que Moscú. Elena, ¡cuéntales lo que nos costó montar una fábrica allí!»

Ella empezaba a contárselo y Anthony la interrumpía. Él podía contar la historia de todas las normativas estúpidas de Moscú mejor, más rápido y sin acento.

—Au, mamá.

Kristína, que vestía una gabardina negra de Prada, la miró con los ojos irritados de tanto llorar. Le estaba apretando demasiado fuerte la mano a su hija.

El cura dejó de hablar.

Anthony dio una cabezada de asentimiento con fingida tristeza.

—Por fin.

Elena echó tierra sobre el ataúd y Kristína hizo lo mismo. Anthony también, consciente de que un grupo nutrido de personas lo observaba. Mientras caminaban despacio hacia los coches negros que los llevarían de vuelta al hotel de Praga, Anthony le pasó el brazo por la cintura a Elena.

—¿A quién entierran en esos mausoleos, a los de las pequeñas mansiones de piedra?

—Antes del comunismo, a quien pagara por ellos —contestó ella.

—¿Sabes qué? ¡A la mierda! Le pediré a alguien que lo investigue. Podemos hacerle uno a tu padre, uno de esos de color claro como las iglesias antiguas. Aunque haya que desenterrarlo para llevarlo allí. ¿Qué te parece? No quiero que la gente que pase por delante piense que Anthony Craig es un rata.

—No es importante —dijo Elena.

—Pues yo creo que sí. —La detuvo, la hizo volverse hacia él, señaló al hoyo que había a lo lejos y que una cuadrilla cubría ya de tierra a paladas—. Nosotros somos mejores que eso.

Los mausoleos estaban a un lado, en lo que constituía una avenida de muertos ricos.

—Ahí es donde debería estar alguien de su categoría, Elena.

—A mi padre nunca le importó su categoría.

—A ti sí. A nosotros sí. Asegurémonos de que se le recuerda como es debido.

Kristína estaba sola, hablando en checo con el cura. Habría un velatorio triste en el restaurante de la azotea del hotel Inter-Continental.

Habían asesinado a su padre. Elena estaba convencida. ¿Dónde se esconderían unos hombres así, unos hombres que podían encontrar a cualquier persona en cualquier parte?

Anthony no iba a quedarse al velatorio. Había fletado un avión para que lo llevara a Frankfurt, donde se reuniría con el Deutsche Bank al día siguiente. En

el coche habló de que había sido un funeral estupendo, pero que tenían que hacerle un mausoleo bonito a Petr, quizá con espacio suficiente para enterrar también a la anciana Jana cuando muriera.

—Diséñalo tú, Elena. —Anthony sacó pecho, como si la idea del mausoleo le hubiera devuelto la vida a su padre—. Dime cómo lo quieres y está hecho. Está hecho, joder.

Ella suspiró.

—De acuerdo.

—Un mausoleo bonito que dure miles de años. Podemos poner una placa que diga: CONSTRUIDO POR LA FAMILIA DE ANTHONY CRAIG.

Kristína, que había estado escuchando la conversación, lo interrumpió.

—Él preferiría estar bajo tierra con los animales.

—¿Quién le enseña a hablar así? —dijo Anthony, señalándola con el pulgar—. Eso es lo que aprenden los niños todos los veranos aquí, en el campamento de comunistillas.

—¡Papá!

En el hotel de Praga, pidió al botones que le llevara el equipaje al coche y besó a Elena y a su hija.

—Un funeral estupendo. Estabas estupenda. Kristína, preciosa. El pelo así te queda genial. Has visto que estaba la prensa, ¿no? No hay que mirarlos cuando te hacen una foto. Se mira a otro lado y se pone cara triste, que es como la gente espera que estés, ¿no? Triste por las cosas tristes y feliz por las cosas felices.

Dos horas después, cuando terminaron los discursos del velatorio, Elena condujo a Kristína al ascensor, donde las esperaba un hombre con traje oscuro y sombrero. Al principio, no lo reconoció. Había engordado aún más y tenía ojeras.

—Lamento mucho su pérdida, señora Craig. Su padre era un hombre muy bueno.

Ella se limitó a asentir con la cabeza como si se tratara de un desconocido y dejó que le metiera un papelito en el bolso.

Tres horas más tarde, cuando Kristína estaba dormida, Elena salió del hotel.

Sergei estaba en un banco en el centro de la iglesia de San Nicolás, donde no llamaba la atención.

Elena se sentó a su lado y durante los diez minutos siguientes, mientras él le susurraba planes, estuvo clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Quiero dejarlo.

—Sí. Lo sabemos. Pero, como bien sabes, no es así como funciona.

—Me da igual que no sea así como funciona, Sergei. Mientras existían el StB y el KGB, hice lo que se me pidió. Me llevo a mi madre a Nueva York. Ya no podéis seguir amenazando a mi padre.

Sergei se recostó en el banco y esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Lo has matado tú?

—Claro que no. Fui a verlo el mes pasado. No sé por qué estaba convencido, como tú, Elenka, de que esto había terminado. De que os habíais librado de nosotros. De que vuestra deuda estaba liquidada. Tú ibas a dejar a Craig, me dijo, y a mudarte a Mladá Boleslav.

—¿Y?

—Petr conocía las reglas, Elenka, y se benefició de ellas. Vivió una vida que casi nadie de este país podría haber imaginado. Todo gracias a ti. Y te traicionó. No sé decirte cuántas veces tuve que impedir que hablara, protegerlo de sí mismo. Yo he sido el protector de tu padre todos estos años. Pero el mes pasado tuve que decirle la verdad. Que esto no ha terminado. Que no es más que el principio para ti, para nuestro Anthony. Petr no se lo tomó bien. —Ella se levantó—. Elena, a tu padre no le dio un infarto. El muy cobarde se ahorcó. Vrba hizo lo correcto. Me llamó.

—¡Mientes! Y no la llames así.

—No deberías gritar en una iglesia.

Elena quiso darle una bofetada, pero él la agarró de la muñeca y apretó. Ella intentó zafarse de él.

—Lo voy a abandonar. He terminado con esto.

—Ay, Elenka... —Sergei inspiró hondo, exhaló con una sonrisa de oreja a oreja y la soltó—. Anthony, tú y vuestra preciosa Kristína habréis terminado cuando nosotros lo digamos.

Montreal, 2016

La mujer era una de las personas más guapas que Grace había conocido en su vida, con la piel color crema, los ojos de un verde claro y el pelo de un cobrizo intenso.

—Señor Kovály, señorita Elliott, me llamo Roberta McKee. Y éste es Bradley Tebb —dijo señalando al hombre que tenía al lado con un abrigo beige de cachemir.

El hombre saludó con la cabeza. Fue algo más que una cabezada, casi una reverencia. McKee obsequió a Grace con una tarjeta, blanca, con un dibujo de una hoja de arce; en francés por un lado y en inglés por el otro.

—Trabajamos en el Servicio de Inteligencia de Seguridad Canadiense, región de Quebec.

Grace inspeccionó la tarjeta.

—Estamos investigando un mensaje que hemos recibido de nuestros compañeros de los Archivos Nacionales en Sainte-Foy.

El conserje se inclinó sobre su mostrador de mármol y los observó.

—¿Dispondrían de una hora para charlar con nosotros, señorita Elliott? ¿Señor Kovály? No estamos lejos, cerca del pabellón Centre Bell.

Bradley Tebb no tenía aspecto de Bradley Tebb, tampoco su ropa, ni su pose. Grace no era experta en canadienses, pero había vivido en Montreal lo bastante para saber cuándo alguien no cuadraba.

—Pues estamos bastante liados. A lo mejor podríamos concertar una cita... ¿para última hora de esta tarde?

—Lo cierto, señorita Elliott, es que también nosotros vamos algo justos de tiempo —espetó McKee, sacudiéndose parte de la nieve derretida del abrigo

negro—. Tenemos un coche esperando fuera. Le prometo que no será más de una hora, transporte incluido.

Grace pasó al francés.

—¿Dónde está exactamente su oficina?

—No lejos de aquí —le contestó ella en el mismo idioma—. A dos pasos.

Bradley Tebb, que aún no había dicho nada, les indicó el camino, andando de lado con el brazo extendido como un mago que los llevara a ver la cabeza flotante. William y Grace siguieron a Tebb, y McKee los siguió a ellos. El coche era un Audi negro con las lunas tintadas y las luces de emergencia encendidas.

Grace salió de debajo del toldo. La temperatura había descendido y la nieve caía de lado, por el viento.

—¡Menudo día!, ¿eh? —dijo señalando la nevada.

—Menudo día —coincidió Tebb—. Sí.

Sherbrooke Street tiene dos carriles, uno para cada sentido. La cuenta atrás del semáforo estaba en seis. Grace agarró a William del abrigo, tiró de él hacia el cruce, en dirección al Ritz-Carlton, y cruzó la calle con él. McKee y Tebb eran jóvenes y atléticos, pero, cuando empezaron a correr detrás de ellos, el semáforo ya iba por el dos. Grace contaba con que supieran que a los conductores de Montreal no les gustaba que jugaran con ellos. McKee le gritó algo, pero, con el viento y los coches, no lo oyó.

Los ujieres uniformados del Ritz-Carlton los recibieron como a la realeza. Grace se volvió a ver las siluetas de McKee y Tebb en medio de la nieve, cruzados de brazos junto al Audi.

—¿Qué está pasando? —preguntó William ya en el vestíbulo blanco y dorado, respirando tan agitadamente que apenas podía hablar—. ¿Quiénes son?

—El servicio secreto de Canadá es el CSIS, sí, pero ella no habla bien el francés, la tarjeta no estaba en braille y el hombre, Bradley, ni siquiera habla bien el inglés.

—Entonces ¿quiénes son?

—Vigílalos.

William se acercó a una de las puertas y miró afuera.

—Casi no se ve. El coche se va..., se ha ido.

Había mucho ruido cerca de las puertas, así que Grace se adentró más en el vestíbulo, bajo las lámparas de araña. Aún no era la una de la tarde y ya parecía que fuese de noche. Grace llamó al número de la tarjeta de McKee.

—Ha sido usted muy imprudente. ¿Qué se propone, señorita Elliott?

Al teléfono, Roberta McKee ni siquiera se molestó en ocultar su acento de Europa del Este.

—Sé que no son del CSIS. ¡Roberta McKee! ¡Qué nombre tan absurdo!

—Se van a meter en un lío aún mayor.

—No hemos hecho nada malo.

McKee le susurró algo a su compañero, por dónde ir con el coche. Grace no entendía el idioma que hablaban, pero sonaba a ruso.

—¡¿Mató usted a mi gata?! —le gritó. Pero ya era tarde: McKee había colgado.

William llevó a Grace aún más al centro del vestíbulo del Ritz-Carlton, donde nadie pudiera oírlos.

—Espías rusos —le dijo—. Mafia rusa. No hay diferencia, te lo aseguro. El FSB, el SVR, el GRU responden ante la misma institución que las bandas, ante el mismo hombre, de hecho: Aleksandr Mironov.

—¿Qué? —repuso Grace—. ¿El presidente?

—El mismo, y todas las creó él. Si esos dos son... Grace, ¡nos van a matar! Siento muchísimo lo de *Zip*, pero no quiero perderte.

—¿Perderme?

—Mira, no se lo podemos contar a la policía. No se lo podemos contar a nadie. Créeme, nada ni nadie puede detenerlos. ¿Crees que el FBI no lo ha intentado?

Un hombre negro alto y guapísimo vestido de traje se acercó a ellos y les habló en voz baja, con la mano en el brazo de William.

—Monsieur, madame, ¿va todo bien? ¿Puedo ayudarlos en algo?

—No, monsieur. Se lo agradecemos infinitamente —contestó Grace, procurando igualar su «cortesía».

—¿Se alojan en el Ritz-Carlton esta noche?

—Me temo que no.

—¿Han venido a tomar el té?

—No, monsieur.

—¿No hay nada que podamos hacer por ustedes esta tarde? —preguntó el gerente, juntando las manos—. ¿Una reserva en Maison Boulud? ¿Un taxi, quizá?

—Todo el mundo debería echar a la gente con su elegancia.

El gerente hizo una reverencia y señaló la salida.

En el taxi de vuelta a Saint-Christophe, ninguno de los dos habló. Grace pensó en su madre ciega en el cuarto de invitados superperfumado de Jason en Coral Springs, abriendo la puerta a media tarde, sonriendo a Roberta McKee y a Bradley Tebb.

Le pidió al taxista que pasara de largo el apartamento y siguiera un rato, para que le diera tiempo a ver si había algún asesino de gatos por allí antes de entrar.

Cuando estaba a punto de pedirle que parara, el Audi que estaba a la puerta del edificio de Straka giró despacio hacia Saint-Christophe. Grace se tapó la boca para reprimir un grito, un grito de miedo, de rabia, de agotamiento. Cuando se mudó a Montreal, hubo una plaga de cucarachas en su apartamento. Al final, el casero tuvo que llamar a un exterminador, pero durante años tuvo una pesadilla recurrente en la que hordas de cucarachas salían por los sumideros y, aunque ella corría de una habitación a otra, no había forma de pararlas. Eran demasiado rápidas y demasiado listas, demasiado resueltas. Había demasiadas.

Aunque contuvo el grito, se le escapó entre los dedos lo suficiente para que tanto William como el taxista rechoncho dieran un respingo en el asiento.

—¡Siga! —le dijo William.

—¡Siga! —repitió Grace en francés.

—¿Madame?

—Conduzca, por favor.

—¿Adónde?

—Recto. Usted siga. ¡No pare!

Roberta McKee y Bradley Tebb se habían bajado del Audi en cuanto se había detenido delante de su apartamento. Jean-Yves de Moulin tenía razón. Ahora que

sabían lo que sabían, fueran quienes fuesen, nadie estaba a salvo hasta que se publicara su historia. No podía esperar a después de las elecciones.

Tenía que ver a Elena, ya.

—¿Tienes tu pasaporte?

William miró en la bolsa del ordenador.

—Sí. Pero mis cosas de aseo están en...

—Al aeropuerto, *s'il vous plaît*.

Londres, 1992

El resurgimiento de Craig International empezó en un comedor privado del hotel Connaught, en Mayfair. Elena estaba tan nerviosa que no podía pensar en comida. Miraba fijamente las velas titilantes de la mesa, ahora que el sol de primavera se había puesto ya, mientras su marido contemplaba por la ventana Carlos Place. También Anthony estaba nervioso, pero Elena jamás se lo había oído reconocer, y aquel día no era una excepción. En cambio, se recolocaba la corbata y se toqueteaba el pelo, y miraba el reloj con un suspiro cada treinta segundos. Cuando sus invitados se habían retrasado ya quince minutos oficialmente, se levantó.

—En Nueva York nadie llega tarde a una reunión con Anthony Craig. Nadie.

Eso era mentira. El alcalde, que quería presentarse de nuevo a la alcaldía, había llegado cuarenta minutos tarde a una cena con ellos hacía menos de una semana.

—Tony, siéntate. Los necesitamos.

Lo hizo y dio un puñetazo en la mesa. El camarero llegó con una copa de pinot gris para Elena y una Coca-Cola Light para su marido.

—¿Sus invitados llegarán pronto, señores Craig?

—Más les vale —espetó Anthony.

La respuesta fue sin duda demasiado visceral para el camarero.

—Muy bien, señor.

Las paredes del salón privado discretamente iluminado eran de piedra blanca. Un fuego chisporroteaba en el hogar. Aparte de la inmensa mesa que habían dispuesto con cuatro sillas, había un sofá, una mesa de centro y un bar. Anthony se repantigó ceñudo y contempló los coches que pasaban, constatando con

tristeza que no eran Craigs (Beemer, Mercedes, Range Rover...), y volvió a mirar el reloj.

Había sido idea de Sergei que los financieros llegaran tarde, para dejar clara su superioridad. Elena y él habían estado meses planeando aquella noche, esperando hasta el ultimísimo momento para organizarla. Los acreedores de Craig International estaban empezando a reclamar sus préstamos y Anthony no dormía bien. El *New York Times* había publicado una noticia y ahora la prensa sensacionalista comenzaba a hacerse eco de ella: facturas sin pagar, problemas legales, el fin de los ochenta y el fin del «lujo americano».

Si salía bien, aquella reunión sería el acto final de Elena como esposa de Anthony Craig. Después de eso, Sergei le había prometido que podía hacer lo que quisiera, dentro de unos límites. Podían llegar a un nuevo acuerdo. Podía incluso divorciarse de él.

A las 19.50 llegaron los invitados.

—Discúlpennos —dijo un hombre calvo de cincuenta y tantos años con un pendiente y gafas de montura gruesa de color azul. Parecía un peluquero, un colaborador de Elton John, no un banquero—. Ha sido un día muy complicado. Un verdadero placer conocerlo por fin, señor Craig —añadió, y le tendió la mano—. Soy David Sapozhnik.

Anthony se tomó su tiempo para descruzar los brazos.

—¿Qué tal, David? —dijo sin entusiasmo.

—Yo soy quien ha estado trabajando con su equipo por teléfono desde Tel Aviv. Éste es mi socio, Raphael Rivkin.

Era a Rivkin a quien habían ido a ver. Vestía un traje oscuro, conservador, y corbata negra, e iba muy bien peinado. Por lo que había leído de él en la prensa, esperaba a un tipo viril y carismático. Era muy callado y tan bajito que, sentado en la recia silla de roble enfrente de Anthony, parecía un niño.

Cuando terminaron de estrecharse las manos y de intercambiar saludos de hombre, se volvieron hacia Elena. Sapozhnik se mostró cortés y comunicativo con ella.

Rivkin no participó de la charla intrascendente, algo que molestó a Anthony. Le fastidiaba que hubiera insistido en que se vieran a medio camino, en Londres,

y le fastidiaba que fuese multimillonario a los treinta y un años.

—Me gusta su estilo, Raphael. Me gusta mucho. En Nueva York, incluso aquí en Londres, los jóvenes visten como indigentes. *Grunge*, lo llaman. Algunos de los chavales que estamos contratando ahora vienen de Harvard, Stanford, Yale, Wharton... Ésa es mi universidad, Wharton, la mejor. Se licencian y vienen a trabajar para nosotros como si acabaran de salir de la cárcel, no de una de las mejores universidades del país. Pero usted..., usted sí que tiene la imagen que queremos para Craig.

Rivkin miró un instante a su socio calvo, como si no supiera qué decir, luego volvió a mirar a Anthony.

—Gracias.

—Si la cosa se tuerce alguna vez y necesita...

—Hemos revisado sus propuestas unas cuantas veces, señor Craig.

—Directo al grano. —Anthony se inclinó hacia Elena como si fuera a contarle un secreto—. Eso dicen de los suyos, que no se andan con tonterías. Me gusta. Me gusta mucho. Debería hacer más negocios en Israel. ¡Qué demonios!, todos deberíamos hacerlos. El acuerdo que consiguieron, ustedes y algunos de los otros chicos del mercado ruso..., ¡es legendario en Wall Street! Elena, se puede comprar una petrolera de un billón de dólares por diez pavos si se tienen los contactos adecuados. Usted, Raphael, y sus contactos. Usted no es más que un portavoz, ¿no? Un chaval, en realidad. ¿Para quién trabaja? —Rivkin lo miraba fijamente—. En mi país hay que empezar desde abajo. Así lo he hecho yo. Empiezas con nada, sangras a los bancos, te conceden un préstamo, lo garantizas, lo amortizas con intereses, acumulas capital, asumes algunos riesgos, revalorizas... Lleva un tiempo. ¿Verdad, Elena?

—Sí.

—Y un chaval como usted puede venir a Londres y parecer un hombre de mundo de verdad, un banquero, un capitalista, no un joven gánster, ¿eh? No se ofenda, Raphael, espero no estar ofendiéndolo.

—Como usted ha dicho, señor Craig, al grano —terció Rivkin, y mirando a Sapozhnik le hizo una seña con la cabeza.

Le tocaba hablar al hombre mayor.

—Objetivamente, señor Craig, la división automovilística de Craig International es un fracaso.

—Sólo si usted es objetivamente un gilipollas.

—Señor Craig, nunca ha dado beneficios.

—El nuestro es un negocio familiar. ¿Cómo puede decir que no da beneficios? ¿Quién es usted? ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—David Sapozhnik.

—Venga ya, David. ¿Yo no le parezco rentable?

—La deuda que arrastra, señor Craig, es...

—Está fenomenal, ¿verdad? Díselo, cariño. ¿Alguna vez te ha hecho penar esa deuda estupenda que nuestra empresa arrastra de vez en cuando?

Elena no quería que Anthony lo estropeará todo, que su ego sobrepasara su capacidad de encontrar un modo de evitar la bancarrota.

—Tony, vamos a escuchar lo que el señor Sapozhnik y el señor Rivkin tengan que decirnos.

El camarero regresó para tomar nota de las bebidas de Rivkin y Sapozhnik. Este último pidió por ambos: dos copas de lo que estuviera bebiendo la señora Craig.

—Tengo entendido que se quedan a cenar con nosotros esta noche —dijo el camarero, volviéndose hacia los rusos—. Ya sé que acaban de llegar, caballeros, pero quisiera aprovechar la ocasión para...

Rivkin levantó la mano para interrumpirlo.

—Yo no me quedo a cenar; mi socio, sí.

—Sí —dijo Anthony levantando la barbilla—. Nosotros tampoco. Tenemos otro compromiso esta noche.

Elena suspiró. No tenían ningún compromiso, claro.

Cuando el camarero se hubo marchado, Sapozhnik sacó un informe grapado de su maletín y lo puso en la mesa.

—Estamos dispuestos a ofrecerles este préstamo.

—Para rescatar su empresa —se apresuró a añadir Rivkin.

Anthony le habló directamente a Rivkin.

—Mira, imbécil, nuestra empresa no necesita ser rescatada. He estado

hablando con el Deutsche Bank, y si me ofrecen mejores condiciones, os mando encantado a ti y al hombre sideral este de vuelta a Tel Aviv.

—Conocemos el Deutsche Bank, señor Craig. —Rivkin se inclinó sobre la mesa, tanto que Elena pudo oler la gomina dulzona que llevaba en el pelo—. Y sabemos que no le van a prestar ni un pfennig. No sin nuestro respaldo. Somos como unos padres que avalan el préstamo que se le hace al irresponsable de su hijo.

—¿Quién es este gilipollas? —Anthony se volvió hacia Elena—. ¿Te lo puedes creer? ¿Alguien me ha hablado a mí así alguna vez?

Sapozhnik se aclaró la garganta y apoyó las manos, con las palmas hacia abajo, en la mesa.

—Puede que no le guste de dónde viene Mustela Capital, señor Craig, pero lo cierto es que conocemos nuestro negocio.

—Pues del mío no sabes una mierda.

Sapozhnik suspiró.

—Sabemos que lo está pasando mal. Sabemos que la división automovilística es un desastre.

Rivkin rio.

—Lo peor de lo peor.

—Seamos todo lo claros que se puede ser —dijo Sapozhnik con calma y en voz baja—. Está usted al borde de la bancarrota, señor Craig, su negocio y usted, personalmente. De la bancarrota y de la humillación. Por las cifras que nos ha enviado, ya de por sí lamentables aun habiéndolas inflado, nuestra oferta será mejor que cualquier otra que le hagan. Se lo garantizo. Vamos a dejar de jugar por jugar. ¿Quiere perder el negocio familiar, señor Craig?

—¡Que te den!

—No sea pueril y conteste a la pregunta —espetó Rivkin.

En el siguiente minuto de silencio, Elena vio a Anthony pasar de la rabia a la resignación.

—No —respondió él al fin.

Sapozhnik alargó el brazo y lo agarró de la muñeca.

—¿Quiere fracasar públicamente? ¿Avergonzar a su hija?

—No.

—¿Quiere que su negocio crezca y se expanda por todo el mundo?

—¿Quién no?

—Señor Craig, ¿quiere ser el hombre que siempre esperó ser, el hombre del que habla su autobiografía, el hombre que asegura ser en las columnas de cotilleo?

—No es usted multimillonario —terció Rivkin—. Eso es una mentira descomunal.

—Señor Craig, no nos interesa la división automovilística de su negocio. Ni tampoco los rodamientos.

—Entonces ¿qué hacen aquí? ¿Eh? —Anthony miró a Elena—. ¿Qué es esto?

—Sus coches y sus rodamientos, su empresa de joyería en quiebra y su jet privado, sus negocios de deportes y de televisión, esa chorrada de los bonos basura..., éstos no son los productos que queremos. Señor Craig, ¡el producto es usted! Sólo usted. Hemos venido aquí esta noche a ofrecerle todo lo que siempre ha querido. Lo que siempre ha ansiado ser.

—A un precio —dijo Rivkin, sonriendo como el domador de leones cuando el público aplaude.

El camarero volvió con el vino. Elena pidió otro y Anthony otra Coca-Cola Light. Le temblaba la mano derecha. Elena lo había visto rabioso en otras ocasiones, pero la rabia era una especie de gozo para él. Esa vez era distinto, y peor de lo que ella había imaginado. Le preocupaba que se levantara y se fuera al hotel, que cruzara Grosvenor Square y desapareciera.

Sabía que le correspondía a ella salvar la noche.

—Pongamos que da igual por qué razón estamos aquí. Señor Rivkin, usted tiene el capital. Nosotros necesitamos el capital. Si trabajamos juntos, Craig International puede aceptar la inversión de Mustela Capital y hacer algo grandioso con ella. Comprendemos sus condiciones, aunque no nos gusten. Si esas condiciones se hicieran públicas, nos perjudicaría que se nos asociara con ustedes.

Rivkin bebió un sorbo de su vino, luego se inclinó hacia delante y le frotó la espalda a Sapozhnik.

—Esto es divertido, David.

—Sólo estoy siendo sincera, como ustedes. Y tienen razón, señores, hemos perdido la capacidad de negociar. —Elena le cogió a su marido la mano fría de la Coca-Cola Light y se la apretó a la vista de todos—. Pero usted, un israelí de treinta años vinculado a un gobierno ruso corrupto y quién sabe qué más... —Rivkin rio—, usted es nuestra única esperanza.

Esa vez el silencio que se cernió sobre la mesa fue mejor. Elena había intervenido y mejorado la situación.

—Me parece que tiene treinta y uno —comentó Anthony al cabo de un rato. Luego se volvió hacia Rivkin—. He leído por ahí que tienes treinta y uno.

Sapozhnik alzó la copa.

—¡Por el futuro de Craig International!

¿Qué celebraban? Elena pensó en ello tumbada en la cama, dos horas después; en si su marido comprendía lo que le debía a Raphael Rivkin, si comprendía para quién trabajaba Rivkin y a quién representaba, y cómo había conseguido ser multimillonario a los treinta.

—Puede que nunca le hagamos una visita —dijo Sapozhnik, tocándole la muñeca a Anthony cuando salían del salón Champagne—, pero puede que sí.

Elena no fue capaz de mirar a Anthony a los ojos. Siempre era que sí.

Si el que pronto sería su exmarido estaba insatisfecho con su nueva situación, lo disimuló bien, en el salón Champagne y esa noche en su elegante suite del Connaught. Durmió como un tronco y despertó encantado con la inyección de capital. El dinero fluiría por los bancos y sus nuevos socios se verían arropados por un sistema muy moderno de *holding* de capital privado. Sus abogados y los de ellos lo revisarían todo y absolutamente nadie tendría acceso a los orígenes de nada.

—Es un trato estupendo —dijo Anthony por la mañana en el exquisito vestíbulo antiguo del Connaught mientras esperaban a que llegase su coche.

—Me alegro mucho por ti.

—Lo hemos conseguido juntos, ¿recuerdas? Esos chicos eran contactos tuyos.

—En realidad, no, Tony. Eran amigos de amigos. Si no hubiera sido por ti,

jamás lo habría conseguido. Nadie habría podido.

—No puedes hablarle nunca a nadie de esa reunión.

—Lo sé, Tony.

—Nadie rescata a Anthony Craig.

—Nunca.

Anthony miró al otro lado de la puerta del Connaught. No tardaría en llegar el coche que los llevaría al aeropuerto. Él podía mentirle, a sabiendas de que Elena era consciente de la mentira. Había notado cómo temblaba a su lado en la mesa cuando Sapozhnik le exponía las condiciones del acuerdo. Si incumplía el contrato, Mustela Capital se serviría de todos los instrumentos legales y financieros a su alcance para destruirlo y destruir a su familia. Le incautarían todos sus activos. Harían públicos datos sobre él. En el salón Champagne, Elena había esperado que Anthony entornara los ojos, frunciera el ceño, se inclinara sobre la mesa y preguntara: «¿Qué datos?».

Pero Anthony no lo había hecho.

—Señor Craig... —El gerente le hizo una pequeña reverencia—. Su coche con chófer ha llegado, señor.

Un hombre poderoso, un hombre recién capitalizado, no tiene prisa. Anthony le hizo un gesto con la cabeza al gerente.

—Nunca me lo había planteado así, como lo planteó el rarito, el gay. —Elena esperó—. ¿Qué fue lo que dijo? «No nos importan los coches; el único producto que nos interesa es usted» —repitió intentando imitar el acento israelí—. Me gusta eso. Es cierto, ¿sabes? Ese calvo cabrón sabe lo que hace.

Montreal, 2016

En uno de los televisores del Houston Avenue Bar & Grill de la puerta 77 del Aeropuerto Internacional Montreal-Trudeau, un hombre barbudo con pajarita estaba diciendo que Anthony Craig nunca saldría elegido.

—A ver, ese candidato jamás ha querido ganar.

Era difícil oír más con el barullo del partido de hockey de los Montreal Canadiens de los otros televisores, los avisos bilingües del aeropuerto y las conversaciones de sus vecinos de bar. Grace y William tuvieron que leer los subtítulos.

—Imaginen que son dueños, ¡dueños!, del treinta y cinco por ciento del electorado estadounidense, y de una buena parte del de Canadá y Europa. Hablamos de millones de personas furiosas y dolidas con dinero que gastar que creen absolutamente todo lo que él dice. ¿Coches? ¿A quién le importan los coches? Sólo a los dictadores y a las estrellas del rock les interesan sus absurdos automóviles a prueba de balas. Son sus ideas lo que les gusta, su rabia disparatada y simplona. Se están separando del resto del país y Anthony Craig les está construyendo un refugio. Se convertirá en el presidente ejecutivo de Craig Broadcasting. Ya está en marcha.

—¿Será cierto?

William se acercó el borde del vaso de cerveza a la sien como si lo ayudara a pensar.

Grace se encogió de hombros.

—A lo mejor él no quiere ganar, pero muchas otras personas quieren que gane, personas poderosas. —La entrevistadora de la CNN, una mujer rubia que vestía una chaqueta de color melocotón, mostró cierto escepticismo. ¿Quién iba

a querer tomarse tantas molestias para perder?—. Mira el presidente actual: educado, inteligente, cauto. Te puede gustar o no, pero ¡no ha conseguido nada! Es imposible. La presidencia está pensada para ser el peor trabajo del mundo. Cuando pierda dentro de unos días, Anthony Craig y su ejército de blancos cabreados de las zonas rurales y residenciales del país, lo que los medios más elitistas suelen llamar «los estados prescindibles», se adueñarán del país. Ése es el verdadero poder de Anthony Craig.

La entrevistadora acusó a su invitado de formular una teoría conspirativa. Grace se columpió en el taburete para echar un vistazo a la zona de salidas a Estados Unidos, al otro lado de la barra.

—No sirve de nada mirar, Grace. Su trabajo consiste en hacerse invisibles cuando quieren —le dijo William—. Espero que ese tipo tenga razón —añadió señalando al televisor.

—Yo también.

—Tu libro no tendrá tanto valor si no gana.

—Pero habrá menos personas que quieran asesinar a mi madre.

Se hizo el silencio entre los dos y sólo se oían el hilo musical navideño, el hockey y la CNN, el choque de los cubiertos con los platos y una conversación sobre el tiempo en el bar del aeropuerto. ¿Por qué a los canadienses les extrañaba que nevase en noviembre?

Grace le había mandado un correo electrónico a Elena con copia a sus dos ayudantes. «Sé que está ocupada, pero necesito verla, aunque sea una hora. Es una cuestión de vida o muerte.» Luego buscó hoteles y restaurantes en el centro de Manhattan. El dinero de la indemnización no le duraría mucho, pero nunca había visto tanto junto en su cuenta. Reservó una cena a última hora en Upland, donde comían los escritores de moda, y buscó en internet un hotelito moderno y romántico. Había uno en el Bowery al que siempre había querido ir después de verlo en una revista de viajes en la sala de espera del dentista.

Anunciaron que se iba a iniciar el embarque, a siete puertas de distancia. William apuró la cerveza. Grace abandonó la suya.

A los diez minutos de despegar hacia Nueva York, William roncaba suavemente apoyado en la ventanilla. Le había advertido a Grace que solía

pasarle eso en los aviones. Aunque no la excitaba en absoluto compartir cama con un hombre que roncaba, el sonido que hacía le produjo un escalofrío de emoción. Se darían una ducha después de la cena. Luego se meterían en una cama de sábanas blancas y fragantes de excelente calidad. Lo que ocurriera después no importaba muchísimo. ¡Aventura y exploración de dos personas maduras al otro lado de una puerta blindada! Casi se desmayaba de la emoción de pensar en el calor de un cuerpo desnudo a su lado.

De primeras, William se había aferrado a la bolsa del ordenador, pero luego se había recolocado y la había soltado, y la bolsa parecía a punto de caerse al suelo. Grace se la quitó de encima. Era un vuelo internacional, así que decidió pedir una Heineken, para compensar la cerveza que no se había terminado. Otra mujer se había pedido una y a Grace le llegaba el suave aroma de dos filas más allá.

Animada por esa decisión, abrió la cremallera de la bolsa de William y miró dentro.

William tenía el modelo más reciente y ligero de MacBook. A un lado había una carpeta de color beige llena de papeles. Grace lo observó un rato para asegurarse de que dormía de verdad y luego sacó la carpeta.

La primera página estaba en checo. Parecía un artículo de periódico impreso de la web, con sus titulares, sus ladillos y una fotografía de Elena a la derecha. William había subrayado algunos pasajes y había hecho anotaciones. A pesar de su difícil caligrafía, Grace reconoció la palabra *ledňáček*. *Kingfisher*, martín pescador. La siguiente página y las cuatro que había debajo de ésta eran similares: artículos impresos de páginas web.

Y debajo de todo eso, sujeto con un clip, había un juego de documentos distinto. Ésos parecían oficiales, una especie de memorando corporativo o un contrato preparado en un despacho de abogados. Grace imaginó que era la respuesta a una consulta en checo para el libro que William estaba escribiendo sobre la Primavera Árabe. La azafata del pasillo estaba tomando comandas un sitio por delante del suyo, en inglés. Era un vuelo de Delta y la mujer no andaba tonteando con el bilingüismo canadiense.

La azafata estaba a punto de preguntarle a Grace qué quería y ella a punto de

decirle que una Heineken y de volver a guardar la carpeta en la bolsa cuando vio su nombre al final de la primera página del memorando. Estaba también en la segunda, varias veces. En la tercera había una fotografía suya, sacada de una columna de cotilleo desastrosa que había escrito para el *Flash* entre 2011 y 2012. El memorando tenía una longitud de cinco páginas y su nombre aparecía constantemente: Elliott, Elliott, Elliott, entre palabras en checo. Encontró el nombre de su madre. También vio Austin y Florida, *National Flash*, Elena Craig. «*Elena Craig anonymní spisovatel.*»

Entre corchetes, en inglés: «Escritora fantasma».

—Madame..., ¿le apetece beber algo? —volvió a preguntarle la azafata.

—Igual un zumo de tomate.

—¿Con hielo? ¿Unas gotas de limón?

—Sólo, por favor.

No era un vuelo largo: noventa minutos en el aire. Por un momento, no conseguía recordar cómo se llamaba aquello, pero la palabra le vino de repente a la memoria: dossier. Alguien había preparado un dossier oficial sobre ella para aquel hombre tranquilo que se fingía raro, que se había tomado la molestia de buscarse unas gafas malas y suéteres con cierto aire hípster para lograr parecer entre adorable y feúcho.

Encendió la luz del techo e hizo fotos de cada una de las páginas del dossier. Luego volvió a guardarlo en la bolsa de William y siguió viéndolo dormir un rato más. Tenía la boca abierta y le corría un hilillo de baba por la barbilla hasta el cuello.

Había una posibilidad de que Elena no quisiera hablar con ella. Grace sacó su ordenador y abrió el archivo que había empezado en el centro de Montreal y siguió escribiendo, inspirada por la rabia y por el desengaño. Aunque tenía algo atrofiados «los músculos de escribir artículos», no le costó mucho terminar un primer borrador.

Estaban a menos de veinte minutos del aeropuerto de LaGuardia cuando William empezó a despertarse. Abrió los ojos y le sonrió. La sonrisa parecía auténtica. Ella cerró el portátil.

—Me he quedado dormido. —Se limpió la baba de la barbilla—. ¿Dónde

estamos?

—Iniciando el descenso —contestó Grace, confiando en que él no detectase la decepción en su voz.

—Lo siento. Me fastidia quedarme traspuesto. De pequeño era un bebé quisquilloso y mis padres me llevaban a pasear en coche para calmarme. Seguramente es por eso.

Grace levantó el brazo y le quitó una pelusa del hombro.

—Somos criaturas frágiles.

Él le cogió la mano y se la besó, y luego rio como si fuese la cosa más tonta que había hecho en su vida.

Nueva York, 1994

La cobertura que la prensa sensacionalista había dado a su divorcio había hecho famosa a Elena Craig, no sólo en Nueva York, sino en el mundo entero. En los dos años transcurridos desde que había «sorprendido» a Anthony con dos de las bailarinas de MC Hammer, había lanzado su propio negocio de balnearios. Aún estaba en la junta de Craig International, supervisaba el departamento de diseño y continuaba siendo una especie de amiga de su exmarido; hablaban casi todos los días, o por lo menos ella lo escuchaba todos los días. Algunas mujeres se refugiaban en la comodidad del anonimato, en alguna playa o en un pueblo de montaña, después de divorciarse de un hombre como Anthony Craig.

A Elena no se le permitió.

Así que, en principio, no la sorprendió que un periodista la abordara cuando iba al baño de señoras en el Russian Tea Room. Estaba obeso y sudoroso.

—Perdone que la asalte así, señora Craig, pero no hago más que dejarle recados a su secretaria y nada. —El hombre, que hablaba inglés con acento británico, tenía el pelo rubio y las mejillas sonrosadas—. Jake Haynes. Soy del *Daily Mail*. —Ella le estrechó la mano regordeta—. No me importa esperar aquí atrás, señora Craig, hasta que usted y sus amigas terminen de comer. Luego quizá podríamos hablar.

La espléndida presentación de los nuevos automóviles Craig tendría lugar dentro de dos semanas. Los diseños debían ser un secreto hasta entonces. Lo primero que pensó fue que alguien le había pasado fotografías a aquel periodista.

—¿Hablar de qué, señor Haynes?

—De su pasado.

Una vez en el baño de señoras, Elena se aseguró de que estaba sola y llamó a

Sergei por el móvil. Él le aconsejó que mantuviera la calma, que lo negara todo y que retuviera al periodista en el restaurante todo lo posible.

Fue difícil concentrarse en sus amigas y en los chismorreos de éstas. Elena era la única que trabajaba y a ellas les parecía un disparate. Que se ofreciera como voluntaria para formar parte de la junta directiva de alguna institución artística importante podían entenderlo: era glamuroso. Hacían inauguraciones y galas benéficas. El jaleo de dirigir un negocio en expansión, con empleados a los que formar y dirigir, inmuebles que administrar e impuestos que pagar... ¿Para qué tanto dolor de cabeza?

Cuando terminaron de comer, se besaron en la mejilla y fijaron la fecha del siguiente encuentro, Elena fingió que volvía al baño de señoras por última vez y se reunió con el periodista en la mesa que éste ocupaba en la penumbra.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Haynes?

—*Ledňáček*. Seguro que lo estoy pronunciando mal, pero es martín pescador, el pájaro, *kingfisher* en inglés, ¿verdad?

En cuanto le plantó los documentos delante, a Elena le quedó claro que alguien se los había filtrado. Tenía algo más que su nombre en clave y todos los datos eran verídicos: su reclutamiento, la implicación de sus padres, Jean-Yves de Moulin, sus años en Montreal, página tras página sobre Anthony y sus relaciones con líderes, sus ambiciones políticas... No vio nada de Sergei, ni del rescate financiero de Craig International, pero había documentos sobre su madre, nombre en clave Vrba, que la sorprendieron.

Era la primera vez que oía hablar de la hija de Anthony, Alina, pero hizo el cálculo. Alina había nacido nueve meses después de su visita a Moscú en 1987. Kristína tenía una hermanastra en Moscú, hija de una prostituta.

—Esto es ficción, señor Haynes.

—¿Puede demostrarlo, señora Craig?

Elena rio.

—Me parece que es usted quien tiene que demostrar que es cierto, señor Haynes. Yo le aseguro que no lo es y que quienquiera que se lo haya dado se la está jugando. Si publica una sola palabra de esto, mis abogados acabarán con usted y con su periódico.

—Eso me suena a amenaza, y precisamente aquí, en la tierra de la Primera Enmienda.

Se recostó en el asiento, cruzó los brazos sobre la tripa y la miró fijamente con una sonrisa de satisfacción. A Elena le pareció que aquel tipo tenía más pelo en el cuello que en la barba, así que se centró en eso e intentó averiguar su edad —¿cincuenta y siete?— en lugar de dejarse invadir por el pánico.

No llevaba anillo de casado.

—¿Tiene hijos, señor Haynes? —le preguntó tan serena como pudo.

—No he tenido ese placer.

—¿Casado?

—Tres veces. Ahora mismo estoy soltero.

—Imagínese entonces lo que sería tener una mujer y un hijo que lo adoraran. Imagine lo que una calumnia así significaría para ellos.

—Llevo escribiendo para tabloides desde los veinte años, señora Craig, y, la verdad, no me corresponde a mí proteger a espías para no herir los sentimientos de alguien.

Elena tuvo que obligarse a permanecer en la mesa, a aguantarle la mirada, a pensar con claridad. Pensó en Kristína y en cómo le sentaría aquello en plena adolescencia. ¿Cómo podría ir a la universidad siendo hija de dos personas acusadas de traición? Pensó en el almuerzo que acababa de tomar, en La Cure Craig, en el negocio de coches, en su madre.

—¿Espías? No diga bobadas, señor Haynes. Yo solamente le digo que un poco de humanidad no hace daño a nadie. —Él la observó en silencio—. ¿De verdad piensa...? —Elena tuvo que hacer un esfuerzo para no bloquearse—. ¿De verdad piensa su periódico publicar esas patrañas?

—Aún no se lo he enseñado a nadie. Quería que lo viese usted primero.

Cuando le sonó el móvil, Elena se sintió como si le hubieran lanzado un salvavidas, una razón legítima para apartar la mirada del periodista.

—¿Diga?

—¿Sigue ahí? —preguntó Sergei.

—Sí.

—Estamos fuera. A ver, Elenka, somos tus abogados, ¿sí? Lo vamos a invitar

a una reunión en La Cure Craig. Sólo tenemos que conseguir que se meta en el coche, ¿entendido?

—Sí.

—Mantén la calma. Te interesa lo que ese tipo ha encontrado y de dónde lo ha sacado, pero es basura. Basura, ¿sí?

—Basura absoluta.

Elena miró a Jake Haynes y sonrió.

—Entramos dentro de un minuto.

—Os veo ahora entonces.

Elena inspiró hondo.

—Iba a reunirme con mis abogados esta tarde para repasar la compra de unos inmuebles para mi negocio de balnearios.

—La Cure Craig.

—¿Lo conoce? ¿Querría venir conmigo? ¿Con nosotros? Me gustaría que ellos vieran esto, a ver si averiguamos quién anda por ahí intentando calumniarnos. Como no va a sacar nada de ello, periodísticamente hablando, a lo mejor puede escribir sobre su primera manicura.

Haynes levantó la vista. Sergei y sus hombres habían llegado.

Dos semanas después, Elena supo que Jake Haynes se había suicidado en el hotel Algonquin con una combinación de buen whisky escocés, antidepresivos y pastillas para dormir. Varios equipos registraron los archivos de Praga, Moscú y Montreal para borrar lo que pudiera borrarse. Descubrieron al hombre que le había vendido la documentación y también él sucumbió a los estragos del alcoholismo y la demencia.

Con el relanzamiento del negocio de Anthony, hubo un estallido de pedidos extranjeros de sedanes y todoterrenos Craig a prueba de balas, primero en Rusia, luego en Oriente Medio, en China, en Venezuela... Algunas estrellas del *hip hop* los compraron también para sus vídeos musicales, los fans los imitaron, y con eso bastó para que la división automovilística de Craig International registrara su primer ejercicio rentable.

En el Salón del Automóvil de Frankfurt de 1995, Anthony Craig conoció a

una joven modelo de Moldavia, y cuando llamó a Elena para hablarle de su nueva novia, ella se limitó a felicitarlo y lo celebró con una copa grande de vino.

Nueva York, 2016

En la cola de taxis del aeropuerto de LaGuardia, Grace canceló la reserva para la cena y reservó dos habitaciones individuales en el Holiday Inn Express. Había repasado mentalmente todo lo que William había dicho y hecho desde que se habían conocido en el vestíbulo del Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios y de pronto lo veía todo con otros ojos.

El taxista, en cuya placa del salpicadero se leía LILESA, salió a la niebla y la lluvia. Glenn Gould interpretaba las *Variaciones Goldberg*, algo que Grace no esperaba oír en un taxi.

—¿Es la grabación de 1981? —preguntó William inclinándose hacia delante.

—Sí, señor —contestó Lilesa.

—En ésta tararea mientras toca.

—Sí, señor. Me gusta mucho. Es muy humano.

William le pasó el brazo por los hombros a Grace.

—Muy humano —repitió.

A ella le dieron ganas de zafarse de él, de abofetearlo, de interrogarlo, de gritarle en la cara. En cambio, levantó la mano y acarició la suya.

—Cuando tu libro esté terminado y en las tiendas, a lo mejor puedes venir conmigo a Londres —comentó William.

«Ay, para ya. Para, por favor —se dijo Grace—. ¡Yo confiaba en ti!»

—¿Qué te retiene en Estados Unidos? Tu madre, supongo. Bueno, pues nos la llevamos también. El clima de Inglaterra no es una maravilla, te lo advierto. Vale, es terrible. Pero, como hemos podido comprobar, tampoco es tan fantástico en Montreal. Tenemos una sanidad decente. Y, aunque a veces sea indecente, es gratis. A lo mejor, si trabajamos juntos, podríamos permitirnos meterla en un

centro mejor que el de Florida. Y si hay un jardín o un parque cerca, mucho mejor todavía; los fines de semana podríamos sacarla a pasear. Dijiste que querías que tu madre conociese Praga mientras aún ve algo... Los vuelos desde Londres con las líneas aéreas *low cost* salen tirados de precio.

A Grace se le había secado la boca. No era capaz de mirarlo a la cara.

—Podrías buscar trabajo en un periódico, o hacerte autónoma, o escribir otro libro. Podríamos vivir en mi casa o juntar nuestras fortunas y buscar algo un poquito mejor, con tuberías más fiables. Ay, las tuberías inglesas. ¡Eso no te va a gustar!

A Grace le corrió una lágrima por la mejilla y se la limpió enseguida, y miró por la ventanilla para que William no la viese llorar. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no plantarle cara, hablarle del dossier y preguntarle quién era en realidad. ¡¿Cómo se atrevía?!

El taxista bajó la música de piano y dijo no sé qué del tráfico de Grand Central Parkway. Preguntó algo y Grace no pudo contestar porque no quería que William notase que tenía un nudo en la garganta.

—Apuesto a que por ahí vamos bien —dijo William, y le enseñó a Lilesa un pulgar hacia arriba—. Confiamos en su intuición y su experiencia, señor.

Seguramente aquello no estaba en el manual del espía perfecto, se dijo ella, saber ocultarle las lágrimas al hombre que te trata como si casi fuera tu novio.

—¿Va todo bien, Grace?

—Estupendamente, sí. Gracias. Estoy pensando en mi madre.

El taxista tenía razón respecto al tráfico. Un monovolumen se había estampado en la parte de atrás de un camión de comida que llevaba una imagen del Taj Mahal en un lado. Entonces, en la penumbra del túnel de Queens Midtown, William le acarició la cara y la besó. Ella se dejó. El túnel era largo y el tráfico denso y lento, así que se besaron un buen rato. Grace olvidó dónde estaban y lo que sabía de William; sólo quería que el río East no se acabara jamás. Si nunca llegaban a Manhattan, podrían ser amantes, ahogarse en el olor a carbón y gases de combustión, en el tarareo y el piano de Glenn Gould hasta el fin de los días.

Pero llegaron al final del túnel, a las luces de la ciudad. Al pasar por debajo

del indicador de Downtown-Crosstown-Uptown, Grace no pudo aguantar más. Su aliento, su nariz, sus dedos largos, el sonido del choque de sus gafas..., todo era una traición. Lo apartó de su lado con tanta fuerza que él se golpeó el cogote con la ventanilla.

William se frotó la cabeza y miró a Grace, y sus ojos pasaron de la sorpresa al entendimiento.

—Espera. Grace...

—Piensa antes de hablar, William, si es que te llamas así de verdad.

West Thirty-ninth Street era estrecha y caótica. Pasaron por delante de una coctelería, donde ella quería emborracharse sola esa noche.

—Grace, tienes que escucharme atentamente —le dijo con voz de pito, aterrado—. Te lo explicaré todo.

Nada más pasar la coctelería, un grupo de hombres jóvenes en camiseta fumaba cigarrillos a la puerta de un pub irlandés. El taxista bordeó a un vendedor de perritos calientes con chubasquero que detuvo su carrito plateado cubierto por un toldillo delante del Holiday Inn. La acera estaba en obras y no era fácil bajarse del taxi por el lado del hotel.

Para entonces, Glenn Gould tocaba tan rápido que ya no lo oían tararear. William intentó pagar y Grace se le adelantó con la tarjeta de crédito.

—Te he reservado una habitación pensando que sería lo bastante fuerte como para fingir que me da igual que seas un espía. Pensaba que sabría llevarte y protegerme, asumir el control de algún modo, incluso «estar contigo», pero sí que me importa que seas espía, que sólo hayas fingido que te gusto. Así que ya puedes entrar y decirles que no necesitas la habitación y largarte a donde sea que vayáis. ¿A la embajada rusa?

De pronto el piano sonaba tan suave que Grace pudo oír otra vez el tarareo de Glenn Gould. Cuando ella no miraba, William abrió la puerta y bajó. Una ráfaga de viento frío se coló en el vehículo. El taxista le agradeció la propina, bajó de un salto e intentó hablar con él.

William lo ignoró y se agachó. Estaba pálido y nervioso.

—Grace, tienes razón. No he sido del todo sincero, pero te aseguro que lo que sea que estés pensando no es verdad. Cuando oigas lo que tengo que decirte, lo

verás todo de otro modo.

—¿No es eso lo que dicen todos los traidores? —Grace se recostó aún más en el asiento de atrás del taxi—. Yo creía que... te gustaba. Creía que querías ayudarme. Dios, me ayudaste a enterrar a mi gata. ¿Cómo podéis hacerle eso a la gente?

—Vamos dentro y te enseño unas cosas. Una propuesta.

—Te has quedado dormido en el avión, William. Ya he visto tus cosas.

Él le tendió la mano para ayudarla a bajar del taxi.

—Esto no lo has visto.

—Apártate, traidor, no te voy a tocar.

—Me acabas de besar.

—He cambiado de opinión.

William suspiró y retrocedió un paso. Grace bajó del taxi sin que nadie le diera la mano. El taxista le preguntó a William cómo habían llegado a Nueva York sin equipaje.

—Es un viaje raro —contestó él con tristeza.

El tiempo pareció ralentizarse de repente. Al principio Grace pensó que era la falta de sueño, de comida, lo que hacía que le pitaran los oídos. Empezó como un ruido sordo por debajo de la música de piano y fue creciendo cuando salió a la calle.

—¡Eh!

Era el vendedor de perritos calientes.

Un sedán negro había salido de entre los andamios de detrás del carrito y enfilaba la calle a toda velocidad. De primeras, Grace creyó que era un coche de policía de incógnito que no había puesto la sirena y se dirigía a alguna emergencia lejana, pero no llevaba sirena e iba directo hacia ellos.

El taxista gritó y trepó al capó de su taxi. William gritó el nombre de Grace y la envolvió con sus brazos. Ella intentó resistirse, pero él era demasiado fuerte.

—¡Cuidado! —dijo, y Grace pensó que iba a hacerle daño y cerró los ojos.

Pero no le hizo daño. La cogió en brazos como si fuera una niña indefensa y la lanzó entre dos coches, bordeando el maletero del taxi.

Cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con el asfalto justo cuando el sedán

pasaba a toda velocidad junto al taxi, en dirección a William.

Nueva York, 2016

William se estaba apartando del coche cuando éste lo embistió. Su cabeza y sus hombros se estrellaron contra el capó y el parabrisas, y luego salió disparado por los aires, con el cuerpo lacio y descoordinado, mientras el coche se alejaba a toda pastilla. Aterrizó en la calle con un sonido horrible.

A Grace le sangraba el oído. Gritando su nombre, trepó entre el taxi y el coche que había detrás y corrió hacia él. William tenía la cara manchada de sangre también y los ojos cerrados. Le cogió las manos y le dijo que se iba a poner bien. Ya no le importaba quién era. Había perdido un zapato cuando el coche lo había atropellado y no llevaba los calcetines a juego.

A su espalda, la gente gritaba: «emergencias», «ambulancia», «un médico», «matrícula»... Luego aparecieron piernas por todas partes, y voces, y Grace quería que se callaran todos porque estaba buscándole el pulso a William. Entonces notó unas manos de alguien que la llamaba «cielo».

—Soy médico —dijo la mujer.

Luego otra mujer se arrodilló al otro lado de William. Al principio le pareció bien, pero después se dio cuenta de que estaban por todas partes.

—¡No! —gritó—. ¡Apártense de él!

De pronto, alguien la retuvo cuando intentaba impedir que la mujer que se hacía pasar por médico le hiciese daño a William. Nadie entendía de qué hablaba, que los seguían a todos, que los vigilaban a todos.

—Señora, está conmocionada —le dijo un hombre con la cara demasiado cerca de la suya, así que lo apartó de un empujón.

Luego oyó sirenas, pero ella no quería una ambulancia porque eso significaba que William no se iba a poner en pie.

—Lo siento —se lamentó la doctora.

Grace le cogió la mano a William y puso la oreja, la que no le sangraba, en su pecho. «¡Cállense todos!» No oía nada con las sirenas.

Para entonces, también había llegado la policía y, cuando intentó pasar por delante de ellos para asegurarse de que los sanitarios eran de verdad, un hombre le gritó en la cara que se apartase «de una puta vez».

Lilesa, el taxista, sostenía su bolso y la bolsa del ordenador de William. Se los dio y le limpió la oreja con un clínex.

—Iban a por usted —le dijo—. Ese coche ha aparecido cuando se ha bajado usted, oiga.

Entre la cuadrilla de la obra de la acera, la ambulancia y la policía, y la gente del hotel, la muchedumbre era considerable. Grace estaba convencida de que el asesino del coche no estaba solo. Algunas personas la señalaban y dos agentes de policía uniformados, un hombre y una mujer, se dirigieron a ella.

Los dos tendrían unos treinta años y ambos eran altos.

—Tenemos entendido que estaba usted con el caballero cuando lo han atropellado —dijo la mujer.

Grace asintió con la cabeza. Intentó decidir si había algo raro en ellos. La policía tenía un acento de Brooklyn convincente.

—Trabajábamos juntos.

—¿Cómo se llama él?

Miró alrededor y vio a dos hombres trajeados apoyados en el ventanal del Holiday Inn, vigilándola. Uno de ellos llevaba un sombrero de fieltro.

—William Kovály.

—¿Podría deletrearlo? —pidió el agente.

Otros dos hombres se abrieron paso entre la multitud y se situaron junto a la policía, uno con vaqueros y blazer y el otro con perilla y un traje azul que le quedaba demasiado grande. El de la perilla le enseñó la placa y se presentó. El otro despachó a la policía uniformada. Antes de que le dijera su nombre, Grace retrocedió y se hizo hueco entre la gente.

—¡Espere! —exclamó el inspector de la perilla. Grace corrió hasta el final de la manzana, cruzó la calle y giró por la Sexta Avenida. Cuando lo hacía, el

inspector le dio alcance—. ¿Adónde cree que va?

Sabía que era peligroso, otro perseguidor, de modo que le pegó en la cabeza con la bolsa del ordenador de William y siguió corriendo por la Sexta Avenida, zigzagueando entre la gente, ignorando el semáforo en los cruces y gritando advertencias a los conductores que parecía que no iban a parar. Oía pasos a su espalda, y gritos, pero, con el viento, no los distinguía.

Entró corriendo en Bryant Park, donde se había reunido un nutrido grupo de personas por el mercado de invierno. Habían terminado ya las clases ese día y los niños y sus niñeras se habían sumado a los tortolitos en la pista de patinaje. No había un lugar donde esconderse, porque ya no quedaban hojas en los árboles, así que compró un gorro de lana negro en un quiosco pese a que costaba cuarenta dólares, se lo caló hasta las cejas y se sumó a la riada de turistas.

Al volverse, vio al que parecía el inspector de la perilla y a la policía uniformada por el mercado de invierno. Grace se quitó el abrigo, se lo ató a la cintura y entró en el baño público sorprendentemente lujoso del parque. Se encerró en un cubículo y se sentó en la taza. Ningún inspector de verdad la habría perseguido. Había testigos de sobra de la muerte de William. Alguien había voceado la matrícula.

Los baños de Bryant Park eran un sitio popular. No paraban de entrar y salir mujeres y chicas, riendo y protestando, hablando de hombres y de chicos.

Grace se recostó en la pared, cerró los ojos y reprodujo mentalmente la muerte de William. Pensó en sus calcetines, uno azul y otro negro, ligeramente quitados. ¿Adónde habría volado el zapato? Pensó en Katka y en su padre, y en *Zip*. Si no hubiera sido tan egoísta, si se hubiera limitado a preguntarle a Elena por la etiqueta de la cena de Navidad y a pedirle consejos para las compras por internet mientras bebían champán de Praga a Mladá Boleslav, todos ellos seguirían vivos. Se echó a llorar pero se interrumpió, y luego cayó en la cuenta de que un baño público en pleno Manhattan era un sitio perfectamente legítimo para desahogarse, y así lo hizo.

Pasó una hora encerrada en el baño, llorando, odiándose, odiando a Elena, preocupándose por su madre, por sus finanzas, por su propio asesinato, inevitable. Cuando por fin estuvo lista para salir, ya había encontrado la

dirección de la comisaría de Midtown South. Estaba a quince minutos a pie. Si los inspectores eran de verdad, estarían allí y ella tendría una excusa perfectamente válida para ellos. Se acercó al lavabo, se mojó los ojos irritados, se limpió la sangre coagulada de la oreja y se metió bien el pelo por debajo del gorro de lana.

A lo mejor los inspectores le sugerían incluso un modo de mantener a su madre a salvo. Esa noche, desde la habitación del hotel, ampliaría el borrador de su artículo tal y como ella lo entendía y por la mañana cogería un taxi al One World Trade Center y se lo vendería a *The New Yorker*.

Se acabó.

Abrió la puerta a la oscuridad que había caído en el rato que había estado encerrada. El aire frío del parque le azotó la cara mientras sus ojos se acomodaban a la noche. No había nadie esperándola junta a la verja de hierro forjado. Grace miró el móvil para ver cómo llegar a la comisaría y giró a la izquierda.

Aunque estaba a la sombra, el hombre de detrás de la arcada de piedra le resultaba familiar. Abandonó la ruta hacia la comisaría y se adentró aún más en el parque por Forty-second Street, pasó por delante de las mesas de ping-pong y se metió entre los puestos del mercado. Cuando apretaba el paso, él lo apretaba también. Por un segundo se volvió y recordó dónde lo había visto: era uno de los hombres que estaban apoyados en el ventanal del Holiday Inn.

Grace empezó a hacer inspiraciones largas como le había enseñado su instructor de defensa personal. «Cuando nos entra el pánico, dejamos de pensar.» Quería elegir el momento adecuado para echar a correr. Había un grupo de turistas de China encabezado por un guía con un pequeño amplificador de voz. Echó a correr de repente y los rodeó, se sirvió de ellos para obstaculizar el paso a aquel tipo.

Habían matado a William a plena luz del día, en una calle concurrida, y si él no hubiera llegado a apartarla, la habrían atropellado a ella también. Caminó rápido entre la multitud, procurando no tropezar con los patinadores, cruzando el parque en diagonal, y volvió a girar a la derecha para confundir al hombre en caso de que la hubiera visto. En el lado sur de la pista de patinaje las luces eran

más tenues. Se acercó al tiiovivo infantil y volvió a explorar el parque en busca de un sitio donde esconderse, entre los dos jardines de plátanos, y entonces se dio de bruces con otro individuo. Rebotó en él y cayó al suelo, con el bolso en una mano y la bolsa del ordenador de William en la otra. Era el otro tipo que había visto apoyado en el ventanal del Holiday Inn. El del sombrero de fieltro.

A su espalda, llegaba su compañero, sin aliento.

Las sillas del parque estaban vacías. Volaban las hojas por encima de los adoquines. Los niños y los padres estaban o en la pista de patinaje o en el tiiovivo. El hombre con el que había chocado, el del sombrero de fieltro, levantó un arma.

—Lo has hecho bien, Grace.

—¡Espere! ¡No pueden hacer esto!

Ella le lanzó el bolso y él lo apartó de un manotazo. La bolsa del portátil de William pesaba tanto que, desde el suelo, lo mejor que podía hacer era atizarles con ella en las rodillas. Pasó volando entre los dos, por encima de las hojas secas. Grace reptó de espaldas por el suelo mientras los dos tipos se plantaban delante de ella. Ambos iban armados y parecía darles igual quién los viera.

—Podemos hacer lo que queramos —replicó el del sombrero de fieltro, y, mirando a derecha e izquierda, apuntó el arma.

Grace cerró los ojos y, aunque sólo había ido a la iglesia en bodas y funerales, rezó una oración. Se oyeron dos estallidos, no más fuertes de lo que ella había oído en la mesa de ping-pong, ahogados por los gritos de alegría de los niños del tiiovivo y de la lejana pista de patinaje. Y no le dolieron, al menos de momento.

Oyó dos ruidos secos y abrió los ojos. Los dos tipos trajeados estaban en el suelo y el sombrero de fieltro rodaba en un semicírculo. Roberta McKee se alzaba sobre ellos. Con una mano enguantada cogió el bolso de Grace y luego la bolsa del ordenador de William.

—¡Levántese! ¡Vamos!

Sochi, Rusia, 2014

Elena observó al hombre que llevaba el dorsal 11, con mucho, el jugador más lento y más menudo de toda la pista de hielo. Sus compañeros de equipo, los de los jerséis rojos, le pasaban el disco para que pudiese disparar a portería. Ninguno de los defensas del equipo rival, los de blanco, se acercaba siquiera a él cuando tenía el disco, aunque aplastaban a cualquier otro que lo tocara. Una cámara de vídeo robotizada seguía todos los movimientos del número 11, tanto si llevaba el disco como si no, y fotógrafos de todo el mundo lo bañaban de luz siempre que intentaba marcar un tanto.

Aleksandr Mironov, el presidente de la Federación Rusa, se había preparado para las Olimpiadas de Sochi poniéndose guapo y convirtiéndose en la estrella de aquel espectáculo de cincuenta mil millones de dólares. Aunque faltaba menos de un mes para la ceremonia inaugural, el Palacio de Hielo Bolshói era uno de los pocos edificios que parecían verdaderamente acabados. Pero eso ya daba igual. En el interior del recinto, que se asemejaba a un resplandeciente huevo Fabergé, Mironov era Rusia, y Rusia había vuelto, grandiosa, rica, misteriosa, poderosa.

Cuando uno de los mejores porteros de hockey del mundo permitió marcar a Mironov, una pequeña multitud de gente vip y periodistas rusos lo vitorearon. Muy por encima de la pista, en un palco de lujo, Elena aplaudió también por cortesía.

—Si Anthony se hubiera presentado a gobernador de Nueva York, habría perdido. —Sergei Sorokin se metió un bombón en la boca. A diferencia de su jefe, él no jugaba al hockey, ni cazaba, ni hacía judo, y, a juicio de Elena, en los

últimos diez años se había puesto como una foca—. Sólo habría servido para humillarlo.

—Con el tiempo que llevas en Estados Unidos, todavía no entiendes a los americanos —repuso ella—. Puede perder y ganar a la vez, haciéndose un nombre.

—El nombre ya se lo hemos hecho nosotros, Elenka. Y a ti. Estaría en bancarrota si no fuera por nuestra intervención, aunque él sólo lo sepa a medias. Además, yo no creo que vaya a hacerse un nombre por perder.

Ella suspiró. No le gustaba pensar en Mustela Capital, menos aún hablar de ello.

—Vale, Sergei.

—Puede que nuestro Anthony no sea el mejor hombre de negocios del mundo, pero es un excelente vendedor. —Sergei señaló a Mironov, que aceptaba felicitaciones de sus compañeros de equipo y de sus admiradores de las gradas. El partido había terminado—. Como Aleksandr. Algunos hombres entienden de forma instintiva los deseos de la gente corriente.

—Pero Craig antes era una marca de lujo.

Sergei rio.

—Por favor, Elenka, tú eres europea. Jamás ha sido una marca de lujo.

Elena escuchó lo que Sergei le decía del negocio de su exmarido. El cliente de Craig y el público de Craig eran los ricos sin sofisticación o esos que pensaban que merecían ser ricos, pero carecían de la inteligencia o la motivación necesarias para hacer algo al respecto. Eran, según la definición de Sergei, blancos, resentidos, desposeídos y endeudados. Los Craig eran los automóviles más arrendados de la historia, porque ésa era con mucho la forma más barata de conseguir uno. Los índices de impago eran extraordinariamente altos.

—Según nuestros sondeos, si se presenta en 2016, se llevará un mordisco de entre un veinticinco y un treinta y cinco por ciento del electorado estadounidense. Siempre que tenga el valor de darles lo que quieren. Y te aseguro, Elena, que no tiene nada que ver con el lujo.

—Pues ¿con qué tiene que ver?

Llamaron a la puerta. Sergei se incorporó y ella también. A Elena la habían

registrado tres veces y le habían requisado el móvil. Con un gruñido, Sergei se puso en pie y fue a abrir.

Fuera había entre cinco y siete guardaespaldas, colosos armados con el pelo rapado y trajes negros con algo de licra. Aleksandr Mironov entró en el palco de lujo vestido aún con la equipación de hockey y calzado con zapatos de cordones. Sergei se había puesto fofo, pero Mironov estaba más fibroso. Esperó a que Elena cruzase el palco para besarlo.

—Nuestra maravillosa Kingfisher —le dijo a Sergei.

Sergei aplaudió un poco y a Elena le pareció ridículo.

—Me encantan las mujeres checas. —Mironov se quitó los protectores de los codos mientras Elena y Sergei volvían a sus asientos—. Me encantan los checos. Me divierte el nombre que le habéis dado a vuestra transferencia de poder, la Revolución de Terciopelo. Ésas son las revoluciones que a mí me gustan. No se metió en la cárcel a un solo agente, ni vuestro ni nuestro, ni mucho menos se llevó a nadie a un callejón para pegarle un tiro. Buena gente, los checos. Les tengo mucho cariño.

Elena no soportaba a Mironov.

—Porque somos sumisos.

—Porque no dejáis que los sentimientos os impidan tomar la decisión correcta. He visto a demasiadas personas arruinarse innecesariamente por una simple cuestión de principios. En ese sentido, los checos sois muy sesudos.

Elena no quiso darle las gracias porque aquello no era en modo alguno un piropo. La estaba preparando. Todo lo que decía, cada paso que daba, estaba pensado para lograr algo en el futuro.

Disimuló sus sentimientos y sonrió.

—Gracias a vosotros, dos rusos malos, ya estoy a cuarenta años de distancia de la checa buena que era.

—Ahora eres estadounidense, «gracias a nosotros». —Mironov sacó la botella de vino blanco rumano de la cubitera y le llenó la copa a Elena, luego abrió dos botellines de cerveza, uno para Sergei y otro para él, y alzó el suyo—. ¡Por Estados Unidos!

—¡Por Estados Unidos! —repitieron tanto Sergei como Elena.

Después se hizo el silencio en el Palacio de Hielo Bolshói, un silencio que Elena no quería romper. Mironov la había invitado a que formase parte de la delegación vip de la Villa Olímpica de Sochi, como embajadora extraoficial tanto de Estados Unidos como de la República Checa. La Cure Craig tenía establecimientos en Moscú y San Petersburgo, ¿por qué no en Sochi?

Hasta Mironov parecía disfrutar del silencio y de la tensión de la sala. Por fin, dejó la cerveza y le hizo una seña con la cabeza a Sergei.

—El presidente y yo hemos estado hablando de tu situación —dijo Sergei, y metió la mano en su bolsa para sacar una carpeta. La abrió y le mostró una fotografía de una joven con abrigo de pieles—. Alina acompañará al presidente a algunos de los actos de aquí, de Sochi.

A pesar de los años que habían pasado, aquello aún la disgustaba.

—¿Sabe Alina que es hija de Tony?

—No, pero creemos que es hora de hablarle a Anthony de ella.

—Se lo dirás antes de las Olimpiadas —dijo Mironov, señalando a Elena con el botellín de cerveza—. Para que, cuando la vea conmigo aquí, en el estadio, sepa lo que nos debe. Es más que dinero, ya sabes.

—¿Y por qué tengo que decírselo yo?

Sergei se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

Parecía algo incómodo.

—Su falta de disciplina es a la vez su mayor fortaleza y su... Bueno, nos aterra.

Mironov se aclaró la garganta y le hizo una seña a Sergei para que callase.

—Anthony no es nada convencional, pero, en el fondo, es un hombre justo, un hombre orgulloso —dijo Mironov—. Piensa en cosas normales, aunque nunca hable de ellas. A pesar de sus maravillosos defectos, nuestro Anthony Craig no es imbécil. Entiendo lo que dices, Elena. Puede que lo hagamos todo con azucarillos, en lugar de amenazas. De momento, lo alentaremos a que se presente a las elecciones de 2016. Empezaremos a ayudar, a nuestro modo.

—¿Cómo?

—Con vuestras maravillosas instituciones e invenciones americanas. La democracia moderna, los medios de comunicación modernos, la tecnología

moderna... Son vuestros caballos de Troya y los vamos a usar contra vosotros.

—Tony no podrá ganar unas elecciones así.

—Ganará —aseguró Sergei.

—Mis padres están en el Cibulka. Fuera de esta sala, la gente sabe de dónde vengo, saben lo suficiente de mí para hacer que me arresten. Sólo en Mladá Boleslav hay diez personas que...

Mironov cogió una de las sillas mullidas que había al lado de ella. De pronto, todo olía a pintura nueva y a los gases residuales del plástico sin desenvolver: el vino, la silla, el edificio, el aliento del presidente de Rusia...

—Todos los días —le dijo en voz baja— alguien publica algo sobre mí y mi pasado con lo que podrían encerrarme en la cárcel por traición. Todos los días, Kingfisher mía. Venimos del KGB. Yo fui director del FSB. —Rio.

—Pero ¿y si tienen pruebas, como Jake Haynes? ¿Pruebas de lo que hice en realidad en la universidad, de lo que hacía en Estrasburgo, en Montreal? ¿Cintas?

—No hay pruebas. Si aún queda algo, lo han fabricado nuestros poderosos enemigos. Enemigos del pueblo.

La expresión comunista, «enemigos del pueblo», se le coló en la cabeza a Elena como una antigua canción. Se recostó en el asiento.

—A lo mejor es así como funcionan las cosas en Rusia. En Estados Unidos es diferente.

Mironov se acabó la cerveza y se levantó a por otra.

—Ya lo verás. Y ahora hablemos del futuro. ¿Cómo podemos ayudarte a que ayudes a tu marido a convertirse en el hombre más poderoso del mundo?

Nueva York, 2016

Grace miraba por la ventana de una suite de un dormitorio en el Plaza. Estaba demasiado oscuro para poder disfrutar de la vista del parque.

A su espalda estaba Roberta McKee, sentada en la cama.

—Entiendo que quiera escribirlo. —Roberta vació la botellita de champán del minibar en un vaso—. Se imagina en la CNN, hablando con Anderson Cooper, ¿sí? La periodistucha convertida en periodista de investigación. Pero eso jamás ocurrirá.

Grace se apartó de la ventana y se sentó en la silla de color crema que había junto a la cama. Aún tenía las manos frías y temblorosas, pese a que las había metido debajo del chorro de agua caliente cinco minutos al llegar a la suite.

—Si voy a la policía...

—La despacharán sin más. Y yo no estaré ahí para volver a salvarla en Bryant Park. No estaré ahí para salvar a su madre, ni a su exmarido. Ni a sus amigos de Montreal. Sé que haber descubierto algo debe de ser emocionante para usted. Los de la generación de la señorita Craig no eran tan cuidadosos. Tenían registros, ¡registros físicos! Casi todo ha desaparecido ya, como bien sabe. Sinceramente, Grace, cuando vaya a comisaría la archivarán con los *buscaverdades* del 11-S y se reirán de usted en cuanto se marche.

—El FBI podría detener a la señorita Craig.

—¿Detenerla? —Roberta rio—. En una hora habrá regalado sesiones de balneario a todo el edificio Hoover. Grace, el FBI no puede hacer nada por usted. Cada día desaparecen más pruebas. Los que presentan historias como la suya terminan desacreditados y desprestigiados. Será una paranoica y una histérica a la que han echado de un periódico sensacionalista.

Grace se tocó la oreja dolorida. No se fiaba de Roberta, pero tampoco veía motivo para fiarse de la policía ni del FBI.

—¿Cómo sé que no fue usted quien mató a mi gata?

Roberta se encogió de hombros.

—Supongo que no puede saberlo. Pero sí sabe que podría haberla matado a usted también, en más de una ocasión. Sabe que le he salvado la vida. La señorita Craig quería que Bradley y yo la mantuviéramos a usted a salvo. El último periodista que intentó escribir su historia, bueno, no terminó muy bien. Claro que él tenía documentos, no la basura que ha encontrado usted. Pero ahora corren otros tiempos. Podría publicar esto en Facebook, los archivos, el Cibulka, lo que le ha ocurrido... A la mayoría le parecerá un disparate, pero habrá personas que...

Grace había pulsado el botón de grabación de la aplicación del móvil en el coche, mientras Roberta hablaba con el aparcacoches. Su primer instinto, después de que les pegara un tiro a aquellos tipos, había sido salir corriendo y no parar hasta llegar a la comisaría, como tenía previsto, pero al pasar delante del tióvivo cogida del brazo de Roberta ésta le había susurrado: «Calma, calma, sonríe...», y luego le había dicho algo que no esperaba: «William la quería».

Aunque William trabajaba para Elena, él no sabía que Roberta y su compañero, Bradley Tebb, también lo hacían. Las golondrinas y los cuervos respondían todos al mismo jefe, pero no siempre estaban de acuerdo en los métodos. Forjaban alianzas, y Roberta y Bradley estaban en la órbita de Elena. Ella era su mentora.

Sus jefes habían querido eliminar a Grace en cuanto habían visto lo que tenía en el ordenador y en el móvil, en cuanto habían sabido con quién se había comunicado. Elena tenía una solución más elegante.

En el coche, Roberta le había enseñado a Grace capturas de pantalla de mensajes que William le había enviado a Elena. Cuando todo terminara, William tenía pensado llevarse a Grace y a su madre a Inglaterra. En la suite Carnegie Park del Plaza, Grace le pidió que volviera a enseñarle las capturas.

—¿Y por qué no me lo dijo? —preguntó mientras las leía e imaginaba la vida que podría haber tenido con él.

—Se lo iba a decir hoy. Lo mismo que he venido a decirle yo. Sólo que no tuvo ocasión.

—Pero todos ustedes son, a fin de cuentas, del servicio secreto ruso.

—Yo sí —dijo Roberta—. Pero William no. Él trabajaba para Elena.

—Ha mencionado a los jefes. Si Elena era la jefa de William, ¿quién es el suyo?

—Eso es irrelevante para usted.

—¿Sergei Sorokin?

Roberta dejó el vaso de champán.

—¿Dónde ha oído ese nombre?

Grace le habló de Katka y de su padre, del incendio de Mladá Boleslav.

—No tiene ningún documento sobre él, ¿verdad? ¿Ninguna prueba?

Grace negó con la cabeza.

—Bueno, ahora entiendo por qué querían verla muerta.

—¿Quién es? —Roberta levantó los brazos en señal de rendición—. Hay cámaras en Bryant Park. La verán disparando a esos tipos.

—De eso ya nos hemos encargado. —Roberta hizo una pausa y le dio un buen trago al champán—. Elena Craig se hizo golondrina, ¿cuándo exactamente?, ¿a principios de los setenta? Y ahí está, a tiro de piedra de la Casa Blanca.

—Pero, según los analistas, él no puede ganar la semana que viene.

—Estoy convencida de que hasta monsieur Craig piensa que va a perder. Pero ¿sabe qué, Grace? Que no. ¿Ha visto por casualidad los resultados del Brexit en la BBC? Los presentadores empezaron la noche con absoluta confianza porque todos ellos fueron a colegios caros y las únicas personas que conocen iban a votar por que se protegiera y sostuviera el *statu quo*. Nuestra gente, nuestros aliados secretos, hombres y mujeres excelentes de todo Estados Unidos, quieren aplastarlo y destruirlo porque no hay nada que proteger. Ya se habrá dado cuenta, ¿no? ¿Acaso, cuando terminó la universidad, su ambición era trabajar en Canadá para una publicación sensacionalista de baja tirada? Ha venido aquí a comprar cosas, sólo que no se las puede permitir y jamás podrá. Está en las redes sociales,

¿verdad? Para algunos de nosotros no hay nada tan excitante como mandarlo todo al garete.

Grace no había pensado en lo que Steadman Coe llamaba «su gente», la de ella, como la gente de Roberta McKee.

—Es diez años mayor que yo y no tiene nada, Grace —prosiguió—. Nadie recuerda lo que ha escrito. No tiene dinero. No tiene posesiones. Su madre enferma, casi ciega, vive en la miseria. Pero ha trabajado mucho. Ha sido obediente. Ha votado en todas las elecciones, a distancia, y se ha ofrecido como voluntaria de ONG de dos países. Pronto entrará en la segunda mitad de la madurez angustiada por su legado, por su muerte, y salvo que esté loca, que no lo está, empezará a entender que este sueño, ese décimo de lotería que todos los americanos decentes llevan en el bolsillo, ha sido mentira desde el principio. Grace, nunca ha tenido una oportunidad.

Roberta sacó una carpeta de la bolsa que tenía al lado, encima de la cama. Grace supo lo que era antes de que se la diera. En la cubierta había fotografías de jardines frondosos, una piscina, patios exteriores que parecían hoteles de cinco estrellas...

—Se llama The Grove.

Dentro había folletos en papel satinado que hablaban del estilo de vida, de los servicios sanitarios y de la comunidad. Estaba en Florida, junto a los Everglades.

—No hay un centro mejor en todo el mundo. Se paga una única cuota de doscientos cincuenta mil dólares para hacerse miembro vitalicio y luego siete mil dólares al mes. A cambio, ofrecen la mejor comida, la mejor atención sanitaria y un precioso apartamento de un dormitorio con todas las comodidades imaginables. Aunque nada puede garantizarnos la felicidad en la vejez, esto se le acerca bastante, ¿no le parece, Grace?

—Es muy bonito.

Roberta sacó otra carpeta. Ésta era completamente blanca. Grace la abrió y vio un resguardo de un depósito a su nombre, de una entidad llamada Zürcher Kantonalbank.

En la cuenta había, al parecer, tres millones y medio de francos suizos.

—¿Qué es esto?

—El franco suizo está algo mejor que el dólar estadounidense, así que serán unos tres millones seiscientos mil. Tendrá que pagar las comisiones del cambio de divisa, claro. Salvo que quiera mudarse a Zúrich. O mejor a Ginebra. Allí hablan francés. Es uno de los bancos más seguros del mundo —dijo inclinándose hacia delante y señalando el logo del Zürcher Kantonalbank.

Grace la miró.

—Todo esto para...

—Ésa es la mejor parte. Todo esto sin hacer nada. Enhorabuena, Grace. Nos ha vencido. Hemos querido detenerla y no lo hemos conseguido. Y ésta es su recompensa.

—¿Y dejarán de intentar asesinarme?

—La señorita Craig tiene influencia con los jefes. Los convencerá de que tiene usted más de lo que pensamos, que ha logrado enviarlo a alguna parte y que con su muerte se haría todo público.

Grace miró la cifra, los ceros, e imaginó lo que podría hacer con todo eso. Se compraría un piso en Miami South Beach, lo bastante cerca como para visitar a su madre, pero lo bastante lejos como para no hacerlo más de una vez por semana. Viajaría a todos esos sitios en los que no había estado nunca: Francia, Kenia, Tailandia, Argentina... Podría dedicarse al periodismo serio para aliviar el remordimiento de aquel soborno.

—¿Y si no acepto? ¿Y si voy al FBI?

—Los Craig la demandarán. Se les da muy muy bien, y disponen de recursos infinitos. —Roberta se levantó de la cama y se estiró—. Se acostará cada noche preocupada por esa llamada a las tres de la madrugada sobre su pobre madre: una caída, un despiste con las inyecciones de insulina, un coma... ¿Cómo será para usted ir en transporte público o comer en un restaurante, si se lo puede permitir, o incluso pasar al lado de gente de aspecto corriente por la calle y preguntarse quiénes son esas personas en realidad y qué pueden hacerle?

Grace negó con la cabeza.

—Debe de ser horrible amenazar a la gente con la violencia y la muerte.

—Esta noche estoy aquí para hacerla rica, libre, para darle a su querida madre una vida digna, y salud y alegría. Su gobierno no puede protegerla. Yo sí. Eso

me produce un inmenso placer.

—Usted tampoco puede dejarlo, ¿verdad? Son sus dueños como lo son de Elena —dijo Grace, mirando las fotografías de The Grove.

—Mis padres viven bien. Yo vivo bien. Es una decisión que he tomado, aunque no sea la vida que esperaba tener.

—La reclutaron, igual que a Elena.

Roberta metió la mano en el bolso de Grace y sacó el móvil y la libreta.

—Así es como hemos sabido dónde estaba, por cierto. Por estos estupendos teléfonos, por su tarjeta de crédito...

Con la otra mano agarró la bolsa de William.

—¡Eh!

—Un trato es un trato, Grace. Búsquese otros cacharros. Todo lo que necesita para acceder al dinero está en esa carpeta. Y mañana recibirá una confirmación por correo electrónico de la plaza de su madre en The Grove. Es suya a partir del lunes. ¿Por qué no vuela a Miami en primera y le da una sorpresa?

—¿Adónde va?

Roberta se detuvo junto a la puerta.

—Ésta es su habitación. Mucho más bonita que la del Holiday Inn Express, y más adecuada a su nueva situación. —Le guiñó un ojo—. Siento haberme bebido su champán. Pídase otro si quiere, paga la casa.

Novyy Rim, Rusia, 2016

El chófer de Sergei Sorokin tenía resaca. Por lo visto, casi toda la ciudad estaba durmiendo la mona, porque el tráfico en la autopista de Rublevo-Uspenskoe era ligero en ambas direcciones. El águila en vuelo del logo de Craig en el volante lo complacía tanto que se desplazó a la derecha del asiento de atrás para poder verlo mejor mientras se dirigían al oeste de Moscú. Casi todos los cargos destacados del gobierno iban en Craigs. Cuando se había presentado el Ne Plus Ultra, la gente se había burlado de ese modelo porque tenía el peor nombre de la historia del automovilismo; sin embargo, ahora era uno de los más vendidos en todo el planeta. Era el coche americano más grande, menos eficiente y más opulento, y el primero a prueba de balas. Costaba sólo ciento cuarenta y cinco mil dólares y salía mucho más barato que comprar un Mercedes menos lujoso y equipar después la carrocería con lunas nuevas, Kevlar, placas de acero y nailon balístico.

Mientras desayunaba temprano en un café tranquilo situado junto a una taberna inmensa, el servicio de limpieza aún no había recogido las botellas, las latas, los vómitos y otros detritos de las juergas hasta ultimísima hora de la noche. Después de tantos años de rusofobia, el nuevo presidente electo de Estados Unidos de América era considerado amigo del Kremlin.

El presidente favorito de Mironov.

A sus setenta y un años e irremediablemente gordo, escandalosamente rico y más o menos feliz, Sergei pensó en lo que iba a dejar a su muerte. El presidente electo Anthony Craig era su legado, pero si coincidía con el renacer ruso que tanto había ansiado, cada vez deseaba más que sus nietos conocieran y celebraran su papel en él. Imaginaba una estatua modesta de su persona a la

entrada del Park Ville, en Rublyovka, a cinco minutos de su casa. La mayoría de los jóvenes oligarcas que él había contribuido a crear y de los que había sido mentor habían abandonado sus mansiones de Rublyovka.

Hoy era el día en que empezaban a volver a casa, con sus ambiciones y su capital. Una mujer de la mejor floristería de Moscú se había encontrado con él en el café, y ahora el ramo desprendía su delicioso aroma en el asiento de atrás. De camino a casa después de aquella reunión, pararía en la tienda de perfumes de los almacenes GUM y le compraría un regalo a su nueva esposa, Svetlana. Le gustaba regalarle Chamade, una fragancia de Guerlain que llevaba el nombre del redoble de tambor que había señalado la retirada de las tropas napoleónicas de Moscú.

Salieron de la autopista y entraron en el bosque cercano al palacio presidencial. El chófer le preguntó si podía abrir las ventanillas para que el Craig no oliera tanto a flores. Aunque hacía una mañana fría, Sergei se compadeció de él. Y no se arrepintió. El aire del bosque era fresco y limpio, entre la descomposición del otoño y la muerte absoluta del invierno.

Los muros que rodeaban Novyy Rim medían más de seis metros. La vigilancia y la seguridad eran espectaculares. A la entrada, tres hombres trajeados y con abrigos negros largos inspeccionaron el vehículo mientras un cuarto hombre, con los ojos también irritados de cansancio, hablaba con el chófer.

El palacio propiamente dicho era de color amarillo claro con pilares blancos. A la derecha, según se iba acercando el coche, avanzaban dos mujeres con sendos caballos ensillados para montar. Sergei reconoció a una de ellas y saludó con la mano. En la finca había un exquisito invernadero y otros edificios para gallinas y pollos. El presidente Mironov prefería estar en Novyy Rim porque era mucho más seguro que cualquier residencia o suite de oficinas del Kremlin, y nadie podía oír sus conversaciones.

Siempre había deleitado a Sergei recorrer el Kremlin, que durante casi toda su carrera había sido la sede del comunismo global. Los puristas quizá señalaran el palacio como la locura y la decadencia de los zares, pero, que él supiera, ninguno de los que habían controlado un solo centímetro cuadrado del Kremlin

alguna vez había propuesto jamás que se echara abajo, que se fundiera el oro para hacer monedas, ni que se vendiera todo para gloria del proletariado.

Mironov era un político mucho más inteligente que cualquiera de los presidentes o secretarios generales anteriores. Al menos hacía un esfuerzo por ocultar su riqueza y opulencia, por que pareciese el resultado de su ingenio particular y no de su deber como principal servidor público de la Federación Rusa. Si algún periodista se atreviera a husmear en la adquisición y construcción de Novyy Rim, descubriría al final de una larga cadena de empresas pantalla una simple transacción a nombre de Aleksandr Mironov, empresario e inversor.

—Tómame tres aspirinas y duerme —le dijo Sergei a su chófer cuando éste le abrió la puerta del coche—. Estaré dentro como una hora.

—Gracias, jefe.

A la izquierda del palacio, un técnico trasteaba con el helicóptero de Mironov. En algún momento del día tendría que volar a Moscú.

Mironov no salió a recibirlo. Un agente secreto le dio la bienvenida en la puerta principal y lo llevó al interior del palacio. Sus pasos resonaron en el suelo resplandeciente.

—El presidente está nadando. ¿Le importa reunirse con él en la piscina cubierta?

—Por supuesto que no.

Sergei se quitó el abrigo y entró en el ascensor mientras el agente susurraba a un micrófono oculto. A mitad de camino, el olor a cloro devoró el aroma de las flores. Pasaron por otro control de seguridad vigilado y entraron en el gimnasio, luego, deslizando una tarjeta por un lector, en la piscina.

Mironov estaba terminando un largo. Se detuvo.

—¡Sergei! ¿Te apetece un baño? Tengo más bañadores.

—No, amigo mío. Gracias.

—¿Las flores son para mí?

—¡Enhorabuena!

Todo lo que Mironov decía y hacía estaba, en esencia, relacionado con el poder. Tenía sesenta y tantos años, no era mucho más joven que Sergei, pero tenía el aspecto de un hombre de cincuenta tremendamente en forma, y se

comportaba como tal. Le encantaba dejar patente la diferencia física entre ellos dos. De hecho, Sergei estaba convencido de que su viejo amigo había orquestado aquel encuentro. El presidente no dejaba nada al azar ni a la casualidad.

Mironov salió de la piscina. El agente secreto dejó una toalla blanca en una silla, echó un último vistazo alrededor y salió de la estancia sellada. De camino al jacuzzi, Mironov cogió la toalla.

—Esta mañana, cuando oía las noticias sobre Estados Unidos, he recordado el instante en que me hablaste por primera vez de nuestra Kingfisher y de su marido. —Se metió en el agua humeante—. Me he acordado de nuestra primera reunión.

Sergei sonrió.

—En el Inter-Continental de Praga.

—Un día precioso. Una mujer preciosa. ¡Caracoles! Pese al divorcio y a alguna que otra transgresión, ha sido un activo perfecto y tú has sido el mejor supervisor de la historia. ¡Bravo! —Sergei se sentó al borde de la bañera—. Cuando las cadenas americanas por fin han anunciado la victoria de Craig y he visto a todos esos hombres furiosos vestidos para jugar al golf con los puños en alto, nuestros soldados americanos, lo primero que he pensado ha sido que era todo demasiado perfecto, que es el complot más elaborado de toda la historia de la diplomacia... y que encontrará el modo de destruirnos.

Sergei se sentó erguido.

—No veo cómo, Aleksandr.

Mironov se estaba quedando calvo cuando se habían conocido. Ahora, después de varios trasplantes, tenía una mata de pelo convincente. La suma delgadez de sus piernas hacía que su pecho ancho resultara extraño, pero metido en el jacuzzi el presidente era todo torso.

—Ese hombre es un monstruo del caos, completamente indisciplinado y, por consiguiente, un aliado poco fiable. Es capaz de decir o hacer cualquier cosa.

Sergei jamás había pedido el control de una de sus posesiones, pero no podía contarle al presidente la verdad sobre la conversación telefónica que había mantenido con Elena la noche anterior, y lo mucho que había llorado ella.

«Los dos tenemos nietos —le había dicho Elena—. Sergei, ¿qué hemos

hecho?»

Mironov se enjugó la frente con una toalla blanca.

—No te preocupes por él —lo tranquilizó Sergei—. Disfruta de tu regalo. Si dijera algo de Elena, de nosotros, sería un suicidio. Además, no hay pruebas.

Mironov sacó una pistola de entre los pliegues de la toalla, apuntó a Sergei y apretó el gatillo dos veces. Se levantó y salió del jacuzzi cuando el otro caía dentro.

—No. Ya no.

Miami, 2018

Salvo que tuviera que viajar por algún artículo, Grace subía desde Miami en coche una vez al mes para cenar con su madre. Los viernes por la noche había tacos en The Grove. Al principio, iba todas las semanas y compartían una mesa para dos, pero, con el tiempo, Grace tuvo que empezar a buscarse un hueco en una mesa de ocho o diez, y cayó en la cuenta de que estaba impidiendo que su madre disfrutara de una velada más feliz y más despreocupada con sus amigas.

Esa noche tocaba en un pequeño escenario exterior un mariachi de Ocala. El personal servía un tequila delicioso a quien quisiera, continuación de una presentación de reposado y añejo en agosto. El comedor era una terraza preciosa que daba a un jardín espléndido y a un estanque. De vez en cuando aparecía en el estanque algún caimán y la comunidad para jubilados de Central Florida salía en las noticias locales.

Grace observó a su madre mientras cantaba *Cielito lindo* con sus amigas. En los años transcurridos desde las elecciones, Elsie Elliott se había convertido en una persona distinta. Un médico de The Grove se había tomado interés por ella y en sólo unos meses le había controlado la diabetes hasta conseguir que le mejorara la visión, con lo que había podido retomar una de sus grandes pasiones: la lectura de novelas románticas y de misterio.

Por su cumpleaños, en septiembre, Grace se la había llevado a Praga, como le había prometido, y se habían alojado en el Four Seasons.

Justo cuando los mariachis empezaban los bises, a Grace le sonó el móvil. Los músicos habían invitado a Elsie y a otras dos mujeres a cantar con ellos en el escenario. Grace ignoró la llamada y contempló a su madre meciéndose delante del micrófono, achispada por el Tapatío Añejo, cantando delante de sus nuevos

amigos del alma, personas buenas, atractivas, ricas con bonitos vestidos blancos, pantalones chinos de color canela y camisas, joyas caras, relojes de marca...

Al final de la canción aplaudieron todos y un hombre llamado Barry, que sospechaba que era el novio de su madre, se puso en pie e inició la ovación. Grace no conocía el número de quien la llamaba, pero confiaba en que fuera uno de los redactores jefe con los que se había puesto en contacto, desesperado por endosarle un notición un viernes por la noche a una colaboradora no tan desesperada.

Grace se adentró en el jardín para escuchar el mensaje de voz.

«Estoy en Miami por trabajo mañana. ¿Cenamos juntas?»

Era Elena.

Quedaron en La Vaquera, un restaurante argentino de South Beach a media hora andando del pequeño rancho de color naranja de Grace en Michigan Avenue.

Cuando llegó al restaurante la noche siguiente, el maître le pidió un documento de identidad con fotografía, luego cruzó con ella el establecimiento y la llevó por una escalera a otra planta. Sólo había estado allí para tomar un *brunch* y no sabía que dispusieran de salones privados con vistas abiertas a la playa y al mar, entonces ya oscuro. Elena estaba sentada, sola, en la inmensa estancia, observando la actividad de la terraza de la planta baja.

Se levantó.

—*Duše moje...*

Una mole de hombre blanco y calvo le pidió a Grace amablemente que le dejara registrarla por si llevaba armas o micros. Le quitó el móvil.

El registro fue inusualmente exhaustivo, nada que ver con la seguridad aeroportuaria. Cuando hubo terminado, el hombre se disculpó por las molestias y las dejó.

Enseguida apareció un camarero con champán.

—Me he tomado algunas libertades. —Elena inspeccionó la botella—. Es un Larmandier-Bernier Terre de Vertus Premier Cru.

Grace sabía que debía mostrarse impresionada.

—¡Oh!

—De una excelente cosecha: 2009.

—Gracias, señorita Craig. Y qué sitio tan bonito.

—Por ti, *duše moje*, cualquier cosa.

Mientras el camarero trasteaba con la botella y la descorchaba, Elena se levantó y le dio dos besos a Grace. Ésta pensó que, con su indumentaria de lino beige fuera de temporada, Elena habría encajado perfectamente en The Grove. La cálida brisa le agitaba los pantalones anchos y el pelo. Habían pasado dos años desde la última vez que habían hablado, en el asiento de atrás del sedán Craig, en Mladá Boleslav. Elena parecía cansada y mucho mayor de lo que Grace la había visto nunca, y también algo hinchada, tanto que casi aparentaba su verdadera edad. Además, le temblaba la mano izquierda. Una vez llenas las copas, el camarero se dispuso a excusarse.

—Puede empezar a traernos la comida —le dijo Elena.

—Ah. De acuerdo, señora. ¿Qué... clase de comida?

—Somos dos. Dígale al chef que nos sorprenda —añadió, poniendo la mano encima de la de Grace.

—Excelente. Excelente, señora.

A Elena no se la había visto en la transición de Anthony Craig al poder. Grace leía algo de ella de vez en cuando, como que seguía siendo asesora extraoficial de confianza del presidente.

Lo que Grace más admiraba de ella seguía ahí: su seguridad, su porte, su elegancia y su encanto.

Pero había algo nuevo.

—Debe de ser emocionante ver a su familia... gobernar el mundo libre.

Elena no sonrió ni asintió.

—El hombre que te ha registrado, mi hombre de seguridad, trabaja para el gobierno. Le he pedido que hiciera un barrido de este salón, por si había escuchas, para que podamos hablar con libertad. Tu casita, *duše moje*, ¿es bonita?

—Lo es, gracias.

—Y tu madre, ¿es feliz?

—Muy feliz. Y goza de una excelente salud. Se ha transformado por

completo.

Elena bebió un sorbo del carísimo champán.

—¿Entiendes ahora por qué hicimos lo que hicimos?

Grace pensó en la comodidad y la seguridad de su madre, en su propia prosperidad y en la solitaria alegría de la vida que llevaba. Podía cambiarla por una intensa preocupación, todas las noches, de que le arrebataran a su madre, de que su propia vida pudiera terminar con una comida o bebida envenenadas, un pinchazo en un aeropuerto que apenas notara y después se convirtiera en un dolor endemoniado y sufrimiento y oscuridad. Entendía perfectamente por qué «habían hecho lo que habían hecho».

—Supongo que la decisión es aún más fácil cuando se tiene una hija.

—Más fácil y más complicada, *duše moje*. Deja de ser un interrogante. Te sometes porque harías cualquier cosa por tu hija. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Una chacarera con ritmo de baile sonó mientras se bebían el champán y observaban a las parejitas de la planta de abajo.

—¿Sabe alguien lo que ha conseguido, Elena?

Ella se encogió de hombros.

—Mi íntimo amigo Josef Straka, por supuesto. Ahora ya sabrás de mi relación con Sergei.

—Sé que existe, pero no sé nada de él.

Grace tenía la sensación de que debería estar tomando notas, pero ¿por qué y para qué? Todo había terminado.

—Ha muerto. —Grace no supo si darle el pésame—. Ahora tú estás en la misma jaula que yo.

—Estoy viviendo una vida que jamás habría vivido.

—Es una maldición. Eso ya lo verás. Una infección lenta que lo devora todo. ¿Ves?, para ellos no somos nada. Sergei nos llamaba «sus posesiones». Estos hombres que nos poseen sólo tienen un objetivo y querrán lograrlo mientras estén vivos.

—¿Y cuál es?

—Ponerlo todo patas arriba.

—¿A qué se refiere?

—Destruirnos, *duše moje*, con tal astucia que no nos demos cuenta de lo que está pasando. Que no notemos cómo entra la daga. Que nos desangremos despacio, sin más.

—¿A quiénes?

—Nos tienen a ti y a mí, a mi hija. Y también lo tienen a él.

Grace pensó en todo lo que había ocurrido desde las elecciones. Parecía un golpe de Estado a cámara lenta.

—Nos tienen a todos —dijo Elena, señalando a la terraza llena de parejas de la planta inferior, incluso a la playa a oscuras donde algunos valientes corrían descalzos, sin hacer ruido.

Grace pensó en su madre en el vestíbulo del Four Seasons de Praga, bebiéndose a sorbitos una copa de vino moravo, guiñándole el ojo a su hija, orgullosa de ella. Elsie pensaba que el dinero de su nueva vida venía de un contrato editorial, algo secreto. De un libro que iba a escribir para otro.

—Algún día alguien lo averiguará. —Elena trazó un círculo en la mesa, suavemente, con la copa de champán—. Tú lo averiguaste.

—Pero Roberta McKee me dijo que no quedaba nada. Ni rastro.

—¿Conoces mi nombre en clave?

—Kingfisher. Un pájaro precioso, el martín pescador. Un buen nombre para usted.

—Supongo que sí, que es hermoso. Por eso me reclutaron, por eso Sergei me reclutó. Porque era hermosa.

—Y atleta.

—Una atleta mediocre. Lo bastante lista, lo bastante torpe. Tuve amigas, amigas más listas, que no lo consiguieron.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que están muertas. No pudieron soportar lo que soporté yo.

—¿Vivir la vida de una multimillonaria fabulosa?

Elena negó con la cabeza.

—Madura, *duše moje*.

Llegaron los primeros platos: trocitos de carne con salsa chimichurri, un poco

de chorizo y una especie de ensalada de col. Todo olía fenomenal, y así se lo comunicaron al camarero mientras les rellenaba las copas de champán, pero Grace ya no tenía hambre. El tipo de seguridad entró y miró alrededor, por lo visto para asegurarse de que no se había colado un ninja escondido debajo del delantal negro del camarero.

Cuando se quedaron solas, Grace vio que Elena tampoco tenía mucha hambre.

—¿Cuántas hay? ¿Cuántas mujeres como usted y como Roberta? ¿Cuántas golondrinas?

—En los setenta había unas veinte o treinta en América —respondió Elena con sequedad—. Ahora habrá unas quinientas.

—Señorita Craig, ¿significa eso que ha ganado usted?

Ella rio, pero no porque le pareciera gracioso.

—Tomo pastillas para la depresión que me hinchan la cara.

—¿Por qué ha querido verme?

Elena volvió a mirar a la terraza de abajo.

—Sabes que antes de las elecciones estuve intentando ayudarte, pero debía andarme con cuidado.

—William.

—Tú no hablabas checo. Él sabía cómo encontrar lo que había que encontrar. Yo quería que lo escribieras, que escribieras algo antes de las elecciones. Luego cambié de opinión. Tenía miedo.

—William consiguió engañarme completamente.

—Que se enamorara de ti, *duše moje*, créeme, no formaba parte de su trabajo.

Grace notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Pensó en la vida que había estado a punto de tener, en aquel apartamento pequeño al sur de Londres, en los paseos de fin de semana por algún parque con su madre...

—Querías escribir un libro. —Elena se inclinó hacia delante sobre la comida sin tocar—. Escribámoslo. Un libro con la verdad.

Grace se quedó pasmada. Aquello no se lo esperaba.

—Pero no podemos. Nos...

—¿Nos van a matar? Puede que sí, puede que no.

Había una caja fuerte negra en el armario ropero de Grace donde guardaba sus anotaciones sobre Elena y su artículo. Había estado usando un Mac viejo sin conexión a internet.

—Señorita Craig, ya he empezado.

—Lo sabía. —Elena alzó su copa de champán—. Sabía eso de ti, *duše moje*: que eras lo bastante valiente. Te lo contaré todo.

—Espere, espere... —Grace había recuperado de pronto el apetito—. ¿Cómo lo haríamos?

Pasaron las dos horas siguientes maquinando mientras disfrutaban de varios platos más de carne con salsa, del resto del champán y una botella de Malbec. No había donde esconderse, así que decidieron no hacerlo. Se reunirían en el balneario y en los Hamptons, donde solían verse. Y Elena le contaría su historia.

Por la mañana, todas las mañanas, Grace se levanta y se pregunta si ése será el día. Cuando vuelve a casa de pasear a su nuevo cachorro, inspecciona la caja fuerte del armario para asegurarse de que todo sigue ahí, de que el viejo ordenador naranja aún está dentro, de que lo que escribió la noche anterior está guardado. Llama a su madre dos veces al día para decirle que la quiere. Una vez al mes viaja en coche a San Petersburgo para pasar tres días apadrinando a jóvenes periodistas. Va a mítines y firma peticiones. Todas las noches se va a la cama con la esperanza de volver a despertar.

Grace sabe que todo eso podría terminar algún día, antes de que llegemos al final lento de una última frase. Y quiere que sepamos por qué.

El secreto de las golondrinas
Anónimo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Kingfisher Secret*

© de la fotografía de la portada, Yulkapopkova - Getty Images

Canciones del interior:

© *Douce France*, 1947, Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group, Company, interpretada por Charles Trenet

© *The Hustle*, 1975, Amherst Records, Inc., interpretada por Van McCoy

© *Mon pays*, 1966, Gilles Vigneault, interpretada por Gilles Vigneault

© Anónimo, 2018

Publicado de acuerdo con McClelland & Stewart, una división de Penguin Random House Canada Limited

© de la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20762-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!

